

Alas para volar



MIRIAM PRADOS

Miriam Prados
Alas para volar

© 2021, Miriam Prados Vidal

Diseño de portada: Laura Martínez Urbán

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mi hermana, por empujarme siempre a volar;
a mi abuela, por ser el refugio al que volver.*

*«No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños».*

Mario Benedetti

Pensé que sería especial compartir con vosotros las canciones que forman parte de esta novela, por eso he creado una lista en Spotify para que podáis escucharla mientras la leéis.

Os dejo el nombre de la lista y un enlace en QR por si os apetece vivir cada capítulo más de cerca.

La lista se llama:
Alas para volar (novela)



Prólogo

«Ciudad de las estrellas»

Volver a Madrid fue un sueño en sí: perderme en sus calles, entre la multitud, sentarme en una cafetería a leer un guion y vivir sus noches llenas de vida, también de recuerdos. Había cosas a las que todavía no conseguía acostumbrarme, como llamar a ese estudio en el que vivía hogar o el sentimiento de soledad que a veces me invadía; no obstante, al final del día siempre sentía que era el lugar en el que quería estar, y aunque aún se me escapase el trabajo, estaba recuperando aquella parte de mí en una ciudad que, sin saberlo, guardaba promesas.

El tiempo que pasó fue... revelador. Echaba en falta a los míos, especialmente a Lucas, quien casi todos los días que llamaba me preguntaba cuándo iba a volver y siempre le contestaba que pronto. Se me rompía un poco el corazón cada vez que lo escuchaba, pero él cambiaba de tema al momento y me contaba cualquier cosa a la que yo prestaba total atención.

Óscar y Nuria se las apañaron bastante bien, mi cuñada pidió una reducción de jornada que le permitía pasar más tiempo con el niño y, a su vez, invertir en lo que una vez dejó aparcado: su trabajo como maquilladora profesional.

Candela me echaba de menos como la que más, había venido a visitarme unas tres veces desde que me fui. Cada vez estaba más cansada de su trabajo, era algo que hacía por inercia, pero aún le daba miedo apostar por algo diferente, algo que ella realmente quisiera hacer. Por otra parte, estaba aprendiendo a respetarse y quererse un poco más, a dedicarse tiempo y crecer, era algo que admiraba de ella.

En cuanto a Hugo, sabía que estaba bien, me lo dijo en algún mensaje que intercambiamos y Candela, que se refugió mucho en él cuando me fui, me aseguraba que así era. La boda seguía hacia delante y con ello sus planes de futuro. ¿Que si lo echaba de menos? Mentiría si dijese que no, sin embargo, es como si sintiera que ambos lo estábamos haciendo bien, quizá porque estábamos creando una calma ficticia, imaginaria, antes de volverla a romper.

Capítulo 1

«Alguien en la multitud»

Me desperecé y remoloneé un rato en la cama mientras me llegaba el olor a café recién hecho. Matías era una de esas personas que preferían la cafetera italiana y que el olor a café tostado inundase la casa antes que someterse a un café de cápsula. Por si os lo estáis preguntando, no, Matías y yo no teníamos una relación seria, simplemente intentábamos fluir, hacíamos cosas juntos de vez en cuando y lo pasábamos bien. Yo diría que nos entendíamos en muchos aspectos, y aunque nunca me presionó ni sacó el tema de conversación más que algún comentario al aire, sé que a él le gustaría que siguiésemos fluyendo más... a menudo. Algo como dejar mi cepillo de dientes en su casa y viceversa para no cargar con una bolsa cada vez que hacíamos planes, pero yo lo tomaba como un paso más, me asustaba y tiraba balones fuera. A veces, cuando la conversación se acercaba, maniobraba con un beso y conseguía que nos olvidásemos de ello.

Decidí levantarme de la cama y me fui directa al baño a poner en orden mi pelo y lavarme los dientes. Cuando estuve, volví a mi habitación, agarré la camisa de Matías para cubrir parte de mi desnudez y me la puse. Salí al salón, lo encontré con un pantalón liviano de pijama, apoyado en la barra de la cocina mientras consultaba su móvil. Dejó de mirarlo en cuanto notó mi presencia y esbozó una de esas sonrisas descaradas con las que lograba que me sonrojase.

—Buenos días, Bella Durmiente —dijo apartando su café a un lado y colocándose entre sus piernas. Me saludó con un beso casto en los labios y me apoyé en el hueco de su cuello—. Vaya, ¿te has levantado retozona?

Ronroneé acariciando su piel con la punta de mi nariz y me estreché aún más contra sí.

—Matías... ¿Qué haces aquí conmigo? Todavía me lo sigo preguntando.

Lo hacía porque él era un hombre pragmático, profesional, detallista y un amante de categoría mientras yo... Yo era un desastre que vivía de ahorros y pequeños trabajos a la espera de que ocurriese un milagro.

—Alejandra... —Levantó mi cara y me miró con esos ojos de un profundo azul—. Me siento bien contigo, ya te lo he dicho mil veces.

—Mírate y después mírame a mí. Por favor, es como si yo fuera la Sirenita macarra y tú el príncipe Eric con un palacete convertido en ático.

Matías se rio y negó con la cabeza, divertido.

—Olvídate de los mil motivos que te alejan de mí y piensa en los que te acercan.

—¿A parte del sexo?

—A parte del sexo.

Me quedé pensativa y me mordí el labio. Él sabía que yo era de las que cocinaban los sentimientos a fuego lento, muy, muy lento, especialmente cuando aún no había olvidado a quien ya sabemos. Eso de que un clavo saca a otro clavo es mentira, ni lo saca ni lo sustituye, solo hace de ese vacío algo más llevadero.

—Tengo que entrar a trabajar en un rato, ¿me devuelves mi camisa?

—Ni hablar, me queda mejor que a ti. —Nos reímos y le rodeé el cuello con mis brazos para acercarlo y juntar mis labios con los suyos en un beso que, segundos después, dejó de ser inocente.

—¿Me vas a hacer quitártela? —Me miró con lascivia y mordió mi labio inferior.

—Te espero en la ducha. —Me fui tras guiñarle un ojo y lo dejé terminando aquella taza de café.

Las mañanas de lunes eran, cómo decirlo, un asco. Olivia, mi amiga y agente, decidía que era día de vernos para hacer cosas de provecho y así poder localizar los cástines que estaban abiertos. Llegué tarde a aquel Starbucks, tarde y atontada, para qué negarlo, el agua y los orgasmos de buena mañana eran un somnífero más que un chute de energía y una patada en el culo.

Cuando entré la localicé en una de las mesitas con dos cómodos sillones, ya que solíamos hablar largo y tendido. Olivia y yo nos conocimos cuando ambas estábamos terminando nuestras carreras, vino al musical que se estrenó en mi promoción y se ofreció desde un primer momento a ser mi agente. Recuerdo que me dijo que iba a parecerme algo de locos, pero que sin conocerme ya creía en mí. Poco después comenzamos a trabajar juntas y no tardamos en depositar la confianza de la una en la otra, el problema fue que un tiempo después... Bueno, ya sabéis lo que pasó. Por eso, en cuanto volví a Madrid no dudé en llamarla. Me sorprendí cuando me contó que durante varios años ella tampoco trabajó de agente, se había dedicado a hacer varios cursos, le encantaban los idiomas, y acabó trabajando como profesora en una academia hasta que se quedó embarazada. Le propuse que volviésemos a trabajar juntas, yo necesitaba una agente y ella vio la oportunidad de volver a retomar todo aquello que una vez dejó y que echaba de menos, así que volvimos a conectar en una especie de tándem que se extendía más allá de lo profesional.

—Buenos días, Oli. ¿Cómo está mi pequeñaja? —pregunté acariciando su ya abultada barriga.

—Me ha dado una noche horrible, no pienso comer más chocolate después de las doce, le gusta demasiado, y lo peor es que me lo hace saber en forma de patadas —se lamentó—. No aprendo.

—Dile a Iván que te lo esconda. Eso sí, luego no lo amenaces de muerte si no te lo da.

Nos reímos, me escapé a la barra a pedir nuestros cafés y volví minutos después sentándome frente a ella y tendiéndole su descafeinado.

—¿A qué se debe hoy tu retraso?

—Matías..., ya sabes.

Olivia dibujó una sonrisa comprensiva.

—Lo intenta.

—Y lo aprecio. De verdad, lo hago, aunque aún me cuesta... —Me froté la sien y miré a Olivia—. Es como si sintiera que no es el mejor momento, pero cuando estamos juntos todo va bien.

—Piensas demasiado, Ale, tanto que parece que no eres consciente de que no solo Matías lo está intentando, sino que tú también. —Acarició mi mano en un gesto cariñoso y sacó su agenda en la que tenía apuntadas mil fechas en un montón de colores a cuál más fluorescente.

Estuvimos hablando de ese anuncio en el que participé, de la campaña de publicidad que hice con una marca de zapatos y, en especial, de las audiciones fallidas a las que me presenté desde que volví. Le expresé un poco ese desaliento que me agitaba cuando algo se me resistía hasta que, finalmente, ambas nos recordamos que este mundo era así de incierto, parecía que no cabían las seguridades en él.

—Ayer publicaron una nota de prensa. Al parecer van a hacer una adaptación de la película *Por primera vez*. No sé si sabes cuál es, yo la vi hace años y la verdad es que me gustó.

—¿Cuándo es la audición?

—El dieciocho de mayo —contestó mientras subrayaba la fecha.

—En poco más de un mes... —Di un sorbo a mi café y rasqué nerviosa ese cartón que lo rodeaba.

—Tienes que intentarlo, Ale. Yo confío en ti, si no ¿qué iba a hacer aquí con un bombo de cinco meses?

Me hizo sonreír y asentí. Olivia se había convertido en ese apoyo que necesitaba allí, ella me rescataba cuando me invadían sensaciones poco amables que me hacían dudar de lo que era capaz. Habían pasado muchos años desde que nos vimos por última vez, pero decía que nada de lo que yo era había cambiado, que seguía teniendo esa luz por la que desde que nos conocimos sintió que tenía que acompañarme ya que, según ella, iba a llegar alto y lo quería ver.

Cuando salimos de la cafetería dimos un paseo por la Gran Vía, me obligó a entrar en una de esas tiendas que tenía cositas en miniatura y a la que no se podía resistir. Cada vez que íbamos salía con algo para Alma, aquella vez fue un conjunto playero de lo más mono.

—Ay, Alma, tu madre no tiene remedio.

—No puedo esperar a verla con estas cositas. Voy a esconder la bolsa, como Iván vea que le compré algo más me echa de casa.

—Tienes muy poca fuerza de voluntad.

—Ni te lo imaginas. Tan poca que mira cómo acabé aquella noche. —Miró hacia su barriga y me reí.

Anduvimos hasta la estación de metro y nos despedimos allí, prometiéndole que la llamaría para comer un día de esa semana.

Al llegar a casa recogí todo lo que no me dio tiempo por la mañana y me senté en el sofá mientras esperaba a que el suelo se secara. Mi teléfono comenzó a sonar apoyado en la barra de la cocina, tuve que saltar del sofá a la silla, apoyar las rodillas en la pequeña mesa y estirar uno de mis brazos hasta que lo alcancé.

—¿Sí? —respondí con la respiración agitada.

—¿Te he chafado un polvo? No me digas que te he chafado un polvo.

—No, más bien ha sido un intento de «no me pises lo fregado».

—Un día de estos me llaman diciendo que te has roto la crisma por ahí.

—Hoy no ha sido el día, salí victoriosa. —Nos reímos y volví al sofá—. ¿Ya es tu hora del almuerzo?

—Podría decirse que sí.

Miré el reloj y agité la cabeza.

—Candela, es la una menos diez.

—¿Qué pasa? ¿No hay hora para el tentempié? —Negué pensando que no tenía remedio—. ¿Qué has hecho esta mañana?

—He quedado con Olivia, como todos los lunes. Cada vez su barriga es más grande y está muy guapa.

—¿Hay cástines a la vista?

—El dieciocho de mayo hay uno, es una adaptación de una película, ahora me pondré a investigar.

—Ojalá esta sea la tuya.

—Y si no es tampoco pasa nada, tengo que seguir intentándolo —concluí tratando de no hacerme ilusiones.

—Hoy tengo una cita —soltó tranquila.

—¿¡Con quién!? ¿Con el maromo nuevo del trabajo?

—Con un tiarrón de treinta y otro de cinco. —Fruncí el ceño sin entender nada y me quedé en silencio a la espera de su explicación—. El humo de Madrid ha debido de volverte tonta, o la polla de Matías, ya no sé bien.

Puse los ojos en blanco e intenté no reírme.

—¿Me lo vas a decir de una vez? —demandé.

—Con Lucas y con Hugo, ¡con quiénes va a ser!

Me mordí el labio cuando escuché su nombre. Aún se me hacía un poco raro que Hugo hubiese vuelto de una manera tan radical, era como si ahora ocupase todo el espacio que una vez dejó, aunque a su vez me alegraba porque alejar a Candela y a mi hermano de él fue un error, el tiempo me lo hizo saber.

—Pero si es lunes. ¿No trabajáis?

—Ay, sor Angustias. Tu hermano y Nuria necesitaban la tarde libre para arreglar no sé qué cosa de la boda, tu madre está en el atelier, así que como Hugo tenía el día libre después de haber estado todo el fin de semana de guardia y a mí me está entrando un dolor tremebundo de cabeza —comenzó a dramatizar para creerse su mentira—, pues nos vamos a llevar al niño a esa nave llena de trampolines y camas elásticas.

—Mándame un video, o unos cuantos —pedí con cierta nostalgia.

—No te preocupes, la tía Candela te llenará el carrito con videos de nuestro sobrino haciendo saltos mortales.

—Voy a colgar que al final te van a regañar —le advertí y ella resopló.

—A ver si tienen huevos de echarme, me harían un graaan favor —masculló mientras tapaba el auricular con su mano—. Te quiero, amiga.

—Y yo a ti. Hablamos luego. —Imitamos el sonido de un beso y colgamos.

Pasé la tarde perdida en aquel trabajo de investigación que empezó de una manera nada tediosa: conmigo acurrucada en el sofá, el ordenador entre las piernas y un bol de palomitas. Lo primero era lo primero, y no iba a saber nada de la película si no la veía. Cuando esta terminó me quedé meditabunda. La verdad es que la historia, ese camino de búsqueda que emprende la chica, me pareció una de las cosas más reales que vivimos a lo largo de nuestras vidas porque todos tenemos esa necesidad de encontrarnos. Lo que no sabemos es que para ello también debemos sentirnos perdidos, que no está mal alejarse por un momento de nuestro camino, porque cuando no sabemos dónde estamos, es cuando tenemos la oportunidad de conocernos, de viajar hacia ese mundo interior donde existen esas preguntas que pocas veces nos hacemos.

Después de aquel trabajo me fui hacia la cocina para preparar la cena, puse una de esas listas en acústico que me daba un poco de paz, y a unas canciones para que esta acabara, el timbre de casa sonó. Me sobresalté y me quemé la lengua con el cucharón mientras probaba la comida. «Si es que no, Alejandra», me dije. La solté de mala manera en un cuenco, cerré esa especie de libreta hecha recetario en la que solía apuntar las directrices culinarias de mi señora madre y abrí la puerta. Matías me recibió con una sonrisa que no pude evitar corresponder y me ayudó a que me olvidara un poco de que me había quedado sin papilas gustativas.

—Hola, preciosa. —Se agachó y dejó un beso en mis labios—. ¿Qué tal tu día?

—Podrías avisarme cuando pienses venir, mira de qué guisa me has pillado. —Quitó el trapo que tenía apoyado en mi hombro y Matías se rio—. Anda, pasa. —Le di con el trapo en el trasero y de paso lo pellizqué.

—Huele muy bien —observó sentándose en uno de los taburetes de la barra de la cocina—. ¿Qué es?

—Lasaña de verduras.

—No me has contestado —llamó mi atención y meneé la cabeza.

—¿A qué? No me vas a dejar terminar la cena, y si no me dejas, no te invito. —Me crucé de brazos y esperé su respuesta.

—Quiero saber cómo te ha ido el día.

—Ah, pues como siempre, supongo. —Encogí los hombros y seguí cocinando—. Estuve con

Olivia, entramos como casi todas las semanas a esa tiendecita de ropa de bebé, volví a casa, hablé con Candela... lo normal.

—¿Y qué tal con Olivia? ¿Han abierto cástines nuevos?

—Ajá. —Metí la lasaña en el horno y me giré—. El dieciocho de mayo, he estado investigando, me vi la película..., cosas de artistas —señalé risueña.

—¿De qué va?

—Una chica que trabaja en el circo familiar como acróbata decide escaparse la noche en la que muere su madre y buscar la vida que quiere vivir. Estar en el circo era algo que no había elegido y su madre siempre le decía que quería que ella fuera libre. El resto de la película transcurre entre esa búsqueda y en evitar que los trabajadores de su padre la encuentren. Además, hay un chico la mar de mono que la ayuda.

Matías me escuchó atento.

—Parece una buena trama para un musical: la búsqueda, el conflicto familiar, una historia de amor...

—Lo es. Al parecer la película ganó varios premios, y yo sin saber de su existencia. —Me llevé la mano a la frente y salí de la cocina—. Oye, voy a ducharme. Échale un vistazo a la lasaña para que no se queme, ¿serás capaz?

—¿Por esa lasaña? Lo que haga falta. —Sonrió y le di un beso antes de salir hacia el baño.

Cuando entré en la ducha me sorprendí tarareando una de las canciones de la película y pensé en la lasaña que tardé una hora larga en cocinar. Consideré incluso ver uno de esos concursos de cocina que jamás me habían llamado la atención y de los que Candela veía hasta el último capítulo.

Salí y me enrollé el albornoz, deshice la coleta y peiné mi pelo que ya caía bastante largo. Me puse un pijama algo más de entretiempo, los peluches que solía ponerme para dormir ya eran demasiado, y si lo llevaba acababa levantándome como si hubiera corrido la maratón: con el pelo pegado a la nuca y directita para darme una ducha.

—Alejandra, tu teléfono está sonando —me avisó Matías desde el salón.

—Míralo, será Candela.

Terminé de recoger el baño y cuando crucé el umbral del salón, Matías dirigió su mirada hacia mí y me tendió el aparato.

—No es Candela, es Hugo.

Capítulo 2

«Nunca será suficiente»

El olvido y el amor son palabras que pueden encadenarse a lo largo de nuestra vida. Hay veces que, si amamos, corremos el riesgo de no ser correspondidos, o de serlo y con el tiempo pasar a ese limbo de alguien llamado olvido. Y olvidar es lo que queda, dejar a esa persona en un resquicio de tu vida que siempre será suyo y aprender a continuar. La distancia y el tiempo son aliados para ello, sin embargo, es difícil pasar página cuando olvidar no es una opción, sino una obligación, cuando ambos creísteis que firmasteis el final de vuestra historia con un punto final y lo único que aparecen son esos tres puntos suspensivos... Porque entonces ¿cómo se olvida?

Cuando Matías vio el mensaje no mostró un ápice de enfado, tampoco debía, si entre Hugo y yo ya estaba todo claro. Además, él sabía la historia que nos unía a los dos. Bueno, parte de ella.

Aparté el teléfono sin ojear los mensajes y me fui directamente a la cocina. Saqué ambos platos y los dispuse uno frente a otro en la barra, nos sentamos y esboqué una sonrisa con la que quise expresar tranquilidad, pero que el maldito párpado se moviera como si bailase reguetón no ayudaba a que fuese muy creíble.

—Dentro de dos semanas se estrena la última serie en la que estuve trabajando y he pensado que quizá te gustaría venir conmigo —dijo despreocupado.

Mi párpado llevaba bailando ya unas cuantas canciones, solo pedía que después de su petición no se uniese el otro ojo. Dirigí mi atención hacia el plato de comida y, finalmente, contesté.

—Yo no pinto nada en uno de esos eventos, Matías.

—Piénsalo, me gustaría mucho que me acompañaras.

«Cede, cede, cede y diviértete», me decía esa especie de ángel que suele posarse sobre el hombro derecho, el demonio se mantenía callado, y mira que me hubiese gustado que hiciera acto de presencia, por lo menos para que me empujara a no dejar abierto ese espacio de posibilidad.

—Lo consultaré con la almohada —contesté finalmente.

—No le des muchas vueltas, es un cóctel y una fiesta, la gente bebe más que come y de lo que pasa apenas nadie se acuerda al día siguiente. Es parecido a la primera noche del año. —Me guiñó un ojo y recordé aquella conversación.

—Solo le daré vuelta y vuelta.

Después de cenar estuve enseñándole aquello que había estado averiguando durante toda la tarde, él me escuchaba atento mientras acariciaba suavemente mi cuello con sus dedos y se interesaba por cada cosa que le contaba. Me dijo que me acompañaría ese día a la audición y no quise negarme a que lo hiciera, si volvía a ser una negativa inmediata necesitaría que alguien me abrazara.

—Me voy ya, ¿vale? —anunció levantándose e hice una mueca—. No me mires así, me encantaría quedarme, pero mañana tengo que madrugar y no quiero despertarte. —Seguí mirándolo para intentar convencerle—. Te despiertas con el ruido de una mosca, nena.

—Es que yo estoy acostumbrada a la quietud, al mar, no a los cláxones de los coches sonando a las seis y media de la mañana.

—Te llamo mañana.

—Bueno, mándame un mensaje cuando llegues. —Cedí y él asintió.

Fuimos hacia la puerta y me puse de puntillas para llegar a su boca. Matías posó sus manos en

mis caderas, acercándome más a él, y me miró sonriente. Unas arruguitas se marcaban en las comisuras de sus ojos y estos se hacían más pequeños cuando sonreía. Enredé mis brazos alrededor de su cuello y lo besé, me respondió con sus labios entreabiertos y su lengua que comenzó a recorrerme ávida. Sus manos pasaron de las caderas a mi trasero y le recorrí la boca con saña en un último intento de que se quedara conmigo.

—Si sigues así no voy a llegar a casa y tengo que irme.

—Eso intento —confesé con lascivia.

—Eres mala. —Me soltó y nos separamos—. Que duermas bien, preciosa.

Abrió la puerta y la cerró tras él. Me quedé unos segundos parada mirando la madera lacada y me acordé en ese instante del teléfono. El reloj marcaba la una de la madrugada y supuse que Hugo estaría dormido, así que podía echarle un vistacito a los videos y hacer como que no había visto los mensajes. Si es que siempre lo he dicho, las mejores ideas se cuecen de noche, tendría que consultar si era cosa de la luna o qué, de cualquier modo, cogí el teléfono y volví al sofá.

Busqué la conversación y respiré aliviada cuando solo vi dos videos y una foto. En ella salían Aitana, Candela, Lucas y Hugo sonrientes y me contagiaron la sonrisa al momento. Pensé en todas las cosas que me estaba perdiendo, aunque quise deshacer la idea porque ellos me hacían partícipe de todo desde la distancia, era como si una parte de mí hubiese estado allí escuchando a mis amigas hablar y a Lucas pedirle a Hugo que se tirara con él a aquella piscina de cubos de gomaespuma que le encantaba a la par que temía. El primer empujoncito siempre era el más difícil, después volaba.

Estaba tan absorta en las imágenes que no me di cuenta de que Hugo estaba en línea, salí rápidamente de *Whatsapp* en cuanto lo vi y recé porque no hubiese descubierto ese plan que resultó ser de todo menos perfecto. Obviamente no funcionó. De verdad, no sé por qué me empeñaba en evitar lo inevitable.

Hugo:

¿Cómo estás, canija?

Canija. Mal empezábamos.

Alejandra:

Acabo de ver los videos, seguro que ahora estás molido.

Hugo:

Estoy reventado.

Alejandra:

Blandengue.

Hugo:

Lo admito.

Candela me contó lo del castin.

Alejandra:

Vaya, qué buzón de correos tiene mi amiga por boca.

Hugo:

Tranquila, no se gafará.

Alejandra:

Seguro que si sigue pregonándolo lo hará.

Hugo:

Oye, ¿estás sola?

¿Sola? Releí el mensaje sin entender nada y al momento sonó esa cancioncita que avisa de una videollamada entrante. Pero ¡qué cojones! Miré el teléfono, nerviosa, esperando a que colgase, y cuando lo hizo, llamó otra vez. Maldito Hugo. Respiré hondo, me miré en el reflejo de la tele comprobando que mis pintas no eran del todo deplorables y deslicé mi dedo en la pantalla. Al momento apareció él con esas gafas de pasta, ahora algo renovadas, que siempre utilizaba para trabajar y cuando veía la tele. Llevaba el pelo revuelto y su rostro estaba enmarcado por una sonrisa. Me mordí el labio al verlo, sin saber bien qué decir.

—Estás sola —confirmó.

—De eso nada, tengo dos guardias civiles esperándome a cada lado de la cama. —Me reí y él negó con la cabeza, divertido.

—Qué suerte tienen de dormir contigo esos dos guardias, salúdales de mi parte.

—¿Y tú? ¿Estás solo?

—Hay una mujer bajita de pelo moreno y largo ocupando el lado derecho de mi cama.

—Coño, Hugo. ¿Y qué leches haces llamándome? —pregunté alarmada.

—Es Aitana, se empeñó en quedarse conmigo. —Respiré aliviada y lo notó—. De cualquier manera, somos amigos, no tendría por qué dar explicaciones.

—Sí, amigos que se acostaron, recuérdalo. Ah, y la inquina que me tiene tu novia recuérdala también. No la culpo, pero no quiero acabar con un palo de espeto metido en el culo cuando baje a veros a todos solo por hablar contigo.

Hugo rio y pude ver su amplia y casi perfecta sonrisa.

—Ahora en serio, ¿cómo estás? —retomó la conversación y esa pregunta que intenté evitar.

—Estoy bien.

—Ah, ¿sí?

—Estoy bien —repetí.

—Estás muy guapa, eso ya lo veo, pero quiero saber lo demás.

—Eres un embaucador.

—Y tú una mentirosa —replicó.

Ni evitarle ni engañarle, no podía hacer ninguna de las dos cosas con una persona que me conocía como la palma de su mano, con la que compartí años y, de una manera u otra, seguía formando parte de mi vida.

—Está siendo difícil y, por ende, no estoy todo lo bien que me gustaría estar.

Mi vuelta a Madrid era una manera de cumplir con mis promesas y, a su vez, estaba suponiendo un tiempo en el que me escuchaba sin el ruido de fuera y me quedaba a solas con esos monstruos que hicieron acto de presencia, porque tanto la inseguridad como ese temor al fracaso fueron llamando a la puerta poco a poco desde que llegué.

—Tienes miedo, el mismo desde que te fuiste.

—¿Acaso no puedo tenerlo? He dejado mi vida atrás por apostar y si sale mal me costará retomarlo todo donde lo dejé.

—Canija, olvídate de todo lo que has dejado aquí y de lo que puede pasar si no sale bien. Ahora lo estás intentando, ¿no? Pues quédate con eso. Lo que pase después será problema de la Alejandra del futuro, una que ahora mismo no eres ni conoces.

Me mordí el interior del moflete y ladeé la cabeza tras escucharlo. Hugo tenía razón, la mayoría de nuestros miedos están basados en ese futuro incierto que nuestra cabeza nos incita a imaginar, y lo verdaderamente peligroso no son los pensamientos en sí, sino tomarlos al pie de la letra porque puede que en el peor de los casos actuemos según lo que nos dicen.

—¿Dónde estás ahora que necesito un abrazo? —solté sin pensar.

—No puedo abrazarte, pero sí recordarte que estás allí para intentarlo y pedirte que no vuelvas hasta gastar el último cartucho.

Se quitó las gafas dejándolas a un lado y me sentí en calma con aquellas palabras y su posterior silencio. Hugo era un gran maestro al que debí hacer más caso cuando aún era una cría. En ocasiones nos pasa que no escuchamos a algunas personas que tenemos cerca porque pensamos que no pueden ser objetivas y simplemente nos dicen esas cosas para que nos sintamos mejor, pero no lo hacen por inercia, lo hacen porque nos conocen y confían como nosotros deberíamos hacerlo. Él siempre dejaba ese rato de silencio de por medio para que masticase bien sus palabras. La Alejandra de antes rebufaba cada vez que consideraba que se ponía filosófico, la de ahora intentaba quedarse con esa ayuda para sentirse más fuerte y empujarse a seguir.

—Gracias —musité frunciendo los labios.

—Tengo un radar para saber cuándo algo no va del todo bien contigo.

—No tienes un radar, tienes a Candela.

—También. —Reímos.

—¿Tú estás bien? —Asintió con la cabeza y vi que no mentía—. Deberías colgar, seguro que mañana tienes que trabajar.

—Debería, pero no quiero.

Hablamos durante una hora. Me contó que habían ido todos a tomar unas cañas esa noche y también que veía a Candela cada vez más alejada de su trabajo. Obvió contarme cosas sobre cómo iban los preparativos de su boda o dónde estaba Carolina. Yo tampoco quise preguntar, me sentía más cómoda en esa nueva posición neutral categorizada como la *frienzone* de las exnovias; así que tranquilos a aquellos que os habéis tirado alguna vez los trastos a la cabeza con vuestro ex, quién sabe si en algún momento tendréis una videollamada en la que hablaréis de todo y de nada con buen rollo. Me habló también de su trabajo, de que sus jornadas y turnos eran distintos casi cada semana y no podía siquiera hacer planes con antelación, supongo que también eso le ayudaba a vivir el día a día.

—Ahora sí me voy —dijo después de bostezar y me lo contagió.

—Creo que yo también.

—Hasta mañana, canija, que duermas bien.

—Tú también, cuidado con la morenita de tu cama.

—Lleva sobada más de una hora, me dejó el brazo dormido en el sofá hasta que la convencí de que se fuera a la cama. Se creía que era de día y todo cuando la desperté. —Me reí imaginándome a Aitana—. Date un abrazo de mi parte y dile a esa Alejandra que teme que está bien, pero que no se paralice ni se culpe por sentirse así.

—Lo haré, espero que me haga caso.

Nos despedimos con la mano y una sonrisa en nuestro rostro. Me levanté del sofá y me fui a mi habitación. Todo estaba oscuro, en silencio. Encendí esa lucecita que tenía apoyada en el cabecero para después meterme dentro de la cama. Cuando mi cuerpo tocó el colchón sentí alivio, me di ese abrazo y pensé en la realidad de que algunas personas son un bálsamo, la quietud que buscamos en ese *maremágnum* que vivimos.

Capítulo 3

«Hay un amigo en mí»

Los viernes son esos días en los que las sonrisas se ensanchan y casi podemos palpar una tranquilidad efímera cuando logramos alejarnos del ritmo frenético de la semana. Son días en los que los mensajes en el teléfono avisan de que tocan cañas al sol, una comida informal o una cena que empiece con ese «hoy salimos de tranquis» y acabe con nosotros cerrando las calles. Son días en los que la vida para y nos pide que disfrutemos de ese tiempo que se ralentiza. Las obligaciones son necesarias, hay quien piensa que la rutina también, no obstante, lo que es seguro es que necesitamos las risas para insuflarnos vida y esos planes espontáneos que nos sacan de la cotidianeidad para recordarnos lo que es dejarse llevar.

Ese día había quedado con Olivia para vernos, paseamos por el Retiro e hicimos un *tour* de bancos porque mi amiga se cansaba de andar. Según ella, la niña pesaba de más y se culpaba por sucumbir al placer de los donuts rellenos de crema pastelera.

Decidimos comer en ese quiosquito transformado en restaurante dentro del parque. La temperatura era agradable, recordaba a uno de esos días en los que ya estaba bien entrada la primavera y se agradecía después del largo invierno. El ambiente también venía a decir lo mismo, cuando salen los rayos de sol parece que todos sacamos los cuernos como los caracoles. Nos sentamos en las mesas de fuera y pedimos dos Coca-Colas Zero mientras el camarero nos dejó leyendo la carta.

—A ver, sorpréndeme. ¿Qué es lo que se te antoja hoy?

Olivia terminó de ojear la carta y no lo pensó mucho.

—Ensaladilla, revuelto de setas y alitas de pollo. —La cerró al instante y sonrió—. Las alitas están muy crujientes —agregó para convencerme.

—A mandar —llamé al camarero y le recité todos los platos.

—¿Le has echado un vistazo a la película? —Asentí mientras daba un sorbo a mi bebida—. Es genial, si la adaptación musical tiene éxito, quizá dure más de una temporada.

—Sí, solo queda que yo cuadre en algún papel.

—¡Hala!, ya está la mustia

Nos reímos y me encogí de hombros.

—Necesito que me ayudes con una misión —dije cambiando de tema.

—¿Misión tipo ir a un *sex shop* a que te compres el Satisfyer para calmar tu fuego interior?

Negué la cabeza entre risas.

—¿Tan bueno es?

—Para tu cumpleaños te lo compro y juzgas tú misma, o para antes de la audición, así vas relajadita.

—Olivia de mi vida, no es esa la misión, aunque aceptaré el regalo encantada.

—Yo solo cuido de ti, por si Matías no te da meneo suficiente. A mi niña que no le falte de nada.

Esta vez estallamos las dos en carcajadas y agradecemos al camarero que llegó dejando los platos en la mesa.

—Pues hablando del rey de Roma, me ha pedido que vaya a una de esas fiestas que hacen para el estreno de una serie. ¡A mí! Ya ves, qué pintaré yo allí —me quejé y me acallé con un poco de

ensaladilla.

—¡Pero si eso es lo más! Si ves a Hugo Silva pídele un autógrafo para esta pobre embarazada.

—Estás fatal, Oli. —Me mordí el labio, risueña, y seguí hablando—. El caso es que necesito que vengas de compras conmigo.

—Eso está hecho. —Cogió una de las alitas y la mordió—. Me alegro de que le hayas dicho que sí, conociéndote seguro que lo has pensado demasiado, y no se trata de una petición de matrimonio.

—Prometí no darle muchas vueltas, solo me tomó un día decirle que iría, tendrías que estar orgullosa de mí.

—¿Te convenció de alguna manera especial? —preguntó arqueando las cejas y negué.

—Matías no es de esos que fuerzan alguna situación, él prefiere dejarme el espacio y el tiempo que necesite. Además, me dijo que no era nada comprometido.

—Y supongo que esa palabra fue la clave.

—Puede...

—Una cosita, Alejandra: es imposible que controles las emociones que quieres provocar en las demás personas porque ni siquiera lo puedes hacer sobre las tuyas. —Dejó el tenedor apoyado en el plato y me miró.

Era cierto que pretendía mantenerlo todo bajo control para ganar seguridad, sin embargo, por mucho que lo intentase no podía controlar lo que Matías sentía, ni siquiera lo que sentía yo, no éramos máquinas que podían ser programadas en cuanto a nuestro mundo interior se refiere.

—Qué sabia eres, me recuerdas a mi cuñada, ella siempre nos encauza cuando Candela y yo entramos en bucle, y créeme, pasa demasiado a menudo.

—Debe ser la maternidad, que nos hace más inteligentes —vaciló y sonreí.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? Podríamos ir a cenar después de las compras.

—¿Noche de chicas? ¿Con daiquiri y mai tai? —preguntó ilusionada.

—Con daiquiri sin alcohol para ti.

—Hace la vida que no salgo. Bueno, tú me entiendes, Iván y yo salimos todos los fines de semana, pero a veces también necesito relacionarme con más gente, desde que vine aquí las amistades me salieron rana —me contó algo apenada y quise animarla.

—Ahora pasamos por tu casa, cogemos una ropita con la que te veas monísima y el pijama para que te quedes a dormir conmigo.

—¿El pijama también?

—Noche de chicas. —Le guiñé un ojo y sonreímos.

Después de aquel postre que no perdonamos, salimos del Retiro y anduvimos hasta Goya. Recorrimos algunas tiendas y decidimos entrar en Mango donde comenzamos a mirar percheros con el ceño fruncido.

—¿Qué se supone que debe llevar una para esas fiestas?

—Algo así. —Me enseñó un vestido negro, ceñido y con escote de barco.

—Voy a parecer una *escort* de lujo. —Estiré la ceñida tela y nos reímos.

Poco después encontré un traje de dos piezas, la americana era fluida, con un escote que se pronunciaba en forma de uve y una especie de cinturón que, supuse, ayudaría a marcar la cintura. El pantalón también era de una tela suave, con los tobillos descubiertos, y pensé si a mí no me quedaría por los talones, aunque con tacones subiría unos cuantos centímetros.

—¿Qué te parece este, Oli?

—Es más de tu estilo —comentó convencida—. Con estas sandalias. —Hizo ademán de agacharse y me adelanté.

—¿Dónde vas? ¿A hacer sentadillas?

—Te sorprendería saber lo que aún soy capaz de hacer —apuntó con cierta chulería—. Excepto cortar y pintarme las uñas de los pies —confesó y provocó mi risa.

—Vamos al probador, anda.

El conjunto ganador fue ese traje en color crema con unas sandalias doradas de infarto. Esa noche o me echaba Trombocid en los pies o sería la muerte a pellizcos. Tras salir de la tienda paramos también en Oysho, Olivia salió de allí con un pijama lencero combinado porque decía que por las noches o le daban los sofocos de la muerte o le entraba un frío polar, por eso la parte de arriba la cogió de tirantes y el pantalón largo. A mi parecer era mucho más fácil sacar una pierna de debajo de las sábanas y dejarla fuera, de toda la vida de Dios hemos regulado así la temperatura, aunque ella dormía con Iván a un lado y con una almohada en forma de gusano al otro, así que no podía hacer malabares.

Después insistió en que entrásemos a El Corte Inglés y nos paramos en aquel *stand* de MAC donde acabé con una barra de labios en un color rosa apagado y un corrector que nos cubrió las ojeras que pensábamos sempiternas e imposibles de tapar. Terminamos merendando unas tortitas en la misma cafetería del centro comercial y escondiendo los *tickets* por si nos daba por hacer cuentas.

—Es mejor no juntarse contigo, eres una temeraria con tu tarjeta y quieres que yo acabe con la mía.

—Bah, estoy segura de que pronto me darás una alegría y cobraré un buen pellizco.

—Tú ahorra por si acaso, tienes una niña en camino y una amiga con el futuro tan negro como este chocolate. —Levanté el sirope y se rio.

Mientras terminábamos de merendar, mi teléfono comenzó a sonar. Rebusqué entre esos *tickets*, los paquetes de pañuelos y las barras de labios que llevaba hasta encontrar el teléfono, lo cogí sin ni siquiera mirar.

—¿Sí?

—Amiga, ¿dónde estás? ¿Qué tal tu día?

Miré el reloj y vi que marcaba las seis y media de la tarde.

—Así me gusta, que me llames después del trabajo —la felicité cual madre.

—Si tú supieras... —Se rio entre dientes—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy merendando con Olivia, hemos pasado una tarde de compras muy... productiva.

—Vaya, que tu tarjeta está echando humo.

—Un poco. —Hice un mohín e intenté no pensarlo—. ¿Y tú?

—Pues voy a casa de Nuria, preveo un viernes con mi culo pegado al sofá, comiendo pizza y viendo una maratón de los monigotes favoritos de Lucas.

—Es un buen plan.

—Ajá. Oye, llámame cuando estés en tu casa y así podemos hacer una videollamada las tres —dijo algo nostálgica y asentí.

—Hablamos luego, chao.

Salimos de la cafetería y cogimos el metro que nos dejó cerca de casa de Olivia. Al llegar, Iván estaba enfrascado en su ordenador y tuvimos que saludarle al unísono para que nos dirigiese su atención. En cuanto vio a Olivia saltó del sofá, la besó y acarició su barriga en un gesto cariñoso.

—¿Cómo están hoy mis niñas?

—Supercontentas, la tía Alejandra nos trata como reinas.

—Prometo que no soy la culpable si no llegáis a fin de mes.

—Tranquila, soy conocedor de sus armas.

—No sé para qué disimuláis, me queréis tal cual. —Iván dejó un beso en su sien y se acercó para abrazarme—. Oye, esta noche no duermo en casa.

—¿Cómo? —preguntó y traté de disimular una sonrisa.

—Alejandra y yo vamos a pasar una noche de chicas: cena, cócteles y fiesta de pijamas —resumió contenta.

—No te preocupes, las voy a cuidar mucho —prometí.

—Me parece muy bien. —Olivia sonrió y salió a hacer su pequeño macuto—. Hacía tiempo que no la veía tan contenta, desde que llegaste ella está... diferente, no sé cómo explicártelo; así que gracias.

—No hace falta, ella significa lo mismo para mí. Estar aquí, lejos de toda mi gente, es difícil, y ella lo hace mucho más llevadero. —Sonreí con ternura.

Construir relaciones sólidas no es fácil, da igual los años que tengamos, y no hablo de las parejas, el círculo es mucho más amplio. Sé que a veces da miedo involucrarse porque, en el peor de los casos, podemos salir dañados y convertirnos en personas inseguras hasta el punto de que tratamos de convencernos de que no necesitamos ese tipo de vínculo en nuestras vidas, pero en el mejor de ellos, las relaciones nos hacen saber que hay personas que son capaces de tocarnos y repararnos, de hacernos olvidar lo malo, aunque sea por unos instantes; nos ayudan también a conocernos y a crear recuerdos imborrables. Y es que no, solos jamás sobreviviríamos.

Olivia salió de la habitación lista para irnos.

—¡Tened cuidado!

—¡Que sí! Qué pesado.

Nos despedimos de Iván tras convencer a mi amiga de que llevarse la almohada no era la mejor de las ideas y, unos transbordos de metro más tarde, llegamos a mi apartamento. Dejé las bolsas en el sillón, me descalcé y ayudé a Olivia a instalarse en mi habitación. Después cogí mi teléfono y salimos de nuevo hacia el salón. Pasé por la cocina y antes de sentarme en el sofá nos serví un vaso de agua bien fría.

—Madre mía cómo se está moviendo, parece que necesitaba beber como agua de mayo.

Puse la mano en la barriga de Olivia y sentí una de las patadas. Me sorprendí al ver cómo la piel de su barriga se tensaba cada vez que se movía y sonreí.

—No me acordaba de la sensación desde que Nuria estaba embarazada.

—La primera vez que se movió creí que eran gases. —Nos reímos las dos.

Marqué el teléfono de mi amiga una vez y no me contestó, lo intenté una segunda y, sin respuesta, lo dejé encima de la mesa. Unos minutos más tarde sonó el portero y me levanté esperando que fuese Matías. Abrí en cuanto escuché los pasos en el rellano y después todo lo que hubo fueron gritos y algarabía. Olivia se levantó del sofá asustada y nos vio a Candela, Aitana y a mí dando saltos entre abrazos.

—¡Me muero! ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Acudiendo a tu llamado de emergencia, *baby* —dijo Candela citando una de las canciones de reguetón y me reí. Me besuqueó con esos besos sonoros y me dejó hacer.

—No sé si nos estábamos deprimiendo más nosotras sin ti que tú sin nosotras —añadió Aitana y nos dimos otro abrazo—. Estás guapísima, perra.

—Será hoy que me digné a arreglarme y dejé en *off* al moscorroffio que llevo dentro.

Las conduje dentro del piso y las ayudé con las maletas.

—¡Olivia! —La abrazó Candela—. Pero ¡cómo ha crecido esa barriguita! ¿Puedo? —La miró antes de tocar y Olivia asintió con una sonrisa.

—Yo soy Aitana. —Se presentó y la saludó con dos besos.

—¿Eres la hermana de Hugo?

—¡Sí! ¿Lo conoces?

—Nos quedábamos tomando un café mientras que esperábamos a Alejandra salir de alguna audición. Os parecéis un montón.

—Yo me llevé la mejor parte.

—¡Ja! Ya quisieras tú, chata —rebatió Candela.

—Si mi hermano estuviera soltero ligaría menos que yo, te lo aseguro —contestó digna.

—Eso es porque es como los agapornis, prefiere vivir en pareja y hoy en día la gente huye del compromiso.

—Y así siempre. —Me dirigí a Olivia que las miraba divertida—. Ahora en serio, ¿cómo es que habéis decidido venir?

—Tengo que ir al taller mañana y Candela no se pudo resistir al plan de acompañarme y que pasásemos el fin de semana todas juntas, así que dos por uno. ¡Esta noche fiesta!

—¡Cogorza! —Secundó mi amiga y yo las miré sabiendo cómo acabaríamos si venían en ese plan—. Bueno, nos mediremos, no queremos que Olivia nos vea en un estado deplorable, porque te vienes, ¿verdad?

Olivia se encogió de hombros y le di un apretón en su mano.

—Claro que viene. Prepárate porque vas a tener la noche de chicas que querías. —Le guiñé un ojo y sonrió.

Decidimos que Olivia y yo dormiríamos en mi habitación mientras Candela y Aitana lo harían en el sofá cama. Bendita decisión la de comprarlo, aunque como cama no fuese la más cómoda del mundo, estaba hecho para aplacar situaciones como aquellas. Seguimos charlando, volví a escuchar una de esas conversaciones sin sentido entre mis amigas y pensé que eso era parte de lo que llamamos felicidad: que te rodeen personas capaces de cruzar kilómetros por ti solo para verte y hacerte reír.

Capítulo 4

«Las chicas solo quieren divertirse»

Dicen que los amigos son la única familia que elegimos, aunque yo pienso que no los escogemos que, simplemente, los encontramos en nuestro camino. Son esas personas con quienes conectamos en una especie de sinergia que conseguimos reforzar con los años, una lotería que unas veces toca y otras no. Pero, ay, cuando toca... Ellos son los que no juzgan, los mejores y a ratos peores consejeros, con los que peleas y a los que vuelves a abrazar, porque si hay algo que dejéis que os separe, es que entonces no estabais destinados a ser. Son los que te cogen el pelo cuando vas piripi y dices que tienes ganas de vomitar, los que se ríen si te caes, pero te recogen inmediatamente del suelo; los que se acurrucan contigo cuando saben que tus monstruos acechan y a los que no les importa la distancia, como aquella canción de *Hércules*. Así que sí, podía decir que a mí me tocó la lotería hace tiempo.

Aitana se quedó dormida en mi cama unos minutitos, según ella, necesitaba una microsiesta para poder darlo todo por la noche. Candela se quedó con Olivia y conmigo, se sentó apoyando su cabeza en mi hombro y me cogió la mano. Me río yo de la que me llamaba a mí empalagosa.

—No sabes cuánto te echo de menos. Te echamos —corrigió—. Por cierto, tienes unas uñas horribles, mañana vamos a que te hagan la manicura.

—Lo dejaré para la semana que viene.

—Que la semipermanente dura. —Me enseñó sus uñas perfectas pintadas en un tono borgoña—. ¿Qué planes tienes la semana que viene?

—Matías me invitó a la fiesta de un estreno.

—¡Qué dices! Qué pasada. Oye, si ves a Mario Casas le pides un autógrafo para tu queridísima amiga.

Olivia y yo nos reímos.

—Me llevaré una libreta, como cuando vas pidiendo autógrafos en Disney a los monigotes que encuentras.

—Qué friki, yo nunca he hecho eso.

—Friki es atosigar a Mario Casas cuando está en su salsa.

—Es cumplir un deseo en la lista de pendientes de tus amigas —secundó Olivia.

—Ves, ella me entiende.

Puse los ojos en blanco y me miré las uñas, sí que las tenía hechas un asco, y eso que yo no era de comérmelas, pero se me rompían solo con mirarlas.

—Bueno, cuéntame más. ¿Qué avenate le dio para pedírtelo?

—Pues no sé, él dice que se siente bien conmigo, querrá que compartamos más tiempo, que conozca el entorno en el que se mueve.

—Qué interesante... —dijo con sorna—. Y seguro que no va más allá, claro.

—Al huerto ya la lleva —comentó Olivia y Candela rio.

Para Candela nada podía quedar como estaba o ser como era. Ella intentaba buscar esos tres pies al gato, no entendía que no siempre los tuviera, aunque debo decir que también acertó en varias ocasiones. Sin embargo, cuando nosotras decidíamos aceptar o creer las cosas como se daban, ella nos pintaba esa remota opción hasta el punto de hacernos dudar.

—Matías quiere dar un paso más, tú me entiendes.

—La vida va a un ritmo diferente para cada uno, y Matías sabe que yo no estoy ni segura ni preparada aunque él si lo esté.

—Olivia, ¿qué le estás haciendo? —le preguntó—. Le estás haciendo una transfusión de sabiduría. Eso sí, no me sustituyas como consejera principal, eh.

Olivia rio.

—No me atrevería, tiene pinta de que tus opiniones son las que más cuentan.

—Deberían, ¿a qué sí? Pues la mayoría de las veces no me hace ni puñetero caso.

—No mientas, te hago caso en muchas cosas.

—Sí, en la ropa. Seguro que ahora sales a la calle hecha una piltrafa.

Olivia no podía contener la risa. Candela se levantó y cogió la bolsa con la ropa que compré, no me pidió permiso para cotillear, eso estaba, según ella, de más entre nosotras. Sacó de ella el conjunto que miró con aprobación y después las sandalias. Se dirigió a mí con estupefacción e intentó medir el tacón con sus dedos.

—El traje es una chulada. Bebe mucho esa noche, lo necesitarás para aguantar los zapatos.

—Hemos hecho un buen trabajo —dije mirando a Olivia.

—Me jode un poquito admitirlo, pero sí, ya ni para esto me necesitas. Ay, Dios mío, mi polluelo voló del nido. —Me apretujó entre sus brazos y me reí.

Candela siguió con su charla y nos contó que el tiarrón nuevo de su trabajo resultó ser el sustituto de su jefe. Un creído de cuidado que hablaba con condescendencia y le daba las órdenes con una parte del culo apoyado en su mesa.

—Ese sí que quiere llevarte al huerto —aseguré.

—Ese lo que tiene que ir es al huerto de los olivos, pero a rezar para que yo caiga.

Nos reímos las tres y nos acallamos a la vez para no despertar a Aitana. Suspiré también por Candela, por mucho que la apoyásemos para dejar la oficina y arriesgarse, ella prefería agarrarse a lo seguro, a lo que se supone que debía ser porque, según sus padres, para algo le pagaron la carrera. No obstante, yo sentía que lo que pensaban los demás iba a dejar de importarle más pronto que tarde, no hacía falta que se lo volviera a recordar: ella, en el fondo, ya lo sabía.

—Una cosa que no sabes es que Candela cocina que te mueres, Oli. Mañana para desayunar pide por esa boca, te la querrás llevar a tu casa.

—Siempre me quiere esclavizar como su cocinera de resaca oficial, pero mañana lo haré por ti y por la pequeñina. —Ambas se sonrieron y Olivia llevó su mano a la barriga.

Una hora más tarde, Aitana resucitó con el pelo alborotado y le aplaudimos porque era hora de arreglarse y dignarse a salir. El baño y mi dormitorio se convirtieron en una de esas clases de infantil: pequeñas y abarrotadas con niños convertidos en mujeres de veintiocho años igual de gritonas.

Candela maquilló a Olivia y esta se dejó hacer encantada mientras yo trataba de ondular mi pelo y Aitana de alisar el suyo. Hicimos después el relevo en el baño, aunque Aitana y yo preferimos maquillarnos solas cantando esa canción que sonó en Spotify y que nos recordaba a esas noches por la ciudad que ambas habíamos vivido.

En un tiempo récord, nos vestimos y nos calzamos unas cuñas para hacer el dolor más soportable. Todas excepto Aitana, quien marcaba la diferencia con unas sandalias de tacón de aguja. Rezamos por sus pies, aunque ella decía que estaba más que acostumbrada. Salimos de casa y caminamos con nuestras risas resonando por las calles, con algún que otro tropiezo y dispuestas a hacer la noche nuestra.

Llegamos al barrio de la Latina donde Aitana, previsora, había reservado mesa para tres en Juana la loca. En ocasiones, eso de las rutas gastronómicas y el descubrimiento de nuevos bares lo

dejábamos para cuando no anduviéramos subidas sobre andamios. Entramos y el camarero nos condujo hacia nuestra mesa, pedimos nuestras bebidas y de seguido la comida. Mientras esperábamos nos miré a todas y sonreí agradecida por tenerlas allí, por aquella sorpresa, por necesitarme tanto como yo las necesitaba a ellas.

—Qué hambre tengo, no comí nada desde el mísero bocadillo del tren.

—Pues tranquila que aquí todo está de muerte —le dijo Aitana.

—¿A qué te dedicas tú, Aitana? —Quiso saber Olivia.

—Tengo una *boutique*, aunque no me gusta llamarla así, me parece demasiado pijo.

—Como si tú no lo fueras —comenté y Candela rio.

—No les hagas caso. Es una marca propia, por eso vine, tengo que ir mañana al taller donde confeccionamos, vemos patrones, telas etc. Es un pequeño equipo, pero estoy muy contenta.

—Qué pasada, si algún día bajo al sur iré a tu tienda.

—Te atenderé encantadísima —dijo sonriente—. Necesitaba salir, estoy de patrones, tejidos y telas que me va a explotar la cabeza.

—No hablemos de trabajo, que como yo siga con el mío, necesitamos una botella más de vino.

—Pero si tienes un jefe que es un bombón —señaló Aitana.

—Un bombón amargo, de chocolate negro del 99%.

—Qué horror —añadió Olivia.

—Es una tortura. En forma de deidad, pero tortura igualmente.

—Bueno, ¿y tú qué? —me preguntó Aitana—. ¿Cómo va esa búsqueda?

—Supongo que va.

—Tienes un castin pronto, ¿no? —me recordó.

—Candela, hija, hasta que no lo pregonas no estás contenta. No te bastaba con contárselo a Hugo que se habrá enterado también toda la plantilla de tu oficina.

—Piensa que si lo digo se gafa —le explicó a Olivia—. Aitana estaba con nosotros cuando se lo conté, ya sabes, la tarde de trampolines, y recaditos en reunión es una falta de educación.

—Tranquila, que de mi boca no va a salir. —Me tranquilizó Aitana.

—Últimamente no salen muchas audiciones y esta vino pisando fuerte. Llevo toda la semana documentándome, sacando partituras y ensayando con el piano.

—Las canciones son espectaculares —contó Olivia.

—Pues mucha mierda, amiga. Recuérdamelo cuando lo hagas que de aquí a un mes con todas las cosas que tengo en la cabeza ya se me olvidó.

—Si sale mal no digo nada. —Sonreí y di un sorbo a mi copa de vino.

—Pues brindo porque salga bien.

Las cuatro chocamos con nuestros vasos en el centro y bebimos.

—No sé si os habéis dado cuenta del detalle que habéis pasado por alto... —insinuó Candela.

—¿El qué? —preguntaron a la vez.

—Que ha hablado con Hugo —contestó resuelta.

Aitana se giró a mirarme al igual que lo hizo Olivia, y eso que ella sabía la mitad de la mitad de toda la historia. Nota mental: contarle en algún café distendido la continuación, esa secuela que ya acabó.

—Solo me llamó para animarme el día que fuisteis a las colchonetas —aclaré quitando importancia.

—Qué mono, de verdad, el pobre ejerce de psicólogo de todas nosotras, y eso que es ginecólogo.

Aitana y yo asentimos con una sonrisa.

—Tiene mucho tacto, empatiza demasiado, cosa que no sé si es buena o mala, porque se lo lleva todo a casa y bastante tiene él ya con su propia mochila como para querer aliviar el peso de las nuestras —dijo su hermana—, pero él es así, le sale solo.

Era cierto, Hugo sabía escuchar y dar consejos muy válidos, supongo que del dolor todos aprendemos y sacamos lecciones, lo malo era que, como decía Aitana, cuando intentamos aliviarlo en los demás, somos capaces de descuidarnos a nosotros mismos.

—¿Por qué dices lo de su propia mochila? —inquirió Candela.

Aitana suspiró y apoyó en la mesa la copa de vino que sostenía.

—Nena, se va a casar porque cree que es lo correcto y no puede tener hijos. ¿Te parece ligera la mochila?

Candela y yo nos atragantamos simultáneamente. Ella con la bebida y yo con una croqueta que dejé a medias en el plato mientras Olivia me daba palmaditas en la espalda.

—¿Cómo que Hugo no puede tener hijos? —preguntó Candela de la manera más sutil que estaba a su alcance.

—La naturaleza, que es caprichosa y con él decidió que fuese así.

Mi amiga y yo nos miramos con los ojos bien abiertos ante la sorpresa.

—No, no puede ser —pronuncié titubeante.

—Si se entera de que os he contado esto me mata. Más vale que seáis dos tumbas o que se os olvide con unas cuantas copas más.

—¿Estás segura de eso, Aitana? —insistí con un nudo en el estómago y ella asintió con convicción.

—Carolina y él intentaron... ya sabes, y no funcionó. Un amigo médico de ella le hizo las pruebas y el resto, pues eso.

—Me estás dejando fría —confesé.

—¿A ti nada más? —añadieron a la vez Olivia y Candela.

—Bueno, se supone que estamos aquí para pasarlo bien, ¿no? Pues que rulen esos buñuelos.

Recuperamos el ritmo de la conversación, aunque Candela y yo cruzábamos miradas intentando digerir todo lo que nos acababa de contar Aitana, esa a la que quizá también le faltaba un filtro porque lo que confesó podía acabar en desastre.

—Nuria está en modo pesado con la boda, y mira que tu hermano tiene paciencia.

—¿Cuándo se casaba tu hermano, Ale? —me preguntó Olivia.

—A mitad de octubre. El diecisiete si no me equivoco.

—Entonces todavía le queda tiempo a tu cuñada.

—¿Adivina dónde va a buscar su vestido de novia? —Miré a Aitana interrogante—. ¡A mi tienda!

—¡No me digas! —exclamé contenta.

—Está esperando a que bajes para que vayamos con ella —me recordó Candela.

—Lo sé, bajaré pronto, lo prometo.

—Vaya, este año la cosa va de bodas —señaló Olivia.

—Sí, pero yo a la de Hugo no voy.

—¿Cómo que no?

—Cuando pueda que te cuente la segunda parte de la historia —mencionó Candela.

—Yo creía que os llevabais bien.

—Y nos llevamos bien, es más complicado que eso.

Aitana y Candela hicieron una mueca sin querer entrar en más debate porque tanto la una como la otra seguían fieles a la idea de que el destino cruzó nuestros caminos por alguna razón, sin

embargo, debían darse cuenta de que el tiempo les estaba diciendo que el motivo por el que se juntaron no era el que ambas creían.

Terminamos de cenar, y aprovechando el culo de la segunda copa de vino, decidimos pedir de postre pastel de limón y volcán de dulce de leche. Olivia nos hizo ojitos cuando el camarero dejó los dos platos sobre la mesa y la animamos a que fuese ella la que le hincase primero el diente.

—Mmm... están buenísimos los dos. Alma lo ratifica. —Nos reímos y probamos nosotras también.

Salimos del restaurante tarde, levantamos el trasero cuando vimos que los camareros ya estaban recogiendo la sala y solo quedábamos nosotras y otro grupo más. Caminamos por aquel barrio que siempre tenía vida y que cuando llegaba el buen tiempo parecía que tenía más luz. Entramos a uno de esos bares de cócteles cuyas luces eran tenues y una de sus paredes de ladrillo estaba decorada con un neón que decía «Margarita se llama mi amor». El ambiente era bueno y nos sentamos en una mesa que justo dejaban libre unas chicas.

—Deberíamos vivir en una primavera perpetua —opinó Aitana observándolo todo—. ¿No tenéis calor?

Negamos con la cabeza.

—Tú despechúgate si es lo que quieres —la animó Candela y nos reímos.

Aitana subió las mangas de la camisa hasta sus codos y se abrió uno de los botones del escote. La camarera llegó, yo me pedí ese mai tai y Olivia se decantó por una mimosa sin alcohol. Candela y Aitana apostaron por algo más fuerte y se pidieron un *frozen* margarita con extra de tequila.

—Lo mejor es beber poco pero consistente —aseguró Candela justificando ese extra.

Había un grupo de chicos, al parecer de una despedida de soltero, que estaban bastante animados. No llevaban disfraces ridículos, aunque ese «el divorcio también lo vamos a celebrar» que sonaba de vez en cuando, fue determinante para saberlo.

—Aitana, el moreno de ojos verdes te está mirando. —Atisbó Olivia que estaba de frente.

—Uf, paso, qué pereza.

—Pero si no lo has visto —le dije.

—Yo termino la noche con quien la empiezo —concluyó tajante. Candela y yo nos echamos a reír y ella se unió a nuestra risa a sabiendas de que no era verdad. Olivia se lo imaginó y también rio—. Últimamente me dan mucha pereza los tíos.

Uno de los chicos del grupo tocaba la guitarra y tenía prácticamente a todas las mesas animadas: gente bailando y pidiendo canciones, incluso el camarero quitó la música de ambiente para que lo escuchásemos. Candela se atrevió a ir a hablar con el chico, le susurró al oído una canción y lo vimos sonreír. Poco después volvió moviendo la cadera y me animé a bailar con ella cuando escuchamos aquella canción de Estopa. Aitana se levantó de seguido y saqué a Olivia también que se atrevió con aquel palmeo que estaba sonando casi al unísono en todo el bar. Bebimos, seguimos bailando, vociferamos la letra de aquella canción y de las siguientes, aunque no nos las supiéramos bien, nos reímos y vivimos una de esas noches de magia que nos brindó Madrid con sus luces y los acordes de una guitarra.

Capítulo 5

«Estrellas perdidas»

Estaba sentado, quieto, mirando las agujas del reloj que tenía en la pared del televisor. El segundero hacía ruido, tanto que dejé de escucharlo cuando me perdí en mis pensamientos. Era una especie de analogía: el tiempo pasaba mientras parecía que yo estaba estancado. No sé si esa era la palabra exacta, pero desde que decidí seguir con mis decisiones y vi a Alejandra coger aquel tren, porque sí, la vi cruzar el umbral de la estación entre tanta gente, era como si un vacío se hubiese instalado. Quizá me lo merecía por cobarde, pero no es fácil tomar la decisión de dejar a alguien que sabes que quieres por intentarlo con una persona que quisiste y que de repente vuelve. Quizá también porque no conocía bien a la Alejandra de casi veintinueve años, yo me quedé en la de veintitrés. Pensé incluso que me estaba quedando en los recuerdos, esos que siempre llevaría conmigo; en todo lo que una vez sentí por ella, pero escucharla reír siempre me llevaba a no querer soltarla, a acompañarla fuera cual fuese su destino, y esa risa no había cambiado. Tampoco lo que me hacía sentir.

Mi parte sensata seguía con la idea de casarse, la idea terrenal, la racional, y no iba a cambiar de parecer porque el destino, de una manera u otra, también hizo que Carolina se cruzase en mi camino. Pensaba que, si me tenía que equivocar, el tiempo, el cosmos, las leyes que rigen el universo o Dios, si es que existía, me pondría a prueba y, entonces, yo lo sabría. Por el momento nada de eso ocurrió.

Carolina dormía profundamente en la habitación, había llegado cansada de uno de sus viajes y se disculpó por acostarse pronto. No le di importancia y salí a la terraza a fumar. Respiré hondo con la primera calada, la retuve y exhalé. Cogí el teléfono y lo desbloqueé, abrí la conversación con mi hermana y la foto que me mandó. Allí estaban ellas riéndose a carcajadas, con una copa en su mano, mirando a la nada y al todo, con los labios y la piel brillantes seguro que de bailar y pasarlo bien. Ellas siempre supieron hacerlo fácil, conectaron desde el primer momento, fueron compañeras, cómplices de las noches en Madrid, y entendí que por muchas cosas que hubieran pasado, su relación volviese a ser como la de antes. Tuvieron la capacidad de pensar en ellas como únicas y volver a recuperar lo que perdieron porque seguían necesitándose. A veces tenían ideas tan parecidas que daba miedo, también me daba miedo que la kamikaze de mi hermana arrastrara a Alejandra a la locura, aunque lo cierto era que, igualmente, ella llevaba la locura consigo. Era como si ambos hubiésemos retomado el espacio que dejamos en la vida del otro años atrás, especialmente con las relaciones, porque a mí me pasó exactamente igual con Óscar y ahora también con Lucas.

Di la última calada al cigarro y escribí.

Hugo:

Me gustaría saber de qué os estáis riendo.

Aitana:

¿Todavía estás despierto?

Hugo:
No puedo dormir.

Aitana:

Seguro que estás fumando, así que déjalo ya y acuéstate. Yo hago todas las cosas inmorales por ti.

Me reí y sacudí la cabeza.

Hugo:
Me parece perfecto.

Aitana:

Deberíamos juntarnos alguna vez y hacer un remember.

Hugo:
Deberías dejar el móvil y disfrutar del que estás haciendo tú.

Aitana:

Ay, qué musstio.

Hugo:
Pasadlo bien, enana.

Aitana:

Te quierooo.

El sábado, Carolina se levantó contenta, enérgica y con citas a las que acudir por todos esos flecos que quedaban para la boda. ¿Lo peor?, que yo tenía que ir también y después de haberme acostado a las cinco de la mañana estaba todo lo contrario a ella: resacoso y cansado. Se abrazó a mi cintura y comenzó a hacer cosquillas sobre mi costado.

—Si sigues así voy a volver a quedarme dormido.

—Y no queremos eso, ¿verdad? —Mordió el lóbulo de mi oreja y siguió arrastrando su boca por mi cuello.

—Carolina... —la avisé, pero siguió con su juego—. ¿A qué hora es la primera cita?

—Tenemos tiempo suficiente.

Me puse bocarriba, tapé mis ojos con el antebrazo y me centré en el tacto de sus mullidos labios sobre mi piel que estaba despertando mi instinto más primario. Deslizó su boca por mi torso, agarrando con sus manos la base de mi cuello y arrastrándolas a su paso. Bajó hasta mi vientre, se entretuvo en perfilar el abdomen con la yema de sus dedos y eché la cabeza hacia atrás cuando finalmente agarró mi miembro, lo agitó unas cuantas veces en su mano y se lo introdujo en la boca.

—Sigue —pedí con la voz ronca y ella sonrió con lascivia.

Apoyé mi mano levemente en su cabeza y levanté las caderas cada vez que volvía a acometer con sus labios. Agarré su pelo para ver su excitación y lancé un bramido al aire que la alentó. Succionaba desde el principio de mi erección y después deslizaba el tronco por su garganta repitiendo los movimientos mientras alternaba el ritmo.

—Nena, me voy a correr —la avisé para que lo supiera.

—Termina, vamos, hazlo —me animó mientras continuaba y exploté en su boca en dos largas veces. Me miró antes de tragar, pasó la mano por el dorso de su boca y la levanté para besarla.

El sabor de su boca era salado, mis labios buscaron voraces los suyos y nuestras lenguas comenzaron a jugar sin compás alguno. La cogí de la cama y la llevé al baño, abrí la mampara de la ducha junto al grifo y nos introduje en ella. Los tirones de sus manos enredadas en mi pelo me avisaban de que ella me estaba esperando. La apoyé contra los azulejos, mis manos agarrando sus glúteos la sostenían y solté una de ellas para introducirme de una estocada. Gruñí en cuanto nuestras pieles calientes se sintieron y comenzó el vaivén de mis caderas a arrancarle esos leves jadeos que sonaban en mi oído.

—No pares, Hugo, más fuerte.

Carolina metió su mano entre los dos para acariciarse e intentar acelerar aquel orgasmo. Hice lo que me pidió, aunque mis brazos comenzaron a flaquear, y minutos más tarde se corrió en silencio, su cuerpo tenso y después desmadejado me lo hizo saber. La dejé en el suelo, me sonrió y se apoyó en mi pecho cuando la abracé. Dejé un beso en su sien y terminamos aquella ducha.

Los sábados, el centro de Málaga estaba abarrotado. Fuimos a una floristería, a la joyería a recoger las alianzas, a una tienda que tenía mil detalles en la que Carolina se entretuvo y a mí me desesperó un poco. ¿Sabíais que existían tapas para que los tacones no se hundieran en el césped? ¡Por Dios! No sabía ni qué hora era cuando salimos de allí, lo único que sabía era que necesitaba una cerveza bien fría para aguantar aquel calor. Era como los extranjeros cuando venían aquí, moría por una caña al sol. Anduvimos hasta Casa Lola, esperamos media hora a que nos llamaran y, cuando finalmente nos sentamos, respiré aliviado.

—Ya sé que ir a los sitios es una especie de tortura china para ti.

Esbocé una sonrisa y la miré.

—¿Tapas para tacones? ¿En serio? —dije sin salir de mi asombro y me miró sonriente.

—En serio, a mí no me gustaría que el tacón de mis Jimmy Choo se llenase de barro.

—¿Jimmy Choo? —Agradecí que el camarero dejara la bebida y di un sorbo con los ojos cerrados.

—Jimmy Choo y lencería de La Perla.

—Intentaré estar a la altura de la ocasión, llevaré unos calzoncillos de encaje — bromeé y ella se rio.

—¡Qué tonto! Vamos a pedir, que ir de compras me abre el apetito.

Pedimos lo que ella quiso y unas patatas bravas que yo no perdonaba cada vez que me sentaba en aquel bar. Me habló del fin de semana en Milán, de las invitaciones que ya había dejado a sus amigas de allí y de lo mal que lo pasó en el vuelo de vuelta por las turbulencias.

—¿Has hablado con tus amigos de la despedida de soltero?

—¿No se supone que eso debería ser una sorpresa?

—Cuántas películas has visto tú. —Arqueeé las cejas sin entender y siguió hablando —. Nosotras nos vamos a ir a Santorini, hemos alquilado un catamarán.

Me llevé las manos a la cabeza y mesé mi pelo. ¿Santorini? ¿Catamarán? ¿En qué momento nos tocó la lotería y yo no lo sabía?

—¿Crees que vendrá bien? Ya sabes, con todos los gastos...

—Hugo, no te preocupes por el dinero —sentenció.

Sabía que Carolina cobraba el doble de lo que yo lo hacía. No obstante, seguía sin acostumbrarme a que me hablase de esos lujos, era como si su vida conmigo fuese una y cuando salía de aquí llevase otra paralela que me generaba cierta incertidumbre porque no la conocía, aunque a fin de cuentas confiaba en ella y en su criterio, siempre creí que sabía lo que hacía.

Cuando terminamos de comer paramos en una heladería italiana para que se comprara un helado y lo compartimos mientras dábamos un paseo por la calle Larios. Rodeé sus hombros con mi brazo y hablando de cualquier cosa llegamos hasta el puerto. Lo que más me gustaba de aquella ciudad era el mar, incluso poder encontrarlo a unos metros de la urbe era... reconfortante. Un sonido que traía calma, sosiego y que tenía el mismo efecto en todo aquel que se paraba a verlo, a escucharlo a, simplemente, apreciar donde se encontraba. Echaba de menos Madrid, sí, pero la vida allí era estresante, el ruido lo inundaba todo y aquí podía encontrar esa paz prácticamente en cualquier lugar.

Volvimos sobre nuestros pasos cuando la conversación se agotó y convertimos nuestras manos entrelazadas en un silencio. Llegamos hasta el coche y después a casa donde ambos nos tumbamos, yo para intentar descansar, y ella para seguir con sus innumerables to do's, como ella los llamaba, de su agenda.

Una hora más tarde decidí levantarme del sofá e ir al gimnasio mientras ella seguía enfrascada en su ordenador y con el cuaderno al lado tachando y apuntando cosas.

Salí hacia el dormitorio, me puse la ropa de deporte y cogí la bolsa que dejé preparada el día anterior y que se quedó en el mismo lugar porque me faltaban fuerzas para levantar algo que no fuese el mando de la tele. Me despedí de Carolina con un beso y anduve hacia el gimnasio con los auriculares puestos y una canción de los Foo Fighters resonando en mis oídos; tanto era así que hasta que no escuché el claxon de un coche justo a mi lado no me di cuenta de que intentaban llamar mi atención.

—Coño, Hugo. ¿Estás sordo? —Luis se quejó poniendo las luces de emergencia, me quité uno de los auriculares inalámbricos y se lo enseñé—. Venga, sube.

—Voy al gimnasio.

—Y yo también.

Asentí, abrí la puerta y me senté.

—No sé para qué tienes un coche familiar si luego la cagas tanto con las tías.

—Podría tener hijos solo perfectamente, cumplo un montón de requisitos: tengo trabajo, coche y casa propios.

—Sí, el problema es que los procesos de adopción son muy largos y que tu nivel de seriedad y compromiso emocional no es superior al de un adolescente.

—Lo estoy trabajando.

—Espero que no sea con nadie de mi círculo. —Luis calló y se rio—. Dime que Candela otra vez no.

—¡Qué no! Dios, y si lo fuera, tú no eres su padre.

Suspiré porque llevaba razón y dejé de sacarle de sus casillas. La verdad es que me divertía hacerlo porque tenía la mecha muy corta y se encendía con cualquier cosa.

—¿Carolina bien? —me preguntó.

—Sí, todo bien.

—¿Cuándo piensas ir a comprarte el traje de pingüino? Porque si la respuesta es cuando te decidas, yo te diré que entonces eso nunca ocurrirá.

Era cierto que no estaba decidido porque yo jamás quise una boda. No creía que fuese necesario prometer amor delante de tanta gente. No creía en esa unión hasta la muerte porque el matrimonio no hace a dos personas eternas por mucho compromiso que suponga. Siempre pensé que el amor era construir, equivocarse, avanzar y retroceder; acompañar a la otra persona en sus metas, compartir algunas y dar alas. Y si eso no se aprende con el paso del tiempo, un papel firmado no iba a enseñártelo.

—Ya sabes lo que pienso de todo esto, pero no, no puedo retrasarlo más.

—Vamos a cuadrar un día en el que podamos los dos y listo. —Palmeó mi brazo en señal de apoyo.

—¿Piensas venir conmigo?

—Soy tu mejor amigo, quién si no. —Sonreímos y poco después aparcó cerca del gimnasio.

Cogimos las toallas y las botellas de agua, dejamos las bolsas en la taquilla y entramos a la sala de máquinas. Todo estaba tranquilo, no a todo el mundo se le ocurría entrenar el sábado, los fines de semana solían ser esos días de cheat meal para después volver el lunes con remordimiento y pasar en la cinta el tiempo proporcional a las calorías ingeridas. Estuvimos hablando con uno de los monitores de la sala mientras nos turnábamos en las distintas series y cuando terminamos sudamos un poco corriendo cada uno con una música y velocidad diferente.

De vuelta al coche, su teléfono no paraba de vibrar en señal de recibir mensajes.

—¿Has quedado hoy? —le pregunté y él me miró extrañado—. Digo porque no para de sonarte el teléfono.

—Ah, nada. Llevan llamándome de una agencia de seguros unos días para que cambie el mío —se inventó y puse los ojos en blanco.

—Me parece perfecto que no me quieras contar nada, pero no uses una excusa de mierda.

—Es una chica, me lie con ella hace dos semanas y... yo qué sé —resopló y se mesó el pelo.

—¿Yo qué sé? ¿De verdad?

—Me gusta y es complicado.

—No me esperaba otra cosa viniendo de ti, lo único que te digo es que pienses bien lo que quieres ahora y que hables, a ser posible sin meter lengua, para que sepas lo que espera ella. Ya sabes que lo de hacer daño a veces puede acabar rebotando. —Hice alusión a lo que pasó con Candela y él asintió.

Luis se colgó de ella como hacía tiempo que no le había pasado, y aunque quiso esperarla, vio como con las semanas ese futuro no llegaba, lo que le llevó a volver a hacer lo que quería en cada momento. Que me pareció bien, porque Candela necesitaba otras cosas y las palabras de Luis eran eso, palabras, aunque sé que lo que le pasó había sido una bofetada de esas que no esperas y que le estaban ayudando a cambiar. Al final parece que todos cambiamos a base de eso, de bofetadas.

Capítulo 6

«Hoy no me puedo levantar»

La noche, la noche confunde, hace que le demos a la cabeza vueltas de más o de menos, según con quién y dónde nos encontremos. Aquella noche nos trajo canciones, recuerdos, reencuentros e hizo que estallásemos en carcajadas y que nos sonrojásemos por la poca vergüenza que nos quedaba cuando estábamos juntas.

Salimos de aquel garito después de habernos hecho «amigas» del grupo de chicos que estaba de despedida. A decir verdad, casi nos dio tiempo de llevarnos a todo el bar en una nueva lista de conocidos que al día siguiente no recordaríamos. Y es que de tanto bailar, vociferar y pedir cócteles y canciones, nos convertimos en una especie de animadoras de hotel trasnochadas.

La vuelta a casa se nos hizo muy muy larga. Candela se negó a que pidiésemos un Cabify porque decía que si se montaba iba a potar y que seguro que al conductor no le quedaban botellitas de agua para ofrecer a esas horas. Las demás aceptamos de buena gana porque Candela pasada de copas, mareada y en un taxi potando y pidiendo ocho veces una botella de agua no era como queríamos acabar la noche.

—«Ritmo, ritmo de la nocheee». —Canturreé y Candela me acompañó con una especie de baile descoordinado.

—Me voy a quitar los zapatos —avisó.

—Ni se te ocurra.

—Alejandra —trastabilló al pronunciar—, parece que voy andando sobre guijarros. ¿Alguna vez has andado sobre guijarros?

Olivia, que iba agarrada a mí, me miró aguantándose la risa y yo me mordí el labio tratando también de hacerlo.

—No.

—Pues duele, duele muchísimo.

—Aguanta un poquito más que ya llegamos —le dijo Aitana que iba también contenta—. Siempre diva, nunca indiva.

Candela explotó en sonoras carcajadas y se paró en mitad de la calle. Estuvo callada un momento, no sabíamos si seguía riendo o lloraba hasta que, finalmente, habló.

—Se me escapó, os prometo que se me escapó.

Paramos todas y la miramos mientras ella seguía riendo sin poder parar.

—Sí, el pavo corriendo. Mira, allí va, cruzando el paso de peatones —se mofó Aitana.

—No, gili. Se me escapó el pipí.

Miré su pantalón inmediatamente y, por suerte, no vi ninguna mancha.

—Vamos a aligerar o esto acabará en tragedia —advertí.

—Olivia no va a querer salir más con nosotras —dijo Candela—. Te prometo que no somos alcohólicas, solo nos gusta tomar una copita de vez en cuando.

—¡No digas eso! Me lo he pasado muy bien.

—Me pesa todo el cuerpo —se quejó Aitana—. Mañana va a levantarse Rita.

—¿La cantaora? —siguió mi amiga.

—Exactamente.

—¿Qué cantarías esa mujer? ¿La habéis escuchado alguna vez? —Se puso a filosofar y se

perdió en ese hilo de pensamientos que no sé dónde la llevó—. Recuérdame que mañana lo busque en Wikipedia.

—¿De verdad que mañana tengo que ir a trabajar? —continuó lamentándose.

—Yo tengo hambre —confesé intentando distraerla.

—Yo también —secundó Olivia—, me comería unas patatas del McDonald's.

Llegamos a mi apartamento atropelladamente, nos quitamos los zapatos subiendo las escaleras y cuando entramos, desfilamos a la ducha de una en una antes de acostarnos porque desprendíamos un olor que era mezcla de alcohol y del resto de nuestros perfumes.

Eran cerca de las seis de la mañana cuando nos despedimos hasta dentro de unas horas. Olivia y yo dejamos a Aitana y a Candela decidiendo el lado del sofá que iba a ocupar cada una cuando cerramos la puerta del dormitorio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Ha sido una noche perfecta, tienes mucha suerte de tenerlas.

—Y a ti, Oli, también tengo suerte de tenerte.

—Alma, la tía Alejandra perrea de muerte y no se le cae ni una gota de la copa.

Me reí y le guiñé un ojo.

—Soy una mala influencia y aún no salió de la barriga. —La miré mientras Olivia se ponía un aceite sobre la piel y sonreí—. No probarás el alcohol hasta los dieciocho —le dije y nos acomodamos cada una en un lado de la cama.

—Hasta dentro de unas horas.

—Buenos días.

Nos reímos y después solo se escucharon nuestras respiraciones cada vez más pausadas.

Me desperté y evalué mi estado: tenía un gusto amargo en la boca, un dolor latente en las sienes y el cuerpo como si me hubiesen atropellado, que nunca me pasó, pero supuse que sería un dolor similar. Olivia seguía durmiendo y mi móvil había sonado unas cuantas veces, lo sabía porque en mi inconsciente más consciente lo había escuchado. Me levanté sin hacer ruido y fui al baño, me lavé la cara con agua helada, agarré aquella maraña en un moño, cogí el móvil y salí de la habitación. Aitana se había ido ya, el reloj de la cocina marcaba las once y Candela estaba mirando su teléfono tumbada en el sofá.

—Hola —saludé en silencio y me tumbé a su lado.

Ella me recibió con un beso y una sonrisa sin decir nada.

Desbloqué mi teléfono, encontré tres llamadas perdidas y un mensaje de Matías.

Matías:

Alejandra, ¿estás bien?

Estoy un poco preocupado, llámame o escríbeme.

Me llevé la mano a la cabeza y salí al pequeño balcón para hablar con él. Marqué su número y unos tonos después me recibió su voz cálida.

—Hola.

—Estás viva —comprobó al escucharme.

—Bueno, aún estoy evaluando la situación. No te avisé ayer, soy pésima para estar atenta al teléfono y me dejé llevar por la emoción.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó y caí en que no le había contado nada.

—Candela y Aitana vinieron a verme y salimos también con Olivia. Ya sabes, noche de chicas.

—Me alegro de que viniesen, seguro que lo pasasteis como vosotras sabéis —declaró contento.

—Ni te imaginas. Hemos dormido poquísimo.

—Tómate un ibuprofeno, anda, seguro que te martillea la cabeza —me aconsejó a sabiendas de cómo me afectaba beber incluso dos miserables copas de vino—. Esa tolerancia al alcohol tuya... — Se rio y yo hice lo mismo.

—Lo sé, debería hacérmelo mirar.

—¿Vais a comer fuera? Podemos ir a aquel italiano que te comenté.

—Uhm... Pasta y pizza para combatir la resaca. Deja que nos despertemos y te aviso.

—Perfecto, voy a llamar para reservar.

—Eres el mejor. Hasta luego —me despedí contenta y colgué.

Entré de vuelta al salón y zarandeé a Candela que se encontraba entre el inframundo y el mundo de los mortales.

—¿Era Matías?

—Sí. ¿Comemos todos juntos?

—Me apunto. Aitana no puede venir, me avisó en un mensaje de que come con los del taller.

Nos espabilamos y fuimos hacia la barra de la cocina a preparar el desayuno que nuestro estómago demandaba a base de ruidos.

—¿Te dije yo que Carolina guardaba algo o no?

—No quiero hablar ahora de eso, es cosa de ellos.

—¿De verdad vas a dejar que Hugo siga creyendo que no puede tener hijos?

—A lo mejor fue algo que le pasó después.

—Alejandra, ¿de verdad?

Olivia apareció por el marco de la puerta del salón y cesamos aquella conversación. Candela preparó zumo de naranja, tostadas francesas y unos gofres caseros en los que contribuí moviendo la masa y cortando algo de fruta. Nos sentamos las tres en la barra de la cocina rememorando algunos momentos de la noche y nos reímos mientras comíamos.

—Esto está de muerte —alabó Olivia—. ¿No has pensado nunca en abrir una cafetería mona o algo así?

—Sí... lo he pensado alguna que otra vez, pero ya sabes: «Del dicho al hecho, hay un trecho».

—Se encogió de hombros y siguió comiendo.

Miré a Olivia y me encogí de hombros también.

—Disfruta del desayuno, esto solo ocurre los días posfiesta —la animó mi amiga.

—Oye, Matías me llamó para que fuésemos a comer todos juntos, llama a Iván y dile que se venga.

—¿Sí?

—Oh, me encantará ir de sujetavelas —apuntó Candela—. Yo y el amor es que somos incompatibles, ¿sabes, Olivia?

—Al contrario que el drama y ella, que siempre van de la mano.

—Ya será para menos —le contestó Olivia—. Hay cosas que ocurren cuando menos te lo esperas.

—Será ese el problema, que espero a un vikingo y nunca va a llegar —añadió con sorna y le di un pellizco en el brazo—. ¡Ay, coño!

Terminamos de desayunar y nos turnamos en el baño para volver a ducharnos y arreglarnos. Me puse un *mom jean* con un top verde agua de manga corta, las Converse y una chaqueta vaquera. Mis amigas también se vistieron cómodas, especialmente con respecto a los pies, que aún palpitaban de dolor en recuerdo de las horas anteriores. Pitaron al telefonillo y abrí, Iván llegó sonriente y me plantó un beso en la mejilla, sonreí también y le animé a pasar. Cuando vio a

Olivia la besó y acarició su barriga susurrando algo.

—¿Qué tal la noche? —preguntó.

—Genial, mira —le indicó—, ni rastro de ojeras.

—Hombre, nos compramos un corrector de veintitrés euros, como para que encima se nos notasen. —Nos reímos—. Ayer Olivia se desmelenó —le chivé—. Ni gotita de alcohol, pero las canciones de Estopa tuvieron el mismo efecto.

—En vuestra salsa.

—¡Hola! —saludó Candela.

Estuvimos hablando un rato hasta que Matías me avisó de que nos estaba esperando y bajamos. Ví su coche aparcado en segunda fila y con las luces de emergencia encendidas, aparcar en aquella calle era prácticamente imposible, y corrimos hasta entrar en el coche. Dejamos que Olivia se sentara en el asiento del copiloto para que fuera más cómoda y el resto entramos atrás.

—¿Qué tal la resaca? —preguntó Matías todo sonriente. Me miró por el espejo central y le guiñé un ojo con complicidad.

Estaba muy guapo, su pelo lucía un poco más claro con los rayos del sol, iba algo despeinado, y los cristales oscuros de las gafas tapaban sus ojos claros. Observé sus muslos enfundados en aquellos vaqueros y vi que también llevaba puestas sus Converse.

—Maravillosamente. —Se adelantó Candela—. Ahora podemos cogernos otra tajada si queréis.

—No nos pillamos ninguna cogorza, íbamos contentillas.

—Uy, uy, uy, qué mentirosa. ¿Te tengo que recordar que te pusiste a hablar francés con el camarero para que nos hiciera un dos por uno?

—Es que aquí es carísimo emborracharse como no sea a chupitos, y yo paso, que ya sabes cómo me sientan.

—¿Hablas francés?

—Borracha habla hasta lenguas muertas.

Una carcajada resonó en el coche y desviamos la conversación hacia un tema más amable que no implicase contar nuestras hazañas nocturnas. Veinte minutos después conseguimos aparcar, bajamos del coche y anduvimos hacia el restaurante. Matías agarró mi antebrazo levemente para retrasar mis pasos y rodeó su cintura mientras él dejaba un beso en mi sien.

—Se te olvida algo —me susurró.

Paré un momento y hundí mis manos en su pelo para acercarlo a mí, cuando estuvo a la altura de mis labios, mordí su boca y le besé. Matías esbozó una sonrisa lasciva y pellizcó mi trasero. En cuanto nos separamos, volvimos a retomar la marcha y alcanzamos al resto. Aún se me hacía raro entrelazar mis dedos con los suyos y caminar por la calle, era un gesto simple, algo que incluso sucedía por inercia o la necesidad que tienen en ocasiones las pieles de tocarse, pero era algo a lo que yo no acostumbraba, no me acostumbraba a que mi mano casase con la de alguien más.

Entramos al restaurante, dimos el nombre de la reserva y nos condujeron a una mesa grande de madera donde cada silla era diferente. Ocupamos cada uno un sitio y pedimos al camarero nuestras bebidas, esta vez Candela y yo acompañamos a Olivia con una Coca-Cola.

—¿Tú no decías que ibas a volver a las andadas? —provocó Matías a mi amiga y esta le miró desafiante.

—Ponme una cerveza como la de ellos —pidió y le devolvió la mirada con cierta chulería—. A beber cerveza no me ganas, se nota que eres demasiado *fitness* hasta para las revistas.

Nos reímos del comentario de Candela y miramos las cartas. Candela me pidió que

compartiésemos una pizza y un plato de pasta como casi siempre hacíamos cada vez que íbamos a un italiano, y yo lo agradecí porque tenía ganas tanto de una cosa como de otra. Comimos mientras Matías nos contaba batallitas del trabajo y mis amigas le preguntaban curiosas. Le hicieron un interrogatorio, al menos, de cinco páginas, y entre esa charla los botellines de cerveza también se sucedían.

Cuando terminamos y llegamos al postre, un chico moreno, alto y con unos ojos azules de escándalo se acercó a la mesa. Supe que a Candela le había gustado por el pellizco que me dio en el muslo.

—Coño, Santana. ¿Qué tal? —preguntó Iván.

—¡Álvaro! Qué alegría verte —le saludó Olivia.

—¿Álvaro? Uh. Chao, pescao —masculló mi amiga y me llevé la mano a la cabeza.

—De verdad, vaya suerte —apunté.

El chico nos saludó amable a todos y, a mi parecer, también reparó en mi amiga, sin embargo, en cuanto ella escuchó el nombre, dejó de prestarle atención.

—Ahora tengo turno en el restaurante, voy a ver si tomo café.

—¿Por qué no te quedas y te lo tomas con nosotros? —solté y me mordí el dedo aguantándome el dolor por el pellizco, esta vez de monja, de mi amiga—. Dios, te voy a matar —le dije cuando me giré hacia ella.

El chico se encogió de hombros y nos desplazamos un sitio para que se sentase cerca de Olivia e Iván. Al parecer, Iván y él se conocieron por un amigo en común y se encontraban cada vez que salían con el grupo.

—Santana es jefe de partida en un restaurante de estrella Michelin, Candela.

—¿Y por qué me lo dices a mí? —contestó algo inquieta.

—Porque como comentasteis lo del desayuno y que te gustaba cocinar...

—Ah, sí, sí, calla.

—¿Cocinas? —le preguntó dirigiéndose a ella.

—Repostería —aclaró escueta.

—Entonces ¿cómo te llamamos? —pregunté confusa.

—Me suelen llamar por el apellido, hay dos Álvaros más en el grupo y así nos diferenciamos —explicó.

—Lo malo abunda.

—¿Perdón? —inquirió el muchacho tras haberla escuchado.

—Nada, nada. —Sonrió falsamente.

Hablamos con él mientras terminaba el café y, una vez lo hizo, se levantó y se despidió de todos.

—Encantado de conoceros. Nos vemos.

—¡Adiós! —contestamos al unísono.

Cuando se marchó dirigimos la mirada hacia mi amiga y esta encogió los hombros a la defensiva.

—Vaya, así es Candela cuando le gusta alguien: una mezcla entre adorable e hija del mal.

—Matías, que la tenemos.

—Su ex se llamaba Álvaro —conté.

—Bueno, se llama, que yo sepa está vivo, todavía no se le ha caído la chorra.

—Muchos años de relación. Infidelidad. Pillada —resumí sin entrar en muchos detalles y el resto lo entendió.

—Vaya, pues sí que es mala suerte. —Matías, que estaba a su lado, la apretó contra sí y esta

sonrió.

—Ya lo tengo superado, no te preocupes —dijo palmeándole el pecho y yo hice una mueca.

Lo tenía superado en cuanto al olvido, ya sabéis que aquello le dejó marcas al mismo tiempo que acentuó ciertas heridas que ella ya llevaba consigo, y aunque Candela estaba trabajando en ella misma, no se estaba dando cuenta de que hay ejercicios de curación que necesitaban ser llevados a la práctica para lograr cerrar un ciclo y empezar otro. De hecho, nosotras que éramos las que pensábamos que primero hay que quererse a uno mismo antes de comenzar una relación, no sabíamos que esa afirmación no era del todo cierta, que hay personas que, mientras aprendes a quererte, te acompañan, y quizá era momento de que mi amiga dejase la armadura que protegía su corazón un poco abierta y así pudiese entrar algo más de luz.

Capítulo 7

«Una noche para recordar»

Dicen que todos tenemos dos elecciones: estar llenos de miedo o llenos de amor. Elegir una u otra depende de nosotros, sí, pero hay actos difíciles de olvidar, situaciones que debemos superar y lecciones de las que necesitamos tiempo para aprender; así que sí, podemos llegar a estar llenos de amor, pero siempre pensé que para llegar a ese destino, también hemos de haber estado llenos de miedo en algún momento.

Candela anduvo contrariada desde que salimos del restaurante. No era fácil poner palabras a sus pensamientos, pero cuando llegamos a casa y nos quedamos a solas, quise saber qué era lo que estaba pasando.

—Sé amable contigo, no te castigues porque esas emociones sigan estando latentes, Cande.

—Es que es una mierda sentirse así por haber escuchado un jodido nombre.

—Te empeñaste tan rápido en decir que estabas bien, en salir de ahí, que quizá no te diste tiempo para estar mal y aceptar que aquello hubiera pasado. —Me senté en el sofá y ella vino a mi lado.

—Tienes razón —dijo con cierto pesar—. Parece que siempre la tienes.

—Sí, al habla la consejera del diablo.

—Siempre somos mejores dando consejos para los demás que para nosotros mismos.

—Ya, pero ¿sabes qué? Que por mucho que busques soluciones u opiniones fuera, tú eres la única que sabrá realmente lo que es mejor para ti porque los demás no vivimos lo que tú estás viviendo, no lo sentimos, no lo pensamos igual.

—Pues yo necesitaba mucho hablar contigo.

—Ya, y yo, pero sabes que lo que digo es verdad. Recuérdate que no importa las veces que caes, sino las que te levantas, y no importa si para ello necesitas tiempo.

Y es que en ocasiones nos precipitamos a solucionar problemas que necesitamos procesar, nos empeñamos tanto en quitarnos la pena pronto que se nos olvida que hay cosas que son difíciles de aceptar porque pueden romper esas ideas que teníamos sobre la vida o el amor. No nos permitimos sentirnos mal, como si fuese algo prohibido, y es el arma más poderosa que tenemos para conocernos a nosotros mismos, para saber de qué pasta estamos hechos, para resurgir.

—He pensado ir a terapia —confesó y le sonreí con franqueza.

—Haces bien, corazón.

Decidimos salir al balcón porque el sol llevaba unos días saludando y así llamar a Nuria para estar las tres juntas, aunque fuese a través de una pantalla. Apoyamos la espalda contra el cristal de una de las puertas y nos sentamos en el suelo con las piernas estiradas. Candela marcó con su teléfono y su cara salió en la pantalla en cuanto Nuria aceptó la llamada. Fue el trasto de mi sobrino quien le dio a la tecla verde y de pronto lo vimos corriendo por el pasillo de su casa llamando a su madre y al conejo simultáneamente.

—¡Mamá! Es la tía Candela, me voy, que Bebi se metió debajo de mi cama. —Soltó el teléfono en alguna superficie y unos segundos después mi cuñada lo cogió viéndonos a ambas descojonarnos por el recibimiento de Lucas.

—Pero bueno, si son mis estrellas favoritas. Dadme envidia y decidme que ayer brindasteis y bailasteis mucho.

—¿Qué llevas en la cabeza? Pareces la Mamá Juana —bromeó Candela y seguimos riéndonos.
—Acabo de salir de la ducha, mongola.
—Ay, sí, así me gusta, profesándoos tanto amor como siempre.
—Qué guapa estás, perra. Te sienta bien Madrid —observó y le mandé un beso en agradecimiento.
—La llaman la bien follada. —Le di un codazo a Candela y Nuria se rio.
—Tener un algo con alguien no significa estar todo el día como conejos, Candelaria.
—¿Ya empezamos, Alejandra?
—Ale tiene razón, tú es que hasta que no los matas, no paras.
—Lo de Luis fue una excepción, llevaba mucho tiempo sin chuscar.
—Ya, ya, bueno. —Nuria comenzó a andar y a llamar a mi sobrino—. ¡Lucas!
—El conejo se ha hecho caca debajo de la cama, huele a cebolla y no quiere salir —resumió enfurruñado.
—Hablando de conejos...
—Nuria le dio el teléfono y cuando nos vio a las dos su sonrisa se ensanchó.
—¡Tita! ¿Por qué está la tita Candela contigo?
—Ha venido a verme. Oye, estás muy guapo.
—Ayer fui a la peluquería con papá, salí enfadado porque me picaba todo el cuerpo. Se habían caído pelillos así —hizo un gesto minúsculo con sus dedos— por toda la espalda.
Las tres lo miramos con una sonrisa dibujada en nuestro rostro.
—¿Y Bebi? ¿Lo estás cuidando bien?
—Sí, pero no me hace mucho caso. Jugamos al escondite y si se hace caca fuera de la jaula mamá me regaña.
—¿Y el cole?
Me vi inmersa en esa serie de preguntas que típicamente se hacen para solo escuchar cómo me contaba cualquier cosa.
—Bien, ya sé leer frases.
—Entonces ya mismo me puedes contar tú los cuentos.
—Podemos leerlos los dos. —Hice una mueca con el labio inferior y le apreté la mano a Candela intentando aguantar esas lagrimas que amenazaban con escaparse—. Espera, tita —me dijo—. ¡Mamá! Esto está pitando.
—La batería. —Corrió hacia el salón y se sentó en el sofá para enchufar el móvil—. Listo. Como ves, todo en orden por aquí.
—¿Y Óscar?
—Turno de fin de semana. —Se encogió de hombros.
—Dile que me llame cuando pueda —le pedí y asintió.
—Nos vamos a dormir una siestecita —avisó Candela.
—¿A las seis de la tarde?
—Estamos molidas, Aitana viene en camino y dice que necesita airearse, así que tiene pinta de que saldremos otra vez.
—Pero hoy de tranquis. —Le ofrecí mi mano y pactamos.
—Joder, qué envidia, y yo a recoger cacas de conejo.
—Mira el lado positivo, no es un trñaco de perro.

Volvimos a reírnos las tres y nos lanzamos varios besos antes de colgar. Cumplimos con aquel rato de descanso a rajatabla, tanto que a alguna de las dos, hagan sus apuestas, se le cayó la baba mientras dormía. Fui yo la que se despertó primero cuando escuché el timbre y al abrir la puerta

me encontré a una Aitana que disimuló bien la paliza de anoche. Hasta que cruzó el umbral, claro.

—Mira esta —señaló a Candela—. Qué envidia, joder.

—Date una ducha y descansas un poco, aún son las siete —la animé y asintió.

Cuando Aitana salió del baño entré en el dormitorio mientras se cepillaba el pelo y me eché sobre la cama.

—¿Cómo ha ido?

—Sobre ruedas, venir aquí supone un alivio porque me doy cuenta de que todo va a ir bien, que no estoy sola en el trabajo.

—Tienes un buen equipo.

—De lo mejorcito. —Sonrió y se tiró al otro lado.

—Hemos hecho videollamada con Nuria y Lucas.

—Tú sobrino es genial. Hugo y él han hecho muy buenas migas.

—¿Sí? —pregunté intentando disimular mi interés.

—Es como si se conociesen de toda la vida. Un día nos preguntó que si Candela era su tía, que qué éramos Hugo y yo.

—Será cotilla. —Nos reímos—. ¿Y qué le dijisteis?

—Que éramos todos amigos. —Nos quedamos unos minutos en silencio y volvió a hablar—. Me probé el vestido para la boda, lo diseñé con una compañera del taller y ella me dijo que se encargaba. ¿Quieres verlo?

—Claro.

Traté de sonar como si el pellizco que atenazaba mi estómago no existiera cada vez que escuchaba la palabra boda. «Dios mío, Alejandra, piensa que lo estás haciendo bien», me dije.

Aitana me enseñó una foto de un vestido color buganvilla, largo, con unos tirantes finos y espalda cruzada. El torso era ceñido y fluida la caída del largo; me pareció precioso y me mordí el labio inferior.

—Es increíble, seguro que estarás guapísima.

—He pensado en meterle los complementos en plata vieja y el pelo no sé si lo llevaré suelto o recogido.

—Qué poco queda.

—Sigo esperando que no lo haga, que salga corriendo como en las películas americanas. Ya sabes, novio a la fuga.

—Aitana...

—¿Sabes cuando ves a alguien y estás convencido de que se va a tirar de cabeza a una piscina sin agua? No quiero que se estrelle, entiéndeme.

—Lo hago, pero confía en él. —Ella asintió dándome la razón.

Las palabras de Candela resonaban cada vez más fuerte en mi cabeza haciéndome sentir culpable por aquello que nunca tuve valor de contarle a Hugo.

—Bueno, entonces te gusta, ¿no?

—Me encanta.

Cuando Candela resucitó, nos arreglamos y, de nuevo subidas sobre zapatos de guerra, volvimos a la calle. Tapeamos en un bar a unas calles de donde vivía y de seguido decidimos tomar una copa tranquilamente en la terraza de un hotel. Cruzamos el vestíbulo y al llegar al ascensor, subimos a la última planta. Todo estaba ambientado con lucecitas de colores, el suelo era de madera y la noche batía una brisa agradable. Nos sentamos en una de las mesas altas que encontramos libre y unos minutos después, cansadas de ser invisibles a los ojos de los camareros, Candela y yo nos levantamos para ir a la barra, pedir y pagar de paso, así evitábamos que nos

liásemos de más.

—Qué ambientazo, me encanta esta ciudad. Podrías adoptarme.

—Mi casa es tuya, lo sabes.

—Tres *gin-tonics*: dos con tónica y uno con Seven up —pidió al camarero y esperamos a que nos los sirvieran—. Coge tú tu copa y yo cojo las otras dos, así no nos confundimos.

—¿Seguro? Vaya que te escoñes con los zapatos.

—Tira, venga.

Salí hacia delante y poco antes de llegar a la mesa la escuché maldecir en voz alta.

—Me cago en... —Mi amiga miró al suelo quejándose después de haberse chocado con un torso masculino y yo abrí los ojos al ver de quién se trataba—. ¿Tan ciego estás que no sabes mirar por dónde vas?

—Lo siento, Candela.

Su cara fue todo un recital de poesía cuando alzó la vista y se dio cuenta de que era él. En casos como estos mi abuela diría: «¿No querías caldo? Pues toma tres tazas».

—Te dije que llevaba yo la copa. —Medié y lo saludé.

—Ha sido culpa mía, deja que pague otra.

—No te preocupes, así bebemos menos y volvemos decentemente a casa.

Candela seguía un tanto confusa, no sabía dónde mirar y se aferró a las bases de los vasos. Seguro que quiso cavar un agujero en el que perderse unos minutitos.

—No pasa nada —musitó y lo miró.

—Tienes los pantalones mojados —le indicó.

—Se secarán con el aire, por lo menos son blancos, así nadie se me queda mirando la entrepierna.

Le quité una de las copas de la mano, me excusé para ir hacia la mesa y me senté junto a Aitana.

—¿Con quién habla Candela?

—Esta mañana, Iván, el novio de Olivia, se encontró con él mientras comíamos y nos lo presentó —expliqué—. Álvaro se llama.

—No jodas. —Asentí y dimos un trago a nuestra copa—. Tiene cuerpo de dios, ya podría llamarse Ares o Marte.

Me reí y los observé de soslayo. Creo que hasta vi a mi amiga sonreír.

—Le dicen Santana por el apellido.

—Conociendo a Candela seguro que se quedó con el nombre grabado a fuego en ese coco tan duro que tiene por cabeza.

—Se quedó como un palo cuando lo vio, quizá le gusta.

—Mujer, siendo objetivas, me atrae hasta a mí.

—Es guapo, ¿verdad?

Ambos miraron hacia nosotras y tratamos de disimular.

—Yo le daba.

Se me salió un poco de la bebida por la comisura del labio después de reír y rápidamente cogí una de esas pequeñas servilletas en color negro que hay en las mesas de todos los bares de copas.

Vimos a Candela despedirse de él con dos besos y se dirigió hacia nosotras mientras mordía su labio inferior.

—Perreo intenso con la mirada —le dijo Aitana utilizando el reguetón como metáfora para indicar que había atracción.

—Atrás, Satanás.

—No seas terca porque el muchacho no ha podido ser más agradable contigo.

—¿De qué estabais hablando? —inquirió cotilla.

—Me preguntó si era de aquí, ya sabes, el acento.

—¿Y?

—¡Pues qué le voy a decir! Que no, le dije que vine de visita —contestó escueta—. Insistió en pagar otra copa, pero me negué. Qué bloqueo más tonto, la Virgen.

Acaricié su antebrazo y le sonreí comprensiva. Aitana alzó su copa para que brindásemos y chocamos en el centro.

—Por nosotras.

—*Cheers*.

Un grupo compuesto por varios chicos y una sola chica como vocalista amenizó aquella noche con canciones tranquilas, nada de rumbas, sonaban en acústico muchas de esas canciones que solíamos escuchar en la radio. Tocaron aquella canción de Beret y Pablo Alborán y las tres comenzamos a cantar sin importar si quienes estaban en la mesa de al lado nos escuchaban. La letra hablaba de los sueños, quizá de ayudar a alguien a alcanzarlos o de acompañar en ese camino soportando el peso de los fracasos, puede que también hablase del amor o del tiempo. Me sentí libre pronunciando aquellos versos, balanceándome sutilmente con el aire revolviéndome el pelo y la voz de mis dos amigas acompañando la mía. La felicidad son esos momentos en los que sonreímos y no pensamos en nada, en los que somos quienes queremos ser y, muchos de ellos, si lo pensamos, están acompañados de una canción que les pone banda sonora.

Capítulo 8

«Pretendiendo»

Las despedidas son difíciles, suponen una distancia en el espacio, también en el tiempo, alejarte de una manera u otra de alguien. Hay varios tipos de despedidas: las que convertimos en un «hasta siempre», y van acompañadas de sensaciones amargas. Las que significan «nos vemos pronto», y que se hacen realidad, y las que puede que digan «te espero» y, en ese tiempo, que alguien realmente te espere o no.

Aquel domingo la despedida tuvo un sabor agrídulce, como cada vez que me apartaba de la que yo sentía mi familia. No voy a negar que llorase un poco, Candela me contagiaba siempre las ganas y dicen que cuando abrazamos lloramos más fuerte. Lo corroboro. Fue amarga por el adiós y dulce porque ellas lo hicieron llevadero con aquel «a ver cuándo bajas a visitarnos, perra», y porque me di cuenta de que, a pesar de necesitarlas tanto, era capaz de seguir y serle fiel al motivo que me llevó allí.

De camino a casa en el metro puse una canción que me pidió Candela que escuchase en esa vuelta. Busqué «Mía», de Belén Aguilera y presté atención a su letra. Llegando casi al final de sus versos me di cuenta de que aquello no era algo que típicamente hiciese ella y mis pensamientos me condujeron a él, quizá era un mensaje que me mandaba a través de la música y de alguien que nos importaba a los dos. Entendí que lo que quería con esa canción era transmitirme una especie de aliento; quería empujarme y ayudar a hacerme ver que el pasado ya fue y que dejase de escapar. Él abogaba por un «sigue a pesar de esos monstruos porque tienes más que ganar que perder», y yo también lo pensaba.

Abrí en mi teléfono la última conversación que tuve con él y comencé a escribir. No encontré la manera de darle las gracias y aún seguía saboreando la letra. Finalmente, no escribí nada, aposté por el silencio y esperé que entendiera que le daba las gracias por el espacio que me brindó para que siguiera pensando en mí.

Al llegar a casa me quité las Converse de mala manera y las abandoné en la entrada, dejé el bolso en el sofá, me agarré un moño y me senté con el móvil dispuesta a pedir comida a domicilio. No, no, nada de sushi ni de esos pokés que tan de moda estaban. Yo necesitaba una pizza grasienta y una Coca-Cola bien fría. Pedí la pizza grande, es un poco cerdo, pero me encantaba desayunar pizza al día siguiente. ¿Lo habéis probado con resaca? Por Dios, sabe a gloria; así que esperé a que llegara mientras hacía *zapping* en la tele.

Media hora después llamaron al timbre y di un brinco frotándome las manos. Era Matías, pero no pude mirar más que la caja de la pizza que tenía entre las manos.

—Me encontré al repartidor abajo, supuse que era para ti.

—No sé cómo me conoces tanto en tan poco tiempo. —Dejé un beso en sus labios y le quité la caja.

Se tropezó al entrar con una de las zapatillas que dejé y las colocó en el armario de la entrada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Se me pasará con media pizza y tu compañía. —Esbocé una pequeña sonrisa mientras abría la caja y sacaba dos vasos—. Dime que te quedas a dormir.

Asintió enseñándome su mochila y lo agradecí.

—Tengo un sexto sentido.

—Te faltó el chocolate o el helado —dije con sorna—. Me encanta comer helado cuando estoy triste.

—Lo apunto para la próxima.

—Eres muy bueno conmigo, Mati. Ojalá Dios te lo pague con hijos muy guapos. —Reímos y comenzamos a comer.

—Yo no quiero tener hijos —confesó y casi me atraganto. No porque yo los quisiera tener, que ni me lo había planteado, sino porque creía que era algo que sí estaba entre sus planes.

—Pues... no sé qué decirte. —Me encogí de hombros.

—¿Tú sí quieres?

—Creo que esta es una conversación que se aleja demasiado del presente. No lo he pensado.

Seguimos comiendo y bebimos de nuestros vasos. El ambiente se enrareció un poco y quise distenderlo.

—Ya tengo la ropa para la fiesta del sábado.

—Ah, ¿sí? ¿Me dejas verla? —Arqueó la ceja y negué.

—Te la describo y tú te la imaginas. —Aceptó y me escuchó atento—. Ten cuidado con la imaginación, a veces puede ser mejor que la realidad —advertí.

—Lo dudo.

Le describí una vestimenta que nada tenía que ver con la que elegí: un vestido en color borgoña, ceñido, con escote de pico y una sutil raja en el muslo.

—La ropa interior es secreto de sumario, sino deja de ser emocionante.

Nos reímos y después de comer preparé unas infusiones y nos fuimos al sofá. Dejé mi cabeza apoyada sobre sus piernas y me tumbé mientras él hundía sus manos en mi pelo.

—Ahora entiendo por qué las echas tanto de menos, no te he visto reír tanto desde que estás aquí.

—Candela es mi hermana. Creo que es de las pocas personas con las que puedo ser yo sin ningún filtro. Con Aitana también viví muchísimas cosas, está tan loca como cuando teníamos veinte.

—No dejes que la vida, sea cual sea el camino que os ponga a cada una, os aleje.

Puede que aquel fuera uno de los consejos más valiosos que me dieron porque es cierto que tendemos a dejar de cuidar esas relaciones de amistad cuando aparecen otras personas o tenemos otras prioridades. Era algo que pasó a lo largo de mi vida, ese vaivén de personas. No obstante, si algo tenía claro era que nunca, jamás, ocurriría con Candela ya que ambas nos prometimos acompañarnos siempre sin juzgarnos. Yo conocía su historia y ella también sabía cada detalle de la mía, me juego una mano a que la contaría incluso mejor que yo.

Matías y yo hablamos de sus amigos, quise que me contara también de ellos porque no conocí más que a los de Nochevieja y, según él, los más cercanos vivían aquí. Me dijo que alguno tenía pareja y que intentaban verse, mínimo, dos veces al mes. Algunos eran amigos de la universidad, otras, amistades que se fraguaron en el trabajo, y coincidimos en el hecho de lo necesario que era mantener esas relaciones que, casi sin saberlo, te otorgaban un espacio de libertad en el que cabía el «yo» en su máximo esplendor.

—¿Tú piensas que un amigo te conoce más que tu pareja?

—Pienso que lo hace de manera diferente, ni mejor ni peor. Simplemente, en ambas relaciones actúas siendo tú sacando algún que otro rasgo de tu carácter que tus amigos pueden conocer mejor que tu pareja y viceversa.

—¿Cómo cuál?

—Me juego el cuello a que tú no eres igual de alocada cuando sales con tus amigas a cuando lo

haces conmigo o lo has hecho con Hugo.

—Bueno... —dije sonrojándome—. Hay facetas que es mejor que sepas la existencia de ellas sin conocerlas del todo.

—Ves, y no te creas, a mí también me pasa igual. Te desinhibes un poco más.

Asentí y me sentí comprendida. Siempre me tranquilizaba hablar con Matías, era un gran comunicador, alguien que en su madurez también me estaba enseñando y haciendo ver de una manera más fácil esas cosas que a veces me planteaba y que creía que eran totalmente anormales porque se trataba de mí, cuando la realidad es que todos tenemos un mundo interior con pensamientos y emociones de cualquier carácter.

Después de hablar largo y tendido y sentirme mejor, decidimos que ya era hora de dormir. Me metí en el baño para asearme y ponerme el pijama, él hizo lo mismo cuando salí yo. Siempre que dormíamos juntos él ocupaba el lado derecho de la cama y dormía con el torso descubierto porque decía que yo era una especie de hornillo y que cuando me movía y lo buscaba me aferraba tanto a él, que se despertaba en mitad de la noche sudando.

—Pues espérate a que llegue el verano. —Me reí malévola y él me hizo cosquillas en los costados.

—Espero que el pijama que lledes sea más liviano. Dejaste de dormir con ese pijama gordísimo hace una semana.

—Oye, a llorar a la llerería, encima de que te ofrezco un lugar cómodo y familiar para que duermas.

Las carcajadas resonaron en la habitación y cuando me metí entre las sábanas lo hice con una sonrisa. Divagué un rato con la mirada perdida en el techo, di algunas vueltas, no sé cuántas fueron o los minutos en los que traté de conciliar el sueño, así que me rendí y pensé que en vez de buscarlo yo a él, que viniese él a mí. Me giré hacia el lado de Matías y lo observé leer concentrado una novela de Hemingway.

—¿No puedes dormir? —Levantó la vista de sus páginas y negué.

Me brindó un hueco en su pecho para que apoyase mi mejilla hasta que me dormí con el suave vaivén de su respiración.

A la mañana siguiente llovía a cántaros. ¿En abril aguas mil? Yo diría que tsunamis, vaya manera que tuvo el cielo de descargar. ¿Dónde quedó el buen tiempo del fin de semana? Le dije a Olivia que no hacía falta que nos reuniésemos, que se quedase mejor en casa por la lluvia, y fui a aquel estudio de baile en el que solía reservar una sala algunos días en semana para ensayar, perderme o liberarme.

Llegué al estudio después de que el metro, con mala suerte, se estropeará y nos avisaran por esa especie de megafonía de que el próximo tren venía en quince minutos. El chico de la recepción me acompañó amable y encendió las luces de la sala dejándome sola en ella, coloqué la bolsa en el banco de madera que había y saqué el teléfono. Encendí la minicadena y el ruido que emitieron los altavoces me avisaron de que ya estaban activados, así que conecté mi móvil y busqué en Spotify «Lost on you». A medida que la canción avanzaba, se sucedían los distintos pasos mientras mis labios pronunciaban la letra de aquella canción, y cada vez que uno de mis pies volvía a tocar el suelo, era más consciente del momento en el que estaba, de mí misma.

Cuando acabó la música, cambié a una de las canciones del musical que estaba preparando para la audición. La coreografía no era muy compleja, la dificultad está en ensayar y coordinarte con un gran grupo de personas. Se hace tedioso al principio, pero la constancia y las repeticiones eran claves a la hora de aprender, y no solo en el baile, sino en cualquier profesión en la que puedas pensar. Me faltó Rubén en aquel momento, él y yo nos compenetrábamos tanto que en la

pista llegábamos a ser uno solo y pensé que los ensayos se me harían más amenos. Era algo que esperaba hacer cuando bajase a Málaga, perderme una tarde entera con él, el baile y ponernos al día de todos nuestros marujeos.

Pasadas aquellas dos horas, recogí todas mis cosas, salí y le dije al chico que me reservara la sala, si era posible, dos días a la semana hasta la fecha de la audición. Pasé por el supermercado para hacer algo de compra con la suerte de que no fue hasta que llegué a casa que cayó un diluvio universal con relámpagos que sonaban como una marcha de Semana Santa. Y odiaba ambas cosas, especialmente la tormenta.

Mientras me comía unos *snacks* que tenía guardados en el armario de la cocina, y viendo la hora que era, llamé a mi madre para que hablásemos un rato y ver si podía resolver mis dudas culinarias en cuanto a cómo hacer las lentejas. Casi veintinueve años y no sabía hacerlas, que no cunda el pánico, estaba en camino.

—¡Hombre! Ya era hora de que me llamas —se quejó como típicamente hacen muchas madres y yo solté la respuesta que típicamente dice una hija del siglo veintiuno.

—Si hablamos todos los días por *Whatsapp*.

—Bueno, eso no cuenta, yo quería saber de primera mano qué tal pasasteis el fin de semana.

—Maravillosamente, imagínate.

—Me alegro de que hayan ido, últimamente se te notaba un poco apagadilla.

—Qué radar tienes, entre Óscar y tú me planteo mirar la ascendencia, quizá alguna de nuestras antepasadas fue una de esas brujas que quemaron en Salem.

—Lo mío se llama ser madre y lo de tu hermano... dejémoslo en evaluación. —Nos reímos y me senté en el taburete.

—¿Qué tal estás? ¿Y Pedro?

—Bien, muy bien, hacemos las cosas sobre la marcha, nos vemos cuando nos apetece y nos permite el trabajo y hablamos casi todos los días.

—Entonces todo bien, ¿no?

—Sí, deja de preocuparte y a lo tuyo —contestó tajante—. ¿Has ido hoy a ensayar?

—Ajá.

—¿Qué es ese ruido que se oye?

—Tormenta.

—Pues hazte algo calentito para comer y a seguir trabajando.

—Sí, señora. Oye... te puedo preguntar mis dudas para con las lentejas.

—Ya decía yo que tú no me llamabas solo para cotillear.

—Era el principal motivo, pero, entiéndeme, trato de sobrevivir.

Se rio y estuvo indicándome un paso a paso bastante conciso que me permitió que el sabor de aquel guiso se acercase al que hacía ella.

—Una última cosa, ¿Óscar está bien? Llevo días sin hablar con él.

—Está agobiado con el trabajo, la banda y ahora la boda. El viernes fui a recoger a Lucas y pasó la noche conmigo, tu hermano necesitaba descansar.

—No sabía que estaba tan agobiado...

—Yo tampoco, hasta que vi que las ojeras le llegaban casi al suelo.

—Si lo ves, dile que me llame.

—Muy bien.

—Adiós, mamá.

—Cuídate, mi niña.

Capítulo 9

«Reina del baile»

Durante aquellas dos semanas pasé de tener una vida nocturna inexistente y anodina a una activa e interesante. No estaba acostumbrada a ese ajeteo, no lo achacaba a la edad, era solo que me costaba salir de mi espacio y conocer el círculo en el que se movían otras personas. Puede que eso sí fuera culpa de la edad, qué iba a hacerle; de cualquier forma, la noche del sábado me empujaba a salir, a descubrir y a mirar con otros ojos todo lo que me rodeaba.

Matías me recogió tal y como habíamos acordado en una de nuestras llamadas. El sonido del claxon me llegó a través de mi pequeño balcón avisándome de que estaba abajo y me eché un último vistazo en el espejo de la entrada antes de salir. Llevaba aquel traje en color crema con la americana que se estrechaba con una especie de lazo en la cintura. El escote de esta era bastante pronunciado, por lo que decidí prescindir del sujetador. Lucía una manicura y una pedicura perfectas en ese color rosa apagado que hacía juego con mis labios. Me maquillé también con un ligero ahumado en marrón y el delineado bien marcado. En cuanto al pelo... hice lo que pude; lo llevaba liso, con la raya en medio y los mechones de aquel seudoflequillo, que ya eran demasiado largos, detrás de las orejas. Quedó con un efecto repeinado no muy dispar de la foto que me mandó Candela para ayudarme.

Me perfumé un poco más y cerré con llave al salir. Al bajar localicé el A4 impoluto en un segundo y me dirigí hacia él. La sonrisa de Matías se ensanchaba a medida que me iba acercando. Toqué el cristal de la ventanilla y lo bajó.

—Perdona, estoy esperando a... —Lo pensó unos segundos y negó—. A mi acompañante.

—Pues mira, estás de suerte.

Abrió finalmente la puerta y cuando me senté nos miramos durante unos segundos. Estaba guapísimo, llevaba un traje negro con las solapas en una tela algo más brillante y la camisa blanca marcaba su pecho. Matías se acercó rápidamente y buscó mis labios mientras sus dedos se ceñían a mi cintura y yo agarraba en mis puños la tela de su chaqueta.

—¿De verdad hay que ir a esa fiesta? —pregunté con fastidio.

—Ahora mismo la mandaré a tomar viento, total, si ya he cumplido.

Seguimos besándonos, su lengua y la mía bailaban húmedas, acariciándose, devorándose con ímpetu. A la mierda el pintalabios. No fue hasta que un coche pitó para que nos moviésemos que nos separamos jadeantes. Matías se puso en marcha y me tendió su mano para que la entrelazara con la mía.

—Estás increíble con ese vestido —dijo haciendo guiño a la mentira piadosa que le había contado sobre mi vestimenta.

—Si te lo decía perdía toda la gracia. —Le observé con lascivia—. Tú tampoco estás mal. —Sonreí—. ¿Cómo ha ido el estreno?

—Bien, muy bien, lo anecdótico suele pasar en la fiesta de después.

—¿Alguna vez hubo movida entre famosos?

—Alguna vez, sí. —Arquee las cejas para que me contara y negó sonriente—. Morbosa.

—Tendré el móvil preparado esta noche —bromeé y se rio.

Llegamos al hotel donde se celebraba el cóctel y la posterior fiesta. Matías dio las llaves a un aparcacoches y me agarré de su antebrazo en cuanto cruzamos el umbral del vestíbulo. Aquel sitio

olía a... lujo, supongo. Las lámparas ostentosas colgaban de los altos techos, podía verme reflejada incluso en el brillante mármol. Todo estaba en silencio, excepto por algún murmullo que se escuchaba. Tragué saliva algo nerviosa, aún seguía preguntándome qué hacía yo allí, pero intenté tranquilizarme y andar dignamente, todo lo digna que podía con aquellas sandalias.

—¿Estás bien? —me preguntó Matías después de llamar al ascensor y no contesté—. No te preocupes, estoy contigo.

De alguna manera aquello me tranquilizó. Cuando el ascensor llegó a la última planta, cruzamos un pasillo y se abrió paso la terraza. Estaba llena de gente, a medida que avanzábamos Matías iba dedicando sonrisas. Nos paramos en algún grupo, en especial con sus compañeros, a los que me presentó sin etiquetas, solo por mi nombre, dejando que cada uno sacase sus propias conclusiones. Fueron amables, incluso reí mientras intentaban bromear y dejarle en ese tipo de evidencia que intentan tus amigos cuando estás delante de la persona que te gusta. No sé a cuánta gente conocí esa noche y tampoco me preocupé por acordarme de todos los nombres porque era algo casi imposible. Además, lo más seguro es que no los volviese a ver.

Los camareros pasaban con bandejas llenas de copas de champán. Matías tenía razón, la gente bebía más que comía, y agradecí a mi parte previsor por haber picado algo antes de salir de casa. Observé todo aquello que me rodeaba en silencio, e incluso logré identificar esos rostros televisivamente conocidos.

—¿Ese es Hugo Silva? —le susurré a Matías al oído y él asintió sonriendo—. Olivia quería un autógrafo, pero se va a quedar con las ganas.

—Vamos —me animó tirando de mi brazo.

—No, no, no —sentencié y tiré del suyo. Conseguí pararlo, bueno, más bien dos de sus compañeras con las que también se entretuvo hablando.

No sé cuánto tiempo pasé de pie, a cuánta gente saludé, creo que perdí la cuenta incluso de las copas de champán que me habían ofrecido y la de veces que negué porque me dije que necesitaba tener la mente fría. La fiesta siguió después, la gente bailaba, hablaba, reía y Matías no me dejó sola, cosa que agradecí.

—Me voy a la barra a sentarme un poco. —Señalé mis pies e insistió en acompañarme—. No te preocupes, sigue pasándolo bien.

—Ahora voy, ¿vale?

Asentí y me dirigí a aquel espacio. Me subí a uno de los taburetes acolchados, me costó lo mío, mi metro sesenta pasaba factura y que el tacón se me hubiese enganchado al reposapiés no ayudó mucho.

—¿Qué le gustaría tomar? —me preguntó el camarero.

—Bombay con Seven up.

Vi cómo preparaba la copa y la de aderezos que le echó supuse que para potenciar el sabor. Unos segundos después dejó la copa delante de mí y la movió con uno de esos palitos de barman que yo solía sustituir por una pajita de plástico. Hasta una cosa tan simple me hizo sentir lo distinto que era aquel ambiente del que yo me solía mover.

—Demasiado para mí —dije poniéndole voz a mis pensamientos.

—¿Es la primera vez que viene a una de estas fiestas?

—¿No se nota? —Negó—. Me siento como la pieza de un puzle que no encaja. Ah, y puedes tutearme.

—Venga ya, eres la mujer más guapa que se pasó por la barra esta noche, y te lo digo sin ser famosa.

Me reí y miré su placa con el nombre, se dio cuenta y me miró.

—Borja.

Apreté su mano cuando la tendió.

—Alejandra.

—Me gusta tu nombre —añadió y agité la cabeza risueña.

—¿Tú no estás trabajando?

—Me aburro —confesó—. Yo tampoco me siento como pez en el agua, pero necesito el dinero. El alquiler y las cañas por Malasaña no se pagan solas.

Supongo que se ganó mi atención con su desparpajo y esa normalidad suya que me recordaba a la mía. Entablamos una conversación en la que le pregunté cuánto tiempo llevaba trabajando para el *catering* que organizaba estas fiestas y él me respondió animado, incluso me contó alguna de esas movidas que había presenciado entre famosos. La discreción a veces está sobrevalorada. Me reí con sus anécdotas y lo agradecí porque dejé de sentir esa rigidez que me asaltó desde el principio de la noche.

—¿Cómo has llegado tú aquí? —Quiso saber—. ¿Un braguetazo? —bromeó.

—¿Eres gili? —Se carcajeó cuando se lo pregunté y asintió.

—Perdona.

—Perdonado, pero ponme otra copa. —Lo hizo y me escuchó atentamente—. Es largo de contar, pero te resumo: antes de venir a Madrid trabajaba en un estudio de baile y una de mis alumnas resultó ser la sobrina de uno de los productores.

—Aham.

—Seguro que no era, ni de lejos, la historia que te habías imaginado. —Di un sorbo y rio.

—Me guardo mi versión, quizá se la pueda vender a un guionista esta noche.

Agité la cabeza, risueña, y bebí. Un hombre trajeado se acercó a la barra, me sonrió y yo lo hice cínicamente. Me preguntó incluso si estaba sola, Borja me ayudó y le dijo que estaba con él, que qué quería beber, y cuando se lo sirvió, le invitó a que se marchara.

—Ponme un chupito de algo que me tumbe y así tenga una excusa para irme a casa.

—Que sean dos.

—Otro pesado —mascullé.

—Ya te gustaría...

—Y creído, seguro que esta noche no moja. —Borja rio, dejó un chupito delante de mí y sirvió otro para el «caballero» que lo pidió.

—Salud. —Se acercó a mí y fue entonces cuando, poco a poco, fui reparando en él, en sus dedos largos, su piel de tez canela, la sonrisa imperfecta y la línea marcada de su mentón.

Dejé el vaso a un lado y no sé quién de los dos salió primero al encuentro del otro. Sus manos rodearon mi cintura y se abandonó en mi cuello donde noté que esbozaba una sonrisa después de un largo suspiro; yo me hundí en su pecho sin importarme siquiera si dejaba manchada aquella impoluta camisa a la que me aferré. Me obligué a no abrir los ojos, si era el alcohol, era un efecto bonito que quería que durase unos segundos más.

—Canija —me llamó y negué con la cabeza. Me abrazó más fuerte contra sí antes de separarnos.

Cuando tuve la certeza de que era él me bebí el contenido del vaso de un tirón e hice una mueca con la que rio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté finalmente.

—Tengo un congreso el lunes y Carolina este compromiso, insistió en que viniera y... eso es todo. ¿Y tú? ¿Te pasaste a la tele?

—Ni de broma. Matías es el productor, también me pidió que viniera y, mira, dos copas y un

chupito después aquí estoy con mi amigo el camarero.

—Tu amigo que ya no te va a dar más de beber —apuntó.

—Le ponéis garrafón hasta a los *celebrities* —me quejé.

—Estás... —Le callé dejando mi dedo índice en sus labios y negué.

—Soy un despropósito.

—Yo te llevaría a mi cama esta noche.

—Hombre, gracias, pero yo que tú me curraría más los halagos, Borjita.

Ambos rieron y el camarero se fue para seguir sirviendo copas.

—Estás preciosa.

—Eso es que has bebido mucho.

—Mírame.

—Ay, no —me lamenté siendo incapaz de sostenerle la mirada—. Veo *flashes*.

—¿Seguro que han sido solo dos copas? —Sonrió y asentí.

—No esperaba verte aquí. No esperaba verte, directamente.

—Nosotros siempre encontramos la manera.

Se deshizo el nudo de la corbata, la deslizó por su cuello y abrió el primer botón de su camisa. Tierra trágame y escúpeme en mi casa. Intenté apartar la mirada del trozo de piel que asomaba, guardó la corbata en el bolsillo interior de su americana y acercó otro taburete hacia donde yo me encontraba. Nuestras piernas quedaron sutilmente entrelazadas, rozándose las rodillas tímidamente. Bebí agua del vaso que mi nuevo amigo dejó delante de mí y eché mi pelo hacia atrás algo acalorada. Noté cómo Hugo observó mi escote y vi su nuez subir y bajar.

—Me matan los pies.

—Y el silencio.

—No lo soporto. —Intenté desviar mi atención, pero él la atrajo otra vez.

Cruzamos nuestras miradas y me perdí un poco en esos ojos que tornaban a distinto color según la luz. Me mordí el labio intentando reprimir las ganas que tenía de volver a abrazarlo, de agradecerle al destino o a la maldita casualidad que estuviera allí. Estaba de más mentir y decir que Hugo no me removía nada, sin embargo, hablar de sentimientos que nos combinasen a ambos en la misma ecuación era algo casi prohibido.

Hugo acariciaba su mentón y chasqueó su lengua mientras me veía repasar el cristal del vaso con mis dedos. Salí de aquel desconcierto y me enderecé en el taburete cuando vi que Carolina se acercaba.

—Tu novia por la izquierda.

Prácticamente, a la vez que Carolina, llegó Matías. La saludé con un simple «hola» mientras Matías y Hugo se tendían la mano.

—Qué casualidad que os hayáis encontrado, ¿no? —dijo el primero.

—Eso mismo estábamos comentando.

Matías pasó su mano por mi espalda y comenzó a acariciar la base de mi cuello. Miré a Hugo, a quien el gesto no le pasó desapercibido, y Carolina sonrió incómoda.

—No tenía ni idea de que estabas con ella —comentó dirigiéndose a Matías.

—Pues ya ves, el mundo es un pañuelo. —Me sonrió y dejó un beso en mi sien—. Me reclaman, búscame cuando termines de hablar, me muero por bailar contigo —susurró y asentí.

Carolina decidió acompañar a Matías con paso firme y se alejaron tratando de mantener una conversación que desapareció minutos después.

—Se le ve buen tío.

—Lo es, con él nada es... complicado. —Hugo trató de disimular una mueca de fastidio y

repasó sus labios con los dedos.

—¿Podemos vernos el lunes?

—¿Crees que estaría bien?

—Alejandra, deja de pensar en lo que está bien y en lo que no.

—Es inevitable cuando ya la hemos cagado una vez, ¿no crees?

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Canija, esto va a ser así siempre, cada vez que nos encontremos, que nos miremos, pero tú y yo ya sabemos que no somos lo que el otro necesita ahora mismo.

—Pues qué mierda —solté sin pensar y me llevé las manos directamente a la boca—. Borja —le llamé—. Ponle otra copa, necesito que olvide todo lo que digo.

—No se me olvidaría ni con varias copas ni con el tiempo. No fuimos una simple historia. —Dejó su mano en mi muslo y la miré—. Nosotros siempre fuimos más.

—Fuimos. En pasado —musité.

—En pasado —repitió—. ¿Te gustan este tipo de fiestas? —me preguntó cambiando de tema.

—Parece que la gente se divierte, aunque yo nunca me acostumbraría a esto.

—Nunca digas nunca.

Por mucho que tratásemos de reconducir nuestra conversación acabábamos en un punto que ninguno de los dos entendíamos. Porque es difícil ser pasado con alguien cuando sigues teniéndolo tan presente en tu vida, cuando pisas algún lugar y te sobrevuela un recuerdo, cuando ves que te mira con la misma intensidad de siempre. Era difícil, y sabía que uno de los motivos que me empujaron a venir hace dos meses fue que necesitábamos distancia creyendo que borraría esa parte que fuimos, lo que no sabía era que cada vez que nos encontrásemos de frente, mis pretensiones quedarían como un cero a la izquierda. Lo intentaba, intentaba construir esa vida en la que su nombre no estaba, ni su nombre ni nada que tuviera que ver con él, y no me estaba sirviendo de nada. Lo más jodido de esto era convencernos de que, a pesar de sentir, no éramos, como él dijo, lo que el otro necesitaba en ese momento.

—Voy a ir al baño y después no sé si volveré. —Me levanté y cogí mi bolso de mano.

—Vuelve.

—¿Por qué?

No supe qué contestar y me marché. Acordaos de lo que os digo: no bebáis sentados porque el pelotazo que sube cuando os levantáis es de manual. Ah, y comed antes de beber. Consejos tipo madre para que no os pase como a mí, no os quiero ver rodando por las escaleras de un glamuroso hotel.

Al entrar al baño había chicas hablando entre ellas y les sonreí amable. Me lavé las manos y acaricié mis muñecas con el resto de agua que quedó, saqué la barra de labios y me retoqué un poco. Quitó también algún rastro negro de rímel anticipándome al efecto panda, y cuando las chicas salieron, entró Carolina. Me pensé mucho si debía tener una conversación con ella o apartarme a un lado, pero en aquel instante pensé en Hugo y eso me empujó a hablar.

—Carolina, ¿podemos hablar?

—Claro, di —dijo con cierto desdén.

—Siento mucho lo que pasó, de verdad, no quise hacerte daño.

—No fue solo culpa tuya, no sé todos los detalles de la historia de mierda que tuvisteis, pero nos costó arreglar la brecha.

—Lo entiendo.

—Ya está todo bien, así que, por favor, aléjate.

—No te preocupes por eso. —Me encaminé hacia la puerta y me giré antes de salir—. Una

última cosa... Hugo no se merece vivir con una mentira.

—¿De qué estás hablando? —Levantó la voz y se puso tensa al instante.

—Dile la verdad, él la necesita.

—Qué sabrás tú lo que necesita.

—Él siempre quiso ser padre y se lo estás negando. Le hiciste creer que no podía ser por él cuando eres tú la que no se atreve a decir que no está preparada o que ni siquiera quiere hijos —solté—. ¿Y sabes qué? Que estás en tú derecho, te apoyo y lo comprendo como mujer, pero no sigas engañándole. Él te perdonará, es así, tienes suerte de haberte topado con él en tu camino.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Detalles de aquella historia «de mierda» —repetí sus palabras.

—Alejandra... no se lo digas tú, por favor.

—Es asunto tuyo, Carolina.

Y salí de allí sabiendo que todo aquello me salpicaría, que tendría que dar explicaciones y asumir parte de las consecuencias. Todavía no entendía qué hacía tratando de arreglar la vida de los demás porque solo servía para desbaratar más la mía.

Capítulo 10

«Cayendo lentamente»

Alejandra no volvió, tampoco me sorprendí, y una parte de mí agradeció que no lo hiciera. Me costaba concentrarme cuando la miraba, sus ojos me atrapaban y me catapultaban a recordar las primeras noches de primavera que pasamos en la capital. Supongo que hago referencia a esos recuerdos por ser amable, pero lo cierto es que me llevaban a las veces que sentía su piel en cualquier lugar y el verde de su iris se oscurecía.

El camarero frunció el ceño cuando no la vio y me preguntó si ella estaba bien. Lo estaba, creo incluso que más que yo. Se fue de allí decidida, aunque a su vez sentí que huía como Caperucita del lobo, como si fuese una amenaza o un riesgo que no estaba dispuesta a tomar.

Me bebí el contenido de aquella copa ensimismado en mis pensamientos, observé la noche, olvidé la música y me fijé en toda aquella gente. Ni en mil años pensé que nos íbamos a encontrar en un lugar como aquel, y me dio miedo pensar que aquello fuese una señal. Traté de olvidarlo y me levanté de la barra para buscar a Carolina. La encontré hablando en uno de tantos grupos que se extendían a lo largo de aquella terraza.

—Hola, amor. —Agarró mi mano y susurró—. ¿Todo bien?

—Claro —aseguré—. ¿Quieres bailar? —le pregunté deseando zafarme de las miradas de aquel grupo y ella negó.

—Estoy bien aquí. Puedes irte a la habitación si quieres.

Exhalé intentando que mi respiración no delatase el alivio que sentí y le sonreí.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Me voy entonces, te espero allí.

—No sé a qué hora llegaré.

Asentí, me despedí de sus compañeros y dejé un beso breve en sus labios.

—Pásalo bien.

Antes de salir de aquella terraza vi a Alejandra bailar con Matías. Sonreí de manera inconsciente porque aprender a moverse con ella era fácil, siempre decía que había que abandonarse a la canción que sonaba en el momento y saborear los tiempos, atender a la letra que a veces hacía de la escena algo íntimo y embeberse del aire que roza la piel para sentir libertad.

Bajé a la habitación, abrí la puerta y me inundó el olor a lo desconocido, a lo impersonal. Me desnudé, saqué de la maleta un pantalón de pijama y abrí las puertas del pequeño balcón que daba a la calle. Madrid nunca dormía, siempre tenía luces y sonidos, gente en sus calles y música en muchos de sus rincones. Pensé en Carolina, no entendí la insistencia para que le acompañara a la fiesta y de pronto ese cambio de guion en el que prefería estar sola. Lo achaqué a que quizá vio que, a pesar de que intentaba integrarme en un espacio que era el suyo, no lo conseguí, y por eso me animó a volver a la habitación. Estaba cansado después del viaje y la noche anterior

había tenido guardia en el hospital, así que cerré aquellas puertas acristaladas y me tumbé en la cama pensando que mañana sería otro día.

A las cinco de la mañana me desperté después de haber escuchado ruido y la luz de la habitación se encendió de seguido. Me tapé los ojos con el antebrazo y maldije entre dientes algo molesto. Cuando me acostumbré a la luz vi a Carolina intentando quitarse el tacón que le quedaba, el otro fue el culpable del estrépito y, a medida que la fui observando, logré advertir el estado en el que se encontraba. Me levanté rápidamente de la cama y la sostuve entre mis brazos mientras la llamaba para que siguiera consciente.

—Tengo sueño —balbuceó y la llevé directamente al baño.

Olía a alcohol y a tabaco, pero no a esos cócteles, ni siquiera a las copas de vino que solía tomar cuando salía, sino a algún licor fuerte que, pensé, la dejó en ese limbo. La desnudé como pude, tratando de sostenerla con uno de mis brazos mientras que con el otro maniobraba. Dejé las prendas en el suelo, me quité a trompicones mis pantalones y entré en la ducha con ella. Abrí el agua fría y se quejó mientras se agarraba a mí.

—Carolina, no te duermas —le repetía y ella asentía mirándome a los ojos con las pupilas muy dilatadas—. Mierda —mascullé.

—¿Por qué eres bueno conmigo?

Dejé pasar todo aquello que musitaba de manera ininteligible, pasé la esponja por su piel y le lavé el pelo para hacer desaparecer aquel olor. Carolina comenzó a recorrerme con sus manos algo más consciente, bajó por mi pecho y mi estómago hasta llegar a la entrepierna.

—No, ahora no es momento.

—Sí, Hugo, sí.

Negué con la cabeza y retiré sus manos de mí. La envolví con el albornoz, me lo puso algo más fácil, pareció que la ducha hizo su efecto, intenté secar parte de la humedad de su pelo y la llevé a la cama donde la acosté. Se durmió a los pocos minutos y me tumbé mientras la observaba.

Volví a despertarme cuando algunos rayos de sol se filtraron a través de los ventanales. Blasfemé, odié esas cortinas de los hoteles y abrí los ojos. Carolina dormía plácidamente, su respiración acompasada lo corroboraba, la tapé con el edredón y salí de la cama. Intenté espabilarme lavándome la cara con agua bien fría, me vestí con la ropa de deporte y salí a la calle a correr. Correr por la ciudad no era, ni de lejos, la mejor de las sensaciones, nada comparado a la playa, incluso a un parque, porque era una constante carrera de obstáculos daba igual la hora que fuese. Di una vuelta por Cibeles y subí por el paseo de la Castellana hasta llegar a Nuevos Ministerios, me despejé mientras mis pasos sonaban pesados sobre el asfalto y me acompañaba la música alta para ayudarme a no pensar. Para cuando estuve de vuelta en el hotel eran las diez de la mañana y Carolina continuaba en la misma posición en la que la dejé. Llamé al servicio de habitaciones, pedí el desayuno y me metí en el baño para darme una ducha.

Veinte minutos después llamaron a la puerta y salí a abrir, dejé que el chico entrase las bandejas y se lo agradecí. Mientras lo disponía todo sobre la pequeña mesa, la vi desperezarse y llevarse las manos a la cabeza, le costó abrir los ojos, más aún

incorporarse.

—Buenos días. —Cogí el vaso de zumo y se lo llevé junto a una pastilla.

—Mi cabeza.

—Tómate esto.

—¿Qué pasó ayer? —me preguntó confundida.

—Tú sabrás, Carolina.

—No trates de hacer de padre conmigo. —Se levantó para ir al baño y escuché el agua correr.

Chasquéé la lengua para evitar entrar en conflicto y me senté a desayunar. Ojeé algunos correos de trabajo mientras comía y respondí a ellos. Poco después, Carolina se sentó delante de mí y comenzó a desayunar, su teléfono sonó dentro de su bolso y lo dejó vibrar en su interior. La miré, las ojeras se le marcaban oscuras y la notaba aún un poco desorientada.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es la cabeza, bebí de más.

—No sé si meterme o no, pero tal y cómo llegaste anoche, no creo que fuese solo por el alcohol —respondí serio.

—¿Qué estás insinuando?

—Que tengas cuidado, solo eso.

—Si no te hubieras ido no me hubiera pasado —soltó a modo de reproche.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Calló y la miré.

Habló solo cuando cogí mi cartera y me dispuse a salir de la habitación.

—¿Dónde vas?

—A dejarte espacio para que pienses porque a ratos no sé quién eres.

Salí de allí sintiéndome mal, dejarla sola no era un castigo, solo quería que, si tenía algo que contarme, lo hiciese. Prefería mil veces una verdad a un saco de mentiras porque lo primero me iba a hacer daño, pero lo segundo era algo que me llevaba tiempo perdonar.

Llegué a la plaza Dos de Mayo después de dar alguna vuelta y me senté en una de sus abarrotadas terrazas; pedí una cerveza y encendí un cigarro que no logró aplacar mis nervios. El teléfono comenzó a vibrar dentro del bolsillo de mi vaquero y no lo cogí pensando que sería ella. No fue hasta que sonó una tercera vez que miré la pantalla y vi el nombre de Candela.

—Dime.

—Uy, ¿te pillo mal?

—No. ¿Qué pasa? —Intenté disimular y exhalé el humo de una calada.

—Sí, te pillo mal —aseguró—. Te llamaba para ver si querías salir a comer. Hace muy buen día para ir a un chiringuito, pero no te preocupes, pillé la indirecta.

—No estoy en Málaga, tengo el lunes un congreso y vine con Carolina a Madrid que también tenía trabajo ayer.

—Entonces has tenido movida con Carolina —concluyó y asentí sin decir más—. Sabes que lo que hablas conmigo no sale de aquí.

—No es muy inteligente contarte cosas sobre mí y sobre mi relación cuando tu mejor amiga es mi ex.

—Lo que no es inteligente es esa idea, es infantil —replicó.

—Lo siento, Candela. No quiero pelearme también contigo.

—No voy a colgar el teléfono hasta que me cuentes lo que pasó —insistió y resopló—. ¿Hola?

—Ayer la acompañé a uno de esos cócteles de trabajo, me fui a la habitación después de unas horas porque no tenía mucho que hacer allí y llegó a las cinco de la mañana bebida y no sé si algo más.

—¿Algo más? —preguntó extrañada.

—Tomó algo, Candela, estoy seguro. —Repasé el contorno de mi mentón, cogí la cerveza y le di un trago.

—¿Qué dices, Hugo?

—Tengo que hablar con ella, aunque ahora mismo me llevan los demonios.

—Sí, pero no la presiones, déjale algo de espacio para que se atreva a contarte si es que pasa algo.

—Eso hago.

—Y no te sientas culpable —añadió—. Cada uno es responsable de lo que hace o deja de hacer.

—Si no la hubiera engañado quizá no tendría esa inseguridad.

—Mira, si quieres escucharme decirte capullo, lo cierto es que lo fuiste. Nada justifica una infidelidad, nada, pero ahora no podéis mirar hacia atrás ni aprovechar lo que pasó como algo que reprochar cada vez que os peleáis. —La escuché atento y siguió—. Carolina y tú decidisteis seguir remando juntos, quédate con eso, y mira que ella no es santa de mi devoción, pero si es lo que los dos queréis de nada sirve seguir aferrándoos a los errores del pasado.

—Tienes razón.

—Mira, entiendo a Carolina porque a mí me pasa exactamente igual que a ella, mi inseguridad me impidió tirarme a un Ferrero Rocher la semana pasada, pero también me di cuenta de que esa inseguridad venía de más atrás de lo que pasó con Álvaro. Solo hablando con ella vas a lograr entenderla.

—¿Un Ferrero Rocher? —Conseguí sonreír y ella rio—. Cuando vuelva nos vemos y me cuentas lo que pasó.

—Lo mismo te digo, y si necesitas algo, ya sabes, desahogarte, insultar o gritar, llámame.

—Gracias.

—¡Ah!, y no te preocupes. De aquí no sale nada —me prometió—. Chao, corazoncito.

—Adiós, bonita.

Me terminé aquella cerveza y dejé el botellín encima de la mesa junto al dinero de la cuenta. Me levanté y vi un mensaje de Carolina pidiéndome que volviese al hotel porque quería hablar conmigo. Llegué media hora más tarde y con una de esas ensaladas templadas que le gustaba para que comiese porque seguro habría pasado la mañana sin tomar más que aquel zumo. Cuando entré a la habitación la encontré vestida y maquillada de nuevo, como si ayer no hubiese pasado nada, sin embargo, sus ojos se encontraban tristes y la mueca de su boca me hacía saber que algo no iba bien.

—Te traje esto. —Levanté la bolsa y esbozó un ademán de sonrisa—. Come antes

de que hablemos, lo necesitas.

—Gracias. —Se sentó en aquel balcón con la espalda apoyada en el cristal y la acompañé sentándome en la otra silla.

Comió lo que pudo y lo hizo en silencio, rumiando las palabras, quizá queriendo encontrar las correctas. Cuando acabó, cogió la botella de agua y volvió a la misma posición. Me miró y no sabía decirnos exactamente el porqué, pero me asustó aquella mirada.

—Tomé éxtasis líquido —soltó sin rodeos.

Hundí la cabeza entre mis brazos y mesé mi pelo hasta tirar levemente de él. Traté de controlar la rabia que me recorrió en aquel instante, los gritos que amenazaban con salir de mi garganta y lo hice con una larga exhalación que acabó en un bramido.

—¿Desde cuándo tomas esas mierdas, Carolina? —pregunté sin mirarla.

—Solo lo hago en alguna fiesta cuando quiero desinhibirme.

—¿Desde cuándo? —repetí y ella suspiró.

—Desde que trabajo en esto, Hugo.

Di un puñetazo en la mesa que la asustó. ¿Cómo cojones no me había dado cuenta de eso después de casi cuatro años? Parece que nunca terminamos de conocer a una persona, incluso cuando creemos que lo sabemos todo, siempre hay sombras entre las luces.

—Carolina... —pronuncié tratando de calmarme—. No te hace falta tomar esas mierdas para sentirte integrada en un grupo ni para ganar seguridad. Con ser tú lo tendrías todo ganado, seguro que ni lo intentaste.

En ese momento se echó a llorar y buscó mi abrazo para sostenerse. La rodeé con mi cuerpo mientras el suyo se agitaba y temblaba al ritmo de las lágrimas.

—Lo siento mucho, Hugo.

—Aléjate de eso, Carolina. No necesitas caerle bien a todo el mundo y si te sientes en algún momento fuera de lugar es porque ese no es tu sitio. No puede ser tu sitio si no puedes ser como eres tú.

—Es que no sé quién soy yo.

—Búscate, pero no te centres en lo que no eres, porque si lo haces, entonces te inventarás cualquier excusa para seguir así y yo no voy a formar parte de eso.

Carolina se hundió en mi pecho y lo acarició con la punta de su nariz. Se retiró las lágrimas de los ojos y asintió.

—Voy a volver a casa, necesito pensar porque debería cambiar muchas cosas...

—Date tiempo, piensa y haz si quieres una lista de esas tuyas, esta vez no de cosas que hacer, sino de prioridades.

—No deberías ser tan bueno, Hugo.

—No es ser bueno, es ser justo.

De nada servía echar tierra ni reprocharle que me lo hubiese ocultado porque lo cierto es que cada uno tiene sus motivos para actuar de una manera u otra y yo no sabía todo lo que le había llevado a ella a dar un paso en una dirección que no era la que quería, pero a la que se había empujado hace tiempo.

Capítulo 11

«Déjame quererte»

Éramos un amasijo de pieles con la necesidad de tocarse y nuestras lenguas jugaban una larga partida desde que bajamos del ascensor. Matías intentó abrir la puerta de su casa a tientas, al final acabamos separándonos unos instantes cuando el ruido de las llaves cayendo al mármol nos avisaron de que era lo más inteligente. Al entrar volvimos a dejar las manos sobre el cuerpo del otro, a recorrer los resquicios que la ropa dejaba descubierta y a desabrochar y despojarnos de esta porque esos pequeños rincones no nos parecieron suficientes.

Matías me apoyó contra la pared mientras deslizaba mi americana por los hombros y la dejaba en el suelo, lo mismo hice yo con su camisa, aunque me llevó un rato más por esos diminutos botones que llegué a odiar. Repasé su pecho marcado con las yemas de mis dedos, nos envolvía la oscuridad, y nuestras bocas seguían bailando de aquella manera tan lasciva. Anduvimos con la pretensión de llegar a su habitación, pero en aquel momento nos urgió sentirnos. Matías bajó la cremallera de mis pantalones e introdujo las manos sorteando aquel culote sin ni siquiera reparar en él. Abrió mis piernas y sus dedos hábiles comenzaron a acariciar mi humedad. Dejó sus labios entreabiertos en mi cuello mientras yo tironeaba de su pelo cada vez que un gemido se escapaba de mi garganta. Pellizco mi clítoris varias veces y siguió jugueteando con su mano hasta deslizar dos de sus dedos en mi interior, eché la cabeza hacia atrás en cuanto los noté dentro y él me observó con la mirada oscurecida.

—Estaba deseando tenerte así desde que te vi acercarte al coche —confesó con la voz ronca.

—Sigue —le alenté cuando bajé mis pantalones. Maniobré para quitármelo incluso con los zapatos puestos y me encaramé más a él.

Su boca siguió un recorrido descendente hasta que hincó una de sus rodillas en el suelo y bajó mi única prenda de ropa interior. Posó su boca en el vértice de mis muslos mientras sus dedos aún empujaban en mi interior y le acerqué sintiéndome desinhibida. Su lengua sorteó mis pliegues y giró en torno a mi clítoris haciendo que mi cuerpo temblase.

—Matías, quiero más, te quiero a ti —suspíré y le vi negar.

Después de aquel balanceo, mis piernas comenzaron a flaquear avisándole de que estaba cerca de llegar a un punto sin retorno, fue entonces cuando sus labios succionaron encontrando aquel punto de placer que me catapultó al orgasmo.

Grité, grité cosas sin sentido seguramente, maldije y pronuncié su nombre mientras me sostenía y se levantaba con la boca brillante y una sonrisa provocativa. Finalmente, llegamos a su habitación y pedí una tregua hasta después de desabrocharme las sandalias. Necesitaba dejar de temblar y recuperarme de... aquello. Matías volvió del baño en el que había desaparecido hace unos segundos y me recreé en él. Tenía el pelo revuelto y los rasgos de su cara marcados por el encuentro, sonreía, él siempre sonreía contagiando el buen humor incluso cuando tenía un mal día. Sí, Matías era de esas personas que lograban encender la luz en la oscuridad de alguien.

Me levanté de la cama y miré sus pantalones. Dejé mis labios cerca del lóbulo de su oreja y agarré sus manos cuando intentaron tocarme otra vez.

—Tienes demasiada ropa —musité—. Ahora me toca disfrutar a mí.

—Creía que habías disfrutado —contestó con suavidad.

—Es mejor cuando es contigo.

Paseé mis manos por encima de su abultada entrepierna mientras él mascullaba con sus brazos abandonados a cada lado. Palpé, le acaricié por encima de la ropa y sonreí al ver su cara de desesperación. Sonrió también cuando me vio y agitó la cabeza.

—Me vas a matar.

—¿Conoces a alguien que se haya muerto así? —pregunté con sorna.

—No me importaría ser el primero.

Nos reímos. Bajé finalmente sus pantalones, dio un paso lateral deshaciéndose de ellos y me levantó con ambos brazos hasta tener mis pechos cerca de su boca. Enredé mis piernas en su cintura y jadeé cuando lamió mis pezones haciendo que se endureciesen. Le pedí que fuésemos a la cama y me dejó en ella mientras él se colocaba entre mis piernas y acometía aún con su ropa interior. Metí mis dedos por la cinturilla de aquel bóxer oscuro hasta que acabaron en el suelo, agarré su erección y la agité en mi mano repetidas veces, la humedecí con mi saliva y la conduje hacia mi entrada.

—Espera, nena. Déjame coger un preservativo.

—Doy por hecho que soy la única y que todo está bien. —Matías frunció el ceño y aclaré—. Tomo la píldora.

Asintió y empujó entre mis piernas deslizándose con facilidad, gemimos cuando sentimos la calidez de nuestras pieles y comenzó a acelerar el ritmo. Matías agarró mis caderas con ambas manos acercándome más a él y a esa colisión de nuestros cuerpos a la vez que yo paseaba mis dedos hasta llegar a mi clítoris y me acaricié alentada por sus bramidos. Sus penetraciones siempre comenzaban siendo suaves, sin prisa, hasta que se convertían en certeras y rítmicas. Salió de mi interior y me giró incorporando mi tronco hasta llegar a su altura y pegar mi espalda a su pecho. Volvió a buscar mi entrada, esta vez sí acometió con celeridad, acariciando mis pechos que se movían con el vaivén de nuestros cuerpos y con su otra mano tocaba mi humedad. Mi cuerpo se encontraba otra vez a punto de estallar y él también me avisaba de que le quedaba poco.

—Joder, Alejandra —blasfemó cuando dejé una de mis manos sobre la suya y apreté mi pecho.

—Ya estoy casi, no pares.

Rebufó y en un último esfuerzo me avisó de que se iba dentro, asentí, y mientras él se derramaba en mi interior, yo alcancé ese segundo orgasmo. Nos desplomamos en la cama con su pecho pegado a mi espalda y retiró mi pelo de la cara. Disfrutamos el silencio durante unos instantes, aunque lo cierto era que nuestras cabezas parloteaban sin cesar después de caer rendidos sobre las sábanas.

—Te diría algo que sé que no quieres escuchar.

—No soy quién para censurar tus palabras.

—Pero se te da bien huir de ellas.

Me giré y le di un beso.

—Te espero en la ducha.

Matías resopló y tapó sus ojos con el antebrazo cuando me deslicé entre las sábanas y me dirigí hacia el baño. Unos minutos después abrió la mampara y dejó también que el agua limpiase el rastro de lujuria que habíamos dejado impregnado en nuestros cuerpos. Y allí, solo escuchando el agua repiquetear, me apretó en sus brazos como si temiese que me pudiera ir, quizá que, como él decía, huyese; así que rodeé su cintura y apoyé mi mejilla contra su pecho para que, al menos aquella noche, los miedos se ahogaran.

—Creo que te quiero, Alejandra —susurró—, pero aún estoy descubriendo la forma en la que lo hago.

Me separé un momento y fruncí el ceño.

—Es la confesión más rara que me han hecho nunca. —Matías sonrió y acarició mi cara con el dorso de su mano—. Suena a un «te quiero, pero yo que sé».

—Es difícil tener las cosas claras cuando hay un freno imaginario que pisas cada vez que ves que la cosa puede ir a más —suspiró y me miró—. Respeto tu tiempo, pero no puedes hacer que el mío vaya al mismo que el tuyo.

—Ya me di cuenta... —Recordé la conversación con Olivia—. No tienes por qué comedir tus palabras o lo que quieras hacer porque no sepas cómo voy a reaccionar, pero ahora mismo no puedo pisar el acelerador, Matías. Prefiero que cada uno siga caminando a su ritmo y así veamos dónde llegamos.

—Espero que sea a un lugar en el que tú siempre bailes con cada canción y yo pueda verlo.

Matías y yo nos encontrábamos en un punto diferente de nuestras vidas: él sabía lo que quería, lo que no, tenía todo lo claro que podía dónde iba, lo que estaba haciendo, mientras yo estaba persiguiendo un incierto, iba donde me llevaba el viento y mis emociones andaban subidas en una montaña rusa. Aunque si algo teníamos en común era que disfrutábamos cada momento como si fuera una canción que oyes en un lugar, en algún instante, porque da igual lo efímera que sea, simplemente la escuchas sin pensar si tiene algún final.

Al salir de la ducha cogí mi culote y Matías me tendió una camiseta para que durmiese con ella, quizá era hora de que me plantease lo de dejar una bolsa con una muda en su casa. Nos acostamos en su cama, esta vez sí nos metimos dentro de las sábanas y acercamos nuestros cuerpos: mi mejilla descansaba en su torso y su mano acariciaba mi espalda hasta que unos minutos después caí rendida.

A la mañana siguiente la cabeza no me retumbaba por las copas ni el chupito que bebí. Después de todo, la noche fue increíble y tras estar con Hugo, Matías me presentó a sus amigos de siempre con los que sí me lo pasé bien e incluso bailamos. Me desperecé y noté que él hacía lo mismo al otro lado. Sonreímos cuando nos encontramos y nos dimos un beso escueto.

—Buenos días —nos saludamos y me incorporé quedándome sentada.

—¿Has dormido bien?

Asentí, después del día de ayer mis fuerzas quedaron reducidas a menos cero.

—Creo que tengo agujetas de los zapatos. —Estiré las piernas y lo corroboré.

—¿De los zapatos o de bailar?

—Tampoco bailé tanto.

—Ah, ¿no? —preguntó divertido—. Te recuerdo con aquella canción bajando casi hasta el suelo.

Le tapé la boca y me reí.

—Está prohibido hablar de asuntos embarazosos del otro cuando ha bebido.

—Lo tendré en cuenta para recordarte que te levantaste después sin ninguna ayuda.

Me lancé encima de él mientras se reía y tapé su boca con ambas manos.

—Te voy a matar. Procura que no seas tú el que casi roce el suelo con el culo porque te lo recordaré hasta el último de tus días —advertí entre risas.

—Sería incapaz de hacer eso y no quedarme en el sitio.

Nos levantamos y nos turnamos en el baño para asearnos. Seguí con aquella camiseta que utilicé a modo de pijama, y cuando salí del baño me dirigí hacia la cocina donde ya estaba él preparando un desayuno de esos tardíos. Le ayudé a cortar fruta y disponerla con yogur en unos boles mientras él hacía su café, un zumo para mí y unas tostadas con tomate y aguacate. Salimos a su terraza, bueno, más bien a su señora terraza, porque allí podía haber una gran parte de mi apartamento, y nos sentamos en aquellos sillones bajos de ratán que decoraban el lugar.

El cielo estaba despejado, el celeste lo cubría todo y el sol se filtraba por la cristalera rozando nuestra piel. Era agradable estar allí, la tranquilidad y poder desayunar mientras sonaba la voz de Sinatra y su «They can't take that away from me» de aquel disco que giraba en el tocadiscos. Matías tenía una filosofía que, a mi parecer, era un tanto epicúrea: buscaba ese placer en cualquier cosa nimia que pudiese acercarle a la felicidad.

Después de aquel desayuno decidimos quedarnos en la terraza y disfrutar un rato más del buen día. Seguimos escuchando música y hablando de la noche de ayer.

—Entonces Héctor y Sergio son amigos tuyos del instituto, Dani y Javi de la facultad y Noel es el novio de Javi.

—Lo pillaste a la primera.

—¿Y cómo que salís en el mismo grupo los amigos del instituto y de la facultad?

—Porque Sergio y Daniel son primos, entonces llevo conociéndolo, prácticamente, el mismo tiempo que a Sergio, y fue en la facultad donde nos hicimos más amigos, allí conocimos a Javi y a Noel que se hicieron novios mientras estudiábamos.

—Madre mía, qué follón. —Bebí un sorbo del zumo que me quedaba—. ¿Y Héctor?

—Héctor formaba parte de la ecuación desde el principio, así que cuando se sumó, el resto estaba encantado.

—Tiene don de gentes.

—Se nota, eh.

—No paró de hablar en toda la noche. —Nos reímos y él asintió.

—¿Con quién tienes más confianza?

—Con todos —contestó.

—Eso es imposible, seguro que tienes a alguien al que le cuentas todo como yo a Candela, bueno, casi todo. Si fuera por ella querría saber hasta el color de la ropa interior que llevaba anoche.

—Un culote. Encaje negro —aseguró mirando esa parte que mi camiseta no cubría.

—Eso es trampa, ayer no te diste ni cuenta. —Negó con la cabeza y nos reímos—. Venga, contéstame.

—No solemos mantener conversaciones tan detalladas como las tuyas con Candela, y aunque sé que todos están siempre, con el que suelo hablar de esas cosas que me cuesta compartir es con Sergio. —Me miró sonreír—. ¿Satisfecha?

—Ya lo estaba esta madrugada, pero la guinda del pastel fue el desayuno y esta conversación, me gusta saber cosas de ti.

—En eso consiste lo de conocerse: hablar, escuchar...

Le tiré un cojín que él atrapó al vuelo.

—A veces me cuesta un poco prestar atención y escuchar lo que me dicen, mi cabeza tiende a divagar.

—Es lo peligroso de los sueños, que te llevan a elevarte y a dispersarte entre todas esas posibilidades que imaginas, pero te daré un consejo: soñar consiste en tener un pie en el suelo y otro en vuelo porque así sabrás quedarte con la realidad y perseguir la posibilidad.

—Cuántos libros habrás leído, Mati. —Fruunció el ceño sin entender y comedí una sonrisa—. Esas reflexiones no las hace cualquiera.

—Solo viviendo se aprende. Pasa que, cuando estamos dentro de una situación, es muy difícil sacar algo claro de ella, por eso hay que alejarse un poco y observar. Con el tiempo entiendes esas cosas que al principio no hacías, les encuentras incluso un sentido.

—Lo que más jode es que parece que tiene que pasar algo que no queremos y que nos duele

para que seamos capaces de mirar desde otra perspectiva.

—Así es.

—Yo era incapaz de hacerlo, estuve cinco años agarrándome al pasado y tardé tiempo en darme cuenta y decidir que tenía que volver a retomar las riendas de algo que abandoné.

—Lo importante no es el cuándo ni lo que tardaste, lo importante es que lo hiciste.

Me levanté del sillón para sentarme a su lado en el sofá. Dejó un beso en mi frente y me agarré a uno de sus brazos. En ocasiones me costaba no mirar hacia atrás y culparme por no haber llegado al punto en el que me encontraba hacía tiempo. Sí, fue Hugo con su vuelta quien me dio parte de ese empujón que necesité, pero también fue ese algo en mí que me dijo que ya era hora de dejar atrás tanto dolor e intentar acercarme un poco más a lo que me daba felicidad, a esos sueños que abandoné. No, no debí castigarme tanto, ni siquiera tenía que seguir haciéndolo; Matías tenía razón, lo importante era que ahora estaba donde quería.

Nos levantamos del sofá y llevamos los platos del desayuno de vuelta a la cocina. Pedí a Matías que comiésemos juntos en algún lugar y volví a ponerme el traje de anoche.

—¿Quieres que pasemos por tu casa para que te cambies?

—¿No te gusta mi *outfit*? —pregunté risueña.

—Estaba rezando para que dijeras que no.

—Exagerado.

Nos reímos y esperé a que él se vistiera. La verdad, debo de ser de las únicas mujeres a las que le pierde más un hombre con un chino apretado en beis y una camiseta de algodón oscura que vestido con un traje, llamadme loca.

Comimos en un restaurante de Chamberí, nos hicimos confesiones entre cañas como si fuésemos también amigos y paseamos mientras compartíamos un helado porque yo nunca me lo acababa. Fue un domingo de esos que disfrutas sin pensar que al día siguiente es lunes y vuelven a llamar a la puerta las obligaciones. Además, me gustó encontrarme de esa manera porque como decía aquella canción de Maldita Nerea «nada es importante cuando hacemos los recuerdos por las calles de Madrid».

Capítulo 12

«Eres música para mis ojos»

El lunes me desperté con ganas de bailar, de perderme en la música y, sobre todo, de ir a por ese sueño que parecía escurrirse entre mis dedos cuando intentaba alcanzarlo. El fin de semana también me había dejado un buen sabor de boca, fue uno de esos que te mantienen en sintonía contigo misma y supuse que Matías tenía que ver en aquel estado porque cuando estuve con él me acompañó una sonrisa constante y me ayudó a mantener esos fantasmas en forma de inseguridad callados, daba igual que fuese por un ratito, parecía que estaba logrando saborear ese presente que me costaba vivir.

Aquella mañana, Olivia y yo no pudimos tomar el café reglamentario que indicaba el comienzo de semana porque tenía cita para una ecografía. De todas maneras, entré en nuestra cafetería y me senté en el hueco que casi siempre ocupábamos. Saqué la *tablet* de mi macuto y me puse a ojear las notas de prensa que anunciaban la llegada del musical a la Gran Vía. Mi estómago se encogió como de costumbre, sin embargo, no me impedía seguir. Bebí de aquel café moca y volví a dejarlo sobre la mesa mientras leía y escuchaba música. El trabajo de investigación previo a cualquier audición era algo que me tomaba muy en serio, tanto que, en ocasiones, llegaba a aborrecer gran parte de las canciones de tanto escucharlas, pero solo así lograba aprendérmelas, sacar los acordes y entender la musicalidad de los versos. Me encantaba también saber de los compositores y directores de esa banda sonora que se trasladaba desde la pantalla a un escenario; era un trabajo bonito que me acercaba más a ese mundo.

Cuando terminé el café, cogí la bolsa y anduve hacia la parada de Callao para coger el metro que me dejaba cerca del estudio de baile. Siempre que entraba a aquella habitación echaba de menos la voz de Rubén y el resonar de todos los pasos de los que eran mis alumnos sobre el parqué. Por suerte, nuestro estudio iba bien. Intentaba involucrarme desde la distancia y hacerle notar que seguía con él, pero todo el mérito era suyo. De vez en cuando le costaba ser positivo y se desesperaba, pero también era valiente e intuitivo y sabía que no se rendía nunca.

Solté la bolsa de deporte en uno de los bancos y conecté el teléfono a la minicadena. Me perdí en mis pasos cuando se fueron sucediendo las canciones, mientras bailaba solo pensaba en la música, era un momento en el que lograba dejarme llevar y olvidarme de todo lo que sucedía fuera de esas cuatro paredes. Paré cuando el teléfono me avisó de una llamada entrante, salí un instante de mi mundo y me precipité a cogerlo sin mirar de quién se trataba.

—¿Sí?

—Alejandra. —Escuché su voz grave al otro lado—. ¿Te pillo mal?

Miré la pantalla para cerciorarme de que era él y maldije. ¡Mierda! No me acordé de que habíamos quedado para comer.

—No, solo estaba bailando.

—La primera parte del congreso acaba en media hora. ¿Te recojo a la una y media?

—Eh, pues... verás.

—No te inventes cualquier excusa, solo es una comida —interrumpió mis pensamientos.

—¡No te iba a poner ninguna excusa! Pero no me da tiempo en media hora a salir del estudio, llegar a casa, ducharme y cambiarme.

—Quédate ahí y te recojo, mándame la dirección en un mensaje —dijo casi susurrando.

- ¿Te has convertido en espía? —pregunté con sorna y sonreí.
—No, estoy dentro y no puedo hablar más fuerte, ya me han dirigido alguna que otra mirada.
—Eso es porque eres guapo.
—Créeme, no son miradas amables —contestó comiendo la risa.
—Nos vemos entonces.
—Hasta ahora, canija.

Le mandé la dirección en un mensaje y seguí bailando unos minutos más hasta que Hugo me avisase. Recuerdo que la última canción que sonaba era «Be alright», de Dean Lewis; la suavidad de la música acompañaba a la letra y comencé a moverme al compás de esta: mis pasos se sucedían enlazados y los brazos se pronunciaban junto a ellos dejándose llevar sin directriz alguna más que la que mi cuerpo marcaba. Cuando la canción acabó, mis ojos seguían cerrados tras el último giro, intenté recuperar el ritmo normal de mi respiración y, al abrir los ojos, no solo encontré mi reflejo en el espejo, sino también el suyo. Alto, sonriente, en aquel momento despreocupado, su pelo espeso y siempre revuelto y los ojos fijos en mí. Me giré y escuché mi corazón bombear en mi pecho dejando la tranquilidad a un lado, haciendo que mi respiración se volviese a agitar al punto de parecer que seguía bailando cualquier canción.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirando?

—El suficiente para ver que eres feliz girando —respondió con las manos metidas en los bolsillos.

Recogí el teléfono de la cadena de música, y antes de llegar al banco a guardar mis cosas, me atraparon sus brazos y me estrecharon contra sí. Dejé mi frente apoyada en aquella camisa de color celeste y aspiré su olor mientras soltaba el aire lentamente. En aquel momento mi cabeza se preguntó si de verdad necesitaba seguir con esa cercanía, con ese abrazo, pero mi cuerpo respondió por ella de manera afirmativa. Hugo siempre lograba alentarme, sostenerme, incluso cuando intentaba zafarme de esos brazos seguía sintiendo que él solo quería hacerme ver que yo era fuerte, que siempre podría con todo.

Nos separamos sin decir nada, cogí la mochila, cerré la sala y hablé con el chico de recepción para recordarle que esa semana iría un día más.

—¿Has venido en metro? —pregunté cuando salimos.

—No, alquilé un coche cuando llegué. —Lo señaló al otro lado de la calle y anduvimos hacia él, le indiqué la dirección de casa y nos pusimos en marcha.

—La calle es malísima para aparcar —avisé.

—Seguro que hay un sitio esperándonos.

No lo hubo hasta que pasaron veinte minutos en los que yo subí a casa y él esperó hasta que pudo dejar el coche. Abrí cuando el portero sonó y dejé la puerta abierta mientras me cepillaba el pelo y terminaba de vestirme. Le escuché cerrar y sus pasos resonar por el suelo de mi apartamento. Al salir vi que lo observaba todo y rompí el silencio preguntándole si quería algo de beber.

—Me imaginaba un apartamento así.

—¿Así cómo? ¿Una lata de sardinas? —Sonreí tendiéndole un vaso de agua que agradeció.

—Los alquileres aquí son una tómbola, dentro de lo que cabe este no está mal.

—No me puedo quejar.

—El piano —susurró cuando se dio cuenta de que estaba en una esquina del salón.

—Óscar me lo mandó, decía que lo necesitaría, y aunque yo me negué, al final ganó él.

—El gurú —apuntó y me reí.

—¿Te lo contó Candela?

—Claro, predijo su historia desde el primer momento y ahora se niega a contarle más sobre su vida sentimental. —Sonreímos y me senté en la banqueta del piano mientras Hugo lo hizo en la esquina del sillón quedando de frente.

—Si no fuera porque se conocen de toda la vida, Candela hubiese salido desfavorida después de que se cumpliera aquel augurio.

—Lo de Candela y Luis era como ese amor de verano que vives sabiendo que tiene una fecha de caducidad. —Apoyó sus antebrazos en las rodillas y me miró—. ¿Tocas?

—Claro que toco, si no para qué iba a estar aquí.

—No, tonta, digo que si tocas ahora. —Me sonrojé y negué con la cabeza—. Venga, estuve viendo la película y, conociéndote, seguro que no has parado de sacarle punta al lápiz.

—Ya existen los recursos electrónicos. —Cogió el cuaderno que estaba en la mesa baja y echó un breve vistazo a todas aquellas anotaciones y tachones—. ¡Vale! Me has pillado.

Me pidió con la mirada que tocara y, después de unos segundos, me giré y levanté la tapa. Me había visto hacer aquello mil veces: cuando necesitaba espacio y me abandonaba a las teclas para lograr entenderme, cuando las ideas me sobrevenían y me pedían que les pusiera voz, cuando era más ingenua y creía que todo iba a salir como yo quería. En esa ocasión fue diferente, la Alejandra que dejó las manos sobre los distintos acordes ya no era la que fue, había dejado lastres atrás, había conseguido sacar espinas de una rosa que dejó de florecer y que ahora intentaba regar día a día intentando que volviese a crecer. Y lo hacía, no con rapidez, pero estaba creciendo.

«Mírate, mírame
¿dónde nos hemos perdido?
Fuimos piezas para el azar
que jugaron con el destino
tentando a la suerte
para ver si quizá con el tiempo
podrían volver a tenerse».

Canturreé aquella canción que Óscar y yo escribimos una de esas tardes en las que llovía tanto afuera que decidimos que también lo hiciera por dentro. Compartir aquellos momentos con él era como crear una especie de magia que solo acababa cuando nuestros labios y nuestras manos le ponían un punto final a alguna letra.

Hugo me miró cuando acabó la canción y frunció el ceño.

—¿Es del musical? —Negué enérgicamente y me mordí el labio inferior dudando de si contarle que parte de esa letra había salido de mi puño—. ¿Entonces? —insistió.

—Óscar y yo la escribimos.

—Pues es... reveladora.

—¿Reveladora? —Le miré interrogante y él sonrió.

—Venga, vamos a comer.

—Oye, ¿no me puedes dejar así! —protesté cuando se levantó.

—Sí, sí que puedo.

—¡Hugo! —seguí quejándome y río.

Desistí cuando abrió la puerta de casa y me apresuré a calzarme las Converse y coger el bolso.

—Te estoy odiando fuertemente. —Le hice saber y pellizcó mi cintura.

—Llámame loco, pero hay algo nuestro en esa letra —susurró en mi oído y me estremecí.

—Loco no, estás pirado.

Eso era lo que pasaba cuando me juntaba con mi hermano, ya os dije que él siempre contaba

historias en sus canciones y quizá la mía quedó reflejada de forma demasiado evidente en esos versos.

Decidimos dejar el coche en el lugar en el que estaba y pasear hasta uno de esos bares de Malasaña en los que servían un granizado de vermú que bebía siempre que iba y que acompañaba con alguna de sus tapas. El local no era muy grande y, a pesar de que solía estar siempre lleno, encontramos una mesa libre. Hugo dejó la comanda en mis manos y tuve claro casi al instante qué pedir.

—¿Sobre qué es el congreso? —Quise saber.

—Atención prenatal.

—Cuéntame algún chascarrillo de tu trabajo, seguro que tiene que ser superinteresante estar rodeado de médicos.

—Si estás pensando en un hospital como el de *Anatomía de Grey*, siento desilusionarte.

—Seguro que también hay líos. —Nos reímos y bebimos de aquellos vasos largos.

—Los hay —afirmó—, es difícil que con la de horas que pasamos allí no los haya.

—¡Ves! Entonces no se aleja tanto de mi imaginación.

Me miró divertido y esbozó una amplia sonrisa.

—La semana pasada fue increíble, de esas en las que sientes que has elegido bien. Hay semanas que son duras, especialmente las guardias, pero luego pasan cosas así y hacen que todo merezca la pena.

—Ay, cuéntame —exclamé ilusionada y lo escuché atenta.

—Hace unos meses una pareja llegó a consulta, la chica llevaba años intentando quedarse embarazada y había tenido dos abortos naturales. Vinieron para un tratamiento de reproducción asistida, y después de estos meses, el miércoles confirmamos que estaba embarazada.

—¡No me digas! Qué bonito tiene que ser formar parte de esos momentos, ¿no?

—Es algo difícil de explicar, canija. Te invaden todo tipo de emociones cuando los ves celebrar después de todo el esfuerzo que eso supone tanto a nivel físico como mental para la paciente, también para la pareja que le acompaña, pero la cara de ella fue de otro mundo.

Fruncí los labios mientras veía esa alegría reflejada en sus ojos y agarré su mano por encima de la mesa.

—Por momentos así parece que mereció la pena todo lo mal que lo hice.

—¿A caso yo no lo hice mal? Si aun queriéndote decidí seguir sin ti y fingir con el tiempo que no me dolía.

—Lo hicimos mal los dos, pero ya está. —Apreté fuerte su mano y él entrelazó sus dedos con los míos. Miré aquellas manos unidas y por un momento pensé si, a pesar de todo nuestro pasado, podríamos haber sido felices si lo hubiésemos vuelto a intentar, si él hubiese aparecido sin compromiso hace meses y yo con algo más de valentía. Retiré mi mano y esboqué una pequeña sonrisa—. Qué suerte tienes de formar parte de esos momentos.

—Son procesos difíciles, pero la mayoría suelen tener finales felices.

—Nuria tuvo un embarazo complicado. Se quedó embarazada y creo que llevaba seis meses con mi hermano, la situación que vivíamos tampoco ayudaba, y aunque intentamos apartarla, ella decidió involucrarse —le conté—. No sé por qué siempre pensé que Óscar iba a tener un amor así, desenfrenado, claro que el niño les pilló en bragas a los dos.

Sonreímos y empezamos a comer cuando el camarero dejó los platos sobre la mesa.

—Algo me contó. Imagino que lo pasaría tan mal como ella.

—Es que cuando ve a alguien mal parece que lo sufre más que la propia persona, le va el drama, como a mí. —Retiré mi pelo hacia atrás con un gesto y Hugo rio—. El sábado

desapareciste muy pronto —comenté cambiando de tema.

—Estaba cansado y allí también me sentía fuera de lugar.

—A mí me pasó la mayor parte de la noche, si no fuese por el camarero y por los amigos de Matías que llegaron después, hubiese hecho bomba de humo como tú.

—El camarero me preguntó por ti.

—Se me olvidó darle mi número, era majo. —Reí—. Carolina sí estuvo hasta que, sutilmente, nos echaron de allí.

—Ella está acostumbrada, es el círculo en el que se mueve.

Mi teléfono comenzó a sonar en el bolso y lo cogí cuando vi el nombre de Olivia en la pantalla.

—Dime que tienes el autógrafo de Hugo Silva en tu bolso.

—Tengo una sorpresa mejor.

—No me digas. —Aplaudió contenta—. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—En media hora en la cafetería de la esquina de mi calle.

—¡Perfecto! Hasta ahora.

—¡Nos vemos! —Dejé el teléfono y me dirigí a Hugo—. Dime que todavía no te vas.

Sonrió y miró el reloj.

—Aún tengo una hora.

Después de pelearnos por ver quién pagaba la cuenta y salir del local enfurruñada porque claro, su agilidad hizo que la cogiera antes sin dejarme opción, nos encaminamos hacia aquella cafetería en la que quedé con Olivia. Entramos y nos sentamos en la mesa que había pegada a la cristalera, cuando vi a Olivia cruzar la puerta, levanté la mano y se acercó señalando la espalda de Hugo.

—¿Quién es? —me preguntó entre gestos mientras yo reía—. ¡No puede ser! —exclamó cuando lo vio y Hugo se levantó para abrazarla. Esboqué una sonrisa mientras se daban aquel abrazo y cuando se separaron, Olivia se dirigió a mí—. Prefiero mil veces a este Hugo.

Estallamos las dos en carcajadas y pedimos nuestras bebidas.

—Enhorabuena por el embarazo —la felicitó y ella acarició su barriga—. ¿De cuánto estás?

—Veintidós semanas.

—Solo te queda la otra mitad.

—Ya, y parece que voy a explotar.

—El tamaño es normal para el tiempo del que estás.

—Eso me ha dicho el médico, no quiero pensar cómo será dentro de cuatro meses.

—Cuando veas a Alma se te quita todo —aseguré.

—Ay, qué alegría verte. —Agarró su brazo encaramándose a él—. Está guapísimo, ¿a qué sí? —me preguntó y asentí—. El que es guapo es guapo siempre, pero a los hombres los años os suelen dotar de cierto *sex-appeal*.

Hugo se sonrojó mientras nosotras dos reíamos.

—Qué peligro tenéis.

—¿Nosotras? Ninguno.

—Tú ya lo tienes sola, no me quiero imaginar cuando os juntasteis las cuatro.

—¿Perdona? —Me hice la ofendida a la vez que intentaba comedir una sonrisa.

—Uy, uy. —Olivia observaba atenta y Hugo se inclinó en la mesa.

—Lo sabes bien. —Rozó con su mano mi muslo y me encogí en el momento en el que sentí su contacto.

—Si hablamos de ese tipo de peligro puedo decir que el que más tiene eres tú o te tengo que recordar... —Hugo tapó mi boca con su mano mientras sonreía con lascivia y le mordí un dedo

para zafarme de su contacto.

Puto Hugo y puto fuego interno que se manifestaba cada vez que me tocaba. Nos retamos con la mirada sin cruzar palabras y seguí maldiciendo porque en aquel momento, aunque no quería admitirlo, lo deseaba.

Capítulo 13

«Te necesito ahora»

Hablamos largo y tendido durante aquella hora en la que alargamos nuestras bebidas. Olivia compartió cosas de su vida con Hugo y él lo hizo con ambas, podíamos medir el tiempo en el que se conocían en los cafés que compartieron, pero el hecho de que Olivia y yo hubiésemos retomado nuestros proyectos fue más que suficiente para que Hugo le pidiese que no me dejase abandonar sin intentarlo con toda la fuerza que tenía. «Yo creo en ella», le dijo, ella lo entendió, apretó su mano y se lo prometió con una sonrisa.

Paseamos de vuelta a mi casa para despedirnos de Hugo, ese pellizco en la barriga me acompañó desde que salimos de la cafetería y mis pasos se ralentizaban a medida que nos acercábamos al lugar donde su coche estaba aparcado. Olivia y él volvieron a fundirse en un abrazo que terminó con él pellizcando su mejilla en un gesto cariñoso.

—Espero verte antes de que salga de cuentas.

—Y yo a ti. Cuidaos mucho —dijo refiriéndose a ella y a Alma.

—Por eso no te preocupes, estamos rodeadas de lo mejor. —Me miró y sonreí—. ¿Me dejas las llaves de tu casa? Necesito ir al baño urgentemente.

Me reí porque dudé de si era cierto o una excusa para dejarnos a solas, rebusqué las llaves en mi bolso y se las tendí. Volvió a despedirse de Hugo y me indicó que me esperaría arriba.

—Me alegra que Olivia y tú hayáis retomado esa amistad.

—Olivia es increíble, no sé qué haría aquí sin ella.

—Tengo que irme, canija —anunció mirando el reloj e hice una mueca con la que él sonrió.

Volví a abrazarlo y a sentir toda esa complicidad que nos rodeaba. A pesar de ser polos totalmente opuestos, nos atraíamos con una simple mirada, con un breve roce, haciendo que la situación fuese mucho más difícil de lo que alguna vez creí.

—¿Te acuerdas cuando te dije que podías visitarme porque éramos amigos? —Él asintió y seguí—. Pues vuelve siempre que puedas.

Hugo dejó sus manos en mi cintura y su frente pegada a la mía, tenía su boca a solo unos milímetros y sus ojos clavados en los míos, no sé qué clase de acopio de fuerzas hice para no caer. Me perdí en el color de su iris, en el aire que escapaba de nuestros labios diciendo por nosotros esas palabras que ninguno de los dos iba a pronunciar porque significaría catapultarnos a un callejón sin salida.

Me separé y esboqué una sonrisa antes de volver a hablar.

—Vete, vas a llegar tarde.

Maldijo entre dientes y agitó la cabeza.

—Dame un beso —pidió y yo me puse de puntillas, alcancé la altura de su mejilla y dejé un beso en ella.

Él se apoyó en el arco de mi cuello y, después de posar sus labios en él, me dijo adiós con la mirada y se dirigió hacia el coche. Alcé mi mano, moví mis dedos en un gesto que indicaba una despedida y cuando se alejó subí a casa. Llamé al timbre y Olivia abrió, me fui directamente al sofá y enterré mis manos en el pelo recapitulando todo lo que había pasado desde que coincidimos el sábado. Pero ¿por qué cojones tenía que encontrármelo en la vuelta de cada esquina? ¿Por qué no podía dejarle donde nos despedimos y seguir con la vida que llevaba ahora? ¿No había bastado

alejarme quinientos kilómetros para que nuestras vidas no se convirtiesen en un desastre?

—Alejandra, si lo vuestro tiene que ser, será.

La miré y me mordí el labio.

—No quiero sentir nada por él, Oli, nada. Sentir lo complica todo.

—Te entiendo. —Se sentó a mi lado y me cogió la mano—. Solo confía en que siempre hay un tiempo para todo.

—Lo de Hugo y yo no es cuestión de tiempo, es cuestión de alejarse y olvidar.

—Ya te has dado cuenta de que la distancia no ha cambiado nada, por muy lejos que estés de él parece que hay una manera de que os volváis a encontrar.

—Somos una piedra en el camino del otro.

—Yo no lo veo así. Hugo está presente en tu vida y tú estás haciendo lo que quieres —rebatí y crucé las piernas—. Sigue como hasta ahora, alcanza lo que quieres y, cuando lo hagas, ocúpate de esa vida sentimental que te resistes a tener con Matías y de lo que inevitablemente sientes por Hugo.

—El fin de semana con Matías fue muy bien, ¿sabes?

—Lo sé, sé que Matías es un amor. —Bebió un sorbo de su vaso de agua y frunció el ceño mirándola.

—¿Pero?

—Pero sabes que hay algo que no tienes con él y que sí tienes con Hugo: algo especial, algo de lo que no escaparías si hubiese señales suficientes como para apostar otra vez por él y que él lo hiciese por ti.

—Ahora mismo me va a explotar la cabeza.

—Te parecerá una tontería, cielo, pero es cierto que el tiempo pone cada cosa en su lugar.

Asentí y apoyé mi cabeza en el regazo de Olivia mientras ella acariciaba mi pelo rojizo. Cada vez que veía a Hugo lo cambiaba todo, me intenté convencer de que él no era la persona que conocí hace cinco años, y era cierto que no lo era porque el dolor nos transforma, pero saber perdonar también, y cuando ambos soltamos aquel lastre, conocí a un Hugo más maduro, al que le encantaba hablar de su trabajo, aunque seguía siendo algo receloso con su vida privada. Le seguía gustando sorprender, perderse por las calles y abrazar en cualquier rincón; le encantaba enzarzarse en un tira y afloja, sabía transmitir con la mirada lo que a veces callaba y seguía creyendo en las personas con fe ciega. Había cosas que habían cambiado también para el lado opuesto, sin embargo, en esa balanza, pesaban muchísimo más las buenas. Y yo que creí desde el momento en el que le vi que el Hugo en el que se había convertido ya no era para mí... Maldita sea.

—Distráeme, cuéntame qué le han dicho hoy a Almita.

—Todo está muy bien, le comenté eso de que había notado ciertas contracciones y me dijo que era totalmente normal —me explicó—. Yo me asusté la noche anterior, pero claro, qué iba a saber yo siendo primeriza. Iván también buscó en internet y más o menos nos tranquilizamos.

—Me imagino que si te hubiesen dado seguidas habrías hecho todo un simulacro de parto. —Asintió y soltamos unas risas.

—¿Qué tal vas con los ensayos?

—Creo que bien, no sé si bajaré a Málaga la semana que viene para coger fuerza y que mi hermano me ayude con los últimos detalles.

—Me parece una buena idea. —Palmeó mi mano y se levantó—. ¿Por qué no vamos a dar un paseo? Hace buena tarde.

—Pero sin comprar, eh —avisé y ella levantó su mano.

—Prometido.

Anduvimos por Madrid mientras nos tomábamos un zumo natural de un local que vimos de camino al templo de Debod. Paseamos por los jardines, había grupos de gente que reían sentados en el césped y turistas que se fotografiaban y guardaban cola para entrar a aquel lugar. El templo no era de mis sitios favoritos en Madrid, la verdad, lo que sí era especial era ver el atardecer desde aquel mirador y observar cómo el sol se escondía dejando en la sombra a esa parte de la ciudad.

—Huele a verano.

—Al verano de nuestras vidas —comentó Olivia apoyando su cabeza en mi hombro.

—Parece que vivimos en una cuenta atrás.

—No cuentes los días, tú vive el proceso, piensa que estás disfrutando del baile y que vives con tu música muchas más horas de las que antes podías imaginar.

—Sí... tienes razón. —Saqué de mi bolso un trozo de papel y se lo di.

—¿Qué es esto? ¿Un bono de *spa*? —Lo cogió interrogante—. Me vendría fenomenal con lo que me duelen los lumbares.

—Ábrelo y deja de conjeturar.

Gritó cuando vio de lo que se trataba aquel papel y me abrazó. La gente nos miró y Olivia volvió a gritar esta vez ahogando el sonido en ese abrazo.

—No puede ser, ¡el autógrafo!

Me reí viendo su entusiasmo y apunté mentalmente darle las gracias a Matías otra vez por haberlo conseguido.

—«Para Olivia, ojalá que en otro momento nos podamos encontrar, un beso. Hugo Silva». —Leyó en voz alta dos veces seguidas y aplaudió contenta.

—El de Mario Casas no pudo ser posible porque ni siquiera estaba, solo espero que Candela no me mate.

—Ay, ay. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Te acercaste a él? Seguro que es un bombón.

—Fue Matías, yo me pasé la mitad de la noche en la barra con el camarero.

—¿Cómo que con el camarero? —Guardó el papel en su bolso—. Le daré también las gracias a Matías.

—Las sandalias de la muerte me obligaron a sentarme en la barra, también el ambiente soporífero. El camarero era simpatiquísimo y me reí con él parte de la noche, luego me encontré a Hugo y a su novia.

—Espera, espera. ¿¡Qué!?! —exclamó flipando.

—Lo que oyes.

—Hostia, tía... Por eso Hugo y tú... claro. —Sacó sus propias conclusiones mientras yo la escuchaba.

—Estuvimos un rato solos, casi ni hablamos solo nos... miramos, fue rarísimo. Luego me fui con Matías y después llegaron sus amigos, majísimos, por cierto. Estuvimos bailando hasta que nos cerraron el chiringuito.

—Noche épica.

—Más bien atípica, esta semana hay luna llena —apunté.

—No me digas que crees en esas cosas.

—Ni creo ni dejo de creer. —Me encogí de hombros—. El caso es que no fue ni tan mal.

—Ves como tenías que ir. —Su teléfono comenzó a sonar y lo cogió—. Dime. Sí, sí, ahora voy. No, no tuve más contracciones. Sí, con Alejandra. Chao. —Colgó después de hablar con su interlocutor—. Iván. No sabía que eran ya las ocho y media, se me pasó la tarde en un abrir y

cerrar de ojos.

—Claro, si te tengo entretenida con mis relatos sórdidos.

—No, no, ese te lo has reservado, pero te perdono, el resto de la noche fue demasiado reseñable.

—Qué cara tienes. Anda, vamos antes de que a Iván le dé un jamacuco.

—Qué pesado es a veces, pobre mi niña, no le va a dejar echarse novio hasta que cumpla los dieciocho.

Nos echamos a reír y después le di un toque con mi cadera para regañarla. Era cierto que Iván protegía a Olivia y se preocupaba, según ella, de más, aunque era bonito ver cómo lo hacía. Supuse que esa preocupación también vendría del hecho de que Olivia solo lo tuviera a él en aquella ciudad, además de que llevaba consigo una personita especial para los dos.

Acompañé a mi amiga a su casa, Iván y ella insistieron en que me quedase a cenar, pero estaba cansada y mañana me tocaba ensayar de nuevo, así que cogí el metro y veinte minutos después ya estaba en mi apartamento. Cuando entré fui directamente al baño, me di una de esas duchas cortas que preparan el cuerpo para dormir y me puse el pijama.

Salí hacia la cocina donde me preparé una especie de wok mientras escuchaba a la vez que canturreaba esa canción de Morat que tanto me gustaba. Repasé un par de veces la receta en mi móvil e hice comida de más para algún día de esa semana. Terminé de cocinar y de bailotear por la cocina, me dejé el dedo meñique con la esquina del mueble del fregadero y me reí sola. Era un desastre, no tenía remedio.

Me senté a cenar con el teléfono, leí y contesté algún mensaje hasta que me sobresaltó el ruido del timbre de casa. Me aseguré de la hora que era y me asusté porque no esperaba a nadie; así que me levanté y, a hurtadillas para que el parqué no sonase, me acerqué y miré por la mirilla. Solo vi una mano masculina con un reloj con la correa de cuero negro, Matías tenía uno, por lo que estaba convencida de que era él y abrí.

—Me dijiste que volviese siempre que pudiera. —Se excusó y me agarré al marco de la puerta.

—Creí que ya te habías ido.

—El tren sale a las siete de la mañana. ¿Puedo? —Señaló con la mirada el interior de mi apartamento.

—¿Has cenado?

—Acabo de salir del congreso.

—Lo tomo como una negativa entonces. —Saqué un plato y dije adiós a ese táper de comida que preparé con antelación para algún día.

—¿Te has vuelto cocinitas? —preguntó con sorna.

—¿Ti his vielti cocinitis? —repliqué en tono burlón y me pellizcó el trasero—. ¡Hugo! —me quejé entre risas.

—¿Qué? Si no he hecho nada. —Levantó sus manos y me miró con inocencia.

—Estás dispuesto a complicarlo todo.

—Canija, las cosas se complicaron desde el momento en el que volvimos a encontrarnos.

Y eso era así.

Capítulo 14

«Solo una noche»

Actuar. Siguiendo los instintos, dejando a un lado la cabeza, dirigidos por el corazón. Vivir, dejando atrás el pasado, los daños, andando con nuestros miedos y aprendiendo a cada paso. Sentir, sentir... algo que puede hacer las cosas tremendamente fáciles o complicarlo todo, aunque hay veces que las complicaciones pueden traer cosas bonitas porque sería aburrido que nuestra vida fuese siempre una línea recta interminable. La mía era más una montaña rusa con un montón de *loops* en los que daba vueltas y cuando me bajaba no sabía dónde estaba, parecía que siempre consistía en empezar de nuevo. Y, hablando de complicaciones..., la que tenía delante era una de ellas, no tan desagradable como otras que me pude encontrar porque sonreía y me derretía un poquito, pero sí, era una complicación con todo el sentido de la palabra.

—Esto está buenísimo —alabó cuando metió el primer bocado en su boca y esbocé una sonrisa triunfante.

—Lo que te has perdido... —bromeé y rio.

—Yo también lo he pensado, pero mira, no lo perdí del todo.

—Porque siempre has sido muy insistente, por no decir pesado.

—Alejandra... —Me miró comiéndose una sonrisa y puse cara de niña buena—. Me acabas de llamar pesado y en mi defensa tengo que decirte que no es ser pesado, es querer mantener a las personas que son importantes en mi vida.

—Es difícil, ¿sabes? Vuelves a aparecer siempre que intento seguir.

—Y lo estás haciendo, estás siguiendo tu camino —aseguró.

—No me refiero a lo profesional, me refiero...

—¿Quieres hablar de eso? Porque no sé cómo acabaríamos esta noche.

—Por lo menos no llegaste como la otra vez en plan «a la mierda todo». —Se echó a reír mientras le imitaba y retiró uno de los mechones de mi flequillo que caía cubriendo mi rostro.

—Lo hice mal una vez, no estoy en situación de volverme a equivocar.

—Y aun así estás jugando con las palabras «no sé cómo acabaríamos esta noche» —repetí y clavó sus ojos en los míos.

—Porque tampoco puedo mentirme y decir que te saqué de cada resquicio. Me es casi imposible olerte y apartarme de ti, despedirme una y otra vez.

—¿Por eso alargaste esa agonía un poquito más hoy?

—No quiero perder cada oportunidad de recordarme contigo, y ya no es cuestión de errores, últimamente solo recuerdo quién soy cuando te tengo cerca.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es... reconfortante. —Dejó el tenedor en el plato vacío y se levantó para retirar ambos dando por acabada la conversación.

Yo también lo preferí así, esos juegos de palabras y de miradas acompañados de gestos no hacían más que empeorar la situación llevándonos a un punto de no retorno, y si eso ocurría, estaba segura de que nuestras vidas sí se partirían en dos y no habría posibilidad de redimirse.

Recogió la cocina y los platos que utilicé con ese trato que antes solía ser a la inversa: él cocinaba y yo recogía. No era un secreto que mis dotes culinarias eran escasas, aunque ahora incluso le estaba cogiendo el gusto a eso de cocinar por el mero hecho de comer medianamente

bien y sobrevivir. Quién me ha visto y quién me ve. Saqué de la nevera unas cervezas y abrí el balcón, nos sentamos en el suelo de este, uno frente al otro y con las piernas estiradas.

—Aitana me contó que Lucas y tú os lleváis muy bien.

—Es especial —me dijo—, además de inteligente.

—No te aburres con él, eh. —Hugo negó con la cabeza y esbozamos una sonrisa—. Le echo mucho de menos.

—Él a ti también.

—Espero bajar antes de la audición, necesito achucharlos a todos y recuperar algo de energía. —Bebimos de los botellines y le miré dubitativa—. Creo que no estoy en condiciones de hacerte esta pregunta, pero me gustaría escuchar la respuesta de tu boca. —Me miró ceñudo y no lo pensé antes de soltarlo—. ¿Por qué te vas a casar?

Hubo un silencio incómodo en el que la mirada de ambos se perdió en las losas que recubrían el suelo del pequeño balcón. Me entretuve rascando la etiqueta del botellín y, cuando pensé que no habría respuesta y que había metido la pata, contestó.

—No puedo tener hijos, Alejandra —confesó y un escalofrío me recorrió. No, Carolina no había hablado todavía con él y dudé sobre si lo haría en algún momento—. Carolina quería que nos casáramos, ya sabes que yo nunca quise eso, pero si lo hacemos será algo menos complicado adoptar en un futuro, así que se lo pedí.

—¿Cómo sabes que no puedes? —pregunté para asegurarme de aquello que nos contó Aitana.

—Lo intentamos durante un tiempo y decidimos hacernos pruebas, el problema era mío.

—Y no... ¿No has pensado en repetir esas pruebas?

—¿Para qué?

—No soy quién para darte un consejo porque quedaría fatal viniendo de mí que soy tu ex, pero no comprometas tu vida solo por eso, Hugo, porque te estás tirando sin freno a ser completamente infeliz.

—No es solo por eso, Alejandra, quiero a Carolina.

—Y no me cabe duda, pero me da la sensación de que cada uno está mirando por lo que quiere de manera individual y no os habéis preguntado si esto es lo que queréis para los dos.

Hugo me pidió en un gesto que me colocara entre sus piernas, me deslicé por el suelo hasta quedar en el hueco de estas y apoyar mi espalda en su pecho.

—Es todo muy difícil, canija.

—Me imagino... —Alcé el botellín y le miré—. Por estar aquí y ahora tomándonos esta cerveza que me voy a acabar en cuanto choquemos.

Conseguí que sonriera, brindamos y bebimos.

—¿Has estado tocando la guitarra?

—Alguna vez —suspiró y apoyó su barbilla en mi hombro—. Te he echado de menos desde que te vi cruzar el umbral de la estación.

—¿¡Estuviste allí!?! —Me giré asombrada—. Joder, Hugo, qué pocos cojones —resoplé enfurruñada.

—¿Qué iba a cambiar?

—Daba igual que no cambiase nada, yo te esperaba, y eso era suficiente.

—Estabas preciosa, sonreías intentando que el resto no llorase y fuiste valiente.

—Fui valiente porque ellos me dieron fuerza y tú también me empujaste con aquel mensaje. Podías haberlo hecho con un abrazo.

—Créeme que no, solo te lo hubiese puesto más difícil, quedarte no era la solución.

—No me iba a quedar, pero... —Pensé y maldije. No, no me hubiera quedado, aunque seguro

que hubiese flaqueado más de lo que hice en aquel momento.

En ese instante me di cuenta de que Hugo había hecho conmigo lo que yo hice con él hace cinco años, no de manera tan dolorosa, sin embargo, no aparecer fue la manera que tuvo de decirme que tenía que seguir mi camino y cumplir mi sueño, lo mismo que cuando yo me marché y le pedí que alcanzara el suyo.

—Antes me dijiste que Óscar y tú habíais compuesto esa canción, pues... necesito que me ayudes.

—¿Que te ayude? —pregunté extrañada—. ¿A qué?

—Llevo con esta letra unas semanas, no para de rondarme la cabeza, el problema es que no sé cómo seguir. —Sacó su teléfono y me lo tendió.

Eché un vistazo a lo que había escrito y asentí. La música siempre deja huella, es cierto que hay canciones que nos tocan y de las que es imposible que salgamos ilesos, especialmente de esas que llegan cuando más lo necesitamos y en el momento que menos esperamos. En aquellos renglones, Hugo dejaba ver una parte de él quizá sin saberlo, supongo que fue su manera de lidiar con el pasado, con el hecho de que alguien irrumpa en tu vida y vuelva a traerlo todo de nuevo.

Me levanté y volví al salón, saqué mi libreta y le pedí permiso para apuntar esos versos. Nos sentamos en la banqueta durante el tiempo en el que creamos con nuestras palabras y, unas horas después, acabamos con aquella letra sin una melodía definida. Estábamos agotados, aunque esto último lo olvidamos cuando compartimos aquel micromundo en el que sonábamos... bien.

—No sé si la canción acabó siendo lo que esperabas.

—Acabó siendo contigo y no podía ser de otra manera. —Dejó la libreta a un lado y nos miramos.

—Deberías irte ya, es tardísimo.

—Sí, voy a recoger mis cosas al hotel, desayunaré algo e iré para la estación.

—¿Me avisas cuando llegues a Málaga?

Hugo se levantó y yo lo hice a su vez.

—¿Un mensaje? —me preguntó y asentí.

Le acompañé a la puerta y nos abrazamos, enredamos nuestros brazos en el cuerpo del otro agarrando en un puño la tela de la ropa que salvaba a nuestras pieles de tocarse. Nos separamos unos segundos después, Hugo dejó un beso en mi frente mientras yo cerraba los ojos y, al abrirlos, dio un paso hacia atrás esbozando una sonrisa y se alejó.

—Una última cosa —llamé su atención antes de que entrase en el ascensor—. Habla con Carolina por los dos, seguro que ella también lo necesita.

Asintió con la cabeza y nos despedimos con un «adiós». Cuando entré en casa volví a sentarme al piano y a ponerle voz a esas palabras que supimos escribir en una hoja en blanco con la esperanza de que algún día funcionaran. Al parecer fuimos capaces de hacer algo bien después de tanto tiempo, y es que siempre hay esperanza más allá de las cicatrices.

Capítulo 15

«Bajo presión»

Llegué de Madrid con más fuerza que ánimo. A decir verdad, no sé ni cómo podía decir que llegué con fuerza porque las verdades que asomaron me partieron en dos. Seguía preocupado porque Carolina no hubiese hablado conmigo antes, y también me culpaba por no haberme dado cuenta hasta que el desastre era demasiado evidente. Tampoco esperé reconocer delante de Alejandra uno de los motivos que me llevaban a casarme, no me parecía una de esas cosas que le confiesas a tu ex, pero tampoco se extrañó, y quizá, entre todas esas cosas, se estaba gestando algo que podría explotarme en la cara. Hay quien dice que prefiere vivir en la ignorancia total por no experimentar más sufrimiento, yo debía de ser masoquista o algo porque necesitaba la verdad, incluso si me atravesaba. Mi problema era que esperaba a que la gente confesara porque, aunque quisiera la verdad, eso no quitaba que le tuviera miedo, y ese miedo me llevaba a seguir por inercia los caminos que escogí con anterioridad sin pararme a pensar siquiera si había algo que estuviese cambiando o si, simplemente, era el que yo quería seguir. Unos lo llamarán conformismo, otros, falta de valentía y, seguramente, tengáis razón. Yo lo llamaba miedo y ese miedo me paralizaba hasta el punto de hacerme sentir totalmente perdido, y no hay nada que nos atemorice más que no encontrarle el sentido a nuestra vida.

Cuando entré a casa, la llave no estaba echada, supuse que Carolina no se había ido a ninguna parte y me alivió en cierto modo pensar que estaba allí. Cerré despacio la puerta y dejé la maleta en el recibidor, anduve hacia la cocina y encendí la cafetera para preparar una humeante taza de la cafeína que necesitaba casi como un chute en las venas para aguantar el resto de día. Le hice otra a Carolina con una de esas leches vegetales que siempre tomaba y saqué unas tostadas que preparé como desayuno. Terminé con mi taza mientras lo hacía, y cuando acabé, me encaminé al dormitorio con la bandeja.

Mi lado de la cama estaba sin deshacer, su pelo caía en la almohada como halos de luz y parecía pequeña acurrucada en aquella postura. Levanté la persiana con suavidad, se desperezó restregándose los ojos con las yemas de sus dedos y bostezó. Sonrió al verme y se incorporó en la cama.

—Ya has llegado —confirmó cuando me senté a su lado y dejé la bandeja en su regazo.

—Buenos días. —La besé y me abrazó hundiéndose en mi torso.

—Qué bien hueles...

—¿A horas de tren?

—No, idiota. —Rio y retiré uno de sus mechones detrás de su oreja—. A casa.

Dejé un beso en su sien y la animé a tomar el desayuno.

—¿Hoy no trabajas? —le pregunté y negó.

—Necesito una tregua. Estoy pensando en quedarme con menos clientes, no puedo llevar ese ritmo de vida. —Dio un sorbo al café y suspiró—. Me he dado cuenta de que

apenas estoy en casa, de que decía que sí a todo porque creía que así la gente me conocería más, me aceptaría más, cuando lo cierto es que ni siquiera les importo.

La miré con ternura y me hice un hueco en la cama.

—Tú eres la única que tiene las riendas de tu vida, yo te acompañaré en todo lo que decidas. No quiero verte más como te vi el sábado, estabas abatida, Carolina, y lo peor es que yo tampoco me había dado cuenta antes.

—Hugo, nuestra vida se estaba resumiendo en encontrarnos de vez en cuando, en echar dos polvos, buenos, pero dos polvos, y nos estábamos convirtiendo en dos completos extraños.

—Tienes razón —dije con cierto pesar.

Ambos fuimos capaces de pararnos a pensar en ese error que llevábamos tiempo cometiendo, así que decidimos pasar el día juntos. Dormimos hasta bien entrado el medio día, nos duchamos y nos vestimos para salir a comer fuera. Cuando nos montamos en el coche nos vi despreocupados, algo más tranquilos, me encantaba que el rastro de su perfume me llegase cada vez que la corriente que entraba desde la ventanilla agitaba su pelo. Tarareaba aquella canción que sonaba por la radio mientras conducía, y veinte minutos después aparcamos en Pedregalejo. Nos sentamos en un chiringuito, recuerdo que bebimos tanta cerveza que después paseamos por la orilla de la playa para intentar que se nos pasase el sueño que nos entró y el mareo que llevábamos los dos.

—Me voy a meter en el agua, me muero de calor —me avisó y le sujeté la mano.

—¿Con la ropa?

—Hace muuucho calor, Hugo. —Entrelazó sus brazos en mi cuello y me besó—. Anda, venga.

—Rotundamente no.

—Qué aburrido eres. —Levantó su vestido hasta medio muslo, dispuesta a meterse en el agua, y me reí cuando lo agarró hasta su cintura como si fuese una camiseta y se mojó hasta donde pudo—. ¡Está helada! —gritó y sonreí mientras la miraba.

Me senté en la orilla y respiré más aliviado. ¿Por qué Carolina y yo no podíamos estar así todo el tiempo? ¿Qué era lo que me faltaba para que fuésemos los dos y nadie más? ¿Para que no siguieran cabiendo en mi cabeza todos esos recuerdos con Alejandra y se esfumase esa necesidad de tocarla cada vez que estaba con ella?

Poco después, Carolina salió del agua y se sentó a mi lado.

—Te vas a poner el culo como una croqueta.

Levantó su muslo y rio cuando vio que la arena estaba pegada a su piel. Estuvimos allí, en silencio, viendo el mar durante un rato y decidimos volver cuando el sol comenzó a caer.

El jueves salí de trabajar y no pude ni parar en casa, Luis me esperaba a la salida del hospital con su coche y me saludó sonriente en cuanto me monté.

—El médico dandi.

Puse los ojos en blanco y se echó a reír.

—Acuérdate de esto: quien ríe el último, ríe mejor.

Aparcamos en uno de los párquines del centro que estaba menos abarrotado que el resto y anduvimos hacia esa tienda de trajes de novio. Luis hizo ademán de entrar, pero le paré.

—Espera.

—¿Que espere a qué? —preguntó extrañado.

Unos minutos después Aitana apareció junto a Candela, no puedo describiros la cara de mi amigo cuando las vio aparecer.

—Pero ¿esto no era entre tú y yo?

—Entre tú, ellas y yo. Es mi hermana, qué esperabas.

—¿Y Candela? —Se acercó a mi hombro para preguntarme.

—Te dije que quien ríe el último, ríe mejor.

—Serás cabrón —maldijo antes de que llegaran a donde nos encontrábamos.

—¿Dónde está el novio más guapo sobre la faz de la tierra? —preguntó mi hermana cuando llegó y se encaramó a mi cuello para abrazarme. Dejé un beso en su mejilla y sonreí.

Atisbé por el rabillo del ojo que Candela y Luis se saludaron con dos besos y tuvieron una de esas conversaciones, si es que a eso se le podía llamar conversación, que se basaba en decir cada uno que estaba bien. No sé si hice bien o mal avisándola porque el ambiente se enrareció, pero yo la necesitaba allí también para tomar aquella decisión que llevaba posponiendo durante meses.

—Todavía me pregunto qué hago aquí —me susurró Candela mientras esperábamos a que la chica nos atendiera.

—Eres mi mejor amiga, enana, no quería hacer esto sin ti.

—Ay, Hugo, es que esto es muy complicado. Estoy en medio.

—Estás en medio, pero nadie está tirando de ti.

—Quizá.

Le guiñé un ojo y pasamos a uno de los probadores que nos indicó la dependienta.

—Hablo yo por ti que tú no tienes ni idea —intervino mi hermana.

—Tenemos criterio suficiente para elegir un traje —replicó Luis y los miré pidiendo clemencia.

—No digo que no lo tengáis, pero el mío es mejor que el vuestro.

—Y yo que creía que con vosotros iba a ser más fácil que si se lo hubiera dicho a mamá...

—Pobre iluso —añadió mi amigo.

Nos paseamos por los percheros que había y cada uno eligió un traje, ninguno se parecía a otro, y pensé que me había puesto la zancadilla yo mismo. ¿A quién se le ocurre juntar a dos ex que no se ven casi desde que rompieron y a mi hermana la sabelotodo en moda? A mí, a mí.

Entré en el probador con seis trajes, dos que escogió la dependienta para mí y uno de cada uno de mis acompañantes incluido yo. Me dolía hasta la cabeza de escuchar cortes, tipos de telas, estampados y colores, la voz de estos sonaba en off en mi cabeza mientras hablaban, y salí con el primer traje que escogió Luis.

—Pareces un Action Man —dijo Candela cuando me vio.

—La verdad es que es demasiado... ajustado.

—No me gusta —admitió Luis—. Quedaba mejor en la percha.

—Quítatelo antes de que te corte la circulación. —Me empujó Aitana mientras la dependienta reía y les ofrecía una copa de champán. Quizá si les emborrachaba sería más fácil y alguno les parecería bien.

Volví a entrar y me puse uno que tenía una tela estampada en cuadro galés de un azul algo más claro que el de la tela de fondo del traje y me miré sin estar muy convencido. Aitana me había dicho que era tendencia ahora llevar trajes de novio con estampado y pensé que sería algo como que la solapa de la chaqueta llevase algún relieve, no todo el traje. Salí y me coloqué delante de ellos.

—¿Qué tal ese? —preguntó la dependienta.

—Pareces un escocés con mal gusto —dijo Luis y Aitana le dedicó una mirada nada amable.

—Demasiado cuadro, me duelen los ojos —siguió Candela.

—¿Habéis hecho complot contra mí? Creía que vosotros dos os odiabais.

—Hombre, es un capullo, pero tanto como odiar... —terció Candela.

—Soy un capullo majo. —Remató Luis y nos reímos animados—. A lo que vamos, Aitana, no dudo de tu gusto, pero tienes que admitir que no le queda bien, yo lo he hecho.

—Vale, sí. Pareces sacado de un cuadro, nunca mejor dicho.

De vuelta al probador, me desvestí y volví a enfundarme, esta vez, el que Candela eligió. Ella sí lo escogió liso, negro y con el chaleco y la solapa de la chaqueta algo brillante con algún relieve en terciopelo. Cuando me lo puse pensé que quizá me estaba acercando, aunque tampoco era esa la idea que en un principio tenía. Salí y, esta vez, a pesar de que todos asintieron, también le sacaron falta.

—A ver, ese terciopelo... pareces Jesús Vázquez, amigo —apuntó Luis y Aitana asintió.

—No me gusta que la tela sea brillante.

—Mejor brillante a estampada —rebatió Candela—. Inténtalo con uno de los colores lisos, creo que acabaríamos antes.

—¿Queréis otra copa? —Ofreció la chica intentando suavizarlos y estos asintieron.

Esa vez opté por un traje en azul marino con el chaleco del mismo azul y estampado con un sutil cuadro galés que seguro le gustaría a Aitana. La chica me ayudó a colocarme la corbata de un azul del mismo color que el cuadro y salió sonriente cuando terminó. Me miré y me sentí... extraño. Me salpicaban sensaciones de todo tipo y pensamientos desde el «lo estás haciendo bien» al «te estás equivocando». Me vi bien con aquel traje, todo lo bien que podía estar en aquel momento de confusión, y cuando salí todos callaron y se miraron entre ellos, supuse que para evitar que alguno se fuese de la lengua o corroborar que era ese el traje con el que esperaba a Carolina en el altar. Un pellizco se instauró en la boca de mi estómago y me recorrió una especie de escalofrío; mi hermana se dio cuenta de ello, se levantó corriendo y me abrazó.

—Te quiero, mucho. —Asentí pegado a su cuello y me frotó la espalda—. ¿De verdad quieres hacerlo?

—No lo sé, Aitana, no lo sé.

—Hagas lo que hagas yo estaré aquí.

—Estoy cansado de equivocarme, de que las decisiones que tengo que tomar sean siempre tan grandes, tan difíciles.

—Lo sé, Hugo.

Luis y Candela se levantaron simultáneamente y se unieron a aquel abrazo. No

dijeron nada, solo... pareció que entendieron todo aquello por lo que estaba pasando: las idas y venidas, las certezas y las dudas, el pasado, el presente, el futuro... y lo vi claro. Después de aquel abrazo me sentí con fuerza para dejar el traje de vuelta en la percha y salir con ellos de la tienda tras agradecerle a la dependienta su tiempo, pero aquello no era lo que yo quería hacer y, lo que era más importante, no lo iba a hacer. Era cierto eso que os dije: llegué de Madrid con más fuerza.

Capítulo 16

«Hogar»

Los días pasaron demasiado rápido a mi parecer y, de repente, me vi parada frente a la estación de Atocha con una maleta dispuesta a pasar unos días en la ciudad que sí era mi casa porque fue la que me vio crecer en muchos sentidos. Crecer. Parece una palabra simple, y lo cierto es que estamos destinados a estar sometidos a esa acción durante toda nuestra vida. Crecemos física e interiormente, crecemos y dejamos de ser las personas que éramos, pero hacerlo también depende de nosotros porque a veces nos cuesta cambiar y aceptar a esas personas que ya no somos y a las que en ocasiones nos aferramos.

Matías insistió en acompañarme aquel día, se escapó del trabajo y cumplió aquella promesa que me hizo desde el momento en el que le conté que saqué el billete del tren. Él era así, de cumplir con todas esas cosas que soltaba por muy insignificantes que fueran.

—Venga, entra, seguro que el tren ya está esperando —me animó y asentí.

—Nos vemos a la vuelta.

Me encaramé a sus hombros y nos besamos dejando entredicho en nuestros labios que, de una forma u otra, nos echaríamos de menos durante aquella semana. Le costó dejarme ir, suspendió el beso unos minutos y, finalmente, me abrazó y me soltó.

—Que no me voy a la guerra —le dije y sonrió.

—Solo te pido una cosa: vuelve con más fuerza que nunca.

—Seguro que regreso con ganas de comerme el mundo.

—Adiós, nena.

Nos dimos un último beso y volví a agarrar la maleta.

—Nos vemos dentro de unos días.

Anduve por aquella estación siempre llena de gente, leí en el cartel las salidas y unos minutos después ya estaba sentada en mi asiento. Eran las nueve de la mañana, con suerte llegaría con tiempo para dejar el equipaje e ir a recoger a Lucas al colegio, lo mejor era que él no me esperaba y me moría de ganas de verlo.

Escuchaba por los auriculares aquella «Nana triste» mientras apuntaba en la libreta de mis desastres unos versos y algunas ideas. Creo que todos tenemos uno de esos cuadernos en los que escribimos cosas sin ton ni son y a las que volvemos en alguna ocasión buscando inspiración. La mía tenía más años que Mambrú, y alguna de las cosas que quedaron en ella plasmadas en tinta me daban cierta vergüenza porque, ya ves, imagínate esas canciones que escribía con dieciocho años sobre amor creyendo que lo sabía todo. Ay, pobre ilusa.

Tres horas después llegué a María Zambrano, salí distraída con el teléfono avisando a mi madre y a Candela de que acababa de llegar y alguien llamó mi atención.

—¡Rubén! —Me lancé a abrazarlo y saltamos contentos—. Pero ¿qué haces tú aquí?

—Te creías que no te iba a recoger nadie, eh.

—Qué alegría, jo. ¡Y qué guapo estás! —Me retiré y le miré.

—Pues anda que tú, tienes el pelo mucho más largo y rojo, ahora sí que pareces la Sirenita, además con príncipe.

Me reí y echamos a andar.

—Cuéntame, ¿qué tal todo?

—Pues mira, con Dani por ahora va bien, digo por ahora porque tenemos nuestros altos y bajos, no son tan frecuentes como siempre, ahora son más bien por temas de... convivencia.

—¿Te has ido a vivir con él? —Asintió y sonreí—. Y no me lo cuentas, maldito.

—No las teníamos todas con nosotros, ha sido complicado encontrar piso y tú sabes que para mí irme a vivir con alguien es todo un deporte de riesgo, me gusta demasiado estar a mi aire.

—Bueno, puedes seguir a tu aire, aunque también es bueno que lo compartas, egoísta. —Nos reímos.

Llegamos al coche y dejamos el equipaje en el maletero, nos sentamos y nos pusimos en camino hacia el atelier de mi madre.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal con Eric?

Lo de Eric tenía su historia, y es que desde aquella Nochevieja en la que conocieron a Matías, bromeaban con que éramos los dos protagonistas de ese cuento de Disney. Sin una historia tan dramática, porque es cierto que soy rara, pero no tanto como lo es tener una cola de pez.

—Va todo muy bien. Matías es... No sé, me trata bien, me cuida, sabe darme espacio y empieza a entender mis días malos.

—Todo un récord.

—Y que lo digas. ¿Qué tal la escuela?

—Vamos bien, lo de los bailes nupciales nos salvó de ese bache, Hugo y Carolina no vinieron más, por si te lo preguntas.

—No lo hacía.

—Ya, ya, seguro que lo de Tarzán lo tienes superadísimo.

—¿Tarzán? —Me reí—. Ya no creo que sea algo que tenga que superar, simplemente tengo que aceptar que va a estar ahí.

Quince minutos más tarde aparcamos cerca del atelier y entramos. Mi madre estaba enfrascada en una tela de color verde, supuse que para uno de sus encargos, y no reparó en nosotros hasta que carraspeamos.

—¡Pero bueno! —Se levantó y vino corriendo—. Ay, Dios mío, Alejandra. ¿Tú has visto lo bien que estás? Mira, si tienes más culo y todo —dijo intercalando abrazos y las vueltas que me daba como si fuese un maniquí—. Te sientan muy bien esos kilos de más, que parecías el espíritu de las golosinas.

—Trabajaba en un gimnasio y dando clases de baile, no podía engordar por mucho que quisiera.

—Mi niña. —Me apretujó en sus brazos y reí—. Cuánto me alegro de verte.

—Y yo, mamá. —Miré el reloj y dejé la maleta dentro—. Voy a por Lucas al colegio, te recojo luego y vamos a comer.

—Muy bien. Hasta ahora, muchachos.

Rubén y yo salimos del taller y anduvimos hacia el colegio mientras hablábamos.

—Candela te tiene que contar una cosa que vas a flipar.

—¿Cómo que voy a flipar? —Le miré interrogante y agitó la mano—. A mí eso de tirar la piedra y esconder la mano no, eh.

—Calla, ahora te lo contará.

—¿Y lo sabéis todos menos yo?

Fruncí el ceño porque se trataba de Candela y yo era la primera persona a la que siempre acudía.

—Fue muy precipitado, solo lo sé yo porque ayer vino a clase y estuvimos un rato hablando.

—Miedo me da.

Llegamos a la puerta del colegio y esperamos a que abrieran. Vi que salieron algunos niños de la clase de Lucas y, poco después, lo hizo él. Buscaba a mi madre, a mi cuñada o a la tía Candela, no encontró a ninguno. No obstante, cuando me vio a mí salió corriendo con la mochila y se tiró a mis brazos. Lo apretujé a la altura de mi vientre mientras él daba pequeños saltitos emocionado.

—¡Tita, tita, tita! —gritaba cerciorándose de que era yo.

—Pero ¡qué alto y qué guapo estás! —Me agaché a su altura y le observé. Acaricié su pelo rubio y miré esos ojitos verdes que se escondían un poco cuando reía.

—¿Te quedas aquí siempre?

—No, cariño... Pero tenemos una semana entera para estar juntos.

—¡Bien! —Se conformó, saludó también a Rubén con un abrazo y echamos a andar de vuelta al atelier.

—Esta semana me vais a volver loco —nos dijo.

—¿Y eso? —le preguntó Rubén.

—El martes vino la tía Candela a recogerme, el miércoles Hugo y hoy vosotros dos. ¡Un día os vais a confundir y me vais a dejar en el cole!

Rubén y yo reímos y este le dijo que era porque lo querían todos mucho y hay que compartir.

—¿Hugo te recoge muchos días? —Quise saber y Rubén me pellizcó.

—Algunos. Cuando me recoge me lleva a comer hamburguesa y no se lo decimos ni a papá ni a mamá.

—Qué mentirosillos.

—Son secretos de amigos, tita.

—Muy secreto no es si me lo estás contando —repliqué y sonríó.

—Es que tú sabes guardarlos.

Acaricié su melena y dejé que entrase al atelier a por mi madre. Cuando estuvimos todos nos montamos en el coche y aparcamos en la avenida Plutarco. Nos sentamos en un bar de tapas y esperamos a Candela. Apareció unos minutos después y nos abrazamos mientras ella me agitaba entre sus brazos; al momento llegaron también Nuria y mi hermano y los cuatro nos fundimos en uno de esos abrazos grupales en los que parece que abrazas a todo el mundo y realmente no sabes los brazos de quién son los que te están rodeando. Cuando acabamos sí pude saltar a los brazos de Óscar y achuchar después a mi cuñada.

—Madrid te sienta bien, enana —observó sonriente.

—¿Me has echado de menos?

—No te imaginas cuánto —respondió Nuria por él—. Pero yo también.

—Y yo a vosotros, Nuri. Me quedo una semana. —Aplaudí entusiasmada y nos sentamos todos.

Pedimos la bebida y la comida de Lucas de seguido porque era el que más hambre tenía mientras el resto seguimos ojeando las cartas. Cuando lo tuvimos todo lo pedimos y comenzó esa tertulia de mesa redonda tipo programa del corazón de Telecinco.

—¿Cómo vais con la boda? —Quise saber y mi hermano resopló.

—Liados, mucho.

—La finca donde lo íbamos a celebrar nos canceló después de haber probado el menú y todo —contó mi cuñada.

—¿Cómo va a ser eso?

—Como te lo cuenta. Me pillé un rebote...

—Me imagino.

—Hay gente que tiene la profesionalidad en el culo —añadió Candela.

—¿Y entonces? ¿Ahora qué vais a hacer?

—Esta tarde vamos a mirar otra de las fincas que nos gustó, al parecer sí tiene libre la fecha, aunque ahora es como empezar de nuevo con eso.

—Entiendo... Bueno, lo importante es que hay soluciones. Si no es ahí será en otro sitio y, sino, os montamos un bodorrio en el jardín de la casa de campo.

—¿Y luego quién recoge? —preguntó mi madre y resonó una carcajada.

—Ay, mami, eso al día siguiente nos levantamos y recogemos.

—Pues vaya mañana de bodas —siguió Candela.

—Pis viyi miñini di bidis —repetí burlona—. ¡Es una posible solución! Lo digo para que no se agobien, que sois unas cenizas.

—¡Habló la alegría de la huerta!

—Echaba de menos hasta estas conversaciones —dijo Nuria y sonrió.

—Os tengo que contar una cosa, una BOOOMBA —soltó Candela entonando esa palabra como si fuese King África y Lucas rio mirándola, incluso la gente de las mesas de al lado rieron y pegaron la oreja.

—De verdad que eres...

—Está en peligro de extinción —aseguró Óscar.

—¿Os lo cuento o no? —Todos contestamos un «sí» al unísono y preparó el relato.

—He dejado el trabajo.

—¿¡¡Qué!!? —exclamamos mi cuñada y yo.

—Como lo oís.

—Ya te dije yo que era un notición. —Secundó Rubén.

—Uy, qué boquita tan grande tienes tú, a ver si te voy a tener que llamar pelícano, que no sabes tener el pico cerrado.

—¡Solo le dije a Alejandra que tenías una bomba!

—¿A qué es una BOOOMBA? —Volvió a imitar la canción y nos miramos entre todos.

—Pero, a ver, Candelaria. ¿Cómo que has dejado el trabajo? —Quiso saber mi hermano.

—Primero, no me llames Candelaria; y segundo, me han despedido.

—¿Y por qué? —inquirió mi madre preocupada.

—Pues llevo unos días despistándome de algunas tareas que tenía que hacer... Lo hice a propósito, por supuesto, y como mi jefe nuevo tiene la mecha muy corta, hizo BOOM, y ayer a última hora me llamó a su despacho y me plantó el papel delante.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Nuria.

—Pues firmarlo, si estaba deseando largarme de allí. A ver, disimulé un poco, pero vaya, cero dramas.

—Madre mía, madre mía. —Me llevé las manos a la cabeza—. ¿Tú estás bien o solo estás disimulando?

—Estoy bien, te lo prometo.

Le indiqué con la mirada que hablaríamos más tarde y comenzamos a comer cuando la camarera dejó los distintos platos sobre las mesas. Transcurrieron conversaciones sobre cualquier cosa, ni para comer podíamos mantener la boca cerrada; volvimos a reír todos juntos, disfruté de aquel reencuentro, de estar de vuelta en casa y de todos y cada uno de ellos.

—Bueno, ¿alguien tiene algo más que confesar? —preguntó mi hermano y me miró.

—¿Y por qué me miras a mí?

—Tú sabrás. —Arqueó la ceja y encogió los hombros.

—Tía, ¿qué es lo que no me has contado? —siguió Candela—. Creía que nos lo contábamos todo. —Se cruzó de brazos y se hundió en el asiento.

—Ni comer tranquila me dejáis, la Virgen —protesté y me dio un toque con el codo—. ¿Qué quieres, Óscar de mi vida? —resoplé y sonrió—. Sacarme de quicio.

—Venga, cuenta.

Miré al resto de integrantes de la mesa que me miraban expectantes.

—Cuéntalo tú si tantas ganas tienes porque no tengo ni idea de qué me hablas.

—Eso, cuenta —pidió mi madre.

Si aquí no ganábamos a cotillas....

—Hugo me contó que os encontrasteis en la fiesta a la que te invitó Matías.

—¿En Madrid? —añadió mi cuñada—. ¿Y qué pasó?

—¡Nada! N A D A —aseguré—. Nos vimos, tomamos una copa y después volví con Matías.

—¿Y el lunes siguiente?

—Joder, Óscar, peor que la vieja del visillo —suspiré—. Quedamos para comer y tomamos café con Olivia. Nada turbio, que tenéis la mente sucia.

—Sobre todo tu hermano —afirmó Candela.

—Habló la moderna de mente abierta.

—Cromañón. —Le hizo burla y el resto rio—. Más hacer y menos pensar, así te quitas la cara de preocupación que tienes, seguro que llevas semanas sin mojar.

Miramos a Lucas automáticamente, quien pareció no haberse enterado porque estaba enfrascado en el móvil y los dibujitos que canturreaban en él. Respiramos aliviados y reprendimos a Candela.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida sexual no es de vuestra incumbencia.

—Pues lo que yo hago con la mía parece que sí —rebufé—. Pero vaya, tú tranquilo, que luego Nuria nos pone al día.

—Ay, Óscar, si es que no aprendes... —le dijo mi madre refiriéndose a Candela y a mí porque era verdad, siempre que se metía con nosotras el que salía perdiendo era él.

—¿Y qué estaba haciendo Hugo allí? —me preguntaron volviendo a la conversación. Lo cierto era que todos se ponían en alerta cuando el nombre de Hugo y el mío aparecían juntos.

—Tenía un congreso.

—Venga, dejad ya de avasallarla y vamos a pedir el postre. —Medió Rubén rescatándome de aquel interrogatorio y, como si aquella palabra fuese mágica, todos volvieron a las cartas a mirar los postres dejando a un lado mi vida sentimental que parecía darles a ellos tanto miedo como me estaba dando a mí porque en el fondo una siente cuando se vuelve a avecinar la tormenta.

Capítulo 17

«Corazón de piedra»

La vida gira como una noria, a veces puede parecernos que lo hace demasiado lento, otras, sin embargo, nos damos cuenta de ese recorrido cuando ya bajamos y es entonces, cuando ponemos los pies de nuevo en el suelo, que nos lamentamos por no haber disfrutado del viaje como debíamos; por no haber reparado en ese vértigo que se instalaba en el estómago, si la luna estaba llena o si el sol era radiante, la persona incluso con la que compartes ese vagón o el espacio si lo haces solo. Se nos olvidan demasiadas cosas mientras estamos viviendo y, en cierto modo, me parece injusto porque ojalá alguien nos enseñase a disfrutar de los amaneceres, a aprender que en la vida todos subimos alguna vez como lo hacemos cuando la noria se eleva, pero que también bajamos, y la clave está en aceptar que existen esos dos momentos para que, al vivirlos, entendamos que ambos vienen a enseñarnos que la vida no es como nos la contaban, que la vida está para sentirla, para que nos agite y nos haga despertar. Y todos lo hacemos, tarde o temprano todos despertamos.

Candela insistió en que saliésemos todos juntos aquella noche, ya sabéis, ella necesitaba celebrar mi vuelta a lo grande con el añadido de que ya no tuviera trabajo, algo que la gente no suele celebrar, y yo me animé porque para mí también era un motivo de celebración que se hubiese atrevido —digámoslo así— a dejar aquel despacho del que solo se llevaba algunos compañeros y muchos disgustos. Ya solo esperaba que ella fuese también capaz de perseguir su sueño, de ser, por fin, quien ella quería ser sin importar lo que los demás dijese. Porque era así, es jodido, pero era así, muchas veces condicionamos nuestras decisiones, nuestra felicidad, al qué dirán; nos importa tanto que dejemos de ser quienes queremos solo por estar sometidos a lo que es correcto y a la necesidad de que los demás nos miren con aceptación, pero ¿sabéis qué? Esas personas que te miran diferente por perseguir ser quien quieres en el fondo querían atreverse tanto como tú lo haces, porque todos queremos ser felices, no obstante, atreverse a ello sin condicionantes es una cuestión difícil.

Por el momento, mi amiga estaba contenta con lo que le había ocurrido en las últimas veinticuatro horas, no sé decirlo tampoco cuánto le duraría aquel descanso porque ella era de culo y mente inquieta. Me convenció para que pasara aquella noche en su casa y yo parecía una tortuga, todo el rato con el caparazón en forma de maleta a cuestas, aunque lo que realmente quería era volver a mi piso y a ese espacio en el que la mayoría de las veces podía respirarse tranquilidad.

—Vaya maletón para una semana, qué te crees, ¿la Preysler?

—Nunca fui buena haciendo maletas, pero no sé de qué te sorprendes, tú tampoco es que lo seas. —Nos reímos y asintió.

Se sentó en el suelo de su habitación y comenzó a ojear la ropa que me había traído pensando, como siempre, en esos conjuntos que a ella le gustaba hacer.

—Vaya, parece que te has modernizado un poquito —bromeó.

Cinco minutos después sacó un vaquero, un top de encaje negro y manga al codo y fue rápidamente a su armario a buscar unas sandalias negras de tacón ancho.

—Si no tenemos el mismo número —le recordé cuando las dejó en el suelo.

—Me las compré en tu talla por error y se me pasó el plazo de devolución.

—Me encantan —admití cuando me probé el zapato.

—Tengo un gusto innegable para la ropa.

—Podrías dedicarte a algo relacionado con la moda —sugerí.

—No estoy hecha yo para ese mundillo, prefiero vestiros a vosotras.

Me tumbé boca abajo en su cama y apoyé mi barbilla en los brazos viendo también cómo rebuscaba en su armario repitiendo ese patrón de sacar, probarse por encima y devolver la prenda a su lugar. Estuvo así unos quince minutos hasta que sacó un vaquero claro y un top rosa palo fruncido en las mangas y con escote cuadrado.

—Dime que ese ya es el definitivo —rogué y ella asintió tumbándose en la cama.

Poco después llamaron al timbre, se levantó descalza y la oí correr por el pasillo hasta la puerta. Resonaron sus voces mientras llegaban a la habitación y Nuria apareció por el umbral.

—Qué guapa —dije cuando la vi.

Dio una vuelta sobre sí misma y sonrió.

—Llevaba sin emperifollarme, mínimo, desde Nochevieja.

—Pues no ha llovido nada —añadió Candela—. Tienes que darle a tu vida alegría Macarena.

—Sí, sí, y a tu cuerpo —seguí.

—¿Pero no ves la cara que trae? Eso es porque pinchó hace un rato —me indicó Candela y la observé. Nuria se sentó en la cama y se encogió de hombros.

—Puede.

—Parece que le di un empujoncito a Óscar. —Candela movió sus cejas y nos echamos a reír.

Me sentí feliz de volver a estar así con ellas. Candela y yo comenzamos a maquillarnos en la cama mientras Nuria nos contaba que ya había hablado con Aitana para que fuésemos a ver el vestido mañana.

—Tengo que contaros una cosa... —anuncié haciéndome la interesante.

—¡Lo sabía! ¡Hugo y tú os habéis acostado otra vez! Por eso quiere cancelar la boda. —Saltó de la cama y nos miró.

—¿¡Que Hugo quééé!?! —exclamamos Nuria y yo.

—¿No era eso lo que nos ibas a contar?

—¡No!

—Joder, mierda.

—A ver, por partes. —Quiso calmarnos Nuria—. ¿Cómo es eso de que Hugo no se va a casar?

—Pues, veréis... —Se lo pensó un momento y negó—. No quiero que te enfades conmigo —me dijo.

—Suéltalo ya.

—Hugo me pidió que le acompañase a elegir el traje de novio.

Me tuve que sentar. ¿De verdad Candela había acudido a esa cita? ¿Qué me estaba perdiendo de todo esto?

—¿Te sentó mal? —Me miró y se sentó a mi lado—. ¡Lo siento! Sabes que no pienso mucho, pero como él y yo nos llevamos tan bien, pensé que no, no sé.

—Candela... —Comenzó Nuria—. No creo que tu decisión haya sido la más acertada, me parece bien que hicieses lo que te apeteció, aunque deberías haber pensado también que la situación es un poco complicada.

—No, da igual. Yo le pedí a ella cuando lo dejé que no volviese a hablar con él y ellos se tenían cariño, así que es normal que hayan retomado esa amistad.

—Nuria tiene razón. ¿Me perdonas? —Me miró con ojitos y negué.

—No tengo que perdonar nada, de verdad, Cande.

—Asunto arreglado —concluyó Nuria—. Ahora cuéntenos, ¿cómo que no se va a casar?

—Fue rarísimo, estaba ahí probándose trajes, debo decir que todo el gusto que tengo para la moda femenina lo pierdo para la masculina porque no tengo ni idea de escoger trajes.

—¡Candela! —la llamamos al unísono.

—¡Vale, vale! Pues eso, estaba ahí probándose trajes y cuando pareció que uno de ellos encajó con él algo hizo «clic», negó y Aitana se levantó al momento para abrazarlo. Luis y yo nos miramos así —imitó una cara de estupor—, y al momento entendimos lo que pasó por su cabeza. Hugo tomó una decisión y fuimos testigos de ella. Ya no hay más, no volví a hablar con él. Le dejé un mensaje por si quería venir a cenar esta noche y tampoco me contestó, llevo una semana sin saber de él.

—Hostia, qué fuerte... —consiguió decir Nuria—. Necesitará un tiempo.

El corazón me galopaba en el pecho mientras Candela nos contaba aquel episodio, me costaba incluso respirar y tuve unas ganas tremendas de llorar al pensar que yo había tenido que ver en todo lo que Hugo estaba pasando.

—Alejandra, ¿estás bien? —me preguntó mi cuñada—. Trae un vaso de agua, corre.

Cogí el vaso cuando Candela me lo tendió y se arrodilló delante de mí acariciándome la cara.

—Se va a desmayar, Nuria.

—Alejandra, dinos algo. —Me zarandeó levemente y reaccioné cuando parte del agua cayó en mis muslos.

—Esto es culpa mía.

—¿Qué es culpa tuya?

—Lo de Hugo, yo... el lunes pasado estuvo en casa por la noche —conté con la voz temblorosa y me escucharon atentas—. Hablamos, me contó eso de que no puede tener hijos y que, aunque Carolina y él a veces vayan por separado, se quieren. Le dije que hablase con ella porque me daba la sensación de que aceptan las decisiones que toma el otro sin pararse a pensar si es lo que cada uno quiere.

—Te metiste en la boca del lobo, Ale.

—¿Y qué hago, Nuria? Hugo ya lo pasó mal una vez conmigo, no quiero que vuelva a ser un infeliz.

—Ya, cariño, pero eso no lo puedes evitar tú y quizá incluso necesite darse de bruces contra el suelo para darse cuenta de lo que realmente quiere.

—Ya se las está dando, ya... —apuntó Candela—. El otro día fue la primera vez que decidió retomar un poco las riendas, y qué manera de retomarlas, también os digo.

—A mí me dice Óscar que no se quiere casar conmigo a dos semanas de la boda y me da algo malo, os lo aseguro.

—La situación es diferente, Nuria —aseguró mi amiga y asentí.

—Me siento fatal. Tengo que hablar con él. —Hice ademán de coger mi teléfono del bolso y las dos me frenaron.

—Cuando lo veas, por teléfono no, hablar así es una mierda.

—Estoy de acuerdo.

Me resigné y volví a sentarme en la cama. Candela decidió poner algo de música mientras terminábamos de arreglarnos y yo no podía pensar en otra cosa que no fuese lo que había pasado hace unos minutos, ambas lo notaron, aun así, intentaban animarme. Pedí que ojalá aquello fuese un mal sueño y que Hugo acabara casándose con la persona que quería, pero la realidad era la que era.

Cuando salimos del piso de mi amiga, Óscar nos esperaba en la entrada mientras ojeaba su teléfono y tecleaba en él; lo guardó en cuanto nos vio y nos miró de arriba abajo.

—Vaya, quién os ha visto y quién os ve.

—Peculiar tu forma de decirnos que estamos pibones —dijo Candela.

—Lo importante es que lo habéis pillado. —Sonrió con timidez.

Me agarró de los hombros y paseé junto a él mientras Nuria y Candela hablaban unos pasos más hacia delante. Me estreché un poco contra su torso, no mucho, tampoco quería que notase que mi cabeza iba a unas mil revoluciones por minuto, y él dejó un beso en mi sien.

—¿Va todo bien por la ciudad de las estrellas?

—Todo va sobre ruedas. Bailo casi todos los días y ensayo todas las tardes, pero necesito que me ayudes con esto último, ya sabes que soy un poco...

—No eres insegura, es que llevabas tiempo sin atreverte a dar el paso y cuando lo has hecho has sentido que empezabas otra vez, te has hecho pequeña y tienes que ser capaz de ver todo el potencial que tienes.

—Sí, me he hecho pequeña ante una profesión de gigantes.

—Eso no significa que lo seas, recuérdalo. —Asentí y me estrechó contra él.

—Y tú deja de preocuparte tanto por la boda y disfruta del proceso.

—Es casi imposible, enana, tenemos compromisos todas las semanas, una lista indecente de cosas a elegir e imprevistos que van surgiendo a medida que intentas avanzar. No te cases nunca —me aconsejó.

—Tranquilo, no lo haré.

Cruzamos la calle Larios y algunas de sus callejuelas hasta llegar a un restaurante que se encontraba justo al lado de la iglesia de San Juan. Subimos por unas escaleras estrechas y el camarero nos recibió amable y nos condujo hacia la mesa. El restaurante tenía unos grandes ventanales que daban a la misma plaza y la decoración te acercaba a uno de esos lugares exóticos cubiertos de color madera, ratán y vegetación. Candela y yo nos sentamos a lo largo de un sofá mientras Óscar y Nuria ocuparon posiciones frontales a las nuestras. Rubén llegó justo cuando estábamos pidiendo aquella botella de vino y se sumó a ella.

—La botella nos va a venir corta, ya lo veréis —avisó Candela—. Yo necesito ahogar mis penas.

—Como que tendrás muchas... —dijo Nuria con sorna.

—¿Te las enumero?

Todos negamos con la cabeza de inmediato y ella rio triunfante.

—Cuando traigan la comida pedimos otra —terció Rubén.

—Vamos a bajar las escaleras del restaurante rodando, ya lo veréis —advertí.

—Eso tú, que te tropiezas con tu sombra —aseguró mi hermano.

—Tienes dos pies izquierdos —siguió mi amiga.

—Cuánto amor, ¿no?

Ambos asintieron y agité la cabeza.

—Bueno, ¿brindamos o qué? —preguntó Rubén.

—Espera, que aún no estamos todos —dijo Candela alzando la barbilla.

Miramos hacia la derecha y vimos a Hugo caminar hacia nosotros, mientras lo hacía pude observar que tenía la mirada algo apagada y las ojeras más marcadas que de costumbre. Estaba guapo, siempre lo estaba, sin embargo, era difícil fijarse en la ropa o ese intento de sonrisa tranquilizadora que quería esbozar cuando gritaba con los ojos que no estaba del todo bien, que su vida estaba sujeta a un cambio y no era de esos amables ni sutiles, sino uno brusco, de los que ni tú mismo esperas.

Capítulo 18

«En tus ojos»

Las miradas, un idioma universal que todos conocemos y del que poco se habla. Existen miradas que nos indican que todo va bien porque unas pequeñas arrugas se marcan en las comisuras de nuestros ojos, otras que se enrojecen en símbolo de lucha, de llanto; las que se humedecen como síntoma de cualquier emoción, y las cansadas, esas que no engañan, que revelan la presión a la que a veces nos sometemos, esa exigencia con nosotros mismos por necesitar que todo vaya bien, por encontrar el camino, porque esos a quienes queremos no reconozcan que algo nos duele. Somos así de complejos, tratamos de usar magia cuando no existe, cuando lo único que nos queda es sentir sin evitar el dolor para así poder sanar.

Intenté disimular y apartar mis ojos de Hugo, pero no pude, no lo miraba con lástima, sino con preocupación. Quizá él incluso me lo negaría, pero yo sabía que parte de ese estado, de su decisión, se debía a esa conversación que mantuvimos en el pequeño balcón de mi casa. Me mordí el labio, nerviosa, con todo lo pequeña que era y el malestar que estaba generando, sin intención, conste, porque el nudo que tenía en la boca del estómago me apretaba cada vez más a mí también.

Esperamos a que Hugo terminase de saludarnos y ocupase asiento, Óscar llenó su copa y brindamos finalmente en el centro. Reaccioné cuando sonó ese choque del cristal de todas nuestras copas, ni siquiera escuché el motivo del brindis, y esboqué una leve sonrisa que se esfumó en cuanto bebí y devolví la copa a la mesa. Candela me apretó la rodilla en un gesto de ánimo, de fuerza quizá, y pensé que me faltó contarle a Hugo el final de la historia, ese que si él hubiese sabido hace años, le habría ayudado a empezar una relación con alguien en la que podía haber llegado a ser él sin barreras y con más sueños.

Me dirigí hacia él, que andaba callado mientras los demás conversaban, e intentó sonreír.

—Te has adelantado unos días, ¿no? —me preguntó.

—Sí, así podré pasar más tiempo con ellos y dedicarme también a los ensayos. Será mucho más fácil cuando vaya al estudio de baile y cuando mi voz se cruce con la de Óscar.

—¿Has visto a Lucas?

Asentí y sonreí.

—Está enorme. Me ha contado que a veces lo recoges del colegio y que lo vamos a volver loco porque nunca sabe quién le espera a la salida.

Reímos y Hugo bebió de su copa humedeciendo sus labios.

—¿Cómo estás, amorcito? —Quiso saber Candela y presté atención a su respuesta.

—Estoy bien.

—No había manera de localizarte durante la semana, me hiciste incluso mandarle un mensaje a Luis.

—Me pedí una semana en el trabajo, estuve en el piso de la playa de mis padres.

—¿Pensando?

—Pensando.

—Tampoco lo hagas mucho, darle vueltas a la cabeza no es muy bueno. Si tienes que tomar alguna decisión no la escuches demasiado... —le aconsejó.

—Me di cuenta de que la escuché durante mucho tiempo, que hacer lo correcto...

—No es sinónimo de hacer lo que nos hace felices. —Acabamos Candela y yo la frase y

asintió.

—Sois unas brujas —nos dijo y le guiñamos un ojo.

Volvimos a la conversación con el resto y acabamos la primera botella vino. Con la segunda ya empezada, comenzó a llegar la comida y nos centramos en los platos que había sobre la mesa.

—Tartar de atún... ¿quién ha pedido esto, por Dios? Si huele a pescado crudo que echa para atrás —protestó mi amiga.

—Pruébalo y calla. —Nuria le metió el tenedor con un poco de comida en la boca e hizo muecas.

Se tapó la nariz como si fuese una niña tomando un jarabe y bebió de la copa de vino rápidamente.

—¡Horrible!

—Exagerada —dijo mi hermano.

—No está hecha la miel para la boca del asno —añadió Nuria.

—Vosotros no estáis bien, eh. —El camarero llegó y dejó un plato con croquetas en la mesa—. Ves tú, esto sí que es comida, no eso.

—En la boda te ponemos menú infantil.

—Hombre, si no te vas a estirar para ponerme marisco y un buen solomillo, sí, prefiero que me pongáis un menú infantil.

Todos nos reímos y cogí una de las croquetas del plato porque yo también era de la opinión de mi amiga.

—Pues el menú infantil no incluye barra libre —apuntó Rubén.

—Un Champín o algo.

Volvimos a reír y negamos con la cabeza. Los platos fueron sucediéndose en la mesa al igual que la tercera botella de vino, las conversaciones comenzaron a carecer de sentido, y cuando nos levantábamos para ir al baño, notábamos ese cosquilleo en las piernas que avisaba de que el alcohol ya estaba subiendo y de que nuestra estabilidad era cada vez menor. Para cuando terminamos los postres nos dispusimos en fila india y, agarrados del pasamanos, fuimos bajando las escaleras poco a poco. Casi llegando a la última di un traspie y Hugo me agarró del antebrazo de refilón.

—¡Que te matas! —gritó Candela y empezó a reírse sin poder parar—. Ay, ay, veo las escaleras triples, podrían ponerles algo de luz.

—Sí, o tú beber menos —repliqué.

—Mejor no hables.

—Yo no voy borracha, yo voy bien.

—Primera afirmación de un borracho —dijo Rubén.

—Os vais a ir a la mierda prontito.

—Mira, haz así. —Pisó tierra firme, se puso a la pata coja e intentó tocarse la nariz con el dedo gordo y la rodilla con el meñique. Lo hice junto a ella entre risas y puso su pie en el suelo antes que el mío.

—¡Pero si la que va peor eres tú!

—Yo estoy perfecta, son los tacones.

—Venga, vamos. —Rubén tiró del brazo de cada una y retomamos el camino mientras los demás se reían a nuestra costa.

Anduvimos por la calle hasta llegar a un pub de estilo irlandés donde a veces habíamos ido a jugar al billar y a los dardos. El lugar tenía el suelo de madera, crujía cada vez que andábamos y la luz que lo decoraba era tenue y cálida. Nos sentamos en una mesa alta y cuando decidimos qué

tomar, mi hermano y Hugo fueron a la barra y los observamos alejarse.

—Qué culo tan apretado tiene el cabrón —soltó Rubén provocando nuestra risa.

—¿Quién? ¿Óscar? —preguntó Nuria, extrañada.

—No, hija, si mi hermano tiene el culo escurrido.

—Ya decía yo...

—La que se va a casar —bromeó Candela.

—Que me vaya a casar con él no quita que sepa que Óscar no tiene un culo para partir nueces, chata.

Estallamos en carcajadas cuando la escuchamos y le di la razón.

—Y tú deja de comerte a Hugo con los ojos, bribón. —Le di un manotazo a Rubén y se encogió de hombros.

—La vista es libre, muchacha.

—Y tan libre. —Lo miró también Candela.

—¿Cómo es en la cama, Ale? Tiene pinta de ser de esos que te cogen y te destrozan.

—¡Rubén! —le reprendí—. No me seas de tu pueblo. Yo no te pregunto cómo es Dani en la cama.

—¿Quieres saberlo?

—¡Sí! —contestaron mis dos amigas.

—¿Eres tú el que da? —le preguntó Candela.

—Qué sutil —dijo mi cuñada.

—No hay sutilezas si estamos hablando de follar.

—Pues depende del día, pero no siempre hay mete saca, vosotras me entendéis.

—Yo prefiero una buena tanda de sexo oral.

—Yo también —siguió mi cuñada.

—Y yo —confesé.

Dejaron una copa de margarita delante de mí y cuando me di cuenta de que era su mano me sonrojé y los demás me miraron comiendo una sonrisa.

—Yo también lo prefiero —soltó y me llevé las manos a la nuca que estaba ardiendo.

—¿Has escuchado la conversación?

—Solo la última parte.

—Menos mal —musité. Candela no aguantó más y acabó riendo.

Óscar llegó con el resto de bebidas y nos animamos a jugar al billar. Echamos las parejas a suertes: a mí me tocó con Óscar, a Nuria con Hugo y después Rubén y Candela jugarían con la pareja que ganase. Sacamos las bolas de la máquina y las colocamos todas en el triángulo, teñimos la punta de los palos con el taco de tiza azul y nos preparamos para jugar.

—Rompe tú —me animó Hugo.

Me encaminé al extremo de la mesa donde se encontraba el vértice del triángulo, quitaron la base de plástico que mantenía la forma y me agaché. Apunté con la punta del palo a la blanca y le di con fuerza. Las bolas salieron rodando y quedaron esparcidas por toda la mesa, solo una de ellas entró.

—Lisas —les avisé y asintieron.

Me concentré en volver a darle a una de las lisas, apunté y la bola marrón salió disparada hasta entrar en la tronera. Volví a girar en la mesa para buscar otra bola que poder meter.

—La roja la tienes bien. —Hugo se agachó hasta quedar a la altura de mi oído y una corriente recorrió mi cuerpo erizándome el vello—. Si le das un poco a la izquierda puedes meterla.

—Se supone que no eres de mi equipo.

—Si es contra ti me da igual perder. Además, me gustan las vistas desde aquí.

—Capullo.

—Sí, pero venga, tira.

Intenté darle tal y cómo él me indicó y, a pesar de que la bola fuese en dirección al agujero, chocó con una de las rayadas evitando que entrase y haciéndome perder el turno. Maldije y Hugo esbozó una sonrisa juguetona.

—Te quiero a dos metros de mí —le indiqué y se pegó sutilmente a mi cuerpo para quitarme el palo y jugar él.

Candela y Rubén observaban desde la mesa enfrascados en la situación, les faltaban las palomitas, y vi cómo Hugo hacía su jugada. Metió tres rayadas con movimientos sutiles a la vez que certeros: apuntaba, maniobraba y le daba con la suficiente fuerza haciendo que las bolas entrasen una seguida de otra. Nuria le animaba y Óscar maldecía cada vez que una de las bolas desaparecía. Cuando estaba apuntando para meter la cuarta me coloqué a su lado y pasé mi mano por su antebrazo, apuntó, tiró y falló chasqueando la lengua.

—Esto es juego sucio —se quejó.

—Has empezado tú. —Le guiñé un ojo y le quité el palo para dárselo a Óscar.

Mi hermano metió dos bolas lisas, no hubo suerte con la tercera porque la posición de las rayadas entorpecía la jugada; aun así, pudo despejar algunas bolas para tenerlas a tiro a la siguiente si es que Nuria no las movía demasiado. Hugo le indicó a mi cuñada cómo coger el palo, nunca había jugado al billar y estaba entusiasmada y nerviosa a su vez.

—¡Vamos, Nuria! —le animaron Candela y Rubén desde la barrera. Hugo le dijo dónde apuntar y metió dos de ellas.

—La suerte del principiante —dije y Óscar sonrió.

—Tenemos muy mal perder, enana.

—No vamos a perder.

Cuando falló la tercera, cogí el palo que mi hermano me tendía y apunté convencida a aquel número dos, no las tenía todas conmigo, pero coló en una de las troneras laterales. Volví a apuntar con la blanca a una de las bolas lisas y atisbé por el rabillo del ojo cómo Hugo se acercaba a mí. Me tensé y a la vez me recordé que lo hacía para que la bola no entrase, para que Óscar y yo perdiésemos, al menos traté de convencerme de ello, aunque no tuviese su intención demasiado clara.

—Es difícil que entre.

Apunté, tiré y, milagrosamente, la bola entró.

—Difícil, no imposible, como todo en la vida.

—¿Crees que no existen los imposibles? —me preguntó acercándose aún más.

—Los imposibles solo están aquí. —Le toqué la sien con la yema de mi dedo índice y esbozó una sonrisa socarrona.

—Te lo recordaré cuando seas tú la que crea en ellos.

Tragué saliva sonoramente, el rastro de su perfume inundó mis fosas nasales, percibí ese toque a cítricos y amaderado que su cuello desprendía y me mordí el labio inferior. El perfume de Hugo era de esos que te acompañaban, que se quedaba impregnado en la ropa con tan solo un roce, un abrazo; era de esos que volvían incluso cuando me acostaba en la cama y tocaba la almohada haciendo que ese rastro se convirtiese en una de esas cosas banales que me llevaban a recordar momentos que, entre los dos, también habían sido buenos.

Volví a concentrarme en la partida, apunté, quité mi vista de su mano que se apoyaba firme sobre el filo lacado de la mesa y tiré con la mala suerte de meter la bola blanca dándole a ellos la

posibilidad de colocarla a su antojo. Hugo la cogió cuando salió y le reté con la mirada.

—¿De verdad vas a colocártela? Creí que te iba más el riesgo.

Hugo pasó por detrás de mí y me empujó con sutileza hasta que mi estómago tocó el borde de la mesa. Notaba su respiración en mi oído, su pecho subir y bajar pegado a mi espalda, sabía incluso que se estaba humedeciendo los labios y que la vena de su cuello estaba comenzando a hincharse. El juego entre nosotros siempre fue así. Jugar con fuego le llaman, pero qué más daba, nosotros dos siempre nos quemaríamos, era inevitable.

Me dio la bola blanca y me pidió que la colocara yo donde quisiera. Lo hice, y no creáis que lo puse fácil, a pesar de todo, quería ganar. Yo sabía que él era bueno jugando al billar y él sabía que yo tenía muy mal perder, me pasaba como a Lucas, aunque con él intentaba disimular porque era mejor enseñarle que en la vida no todo es ganar, que también necesitamos perder.

Al final de la partida ambos llegamos al mismo punto: teníamos que meter la bola negra. Ellos en la tronera izquierda superior, nosotros en el lateral derecho, toda una odisea. La suerte, esa que comenté del principiante, hizo que Nuria la colase antes que mi hermano y nos miramos con fastidio mientras ella saltaba y abrazaba a Hugo. Al final, viéndonos tan enfurruñados, Óscar y yo nos reímos y fuimos a felicitarla también.

—Bien jugado —le dije.

Hugo me tendió su mano y yo la cogí, tiró de ella y me acercó en un abrazo.

—La próxima solo entre tú y yo.

Entre él y yo, entre él y yo... Entre él y yo podría, pero no debería haber demasiadas próximas veces.

Capítulo 19

«Palabras fallidas»

Poco se habla de las cosas que hacemos cuando incluso sabemos que están mal o no del todo bien, y es que a nadie le gusta quedarse con las ganas de hacer algo, aunque al mismo tiempo, todos nos quedamos con las ganas de hacer algo a lo largo de nuestra vida. Era así, una dicotomía, porque también hay que barajar opciones, sopesar los pros y los contras que tendría y la repercusión de ese acto en nuestras vidas. Os habla la que no piensa nada porque siente que pensando deja de ser ella misma, por lo menos, de ser esa parte de ella misma fiel al corazón. No obstante, también sabía que quedarme con las ganas era serle fiel a mis principios y con Hugo... con Hugo ya os digo que después de aquellas meteduras de pata la barrera estaba alzada demasiado alta, que las ganas con él tenían que ser guardadas o gastadas en cualquier otra cosa que me hiciera volar, que me hiciera soñar, porque eso también era mirar por mí, por esa Alejandra que estaba intentando volver a ser. Me quemara lo que me quemase, me costara lo que me costase, Hugo y yo no podíamos pasar a ser más que miradas, palabras o gestos. La piel estaba prohibida: los besos, las caricias, todo estaba vetado. VE TA DO.

Después de la primera partida, Candela nos pidió a Nuria y a mí que la acompañásemos al baño porque decía que no podía jugar con la vejiga llena. En cuanto cerramos la puerta del baño se apoyó en la puerta y me miró.

—Tía.

—Qué fuerte —siguió Nuria y yo fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Hugo y tú. —Hizo un círculo con su dedo índice y pulgar de la mano derecha e introdujo repetidas veces el índice de la mano izquierda.

—Candelaria, tú siempre pensando esas cosas.

—¡Pero si hasta yo me estaba poniendo cachonda! —exclamó Nuria.

—Solo estábamos jugando.

—Pues qué sensual todo, peor que una línea erótica —comentó Candela.

—Entre broma y broma, la verdad asoma —aseguró mi cuñada.

Abrí el grifo y puse el bolso de Candela entre mis piernas mientras ambas entraban al baño. Me pasé la mano con agua fría por detrás de la nuca y me miré al espejo. Estaba sudando, tenía el flequillo pegado al contorno de mi cara y las pupilas totalmente dilatadas, incluso el verde de mis ojos se oscureció y los labios se hincharon de mordérmelos. ¿Tanto se notaba?

—Parece que te acaban de dar un meneo estratosférico —observó mi amiga.

—Me han dado una paliza, algo que resulta menos placentero.

—Yo solo espero que si Hugo y tú tenéis una posibilidad no os obcequéis en que no puede ser porque os estaríais perdiendo y... ya os habéis perdido durante mucho tiempo.

—Estoy con Matías, Candela, y estoy bien con él.

—Y Hugo también está con Carolina y se está dando cuenta de que no, de que por mucho que se empeñe, no es ella.

—Cielo... —intervino Nuria, conciliadora—. Yo abogaba porque vuestras vidas se separasen, pero cada vez que os veo me digo a mí misma que tuvo que ser fuerte lo que vivisteis para que os recordéis así.

—No se puede escapar del destino, amiga, grábatelo en la cabeza. Ya me lo dirás. —Candela dejó un beso en mi mejilla y se lavó las manos.

Antes de salir nos hicimos una foto en el espejo del baño y la subió a Instagram. Mi amiga era muy fan de las redes sociales, se enteraba de cualquier cosa mediante ellas otorgándonos un tema de conversación constante incluso cuando Nuria y yo no sabíamos de quién se trataba la persona de la que hablaba. Al momento de subir la foto, y mientras nos estábamos echando otra, saltó una notificación de un tal A. Santana y al momento caí.

—¡No puede ser! ¡El amigo de Iván, el de la copa!

—¿Otra vez ligando por aplicaciones y cosas raras, Cande?

—Es un amigo, ¿no puedo tener amigos?

—Hugo también es mi amigo —dije a mi favor.

—Claaaro —rebatieron a la vez.

—Es guapísimo, y chef ejecutivo en uno de esos restaurantes de renombre en Madrid —le conté a Nuria

—¿Cocinero? Tu alma gemela.

—Demasiado bueno para ser verdad. —Quiso quitarle importancia.

—Mimimi mimi mi mimi. —Nuria le hizo burla y yo me reí.

—De vez en cuando toca el euromillón con las personas, a mí me tocó con vosotras —dije sonriente y me abrazaron.

—Si hubieses sido menos cursi, te hubiese dado también el beso —añadió mi amiga y le pellizqué el trasero—. Vamos, que tenemos que jugar.

—¡Sí, chef! —gritamos Nuria y yo al unísono.

—Qué tontas —se quejó llevándose la mano a la frente y nos carcajearnos.

Salimos del baño mientras Hugo, Rubén y Óscar estaban enfrascados en una conversación, al parecer interesante, porque no se dieron cuenta de que habíamos llegado hasta que Candela carraspeó.

—¿Preparadas? —preguntó Rubén y mi amiga le chocó la mano.

—Como perdamos me invitas tú a la siguiente ronda.

—Pero si perdemos, perdemos los dos, ¿encima te tengo que invitar?

—Me tienes que consolar, Rubén de mis amores.

—Vamos, cara dura.

Óscar y yo nos sentamos de vuelta en los banquillos con la derrota algo más asumida que hace unos minutos, pidió otro botellín de cerveza y me preguntó si quería algo más. Negué, necesitaba volver a recuperar la cordura y a enfriar esas neuronas que se conectaban haciendo que las chispas saltasen cada vez que Hugo y yo volvíamos a compartir espacio. Mi hermano me miró levantando las cejas y la barbilla a su vez mientras yo me encogía de hombros sin entender nada.

—¿Qué?

—¿Quieres que haga una de mis predicciones?

—Lo único que se asemeja a una bola de cristal es el botellín de cerveza, y no, no quiero esa predicción.

—¿Estás segura? —Me mordí el labio, dudando, le quité el botellín a mi hermano, di un trago y, con los ojos cerrados, asentí—. Agárrate que vienen curvas.

—Vaya mierda de predicción, Óscar. —Le devolví el botellín de cerveza, por si estaba perdiendo sus «poderes», y suspiré.

—Es la única frase que resume a la perfección lo que está por venir, Ale.

—No sé exactamente a qué te refieres o a quién.

—A ti, a Madrid, a tus sueños y a esa persona que te acompaña incluso sin estar ahí.

—¿Candela?

—Te creía más inteligente —dijo con sorna.

—Y yo a ti menos.

Nos reímos y suspiré.

—No te preocupes, pase lo que pase nosotros estaremos ahí como la primera vez.

—Esta vez no habrá un perdón, un borrón y cuenta nueva, Óscar. Le haré daño otra vez y ya no puedo evitarlo.

—A veces las personas que nos quieren nos hacen daño, Alejandra.

—No.

—¿Acaso tú quisiste hacerle daño a propósito cuando te fuiste?

—No.

—Pues a ese tipo de daño me refiero. Al que no planeas con alevosía, sino el que haces de manera indirecta; el que haces cuando al principio crees que estás haciendo lo mejor y después se convierte en todo lo contrario.

—Callé algo, Óscar.

—Todos callamos cosas, Ale, y eso no significa que seas mala persona ni la culpable de las decisiones que otros tomen. —Agaché la mirada y Óscar me pellizcó el moflete para que le mirase—. Sea lo que sea lo que haya pasado y lo que pase, no conozco a nadie que sea más capaz de solucionar algo que tú.

—Ni de enredarlo tampoco.

—Tampoco.

Volvimos a reír y agarré la palma de su mano para apretarla fuerte contra la mía.

—¡Nuria! Te estás apoyando y poniendo la bola blanca donde te sale del mondongo. —Escuchamos a Candela decir en voz alta y al resto reírse.

—Gradúate la vista, anda —le contestó apuntando a la bola y metiéndola en una de las troneras.

—Es que así también gano yo, no te jode.

—Venga, no te enfades. —Hugo la rodeó por los hombros y dejó un beso en su sien.

—A mí no me quieras disuadir como a Alejandra, conmigo no funciona. —Agarré un fruto seco del cuenco que había en la mesa y se lo tiré.

—Conmigo tampoco funcionó —me justifiqué y volvieron a reír.

Rubén metió tres bolas seguidas mientras hablábamos y Candela corrió a su lado a celebrarlo.

—Si metes la negra en el agujero que nos toca, te llevo bizcocho recién hecho para merendar toda la semana.

—Uhhh. —Coreamos todos al momento.

—Qué tentador —dijo mi hermano—. Venga, Rubén, hazlo por esa barra libre de bizcocho.

—Qué tensión, verás como falle.

Óscar y yo nos acercamos a ver esa jugada. Rubén se posicionó, no las tenía todas consigo, pero golpeó desde el lateral de la mesa haciendo que su bola saltase por encima de una de las de Nuria y Hugo y entrase sin titubeos en la tronera.

—¡Madre mía! —exclamé.

—¿Habéis visto eso? —siguió mi amiga.

Candela se subió en la espalda de Rubén a caballito mientras el otro saltaba con ella en brazos. Coreamos su nombre unas cuantas veces, entre risas por esa celebración exagerada, y nos unimos a aquel abrazo. Cuando cesó la celebración pidieron otra ronda, agarré el botellín de Candela por

encima de su mano y choqué también en el centro con ellos.

—El lunes quiero una *red velvet*, el martes...

—La de zanahoria. —Le di a Rubén con el codo y asintió.

—La *carrot cake*. El miércoles... ya te diré.

—Oye, que era bizcocho, no una tarta superelaborada.

—Ay, Cande, ahora no tienes que trabajar —le dijo retozón.

—Quería llevarte el mismo bizcocho toda la semana, el del jueves y el viernes seguro que llegaba rancio —aseguró Óscar y nos reímos.

—Tú descuida, que la tarta de bodas te la va a hacer quien yo me sé.

—No, no, Candelita de mi corazón. —Se acercó mi hermano corriendo.

—Estáis fatal —afirmó mi cuñada—. Si sobran trocitos de los bizcochos, que rulen.

—El *meeting point* es el estudio. —Decidió Rubén.

—Ahora lo vamos a convertir en cafetería.

—Sí, que merienden allí los niños y os echen la patata cuando terminen de bailar —prosiguió Candela y Rubén y yo nos miramos desechando la idea mientras el resto no paraba de reír.

Salimos del *pub* y no recuerdo bien qué hora era, solo sé que la calle estaba salpicada de grupos parecidos al nuestro y parejas que se retiraban ya de la vida nocturna de aquel viernes. Bajamos toda la calle principal, daba gusto pasear a aquellas horas en las que el ambiente dejaba de ser húmedo y pesado, en las que el barullo de la mañana pasaba a ser un eco, pudiendo escuchar incluso la tapa de los tacones repiquetear en el suelo, sabiendo que dentro de pocas horas volvería a la vida con gente deambulando a su alrededor. Era especial disfrutar de la ciudad así, rodeada de esos a quienes tanto quería, escuchándolos bromear, a veces sumirse en el silencio o quejarse simplemente porque empezaba a haber hambre. Eran ellos, siempre ellos los que hacían que todo fuese mejor, que los pasos que daba, sin importar la dirección, tuviesen sentido.

Noté su presencia detrás y me giré esbozando una sonrisa.

—¿Vas bien?

—Eso debería preguntártelo a ti, tienes los mofletes rojos.

Hugo se tocó la cara y sonrió

—El alcohol.

—El alcohol y las risas.

—Buena combinación.

—Un cóctel molotov.

Nos reímos y seguimos caminando hacia la Alameda donde se encontraba la parada del autobús nocturno.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Ahora estoy mejor, mañana quién sabe.

—Hugo, yo... —Me paré un momento y él lo hizo también.

—¿Tú qué?

—Debería hablar contigo.

—¿Deberías? —Me miró interrogante.

—Debería no, tengo —dije convencida de empujarme al precipicio.

—Mañana hablamos entonces.

—No, mañana no, ahora.

Hugo frunció el ceño sin entender nada, cogí su mano y volvimos a alcanzar al resto. La solté cuando llegamos a la parada del autobús y, una vez estuvimos dentro, me escribió una nota en el móvil diciéndome que tenía el coche aparcado en la calle de Candela, que me esperaba en él si

quería hablar y yo... yo notaba cómo el corazón me bombeaba el pecho porque no sabía exactamente qué decir ni cómo empezar aquella conversación que nos llevaría a entender que cada final tiene también un principio.

Capítulo 20

«De ahora en adelante»

Me había alejado durante aquella semana del trabajo, de la que era mi casa y de todas esas personas que me rodeaban porque necesitaba hacerme preguntas y encontrar respuestas que parasen ese bucle que me arrastró hacia la desidia. Necesitaba escucharme de una vez, recordar a ese Hugo que en un momento de su vida sabía lo que quería y lo perseguía, olvidando aquel en el que me había convertido, en el que nunca quise convertirme. Y es que la decisión de parar, hablarnos, cambiar y seguir siempre será nuestra, aunque a veces, como os dije una vez, necesitamos una bofetada que nos haga abrir los ojos y la mía..., la mía llegó aquella tarde. Carolina no entendía que, de repente, quisiera estar solo unos días, estaba asustada, supongo que tanto como lo estaba yo, pero lo respetó y dijo que me esperaría.

El viernes decidí salir de aquel piso de playa en el que había estado perdido durante la semana y reunirme con mis amigos con el pretexto, quizá, de celebrar interiormente que hubiese sido capaz de tomar esa decisión después de tanto tiempo sabiendo que realmente no era lo que yo quería. Volví a escuchar esa risa que llevaba encerrada un tiempo, dejé las preocupaciones en cada uno de los botellines de cerveza que bebí; me atreví a ser un poco más yo y menos ese que esperaba ser, el que, de una manera u otra, me obligué a ser.

Cuando dimos la noche por finalizada me despedí de todos menos de ella. Alejandra se había empeñado en hablar conmigo, no sabía de qué, y lo cierto es que tampoco estaba muy preocupado, así que me quedé en el coche esperando tal y cómo le dije. Salió del portal minutos después, miró a ambos lados de la carretera y cruzó con rapidez. El pelo le ondeaba más largo, llevaba puesta siempre esa sonrisa incluso cuando por dentro dudaba o se sentía mal; le brillaban los ojos con la luz de las farolas, eran tan grandes que ni cuando reía se escondían y tan transparentes que podías incluso llegar a leer en ellos. Alejandra era... siempre fue un más en mi vida y tenerla cerca me ayudaba a sentir que nunca, nada, estaba perdido.

—Ya está —anunció cerrando la puerta del coche tras sentarse—. Candela necesita saberlo todo con pelos y señales —dijo exasperada.

—Es así.

—Sí, la compramos tal cual. —Sonrió y acompañé su sonrisa. De repente su semblante cambió y se tornó a uno más serio—. No sé si empezar ya pidiéndote perdón o...

—Candela te lo contó —corroboré y ella hizo una mueca.

—No me lo contó exactamente, se le escapó porque yo le iba a contar algo y ella creía que era una cosa que no era y...

—Espera, no entiendo nada —la interrumpí y suspiró.

—Me siento culpable, Hugo.

—La decisión de cancelar la boda no viene por la conversación que tuvimos, Alejandra. Viene porque no me estaba escuchando, porque no era lo que quería y porque yo no quería admitir que nos estaba haciendo unos infelices, y a Carolina le

costará aún más.

—¿Todavía no hablaste con ella?

—Me perdí durante toda una semana, pero parece que todos se dieron cuenta justo cuando lo hice yo.

—Supongo que lo que pasó en aquella tienda, tu cara, tu actitud, hablaron por ti.

—Sí... al parecer sí.

—Entonces vete a casa, Hugo. No le gustaría saber que otros se enteraron antes que ella.

—No me quiero ir ahora mismo a casa, Alejandra.

—Por favor... —Agachó la mirada y apretó su mano en un puño.

—¿Por qué insistes tanto? —Negó fuertemente y levanté su rostro entre mis dedos —. ¿Qué pasa, canija?

—Nada —mintió y le miré con el ceño fruncido—. Que no, Hugo, que no. Que nos vamos a volver a romper, que nos vamos a volver a recordar...

—¿Acaso no lo llevamos haciendo durante todo este tiempo?

—Hugo... —Se llevó las manos a la cabeza y agarré una de ellas.

—Mírame —le pedí y se resistió hasta que, finalmente, logré que sus ojos se clavasen en los míos—. Habla conmigo, por favor.

—La noche del evento hablé con Carolina, hay algo que ninguna de las dos hemos hecho bien, pero no me toca a mí contártelo ahora.

—Si tienes que ver algo con eso creo que deberías hacerlo.

Paró y suspiró un momento tratando de soltar el aire y, a su vez, cogió fuerza para volver a inhalar y continuar hablando. Me soltó la mano y su pierna izquierda comenzó a moverse inquieta preparándome, quizá, para algo que yo ni siquiera esperaba.

—Alejandra, me estoy poniendo nervioso. —Dejé mi mano sobre su muslo intentando cesar el movimiento.

—Nos encontramos en el baño y le pedí que te dijese la verdad.

—¿La verdad sobre qué?

—Sí puedes tener hijos, Hugo. No existe ningún problema de salud ni biológico.

—Me hice las pruebas —dije sin entender nada.

—Las pruebas son falsas.

—Alejandra, deja de decir tonterías.

—Me quedé embarazada, Hugo. Volví de Madrid estando embarazada y no me enteré hasta que lo perdí.

La sangre abandonó mi cuerpo unos instantes, me encontraba desorientado, solo escuchaba una voz retumbando en mi cabeza que me llamaba mientras yo estaba perdido en aquella afirmación que me destrozó, que me llevó a pensar que mi vida no tenía sentido, que estaba viviendo en una mentira constante que... que todas las piezas habían encajado de una vez haciendo que me deshiciera por dentro porque no, ya no sabía de quienes me rodeaba, no conocía a nadie por mucho tiempo que hubiera compartido. Y las verdades duelen, pero no os imagináis cuánto cuando van acompañadas de cientos de mentiras.

Salí del coche buscando aire, cerré la puerta y me apoyé en él. Alejandra llegó corriendo y se colocó delante de mí, deslicé mi espalda hasta llegar a estar de cuclillas, con la cabeza enterrada en los brazos y se agachó de inmediato.

—Hugo, lo siento mucho, de verdad, lo siento.

Cuando la miré tenía el rostro inundado en lágrimas, me abrazó y no respondí, no podía responder porque ya no creía ni en ella ni en nadie.

—Vete, por favor.

—No quiero, no. —Negó con la cabeza y nos levantamos.

—Es lo mejor para los dos, solo sabemos jodernos la vida.

—No te lo conté porque ni yo lo sabía. No tenía malestar alguno, seguía enfrascada en el problema que había en casa y cuando comencé a sangrar estaba con Candela. Solo lo sabe ella, ni mi madre ni Óscar. Nadie, Hugo.

—¿Y ni con esas pensabas contármelo, Alejandra? ¿En qué lugar quedábamos nosotros? No te importabas tú ni te importaba yo.

—Tienes razón, solo me importaba lo que estaba pasando en aquel momento, y cuando todo pasó, me di cuenta de que yo misma había hecho de mi vida algo que no tenía sentido.

—Y me lo cuentas ahora porque te sientes culpable.

—Las personas a las que menos queremos dañar son las que siempre acaban dolidas. Yo no te quise hacer daño, nunca, y cuando me enteré de esto tampoco quise que te lo hicieran porque no te lo mereces, no mereces más mentiras, no mereces que callemos las cosas porque creemos hacerte bien y lo único que hacemos es lo contrario. No mereces que nadie más decida por ti, Hugo.

—Tenías ensayado el discurso —solté con desdén—. Vete, acabamos de perder todo el sentido que una vez tuvimos.

Vi el dolor en sus ojos, fui incapaz de reaccionar cuando se marchó corriendo, ni siquiera pude sentir su piel una vez más antes de que se fuera.

Me monté en el coche de nuevo y conduje por aquel distrito de la ciudad durante una hora tratando de reaccionar, de calmarme, de recuperar algo de cordura, pero me fue imposible. Me convencí durante dos años de que algo que siempre anhelé no iba a ser posible, he visto la felicidad en la cara de esos padres cuando les daba la noticia, he seguido embarazos, he atendido partos viendo cómo el milagro de la vida sucedía, y jamás había asimilado del todo que aquello no iba a ser posible. Había comprometido mi vida a una persona porque la quería, pero también por la idea de que en un futuro podíamos ser felices siendo tres, había apostado por ella y, a pesar de mis muchos errores, ella también apostó por mí.

Las personas que nos encontramos en nuestra vida siempre tienen un fin, siempre vienen a enseñarnos algo, aparecen cuando es el momento, aunque no siempre lo hacen de la mejor manera, como le pasó a Alejandra. No quería culparla, pero a la vez no tuve otra opción. Si ella me lo hubiese dicho desde el principio, si hubiese pensado en nosotros en algún momento, en mí, quizá nada de esto hubiera pasado, y aunque ya no había nada que hacer, no podía evitar pensarlo porque todo hubiese sido si no más fácil, algo menos complicado.

Regresé a casa después de ese tiempo e intenté no hacer ruido con toda esa rabia que tenía dentro. Me fui a la cocina a prepararme una taza de café, necesitaba despejarme para hablar cuando Carolina despertase e intentar no perder los nervios. Después de tres cigarrillos me duché en el baño de invitados que se encontraba al final del pasillo y dejé que el agua fría terminase de despertarme, aunque no de la que yo

consideraba que estaba siendo mi pesadilla.

Esperé en el sofá con las piernas repiqueteando sobre la alfombra que amortiguaba el sonido de ese nerviosismo. Vi cómo el sol salía, por fin, dejando a un lado una noche que parecía interminable y dando lugar a un día de esos en los que sabía que mi vida volvería a girar y no sabía para qué sentido.

Carolina apareció por la puerta del salón a las nueve de la mañana, no se sorprendió demasiado al verme allí, simplemente me sonrió tranquila, se acercó y dejó un beso sobre mis labios que no le correspondieron.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Se sentó a mi lado con el ceño fruncido.

Suspiré sonoramente y me preparé.

—Carolina, no puedo seguir con la boda.

Ella me miró alarmada y me agarró la cara para que la mirase también.

—Eso son nervios, Hugo. A todo el mundo le pasa.

—No son nervios. No quiero casarme contigo, no tiene sentido.

—¿Ahora estar conmigo no tiene sentido? —preguntó.

—Lo tenía. Me ayudaste a recomponerme cuando estaba perdido, cuando no creía en nada. He vivido contigo momentos que llevaré siempre conmigo, pero en el amor no todo vale, Carolina.

Carolina se levantó y al momento parece que algo cuadró en su cabeza. Sonrió de mala gana y luego me miró con desaprobación.

—¿Ya te lo ha contado ella? ¿Es eso?

—Alejandra no es tu enemiga a batir.

—Ah, ¿no?

—No, tu única enemiga eres tú, parece que todavía no te has dado cuenta de eso.

—Le pedí que me dejase hablar contigo.

—¿Y cuándo lo ibas a hacer? ¿Antes o después de la boda?

Carolina calló y paseó de arriba abajo por el salón. Estaba también llena de esa rabia que yo intentaba disimular, sabía que iba a culpar a Alejandra porque era cierto que, desde que apareció, yo no había vuelto a ser el mismo con ella, y lo intentaba, pero durante aquel tiempo me di cuenta de que había cosas que nos separaban. Entre Carolina y yo había comunicación, pero sobraban mentiras. Entre Carolina y yo había ese amor que primero fue desenfrenado y que después convertimos en cariño, en algo estable, hasta que se tambaleó. Entre ella y yo había una vida en común, pero otra que se desarrollaba de manera paralela y que nunca llegaría a encontrarse con ese «nosotros» que solo fuimos al principio.

—No sé cuándo lo iba a hacer, lo único que me importaba era tenerte.

—Carolina, ni tú me tienes a mí ni yo te tengo a ti, no sé qué idea tienes sobre lo que somos, pero yo no pienso así de ti, solo quería que nos acompañásemos en la vida, no me importaba si teníamos que caer mientras uno de los dos quisiera levantarse y ayudar a que el otro lo hiciera, pero nos hemos puesto la zancadilla mutuamente.

—Yo nunca quise ser madre, Hugo, y tú siempre has estado ilusionado con eso. Te propuse que nos casáramos porque creí que no ibas a aceptar, que te olvidarías de lo del niño, y cuando llegaste con el anillo me di cuenta de que no iba a ser así. Después me daba miedo contarte la verdad, que se acabase lo que teníamos y, al final,

míranos.

Le pedí a Carolina que volviese a mi lado, no sé por qué a medida que avanzaba la conversación me acercaba más a esa mujer que conocí aquel día de invierno mientras comía churros con chocolate sentada en una cafetería, leyendo revistas de moda y apuntando en un diario en el que siempre escribía; la que volví a encontrarme después en una de esas noches en las que sales y solo vuelves a casa con el recuerdo de alguien.

—Mentirme no era la solución —aseveré y ella sollozó.

—Ya lo sé, Hugo, me di cuenta cuando la bola ya era demasiado grande, cuando mis miedos mandaban sobre mí.

—Yo ya no confío en ti, y tú tampoco en mí, no quiero estar contigo porque no quieras tener hijos, sino por en lo que nos hemos convertido, no nos estamos haciendo bien.

—Lo siento, Hugo, perdóname.

—Perdóname tú a mí también. No he sido de ayuda, no supe ver que me necesitabas, que tus inseguridades y esos miedos te estaban llevando a ser alguien que tú no eres.

—Ya se llevaron todo lo que tenía.

—No, no se lo llevaron todo. Estaré ahí, de distinto modo, pero estaré, ya te lo dije una vez. —Paseé mis manos por mi pelo y suspiré—. Vuelve a empezar, confía en ti, haz lo que quieras, sé como tú eres, no te dejes llevar por lo que te rodea si no te ayuda a recuperarte, algún día quizá nos encontremos y vuelva a reconocer a aquella chica que vi en San Ginés.

—Hugo. —Carolina se echó a mis brazos y lloró, no pude evitar hacerlo yo también. Sin embargo, cuando acabamos ninguno de los dos nos detuvimos, ninguno hizo por retener, solo nos soltamos sabiendo que era lo mejor porque nos habíamos fallado y no solo el uno al otro, sino a nosotros mismos.

Capítulo 21

«Te encontrarás»

Las cosas que no decimos siempre acaban teniendo un precio muy alto. Todo aquello que decidimos ocultar tiene una razón detrás, una que, en un momento, quizá nos convencemos de que es justa, de que es un buen motivo para hacerlo, pero no, no hay que callar, y si lo hacemos debemos tener en cuenta que habrá consecuencias cuando la verdad salga a la luz. Porque sale, porque incluso somos nosotros a veces los que necesitamos que salga y quitarnos esa especie de carga que nos echamos a la espalda en un momento de nuestra vida. Decir las cosas puede cambiar nuestra vida, pero callar, callar puede destrozárnosla.

Recuerdo que salí del coche con los ojos inundados en lágrimas, sintiéndome mal por haberle ocultado a Hugo algo que no tenía derecho a hacer, algo que debía haber sabido desde un principio porque entonces, quizá cuando conoció a Carolina, su vida podría haber sido diferente. Ahora ya no, ya no podía hacer nada, ya estábamos cubiertos de barro hasta el cuello y, a su vez, me había quitado todo el peso de encima. No fue una decisión egoísta, quitarme la mochila que cargaba con nuestra historia pasó sin ser algo premeditado, por ser la defensora de las causas perdidas y meterme donde nadie me había llamado. El único motivo que me había llevado a abrir la puñetera boca era que él no se merecía vivir su vida a medio gas ni privarse de esa decisión de ser padre. Yo sabía que quería serlo, que era una de las cosas que más quería en el mundo y tenía que ser duro ver a tantas familias celebrar una noticia que él esperaba y a la vez creía que no iba a llegar nunca. No. Nadie se merece que decidan por él y ya estaba bien de haberlo hecho solo porque creíamos que era lo mejor, el tiempo nos demostró todo lo contrario.

Subí las escaleras del portal de mi amiga corriendo, no sé cómo no me tropecé en una de ellas y caí al suelo. Solo quería esconderme, refugiarme para coger algo de fuerza y esperar a que, algún día, me perdonase. Candela me abrió la puerta y me estrechó en sus brazos sin decir nada, me condujo por el pasillo hacia el salón y nos sentamos en el sofá mientras me frotaba los hombros.

—Tranquila, Ale, ya está, ya no hay más secretos.

—¿A qué precio, Candela?

—Hugo acabará entendiéndolo, estoy segura de que lo hará.

—No te imaginas cómo me miró, estaba lleno de rabia, jamás lo había visto así.

—Es normal, su vida acaba de cambiar por completo.

—Si pudiese volver atrás lo haría todo de otra manera —lamenté.

—Todos haríamos muchísimas cosas de forma distinta, cielo, pero si no nos equivocamos no tendríamos la posibilidad de aprender y de cambiar.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté secándome las lágrimas.

—Esperar.

Esperar u otra manera de llamar a que el tiempo pasase.

Candela se levantó y la escuché trastear en la cocina, al momento volvió con una taza llena de agua y dos bolsitas de tila. Me la tendió con una sonrisa y se lo agradecí agachando la cabeza. Soplé un poco el contenido del vaso antes de beber y respiré hondo. ¿No os ha pasado alguna vez que llega un momento en vuestra vida en el que os habéis cansado de equivocaros? El mío llegó aquella noche. Subí mis piernas al sofá y cogí el teléfono pensando, quizá, en llamarle, en

escribirle un mensaje, pero Candela me paró.

—Ahora no es el momento, espera —reiteró. Tiré el teléfono de mala manera contra el sillón que tenía justo a mi derecha y resoplé—. Vámonos a la cama, mañana será otro día.

—¿Qué hora es?

—Son casi las cinco de la mañana.

—¿Y cómo voy a fingir que no pasa nada delante del resto? Nadie sabe nada.

—No tienes que fingir ni esconder nada ya. Suéltalo y retoma tu camino, estoy segura de que todos lo entenderán.

—Óscar se va a enfadar, y Nuria.

—No, entenderán por qué lo hiciste y ya está. Venga, vamos a la cama, nos espera un día duro.

Acompañé a mi amiga hasta su habitación, cogí de mi maleta el pijama y me desmaquillé sentada en el borde de la cama mientras mi cabeza seguía perdida en lo que había pasado hace un rato, en la conversación que Hugo estaría manteniendo con Carolina, en cómo seguiríamos ahora con nuestras vidas. Me acosté en el lado izquierdo y, unos minutos después, me rendí ante el cansancio que me atrapó.

A la mañana siguiente abrí los ojos cuando mi amiga me avisó de que era hora de desayunar. Miré el reloj que marcaba las doce del mediodía y conté mentalmente las horas que había dormido. Había sido una de esas noches en las que duermes y cuando despiertas sientes que no has descansado nada, quizá hubiese sido mejor incluso quedarme despierta. Fui hacia el baño, me lavé la cara y recogí mi pelo en un moño. Madre mía, parecía un despojo humano. Cuando salí al salón, Candela había preparado crepes, café, zumo y unas tostadas. Se me abrió el apetito en cuanto vi todo aquello.

—Te han brillado los ojos cuando has visto el desayuno. Ves, si es que la comida cura todas las penas —me animó a sentarme y lo sirvió todo—. Olvídate de todo y come hasta que se acabe el mundo.

Sonreí al escuchar eso de que la comida era una buena medicina y le hice caso.

—¿A qué hora hemos quedado con Nuria?

—A la una, así que abreviando que es gerundio.

—No puedo comer tranquila —protesté—. Y qué cara voy a poner cuando vea a Nuria, ¿y a Aitana? Madre mía, madre mía —parloteé con la boca llena de un trozo de crepe.

—Así, así, quéjate con la boca llena.

—Qué asco.

—Asco no, ¡que no llegamos!

Terminamos de desayunar y nos dimos una ducha rápida por turnos. Candela sacó de su armario un vestido camisero fluido y unas cuñas mientras yo elegí de la maleta un pantalón vaquero con un top lencero y una *blazer*. Nos maquillamos con un delineado, máscara de pestañas, un poco de rubor y salimos de la casa a trompicones aplicando el pintalabios en el espejo del ascensor.

—Tengo cero ganas de ir hoy y me fastidia porque era uno de los motivos por los que me hacía ilusión venir.

—Seguro que al final lo pasamos bien y cuando la veas te olvidas un poco de los problemas.

Nos montamos en el coche, el repertorio de Candela se había vuelto algo más suave, aunque de vez en cuando saltaba una de esas canciones de reguetón en la que el cantante hablaba de atributos femeninos de una manera nada sutil. Recogimos a Nuria en su casa, cuando la vimos salir del portal tanto mi amiga como yo nos dimos cuenta de que brillaba, de que había llegado uno de esos días que esperaba y quería compartirlo con nosotras, así que en ese instante me propuse dejar a un lado todo lo que sucedió unas horas antes y vivir ese momento con ella.

—Buenas tardes, señoritas —nos saludó pizpireta cuando se sentó en el coche—. Qué calor hace, se me va a derretir todo el maquillaje.

—Pero bueno, ¡qué bomboncito! —la piropeé y sonrió.

—Anda, calla, zalamera. Venga, arranca que vamos tardísimo.

—Los vestidos no tienen piernas, no van a salir corriendo —siguió Candela. Pellizqué su pierna para que entendiera los nervios de Nuria y me miró—. Vaaale. Intentaré ir rapidito.

—Prefiero llegar viva —le dije y sonrió.

—Yo soy una conductora diez.

Cogimos la A-7 que bordeaba la costa hasta que media hora después llegamos a Marbella. Fue una odisea aparcar y, tras unas cuantas vueltas, la idea del parquin nos pareció la mejor opción. Dejamos el coche en el centro y nos encaminamos hacia la dirección que Aitana nos había mandado en un mensaje. Cuando llegamos nos esperaba en la puerta sonriente y nos lanzamos a abrazarnos.

—¡Por fin te has dignado a venir! —Me apretujó contra su pecho y me reí.

—¿Cómo estás? —pregunté risueña.

—Entre bien y regular, que no es mal, pero tampoco superbién —explicó enrevesada.

—Sí, sí, te hemos entendido todas a la perfección —intervino Candela.

—Luego nos ponemos al día, ahora a lo que vamos. ¡Un vestido para nuestra *bride to be*!

Todas miramos a Nuria entusiasmadas mientras ella se sonrojaba y, a medida que se ensanchaba su sonrisa, se escondían esas pequeñas pecas que salpicaban sus dos carrillos. Entramos a la tienda y la chica que trabajaba con Aitana nos saludó sonriente. Nos presentamos para que supiera quién iba a darle la vara en cada momento durante este rato a la vez que se reía con ese grupo nuestro tan peculiar. Nos condujeron a la parte de arriba de la tienda. La decoración estaba cuidada al detalle, los grandes ventanales permitían que la luz se filtrase iluminando aquel suelo de mármol brillante y los toques en dorado de los techos hacían que aquel lugar tuviese también personalidad, tanta como la tenía Aitana.

—Madre mía, para mí sería imposible escoger solo uno —comentó Candela.

—¿Y cómo vas a saber cuál es el vestido, Nuri? —le pregunté.

—Esas cosas se sienten —aseguró Aitana—. La cara es el espejo del alma y te aseguro que con el vestido de novia no falla. Esperad aquí sentadas que traigo los vestidos.

Nuria se puso en manos de Aitana, confió en su criterio, en esa experiencia que tenía vistiendo novias y, sobre todo, en su gusto. Nos miramos las tres, nerviosas, y al momento nos reímos.

—No me quiero imaginar el día de la boda.

—Un Trankimazin para todas y desfilando al altar —soltó Candela y nos reímos. Nos cercioramos de que estábamos, por fin, juntas las tres, acompañándonos en esas decisiones que tomamos y que cambian nuestras vidas. Cuando Aitana llegó con los vestidos asentimos con la cabeza listas para empezar.

—¿Vamos? —le preguntó a Nuria y desaparecieron las dos dentro del probador.

—¿Crees que encontrará hoy su vestido?

—Pues no sé, Cande. Si no es hoy será otro día, no pasa nada, será por vestidos.

—Es que eso chafa un montón.

—Crucemos los dedos.

Esperamos con esa musiquita sobria de ambiente hasta que Aitana salió del probador y de seguido Nuria, quien nos miraba buscando alguna reacción.

—¿Esa mueca qué significa? —Se dirigió a Candela.

—A ver... Este fruncido aquí. —Indicó la zona de debajo del pecho—. No me gusta.

—¿Tú qué opinas, Nuri?

—Pensé lo mismo que Candela cuando me miré en el espejo.

—Bueno, pues para dentro otra vez. —Aitana sonrió y desaparecieron de nuevo.

Esperamos un rato mientras conversábamos con la chica que vino a ver qué tal íbamos y Nuria volvió a salir del probador. Intenté disimular, lo hice más que Candela que hablaba con los ojos, pero no funcionó.

—¿Qué tal ese? —Quise saber y Nuria torció el morro.

—Para grabar la Cenicienta tres va bien —bromeó mi amiga y nos reímos.

—Me faltan las piedras de Swarovski salpicadas por todo este tul.

—Si Óscar se quiere agachar ahí se va a perder entre tanta tela.

—¡Candela! —exclamamos.

—¿¡Qué!? ¿Es mentira?

Las cuatro estallamos en risas, incluso la chica que vino a ayudar, y volvieron al probador. El vestido tenía un corpiño ceñido cubierto de encaje y de la cintura salía esa falda de tul que tenía más capas que una cebolla. Con el tercer vestido tampoco hubo suerte, hasta que llegó el cuarto, y lo que nos hizo saber que era ese el vestido fue el silencio, ese silencio que a veces habla más que las palabras.

—¿Qué os parece, chicas? —preguntó Aitana—. ¿¡Hola??

—Estás increíble.

—Increíble es poco. Tú y ese vestido sois de otro mundo, estáis hechos el uno para el otro. Si yo fuera tú me casaría con él en vez de con Óscar.

—Es precioso, ¿a que sí? —Se miró ilusionada al espejo y todas asentimos.

—El vestido es sencillo, pero ya sabéis que la elegancia está a veces en la sencillez. Tiene un corte en A, lo que hace que le vaya como anillo al dedo a su silueta; como veis los hombros están ligeramente alargados y las mangas son ceñidas, podemos dejarlas largas o cortar en una manga francesa. El escote en uve acaba justo debajo del pecho donde comienza el largo del vestido. Al ser crepé, la tela tiene muchísima movilidad además de ser ligera, y la raja que tiene por la que se atisba el muslo le pone la guinda al pastel.

Todas atendimos y asentimos con la explicación de Aitana y, finalmente, miramos a Nuria.

—¿Es este tu vestido? —preguntamos Candela y yo al unísono.

—Siempre quise decir esto. Me siento como en un programa de esos de Divinity —añadió mi amiga y reímos.

—Sí, sí y sí. ¡Me caso con este vestido!

—¡Perfecto!, pues a celebrarlo. —Aitana descorchó una botella de champán, lo sirvió y brindamos todas en el centro—. Por la futura novia.

—¡Viva! —gritamos y bebimos celebrando que aquel instante tan importante del que habíamos formado parte era uno de esos que, pasara el tiempo que pasase, jamás olvidaríamos.

Capítulo 22

«Tú me importas»

Los pasos que damos nos conducen al momento que vivimos hoy, el tiempo que pasa, las decisiones que tomamos, las que no, todo cuenta en la historia que escribimos, en la que vivimos, de la que, en ocasiones, también queremos escapar porque se complica. Sí, en aquel momento todo era complicado. Estaba celebrando el momento de Nuria pensando en cómo estaría Hugo, era inevitable. Mientras Candela, Aitana y Nuria vociferaban en el coche canciones que se sucedían, yo estaba con la mirada perdida en la ventanilla. Me recordé que al principio de la mañana me prometí no pensar en ello porque era un día especial, pero a medida que pasaba el tiempo era más difícil ya que la conciencia tranquila, lo que se dice tranquila, no es que la tuviera. Que cómo estaría, dónde, qué habría pasado, si me perdonaría, si volveríamos a hablar, a encontrarnos, ahora sí, como aquellos Hugo y Alejandra que fuimos, sin secretos, sin pasado. Una pregunta detrás de otra. Aitana se dio cuenta y me atizó con el codo en mi brazo. Me quejé y la miré con el ceño fruncido.

—Luego me preguntas que de dónde me salen esos moratones misteriosos. ¡Si me estáis atizando todo el día!

—No mientas, seguro que es Matías que tiene un *alter ego* y de noche se convierte en el de las *Cincuenta sombras de Grey* —dijo Candela.

—¿Sí? —me preguntó Nuria, inocente—. ¿Tiene un cuarto rojo del dolor? —siguió dejando atrás esa inocencia.

—Del dolor, lo que se dice dolor, seguro que no.

—¿Os estáis dando cuenta de la historia que os estáis montando sin yo abrir el pico?

—Ajá —respondieron al unísono.

—Sí que estáis aburridas.

—Pues cuéntanos de dónde son los moratones.

—Ayer me enganché con el pomo de la puerta del baño. —Señalé mi brazo—. Y en Atocha me pegué con el canto de la escalera mecánica. —Enseñé la parte que el pantalón dejaba al descubierto—. Tampoco son tantos.

—No, qué va. —Me observó Candela—. Eres la pupas.

—Bueno, pupas, ¿dónde está tu cabeza? —atajó Aitana.

—Entre mis hombros.

—Te lo pregunto más claro, ¿qué ha pasado con mi hermano para que estés así?

—Nada —contesté con la boca chica.

—Y ahora nos hemos caído todas de un guindo —añadió Nuria—. Suelta.

—No, hoy no es un día para fastidiar.

—Prefiero que me cuentes lo que te pasa, sea lo que sea que te ronda.

—No, porque no es una tontería, Nuria.

—¿Cuándo hemos dicho que lo que pase entre Hugo y tú sea una tontería?

—A mí me interesa mucho. —Secundó Aitana.

—Ya, pero quizá no es el momento, chicas —intervino Candela, cauta.

—Si esta no te pide que desembuches es porque ha pasado algo muy fuerte. Y me parece fatal que lo sepa ella y yo no. —Se encogió Nuria de hombros y resoplé. Miré a Candela quien no

sabía cómo me podía ayudar porque lo cierto era que ellas también necesitaban saber la verdad.

—Prometedme que no os enfadaréis, que respetaréis la decisión que tomé hace tiempo aunque no fuese la mejor.

—Prometido —dijo Nuria.

—Candela nos contó ayer que Hugo no se va a casar, por accidente, conste, yo hablé con él cuando nos encontramos en Madrid y no sé si tendría que haber hablado y... —Me agobié, callé un momento y todas me miraron atentas cuando Candela consiguió aparcar—. Hugo sí puede ser padre, yo... Yo me quedé embarazada, me enteré cuando aborté. Sé que suena de locos, pero Candela os lo puede decir, ella estaba conmigo en el momento en el que empecé a sangrar, estaba de pocas semanas, en casa todo estaba mal y ni siquiera le presté atención a esa falta.

Los ojos de Nuria se abrieron como platos, los de Aitana estaban llenos de tristeza, tanto que le fue imposible contener el llanto. Candela la consoló desde su asiento y yo me quedé paralizada esperando a que contestasen.

—Esto es... muy fuerte —consiguió decir la primera.

—Siento no habértelo contado antes, Nuria, no habérselo contado antes, pero yo no sabía lo de Hugo y jamás pensé que aquella decisión que tomé de callar tendría después tanto peso en su vida.

—Estuve con Hugo una semana entera cuando le dieron aquellos malditos resultados, he visto a mi hermano cargar con una mochila durante dos años, ¿y ahora me dices que nos podíamos haber ahorrado todo eso, Alejandra?

—Lo siento mucho, Aitana.

—Más lo siento yo, pero por él.

—No fue algo premeditado, Aitana. Alejandra jamás se podía imaginar lo que iba a pasar después. ¿Qué clase de médico falsifica unos resultados? Eso solo pasa en las putas películas —me defendió Candela.

—Nos lo tendrías que haber contado, Ale.

—¿Para qué? ¿Para que os sintieseis culpables también porque lo hubiera perdido? Ya bastante tuve con que lo pasaseis mal porque lo hubiera dejado todo y ver esas miradas compasivas que me dirigíais a veces.

—No te mirábamos con compasión, Alejandra. Te mirábamos con admiración porque nadie en este pu... ñetero mundo hubiese sido capaz de dejar de ser feliz por ver a otros sonreír. Y ahora no voy a dejar que te castigues también por lo de Hugo, porque ninguna de las que estamos aquí, ni siquiera él, podría haber sabido lo que le iba a pasar años después de que lo vuestro acabase.

—No quiero culparte por nada, aunque ahora mismo me está costando no hacerlo —musitó Aitana.

—Tienes todo el derecho a pensarlo.

—No —aseguró Nuria.

—Ni de coña —siguió Candela.

—Creo que debería irme con él, ahora mismo no sé dónde está ni cómo y puede que me necesite.

—Lo entendemos, no te preocupes.

Aitana salió del coche y se alejó. Poco antes de montarse en el taxi que llamó, salí corriendo, agarré su antebrazo y la paré.

—Necesito saber que está bien, Aitana. Solo un mensaje, por favor.

Me miró, dejó su mano sobre la mía y la apretó antes de marcharse. ¿Os acordáis cuando pronostiqué que se avecinaba una tormenta? Ojalá, porque aquello se había convertido en un maldito huracán.

Regresé con Candela y Nuria, propusieron pasear un poco por la ciudad antes de entrar en cualquier restaurante y asentí. Fuimos andando agarradas de los brazos, en medio de ellas me sentía segura porque sabía que, pasara lo que pasase, me equivocase las veces que lo hiciera, nunca me iban a soltar.

Después de aquel paseo en el que no cruzamos muchas palabras, nos sentamos en una terraza a disfrutar del sol y de algún tinto porque no se nos podía olvidar tampoco lo que estábamos celebrando.

—Qué fuerte que ya tengas vestido de novia, si fue ayer cuando aún estábamos flipando porque Óscar nos llevara a comprar el anillo.

—Ya mismo te vemos de blanco en el altar —dije también.

—Ay, callaos, que me estáis poniendo nerviosa.

—«Ay, ay, ay, ay, ay, que se me ha muerto el canario». —Canturreó Candela sin venir a cuento, Nuria y yo nos miramos y sonreímos.

—Hay que preparar la despedida de soltera —avisé—. ¿Alguna petición?

—Nada caro ni muy lejos.

Candela apuntó en su libreta imaginaria.

—Maromos, *check*; cogorzas, *check*; camisetas ridículas, *check*; disfraces de carnaval tamaño niño, *check*. —Continuó apuntando y tachando. Me reí con la cara de Nuria y cogí esa libreta imaginaria.

—Dormir en un albergue, *check*; cantar canciones ridículas, *check*; que te hagan un estriptis — Candela y yo nos miramos cómplices—, ¡*Check!*

—Me queréis asustar y no lo vais a conseguir, sé que sois unas porculeras de cuidado, pero jamás dejaríais que lo pasara mal en mi despedida... ¡Ni me montaríais en un barco que sabéis que me dan miedo!

—No, no, no, no —dijimos a la vez.

—Te recuerdo que nosotras no estamos montadas en el dólar.

—Yo estoy en paro —recordó Candela y se llevó la mano a la cabeza—. Vaya, para qué me lo recuerdo.

—Para que espabiles y vayas mirando cursos de repostería o locales para montar tu propio negocio.

—¿Cómo voy a montar un negocio si no sé ni administrarme la cuenta del banco?

—Qué exagerada. Eres una tía resolutiva, seguro que algo se te ocurre —opinó Nuria.

—Mmm, sí. —Calló un momento y volvió a la carga—. ¿Lo del albergue os parece mala idea de verdad?

—Yo estoy todavía más tiesa que tú, así que no te olvides. Se me va a acabar pronto esta vida de restaurantes y voy a pasarme al vino de brik —declaré.

—No por mucho tiempo, la Gran Vía te espera —me animó Nuria.

—Calla, calla, que lo pienso y me entra repelús.

—¿Por si no sale?

—Por si no sale, por si sale, yo que sé —resoplé.

—Nunca estamos contentos con nada —observó Candela.

—Te das cuenta, ¿no? Somos unos eternos inconformistas —aseguré.

—Ya, aunque llega un momento en el que te tienes que plantar, no es conformarte, porque siempre vais a tener metas y sueños, pero tenéis que saber saborear también lo que habéis conseguido durante un tiempo. No podemos estar buscando eternamente, porque si siempre buscamos se nos olvida disfrutar del ahora —reflexionó mi cuñada.

—Amén.

—Podrías hacer un gabinete con el puñetero de mi hermano, estoy harta de sus predicciones.

—¿Otra vez? —preguntó Candela, alarmada—. Mira que voy a acabar huyendo de esta familia de brujos.

—A mí no me metas, si yo predijese algo mi vida no sería un desastre con piernas.

—Tienes razón, pero tu hermano... Tu madre tomó setas alucinógenas o algo el día que se puso a la faena porque madre mía.

Miré el teléfono por si Aitana me mandaba ese mensaje que le pedí. No había nada. Hice acopio de fuerzas también desde anoche para no ser yo la que le mandase un mensaje a Hugo. No recuerdo cuántas veces estuve tentada a hacerlo, sin embargo, me recordaba que lo mejor era que todo volviese un poco, más o menos, a la calma. Me prometí esperar a que llegase de nuevo la noche y me concentré en esa conversación que ambas estaban manteniendo sobre nutrias, sí, leéis bien. Nutrias.

—¿Estás preocupada por Hugo?

—Sí.

—Todo va a salir bien, ya lo verás, ya toca que vuestra historia sea una de esas tranquilas.

—No habrá más historia entre nosotros, Nuria.

—Quizá no ahora, pero estáis destinados a ser y eso es inevitable. Uno no puede luchar contra el destino.

—No hay nada escrito.

—Tienes razón, nada es inamovible, pero tú siempre creíste en que todo pasaba por algo. Esto te vino a enseñar mucho, a tocar y vivir límites, Ale, pero también te quiere decir que Hugo y tú no sois una historia cerrada, que os merecéis intentarlo sin pensar en si vais a fallar otra vez. Todavía no lo veis porque ni tú ni él estáis preparados para eso.

Candela asintió después de las palabras de Nuria y yo fruncí los labios en una mueca. No quería pensar en nada, solo quería hablar, hablar y abrazar y, joder, qué difícil era en aquel momento quedarse con las ganas. Hugo siempre necesitaba hablar conmigo cuando nos peleábamos y yo intentaba zafarme de sus brazos porque nunca me daba tiempo para que se me pasase un poco. Con el tiempo aprendió a darme esas horas en las que yo lograba pensar con claridad, lo que temía era que ahora esas horas se pudiesen convertir en días o en semanas, que él que se zafase de esos abrazos fuese él, que ya no pudiésemos hablar, sino explotar con todos nuestros problemas.

Cuando terminamos de comer volvimos a casa, subimos al piso de Nuria y mi hermano nos recibió con cara de querer curiosear. ¿Quién dijo que los hombres no eran cotillas? Lucas vino corriendo a darme un abrazo y yo lo cogí después de acercarse con rapidez y dar un salto. Dimos unas cuantas vueltas sobre nosotros mismos y acabamos en el sofá haciéndonos cosquillas. Estar con él entre mis brazos me ayudaba a sentirme capaz de afrontar todo lo que viniera y más; era ser la mejor versión que conocía de mí y que nadie había podido sacar hasta que llegó él.

—¡Tita! —exclamó y di un respingo.

—Que me has asustado. —Me llevé una mano al pecho y se rio—. Dime.

—Ven, ven.

Nos levantamos corriendo y me llevó hacia la cocina, allí estaba Bebi, nos acercamos y le abrimos la jaula para que saliera, el animal se quedó allí, oliéndonos y girando como si también me hubiese reconocido y se alegrase de que hubiese vuelto. Tenía el pelo mucho más claro, recuerdo que cuando lo cogí era color canela y que ahora había cambiado a un tono blanquecino. Seguía siendo bonito igual, y cariñoso.

—¿Has visto qué bien lo cuido?

—Lo estás haciendo genial. ¿Le limpias la esquinera tú? —le pregunté y me miró pensativo y con esa sonrisa pilla entre sus labios—. ¡Confiesa! —Lo cogí en brazos y se rio.

—Lo limpia mamá, ¿tú has olido sus cacas, tita?

—Claro, si antes se las limpiaba yo.

—Huelen a podrido.

Me reí y volvimos al salón donde se encontraban todos. Óscar me cogió de los hombros y esboqué una sonrisa.

—¿No me vais a contar nada del vestido?

—¿Eres tonto o masticas agua? ¡Cómo te lo vamos a decir!

—Somos una tumba, si quieres saber algo hazme una transferencia a mi cuenta del banco. —Le retó Candela y Óscar se rio—. No serás capaz.

—¡Ni se te ocurra, Óscar! —advirtió Nuria y nos carcajamos.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso, mujer?

—Yo que sé, a veces tienes muy pocas luces.

—Las bombillas de aquí, que se funden con los años —le dije a mi cuñada señalando la cabeza—. Te aguantas, que quedan solo cinco meses.

—¿Te parecen pocos?

—El tiempo vuela, querido —añadió Candela—. Hoy estás aquí y mañana casándote. La vida —suspiró y puse los ojos en blanco.

—¿Os apetece quedaros a cenar?

—¡Sí! —gritó Lucas.

—Anda, que ha llegado la tita Ale y de mí te has olvidado. —Hizo Candela un puchero y Lucas se fue hacia ella.

—A ti también te quiero. —La abrazó y mi amiga dejó un beso sonoro en su mejilla.

—Más que yo imposible.

—Podemos pedir pizzas, pero tienes que convencer a mamá que ayer cené lo mismo y me va a regañar —le susurró al oído sin que fuese tan secreto y ella asintió.

—Nos quedamos con una condición: hay que comer pizza. —Le guiñó un ojo al niño y él le devolvió el gesto.

—Qué manipulador —se quejó Nuria y nos reímos.

—Pues pizza se ha dicho. —Mi hermano dio una palmada y nos sentamos todos alrededor de la pequeña mesa del salón.

El día termino junto a ellos, con risas mientras compartíamos los trozos de pizza sentados en la alfombra, con brindis de Coca-Cola en los que llevábamos los brazos al centro por inercia, con esos chistes sin sentido en los que Óscar era experto y de los que solo se reía Lucas, aunque al final el resto acabásemos sonriendo. El día terminó junto a ellos y en aquel momento no necesitaba otra cosa.

Capítulo 23

«La subida»

Mis miedos se hacían cada vez más presentes, a cada paso que daba el miedo a equivocarme era una baza que me perseguía y que apareció con más fuerza cuando lo hice. El miedo a fracasar también estaba ahí, recordándome que nunca hacía lo suficiente, que tirar la toalla era mejor que intentarlo y fracasar. En mi cabeza no existía esa posibilidad de intentarlo y conseguirlo, de equivocarme y que los errores fueran enmendados porque yo creía que corregirlos me iba a ser imposible sin volver a meter la pata hasta el fondo otra vez. Otra vez. Castigarse lo llaman, una autoflagelación que nos hacemos a nosotros mismos con las palabras. Boicotearnos. Llenarnos de miedo es eso, asaltar nuestras vidas y dejar que él tome las riendas y decida por nosotros, pero la pregunta aquí es: ¿quién no tiene miedo?, ¿quién no ha sentido que lo que piensa es incluso más real que lo que está viviendo?, ¿cuántos hemos vivido en ellos en vez de con ellos alguna vez?

No quiero que suene algo triste, sin embargo, es una realidad que, irremediablemente, nos pasa a todos. Con más frecuencia, con menos, con más intensidad, con menos. A todos nos sacuden las dudas y vivimos en el miedo en algún momento porque aprender a lidiar con él es algo para lo que también necesitamos tiempo y, en muchas ocasiones, ayuda.

La semana había pasado casi en un suspiro. Las horas de baile en el estudio, las reuniones con mis amigos, los ratos de tertulia compartidos con mi madre mientras ocupábamos cada una nuestro sofá, los momentos con Lucas y esos preparativos de boda en los que me involucré todo lo que pude, me mantuvieron ocupada casi todo el tiempo. Aunque no os voy a engañar, por la noche, cuando mi cabeza tocaba la almohada, el día se apagaba y llegaba el silencio, aparecían todos esos monstruos que se me hacían difíciles de controlar, ya que cada vez se acercaba más el momento de la audición y también me acordaba de Hugo. Por si os lo preguntabais, sí, recibí un mensaje de Aitana en el que me avisó de que Hugo se mudó finalmente al piso que sus padres tenían cerca de la playa y que también estaba mudando su corazón, supongo que no de manera tan fácil como suponía mover una caja, sino que lo estaría haciendo poco a poco porque sanar las heridas es un proceso que nos lleva tiempo y cada uno lo hace a su manera, no hay ninguna mejor ni peor, simplemente, la que uno siente. No intenté contactar con él, lo único que sabía era que Aitana pasaba todo el tiempo que podía entre Marbella y Torremolinos porque no quería dejarlo solo. La entendía, lo mismo nos pasaba a Candela, Óscar o a mí cuando a alguien le ocurría algo con lo que no esperábamos lidiar, con la diferencia de que quizá Hugo estuviese preparado para ello.

El jueves y el viernes, Óscar y yo estuvimos metidos en ese pequeño estudio de grabación que tenía montado en la habitación que Nuria utilizaba para planchar. Casi dormimos en él durante esos días, pero que pudiésemos trabajar juntos me daba más seguridad y me ayudaba siempre a mejorar y darme cuenta de errores que quizá no sabía que cometía.

El viernes por la noche, después de haber descansado solo para comer y cenar, Nuria entró en el estudio cuando acostó a Lucas y, sigilosa, se sentó junto a Óscar mientras yo cantaba aquella canción.

«Corrí con lastres y miedos,
con sueños y anhelos,

con sonrisas que recuperaré por mí.
Por primera vez volé
entre cielos eternos,
sin prisas ni tiempos
que marcasen los pasos
que quería seguir».

Cuando acabé me quité los cascos y resoplé conteniendo las lágrimas; saboreé aquella letra y la canté como si no hubiese otra vez porque lo cierto era que no sabía si sería capaz de hacerlo.

—Ahora te toca a ti correr, Ale. No dejes que esos miedos decidan por ti. —Nuria me abrazó y Óscar se unió a aquel abrazo.

—Siéntete orgullosa de lo que haces, enana, porque lo que acabo de escuchar es una jodida pasada.

Sorbí los mocos y me reí a la vez. Nos despedimos después de esa infusión que Nuria insistió en que tomásemos para dormir mejor, me monté en la moto que me esperaba a la salida del edificio y arranqué. Había olvidado esa sensación de libertad, del aire acariciándome el pelo y la piel con velocidad; sentir el control bajo mis manos, mi cuerpo ondeándose en cualquier curva. Echaba de menos cosas que antes no apreciaba, y tonta de mí que lo hacía cuando ya no las tenía, al menos, tan cerca como solía.

El sábado mi madre me despertó enérgica y entró en mi habitación subiendo la persiana. ¿Puede haber un despertar peor que ese? Dios mío, es digno de tortura, escuchar el carrasqueo de ese plástico del demonio levantarse mientras tiraba de una cuerda. Me puse la almohada en los ojos en el momento en el que el primer rayo de sol se filtró por la ventana y me quejé un poquito, algo que se me daba de maravilla hacer.

—Son las diez de la mañana de un sábado, más vale que la excusa que tengas sea buena — balbuceé contra la almohada.

—Venga, levántate que es tu último día aquí.

—No me lo recuerdes —resoplé y me di la vuelta.

Mi madre me zarandó y no salió de mi cuarto hasta que me vio sentada en la cama.

—Vaya pelos, pareces recién sacada de un *after*.

—Podrías decirme que soy una princesa y darme besitos de buenos días, no decirme que tengo cara de resacosa trasnochada.

—Para mí siempre estás guapa. —Trató de arreglarlo y agité la cabeza.

—Qué morro tienes, mamá. —Me levanté y me estiré un poco—. ¿Qué hay para desayunar?

—Tostadas, café, yogur y fruta.

—Mmm... ¡Venga, vamos! —La saqué de la habitación tirando de su brazo y la conduje hacia la cocina.

En un momento lo teníamos todo dispuesto sobre la pequeña mesa que había pegada a la pared y nos sentamos a disfrutar de aquel último desayuno juntas hasta que una de las dos viajase para ver a la otra.

—Tenemos que ir al súper, Óscar se empeñó en hacer una barbacoa en la casa del campo y cualquiera le decía que no.

—Este niño caprichoso...

—Me mandó una lista con algunas cosas que hay que comprar.

—Encima marimandón.

—Come, anda.

—¿Está la piscina llena?

—Sí, pero el agua está sucia, estamos esperando a que esta semana vayan a cambiar el filtro de la depuradora. Si tenéis calor os dais manguerazos —concluyó.

—Me duele la garganta de dar berridos.

Mi madre se rio y cuando terminó de desayunar se levantó, exprimió el jugo de media naranja, el de medio limón, añadió una cucharada de miel y lo calentó unos segundos en el microondas.

—Ahora haces gárgaras con este mejunje.

La miré con cara de susto y dejó el vaso en mi mano. No os voy a contar la pinta que tenía aquello, y el olor, arg.

—¿Tú estás segura de que esto funciona? A ver si voy a acabar vomitando.

—Tu abuela me lo daba cuando tenía molestias en la garganta y algo me aliviaba.

—Ahora quieres resarcirte conmigo porque la abuela te envenenase... —dije con sorna y solté una risita.

—Qué graciosa te has despertado. Venga, que a la una hay que estar allí.

Terminé de desayunar con tranquilidad, yo era de esas personas que comían tan despacio que llegaba a desesperar a quien me acompañaba, la ventaja es que tenía unas digestiones envidiables. Dejando a un lado los temas gastrointestinales, me levanté de la mesa media hora después y me metí en la ducha, salí del baño con el pelo envuelto en una toalla, en ropa interior y descalza porque se me había olvidado mi ropa en la habitación. Llegué a ella con sigilo y volví al baño de la misma manera, si mi madre me hubiese llegado a ver me hacía fregar el suelo por haber dejado las pisadas húmedas en él, pero tenía una técnica perfecta, digna de un ninja.

Me puse un vestido corto azul cielo de tirantes finos y con el escote en uve. Al mirarme al espejo me di cuenta de lo blanquecina que lucía mi piel. Normal, por aquella época yo ya había pisado la playa alguna que otra vez, las suficientes como para no parecer la hermana de Edward Cullen ni deslumbrar cuando la luz tocaba mi piel. Me puse las Converse, cepillé mi pelo y dejé que se secase al aire mientras me maquillaba. Salí cuando estuve lista y mi madre me esperaba en el salón casi con el bolso colgado del hombro.

—¿Vamos a ir en la moto?

—¡Ni loca! ¿Qué quieres que nos despeñemos por ahí?

—Exagerada. ¿Nos recoge Óscar? —Negó con la cabeza—. Qué complicado me lo ponéis, voy a escribirle a Candela.

Mientras bajábamos por el ascensor abrí el chat de «Las supremas» y comencé a escribir.

Alejandra:

Candela, ¿me puedes recoger en casa? Mi madre se niega a jugar a MotoGP.

Candela:

Ja, ja, ja. Maravillosa. Luego me paso para recogeros.

Alejandra:

No sé de qué te ríes si contigo vamos en Fórmula 1.

Nuria:

Ja, ja, ja.

Candela:

Tú calla que tienes el carné nada más que para acumular puntos y, perdona que te diga, no es la tarjeta del Carrefour.

Me reí mientras leía la conversación.

Alejandra:

Siento decirte, Nuri, que Candela tiene razón ahí.

Nuria:

El día menos pensado os voy a sorprender y vais a tragaros vuestras palabras.

Candela:

A ver si es verdad, pero con una copita de vino.

Alejandra:

Y una tapita de queso.

Nuria:

Estáis fatal. Voy a prepararle el ColaCao a Lucas que se le han pegado las sábanas. Luego nos vemos.

Alejandra:

Chao.

Te esperamos luego, Cande.

Candela:

Os recogeré en mi buga.

Dimos unas cuantas vueltas por los pasillos del supermercado, anduve con el carro de aquí para allá donde mi madre me indicaba, y al terminar cargamos las bolsas hasta llegar a casa. Fue inevitable mandarle algún que otro mensajito a mi hermano por el camino porque, ¿una sandía?, ¿de verdad era necesario comprar una sandía? Si ni siquiera estábamos en temporada para esa fruta. Al llegar a casa por poco no me meto de nuevo en la ducha, cogimos unas últimas cosas de la nevera y bajamos cuando Candela me llamó para avisarme de que ya estaba abajo.

—Madre mía, pero ¿qué es todo esto? —preguntó al vernos y abrió el maletero.

—Candela y su maletero convertido en armario.

—Vaya desastritos estáis hechas las dos —dijo mi madre y nos metimos en el coche.

—Yo por lo menos no tengo cinco pares de zapatos metidos en el maletero.

—Claro, porque no tienes coche, sino ya te digo yo que los tendrías.

Nos reímos y salimos dirección a la casa de campo. Candela se conocía el camino como la palma de su mano y mi madre se sentía segura yendo en coche con ella.

—¿De Pedro te fías con el coche?

—Voy como un búho, con los ojos así de abiertos.

—Ya decía yo, ya...

Veinte minutos después intentamos abrir el portón con el mando y no pudimos, así que nos tocó dejar el coche fuera y cogimos la compra. Entramos por la puerta de atrás, dejamos todas las bolsas en la cocina y, después de colocarlo todo, salí detrás de Candela y mi madre al jardín.

—¡Sorpresa! —gritaron todos, me llevé las manos a la boca y miré a mi alrededor.

Había dos globos ondeando con un dos y un nueve de color plateado y el confeti de unos cañones terminaba de caer al suelo mientras seguía en *shock*. Vi también una guirnalda, como cuando éramos pequeños, en la que ponía «feliz cumpleaños» con una letra en cada banderín y después los miré a ellos: a Candela, mi madre, Óscar, Lucas, Nuria, Rubén, Aitana e incluso Matías.

—Pero ¿estáis locos? Si no cumplo hasta dentro de una semana. ¡Ya me queréis tachar de vieja!

Todos rieron y comencé a saludarlos uno a uno. Recuerdo que, aún con los nervios que sentía por la sorpresa, brindamos con tintos de verano y cervezas mientras que mis amigos me cantaban «Las mañanitas». Sí, ninguno de nosotros era mejicano ni se había criado dentro de esa cultura, pero mi padre siempre me despertaba el día de mi cumpleaños con esa canción acompañada de su

guitarra y era uno de esos recuerdos bonitos que no quise que el tiempo borrara. Las risas se colaron en la canción y los aplausos siguieron después de esta mientras yo los miraba a todos. Confieso que, en aquel instante, también me hubiese gustado escuchar a Hugo reír después de tantas ausencias, de tantos cumpleaños en los que no nos vimos cerrar los ojos y pedir deseos, después de tanto peleado... Sí, entre toda esa gente, me faltó él.

Capítulo 24

«Feliz no cumpleaños»

No me entusiasmaba cumplir años, esa era una realidad. De hecho, a día de hoy sigue sin apasionarme cumplirlos. No porque no me guste celebrar, sino porque detrás de esas velas que soplamos hay muchos deseos y, algunos, frustrados.

Recuerdo cuando durante un tiempo soplé las velas deseando que no cambiase nada, que todo siguiese igual. Ojalá hubiese un dios de tantos como dicen que hay que reparase en esos deseos que pedimos con los ojos cerrados. Cuando esa petición que hice a los veintidós se volvió en mi contra, soplé a los veintitrés queriendo solo que aquella pesadilla terminase y que todo pudiese volver a ser como antes. Terminó al tiempo, pero todo cambió, ya nadie era el mismo, nada era lo mismo, y eso lo sabíamos todos y cada uno de nosotros.

Supongo que seguimos pidiendo deseos y celebrando cumpleaños porque eso también significa tener ilusión por lo que pueda venir y desanclarse un poco del pasado, celebrar la vida y olvidarnos por una mañana, un día, una tarde o una noche de todo lo que pasa en nuestra vida y centrarnos solamente en vivirla.

Nos quedamos todos de pie mientras charlábamos unos con otros como si hiciese tiempo que no nos veíamos, y es que siempre había cosas de las que hablar, incluso de una nimiedad podían sacar una conversación de media hora.

—Te eché de menos esta semana —me dijo Matías, quien sonreía contento.

—Ni un mensaje, te parecerá bonito —repliqué risueña.

—Prefería dejarte ese tiempo que sé que necesitabas y que estuvieras con los tuyos. No me habías dicho que erais tantos.

—Y cada uno de un padre y una madre —contesté orgullosa porque todos hubiésemos sido capaces de mantener la amistad durante tantos años—. ¿Qué tal el trabajo?

—Uf, ¿de verdad quieres que hablemos de eso?

—No —negué entre risas y respiró aliviado—. Estás muy guapo.

—Esto parece una primera cita en las que se lanzan piropos, salen a cenar y después, con suerte, acaban en la cama —bromeó y me reí.

—Creo que tú y yo nos podemos saltar entonces los dos primeros pasos.

Matías dejó un beso en mis labios y Candela llamó nuestra atención.

—Eh, eh, el regalo de *happy birthday* para más tarde.

Todos comenzaron a reír, Matías le lanzó a Candela una mirada poco amable y ella sonrió con inocencia. Siempre andaban así, se caían bien y se picaban a ratos. Mi madre, que no conocía a Matías más que por ciertas cosas que yo le había contado, se presentó y se saludaron con dos besos.

—He aquí el hombre que prueba los platos que cocina tu hija.

—Y nunca me ha dado una indigestión.

Mi madre se rio y le miró con aprobación.

—Eres guapísimo, sí señor. Me dijo Alejandra que trabajabas en la televisión, ¿qué eres, actor?

—Soy productor, yo ando detrás de las cámaras, no me va mucho ponerme delante de ellas.

—Alejandra me contó que hiciste tus pinitos como modelo —añadió mi amiga.

—Cuando era más joven y algo más desinhibido que ahora.

—Pues es una pena que no te dediques a eso, quedarías muy bien en las portadas de las revistas —aseguró mi madre mientras Candela se carcajeaba detrás.

—Tú no te asustes, eh. ¿Quieres otra cerveza? —Le ofreció mi amiga y se lo llevó donde se encontraban mi hermano y Rubén.

Mi madre me guiñó un ojo con complicidad y salió al encuentro de Pedro, quien llegó justo cuando terminó de trabajar. Nos saludamos y también charlamos un rato.

El ambiente era familiar, las risas se escuchaban salir de esas conversaciones que manteníamos, también lo hacían los recuerdos, todos esos que empezaban por un «¿te acuerdas cuándo...?», algunos solo con el fin de hacer memoria, otros con el de avergonzar y que siguiesen provocando esa carcajada siempre que se volvía a contar. Me excusé un momento y busqué a Aitana que se encontraba en el interior de la casa recuperando las Coca-Colas que estaban en la nevera. Me tropecé justo antes de entrar con el escaloncito que me llevaba a la cocina y Aitana se sobresaltó.

—¡Qué susto! —Se llevó la mano al pecho y me reí—. ¿Estás bien? Lo tuyo con el suelo es la ley de la atracción.

—No sé cuántas veces me he tropezado con ese escalón. ¡Es que no pinta nada ahí!

Aitana me tendió una lata de refresco, cogí dos vasos que llené de hielo y las abrimos. Nos quedamos apoyadas, una en la encimera y la otra en la pared de enfrente mientras dábamos sorbos de nuestros vasos.

—Sé que me vas a interrogar, así que no sé a qué estás esperando. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora y asentí.

—¿Cómo está?

—Está bien, de verdad —dijo seria y asentí—. Quiero disculparme contigo por lo que te dije y pedirte que dejes la culpa atrás. Eso pasó hace mucho tiempo y tomaste la decisión de acuerdo a lo que estaba pasando en tu vida en ese momento. Hugo sacó la misma conclusión y su perdón, seguro, llegará en cualquier instante.

—¿Y ya está? ¿No me vas a decir nada más?

—A ver, qué más quieres saber.

—Todo.

—Yo no sé cómo la tiene.

Me salió la Coca-Cola por la nariz y boqueé en busca de aire mientras tosía y Aitana se reía dándome palmadas en la espalda.

—¡Serás cerda!

—Era para que te rieras, mujer. Quita esa cara de amargada que llevas que estás de celebración.

—Falta él —musité y Aitana me apretó el hombro.

—No falta él, faltáis vosotros, pero cada vez estáis más cerca.

—Esto no va de volver el uno al lado del otro; esto va de volver a ser.

—Él está reencontrándose consigo mismo, tú lo estás haciendo contigo y, en el instante en el que lo hagáis, en el que cada uno seáis, os volveréis a mirar con los ojos con los que os mirasteis siempre.

Negué con la cabeza y Aitana sonrió.

—Siempre fuiste igual de cabezona.

—¿Cabezona, yo?

—Tienes la cabeza como un melón, vamos. —Dio un sorbo a su vaso y me miró—. A veces la

vida tiene formas de decir que algo no puede ser. Otras, sin embargo, buscamos nosotros la excusa porque tenemos miedo.

Y, al parecer, nosotros lo teníamos.

Aitana y yo salimos de la cocina después de darnos un abrazo y con nuestro vaso bien lleno. Nos reunimos con el resto donde Óscar había comenzado a ejercer de DJ poniendo canciones propias de aquel disco recopilatorio de verano que sacaban desde el año dos mil. Madre mía, no había llovido nada. Comenzó a sonar «Que la detengan», de David Civera. Nuria incluso se acordaba del baile y nos metimos un poco con ella porque era de las más mayores; la imitamos mientras la veíamos bailar, Lucas también lo intentaba y se reía cuando no le salía. Siguió el «Oye el boom», de Bisbal. Candela se motivó tanto que intentó hacer el giro con patada incluida y acabó en el suelo, cosa que dio para un rato de risas. No le vimos las bragas de milagro. Nos calmamos un poco cuando la comida de la barbacoa iba llegando y nos sentamos a la mesa que en un momento se llenó de carne a la brasa, cerveza y tinto bien fríos.

—Pásame un choripan —me pidió Candela desde la punta de la mesa.

—Toma, prenda.

—Matías, ¿no quieres? Seguro que no lo has probado en tu vida.

—Que no sea de aquí no significa que sea extraterrestre —le contestó y nos reímos.

—También es verdad, aunque yo creo que un poco marciano eres.

—Come y calla, Bisbalina —atajó Óscar.

—Es que no puede ser perfecto, eso solo pasa en las películas, seguro que se le escapa algún pedete como a ti.

—Madre mía, Candela. ¿Qué has comido, lengua?

—No, choripan. ¿Quieres? —vaciló. Óscar y Matías negaron la cabeza, divertidos.

—Un consejo: no entres o acabarás abandonando la partida —le avisó mi hermano.

—¿De la exasperación?

—Exacto.

—Oye, en qué buena consideración me tenéis.

—Candelita, el que se case contigo será el que sea capaz de dejarte sin palabras.

—Uf, qué difícil lo va a tener —intervino mi madre.

—Marina, ¿tú también?

—No, mi niña, yo te quiero así, con toda esa cuerda que tienes.

Candela le plantó un beso a mi madre y sonrió. Todos estábamos acostumbrados a que Candela fuera así de efusiva y habladora, aunque cierto es que para aquel que la conocía de nuevas podía parecerle un tanto... intensa.

—Ahora que me acuerdo, hay alguien que consiguió dejar a Candela sin palabras.

—Alejandra, te mato.

—¡Uy, sí! El de la terraza de aquel hotel. Cómo se llamaba... —Secundó Aitana.

—Como lo digáis os mato, prometido.

—¿El que te habló el otro día por Instagram? —siguió Nuria.

—¿Es que en esta familia no pueden existir secretos o qué? —preguntó enfurruñada.

—Ya sabes que no —le dijo mi hermano y suspiró.

—Os estáis inventando un cuento, solo he hablado con él, no nos hemos jurado amor eterno...

—Pero ¿quién es? —me preguntó Matías en voz baja.

—¿Te acuerdas del amigo de Iván?

—¿El chef?

—Exacto.

—Matías, qué cotilla eres tú también —replicó mi amiga.

—Radio patio. —Me encogí de hombros y seguimos comiendo—. Vamos a dejarla tranquila que disfrute de la comida.

—Sí, que entre unos y otros me va a dar una indigestión.

Comimos, bebimos, acabamos empapados con la manguera, tomando un café bien frío y jugando a esas partidas de cartas en las que el perdedor tenía que ir directo a la piscina. Aquella vez le tocó a Óscar, a quién le perdonamos la vida porque Lucas se agarró a él como si fuese un monito para que no tirásemos a su padre a esa agua que, según él, estaba llena de ranas. Ranas no sé, pero vida seguro que había ahí.

Llegó el turno de la tarta, os podéis imaginar quién la hizo y quizá, también, de qué. Cuando encendieron las velas, comenzaron a cantar aquel «Cumpleaños feliz» mientras yo los miraba y pensaba en ese deseo que pediría cuando terminase la canción y que realmente esperé que se cumpliera.

—¿Has pedido un deseo? —me preguntó Nuria después de soplar las velas y asentí—. Seguro que se cumple. —Me guiñó un ojo y sonreí.

Seguimos bailando canciones un poco más actuales. Me retiré un momento y fui hacia el porche donde me senté en aquel columpio que colgaba del techo. Estaba atardeciendo y el cielo estaba lleno de matices: cubierto de rosa, violeta y el naranja del sol que trataba de abrirse paso entre las nubes dejando cada vez un destello más leve. Respiré tratando de buscar tranquilidad, la encontré en el balanceo de aquel columpio y en el olor de los jazmines que había en el porche. La última vez que estaba aquí sentada poco sabía lo que me iba a deparar el tiempo, de lo que iba a ser capaz de hacer y de las decisiones que tomar. En ese momento recordé una frase que siempre me decía mi padre y que quizá aprendí a entender con el tiempo: «Ve hacia donde esos miedos te digan que no debes ir, porque es allí donde encontrarás tu camino».

Salí de aquel atardecer cuando Lucas llegó a mi lado y me pidió que lo subiese y nos balanceásemos.

—Esa nube tiene forma de flamenco.

—¿De flamenco?

—Mira, el pico, el cuello y una pata, la otra la tiene escondida. —Me señaló y yo asentí—. Y esa de estrella.

Observamos cómo las nubes se disipaban después de identificar o imaginar muchas de sus formas hasta que la noche y el brillo de la luna lo cubrió todo. Lucas bostezó, había sido un día larguísimo, estuvo jugando también con el agua, empapándose con la manguera y tratando de seguirnos el ritmo a todos nosotros. Le acaricié el pelo mientras apoyaba su cara en mi muslo y se tumbaba a lo largo de la madera hasta que, unos minutos más tarde, solo se oía su respiración calmada indicándome que sucumbió al sueño. Escuché unos pasos detrás y alguien dejó un beso en mi hombro, sonreí cuando vi a Matías que se quedó empujando con suavidad aquel columpio.

—Cayó rendido.

—Me da pena despertarlo, pero me tengo que despedir de él.

—Ahora es mucho más difícil, ¿verdad?

—Sí, cuando vengo aquí recuerdo todas las sensaciones, lo que significa estar con ellos. Me he dado cuenta de que no necesitaba irme para ser yo.

—Solo te fuiste para cumplir tu sueño. —Asentí y miramos las pocas estrellas que salpicaban el cielo—. No te olvides de que eres tú la que guía tus pasos.

—Lo intento. —Matías apretó mi hombro, dejó un beso en mi pelo y se marchó para que pudiera estar un rato más a solas.

Poco después cogí a Lucas en brazos, llegué donde el resto terminaba de picotear y lo dejé en brazos de Nuria. Comenzamos a recoger y, cuando acabamos, nos encaminamos hacia los coches.

—Nos vemos pronto, tú puedes con eso y más. Cree en ti, enana. —Óscar me abrazó y prometí llamarle.

—Brilla, Ale. Te quiero un montón.

—Y yo a ti, Nuri.

Nos abrazamos y Candela le tomó el relevo.

—Espero que el deseo que pidieses fuera estar conmigo toda la vida. —Nos reímos—. Aunque eso ya lo doy por hecho. Llámame, te quiero.

—Yo también te quiero. Gracias por la tarta, me llevo un táper con lo que sobró. Ah, y espero que tú también pienses y tomes alguna decisión.

—No prometo nada. —Pellizqué su trasero y se quejó—. Vale, vale. Hablaré con el psicólogo y haré un retiro espiritual.

—Eso.

—No te preocupes por nada, todo está bien. Alcanza tu sueño, que ya lo tienes entre tus dedos, y cuando lo hagas nos pillamos una melopea —me dijo Aitana sonriente y me abrazó.

—Hecho.

Rubén me deseó suerte y me enseñó un video que grabó en el que nuestros alumnos salían deseándome mucha mierda y que todo saliese bien. Me emocioné al verlos a todos, sin que ninguno faltase, porque eso significaba que seguían confiando en nosotros y en ese proyecto que un día decidimos llevar a cabo. Finalmente, me despedí de Pedro, y cuando llegué a mi madre me miró con el ceño fruncido.

—Ni se te ocurra mirar para atrás ni rendirte o te doy un sopapo.

Todos estallaron en risas y me mordí el labio intentando ocultar la sonrisa que asomaba.

—¡Pero, mamá!

—Ni mamá ni nada, si no sale esta vez será la próxima, tú no te rindas porque nunca lo has hecho.

La abracé y nos encaminamos cada uno a un coche. Cuando Óscar dejó a Lucas en su silla se desperezó y aproveché para decirle adiós.

—Nos vemos pronto, ¿vale, cielo?

—¿Otra vez te vas, tita?

Asentí e hice una mueca.

—Sí, pero te prometo que volveré pronto.

—Vale... —Esta vez se giró hacia un lado y lo miré con tristeza cuando le vi llorar.

—Te prometí que antes de que se te cayera el primer diente iba a volver. A ver, enséñame cómo se mueve.

Se retiró las lágrimas y empujó con su lengua uno de sus dientes inferiores.

—Ya mismo se me cae.

—Pues ya mismo estoy aquí. —Besé su sien y le abracé una vez más—. Te quiero muchísimo.

—Vale, tita.

Cerré la puerta del coche y le dije adiós por la ventanilla. Nos despedimos todos lanzándonos besos hasta entrar cada uno en un coche y suspiré. Decidí irme con Matías, el tren salía demasiado temprano y así sería más fácil no quedarme dormida. Cuando llegué al hotel donde se alojaba, después de recoger la maleta de casa de mi madre, tuve la sensación de que la próxima vez que volviese, todo habría cambiado, todo sería diferente.

Capítulo 25

«Un lugar más alto»

De cero. ¿Cuántos habéis empezado de cero? Con vuestra vida, con un trabajo, con alguien, en una ciudad, en un nuevo hogar. Parece que estamos sujetos a eso, al cambio, a empezar de nuevo cuando nuestro lugar en el mundo ya no es el mismo, cuando realmente decidimos tomar el camino que queremos. Y qué miedo a la vez, qué jodido miedo, no obstante, prefería vivir con él a convertirme en esa persona que no era y con alguien con quien ya no podía ser.

Seguí durante aquella semana en el piso de mis padres, salí a correr todos los días con la música retumbándome en los oídos, vi amaneceres después de no poder conciliar el sueño alguna noche, también atardeceres sentado cerca del mar. Me centré en el trabajo, algo que siempre requería mi atención y me ayudaba a centrarme, a acercarme a mí.

Aitana y Luis me acompañaron durante varios días, insistía en que estaba bien, en que también necesitaba estar solo, pero ellos decían que a nadie le gustaba la soledad, y menos después de tomar una decisión como aquella. Una noche pedimos pizza y mi hermana nos hizo tragarnos a Luis y a mí las tres películas de El diario de Bridget Jones; no hubiese sido tan largo si en lugar de despertarnos cada vez que uno de nosotros hacía ademán de cerrar los ojos nos hubiese dejado dormir. Al día siguiente, Luis y yo le hicimos ver la primera y la segunda parte de Star Wars, pero, a diferencia de nosotros, a ella acabó encantándole nuestra elección y quiso ver las siguientes durante las demás noches.

Por si os lo preguntáis, sí, tuve tiempo de estar solo, de empezar a reordenar mi vida, de asimilar y acabar con la creencia de que no podía ser padre. Las pruebas que me hice en el hospital también lo ratificaron. Decidí intentar perdonar y no guardarle rencor a Carolina, entender la posición en la que se encontraba, las inseguridades que le sacudían y esa inestabilidad que, ojalá, hubiese conocido en algún momento de los años que pasamos juntos porque quizá podía haberle ayudado a lidiar con ella. Lo mismo hice con Alejandra, comprendí que la decisión que tomó estaba marcada por el momento tan duro que ella había vivido, estaba seguro de que si el embarazo hubiese continuado me lo habría contado. Además, ella tampoco sabía por aquel entonces que tres años después, si yo hubiese sabido de aquella noticia, habría cargado con un peso menos.

Me entendí también a mí, volví a conectar con aquello que quería, con lo que me gustaba hacer y supe a las personas que quería en mi vida. Una de ellas era Alejandra, sin embargo, necesitaba tiempo para saber si estaba dispuesto a intentarlo, a entrar en su vida dejando atrás esa amistad que ambos nos empeñábamos en construir sin éxito alguno y, lo más importante, si volvería a confiar en ella.

En aquel momento me encontraba en un tren dirección a Madrid. Fue un impulso, algo que no pensé cuando busqué los billetes y los compré, simplemente, quise hacerlo; quise hacerlo por los dos porque pensé que, quizá, ella me necesitaba. No fui capaz de ir a su cumpleaños, de disimular delante de tanta gente, de responder a esas

preguntas que se hacen de forma inconsciente, y aunque es cierto que nadie sabe de tu vida más de lo que tú quieres que sepan, yo no quería enfrentarme aún a esa situación y tampoco estaba preparado para una conversación con ella y los ojos de quienes nos rodeasen puestos en nosotros.

Os podéis imaginar cómo cayó la noticia de la ruptura en casa. Aitana sabía cómo acabaría todo, supongo que hay cosas que se ven desde fuera y ella me conocía más que cualquier persona; a Luis no le sorprendió, tampoco a mi madre, pero tuve que escuchar a mi padre tacharme de inconsciente y de algunas cosas más que no me apetecía recordar. Puede que fuese alguna de ellas, pero ahora era más consciente que nunca de lo que quería hacer, del rumbo que quería tomar.

Eran las dos de la tarde cuando llegué a Atocha y caminé hacia el metro hasta llegar a un hotel en la Gran Vía, solo sería una noche, el trabajo me seguía esperando. Llamé al servicio de habitaciones, pedí una ensalada y un sándwich para que lo subieran y así descansar un poco después de la guardia de anoche. El teléfono comenzó a sonar y vi el nombre de mi hermana en la pantalla.

—¿Has llegado ya? —preguntó impaciente.

—Estoy en el hotel, voy a comer algo y a descansar.

—¿Dura la noche en el hospital?

—No ha estado mal, entretenida, pero tampoco mucho.

—Llámame mañana en cuanto cojas el tren.

—Cuenta con ello, enana.

—Ay, qué nervios, estaré mordiéndome las uñas hasta entonces. Mucha suerte. Muaaa. —Imitó el sonido de un beso, reí y colgamos.

Sobre las cuatro de la tarde quedé con Olivia en una cafetería, la vi esperando en la puerta abanicándose con la mano. Aligeré el paso y, unos segundos más tarde, ya estaba con ella.

—¡Hola! —me saludó simpática.

—¿Mucho calor? —pregunté mientras abría la puerta y le dejaba paso.

—Me estoy muriendo, la barriga ya pesa.

—Deberías hacerte con un abanico y llevar siempre agua —le aconsejé.

—Debería porque esta —dijo enseñándome su mano—, no da mucho aire.

Nos reímos y pedimos nuestras bebidas. Olivia me miraba sin entender muy bien qué hacía allí, supuse que Alejandra no le había contado nada y suspiré. Cuando llegaron los cafés, di un sorbo y comencé a hablar.

—¿Cómo estaba?

—Esta mañana estaba como un flan, no había podido pegar ojo. Hizo ademán de irse, idos veces! —se quejó—. Y yo le dije que por mi niña que entraba ahí y no salía hasta las seis de la tarde. No me fui hasta que pasó una hora, no podía fiarme de sus miedos.

Esbocé una sonrisa y me mordí el labio.

—Hiciste bien.

—Si pudiera levantar la pierna le habría dado una patada en el culo. —Rio pícara y bebió de su zumo—. ¿Y tú por qué estás aquí? ¿Lo sabe ella?

—Es... complicado. Hace poco me enteré de algo que lo cambió todo, que me llevó a replantearme mis prioridades, lo que necesito para ser, digamos que, feliz.

—Pero ¿no te ibas a casar?

—Ya no.

Olivia abrió los ojos, sorprendida, y me agarró la mano.

—Sea lo que sea que pasó, fue por algo, Hugo. Supongo que estás aquí hoy porque te diste cuenta de que ella es una de esas piezas que te gustaría tener en tu vida.

—Jamás pensé que la volvería a ver, siempre creí que todo iba a ir bien, que la iba a olvidar, hasta que volvió a aparecer y a recordarme que la seguía queriendo daba igual el tiempo, la distancia y las historias que se encontrasen entre los dos.

—Ay, Hugo.

—Es muy difícil, ahora todo es muy difícil porque no confío en ella, porque no sé si podremos ser, lo único que sé con certeza es que hoy quería estar aquí.

—Mira que estoy sensible y me vas a hacer llorar.

Acaricié su mejilla y negué con la cabeza.

—Hoy quiero estar para ella de la misma manera que estás tú aquí, ambos sabemos cómo sale después de una audición, y si llegan a llamarla poco después, me gustaría estar sea cual sea la noticia.

Olivia me miró con ternura y soltó mi mano.

—Estoy segura de que saldrá bien. Creo que Matías también irá a recogerla.

—No te preocupes, todo lo que te he contado solo lo sé yo, bueno, ahora también tú.

—Yo te guardo el secreto, por eso no te preocupes, pero creo, CREO, que ella siente lo mismo por mucho que trate de negarlo e intentar seguir con Matías. Que no quiero ser bruja —trató de ocultar su sonrisa—, él me cae genial, es encantador y un hombre que se acerca a lo que nosotras llamamos «príncipe de cuento».

—Te entiendo. ¿Qué tal va Alma?

—Pues ya tiene el tamaño de una mazorca, aunque para mí es como si llevase un melón dentro.

—A lo mejor es una bebé grande.

—No me digas eso, que la tengo que parir. —Nos reímos y llevó la mano a su barriga—. Mira, mira. —Puso mi mano en su vientre y noté cómo Alma se movía y daba patadas con saña.

—Parece que va a ser futbolista.

—O boxeadora, vaya leches que me mete.

Seguimos hablando y terminamos el contenido de nuestros vasos. Cuando se acercó la hora, fuimos andando despacio hasta el centro donde se realizaban las audiciones. Estábamos nerviosos, Olivia se retiraba constantemente el pelo de la cara y yo respiraba con dificultad. No era nuestro trabajo, ni nuestro sueño, pero era el suyo, y ver a alguien que te importa intentar algo que lleva anhelando durante mucho tiempo es algo que vivimos como si fuésemos nosotros los que estuviéramos en su lugar. Al llegar a la puerta, Matías estaba esperando mientras tecleaba en su teléfono, se sorprendió al verme acompañando a Olivia, supongo que no sería algo grato para él, quizá yo era la última persona a la que quería ver allí, pero me tendió la mano amable y apretó la mía en un saludo cortés.

—Hola, ¿qué tal?

—Todo bien. ¿Y tú?

—También.

—¿Ha salido ya alguien?

—Sí, salió alguno del grupo con el que entró esta mañana, ella aún no.

—Seguro que eso es una buena señal —dijo Olivia.

—Ojalá —pronunciamos los dos al unísono.

Olivia se agarró a mi brazo, lo apretaba cada vez que alguien abría la puerta y se relajaba cuando la que salía no era Alejandra.

—¿Estás bien, Olivia? —le preguntó Matías y ella asintió—. Si necesitas algo, dímelo.

—No te preocupes, todo en orden. Solo son los nervios, Mati.

Ambos se sonrieron y volvieron a dirigir sus miradas hacia la puerta.

Esperamos durante más de una hora delante de aquel lugar, el sol ya estaba cayendo y los últimos rayos se reflejaban en los cristales del edificio. La puerta se abrió, no sé si por última vez, pero fue ella la que salió; caminó con la cabeza gacha y paró un momento. Olivia me iba a sacar el brazo y yo me esperé lo peor. La vi tomar aire, cerrar los ojos, soltarlo con fuerza y volver a la calma.

—¡Alejandra! —la llamó Olivia y levantó la cabeza dirigiendo la mirada hacia nosotros.

Su paso fue calmado en un principio, pero cuando se acercaba aceleró y saltó ligeramente del suelo para agarrarse a mi cuello. La levanté y la apreté entre mis brazos. Respiré profundamente en su pelo, después de todas aquellas horas seguía oliendo a ella.

—Tranquila, ya está. Lo has hecho, nena —susurré.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó en voz baja.

—Acompañarte como siempre hice.

—Menos mal, Hugo, menos mal. —Esbozó una sonrisa y bajó al suelo.

—Oli. —La abrazó mientras se fundían en una conversación ininteligible y se soltaron—. ¿Por qué lloras?

—La tensión, las hormonas, las historias, no lo sé.

Alejandra le enjugó las lágrimas y dejó un beso en su mejilla, después se encaminó a Matías, se abrazaron y susurraron algo que tampoco pudimos escuchar el resto.

—Ya está hecho —anunció—. Ahora solo queda lo más difícil: esperar. —Me miró y se mordió el labio.

—¿Ha ido bien? —Quiso saber Olivia.

—Ha sido durísimo, creí que no iba a aguantar, que me iba a ir casi al final de la audición.

—Han sido muchas horas —dijo Matías mirando el reloj—, pero lo has hecho, cariño. Ella le sonrió y asintió.

—Bueno, vamos a que te des una ducha y te despejes. Iván me ha dicho que vayamos a casa, ha arreglado la terraza y hace una noche casi de verano. No acepto un no por respuesta.

—Ve, así no lo piensas, al menos no tanto —la animé y frunció los labios.

—Vosotros también venís —añadió Olivia.

—Gracias, Olivia, hoy no puedo. Estamos grabando los últimos capítulos de una serie y entramos a las cinco de la mañana a rodar.

—¿Me llamas mañana? —le preguntó Alejandra.

—Claro, preciosa. —Dejó sus labios sobre los de ella y aparté la mirada. Olivia me agarró del brazo y nos alejamos mientras se despedían.

—Tú si vienes, ¿no? —Arqueó una ceja y asentí—. Así me gusta.

Cogimos un taxi que nos llevó hasta la casa de Alejandra, subimos los tres, esperamos a que se diese una ducha y se tomase algo de tiempo para ella antes de irnos. Salió con el pelo mojado que ya había crecido hasta cubrir sus pechos y en ese color cereza que casi olía como ellas. Llevaba una falda que dejaba ver sus piernas y una camiseta de manga corta por la que se intuía parte de su vientre. Lo cierto es que brillaba, no puedo decirlo exactamente de qué manera lo hacía, pero era esa luz que alguien desprende cuando se siente bien consigo mismo, cuando ve que puede alcanzar sus sueños.

—Vaya cara de bobo —apuntó Olivia y me sonrojé—. Que estés aquí, con ella, es el final más perfecto que podía tener su día.

—¿Incluso si hubiese sido un día de mierda?

—Bueno... eso no lo tengo yo tan claro. —Reímos—. Nos hubiese mandado a donde Cristo perdió la sandalia.

—¿Qué estáis hablando de mí? —gritó Alejandra desde su habitación.

—¡Nada! Que te crees el ombligo del mundo.

—Yo también te quiero —contestó con sorna y volvió al salón.

—¿Puedo entrar al baño? —pregunté.

—Todo tuyo, no tiene pérdida.

—A lo mejor se mete en uno de esos armarios tan grandes que tienes y acaba en Narnia.

Alejandra se carcajeó mientras se peinaba mirándose a un espejo que tenía en el salón y me levanté. Entré al baño rápidamente y, cuando salí, traté de no hacer mucho ruido. Saqué de uno de mis bolsillos un sobre pequeño y lo dejé debajo de su almohada. Era el regalo de su cumpleaños, ese que me había encontrado más él a mí que yo a él mientras paseaba por el centro de la ciudad uno de esos días que me tomé para estar conmigo. Era algo sin importancia, algo con lo que quería decirle que, aunque no hubiese estado con ella ese día ni tantos otros, seguía mirándola como si el tiempo no hubiese pasado, como a esa persona que siempre quiso volar y que supo hacer volar a los demás cuando su vuelo se resistía.

—¿Hugo? ¿Te has perdido por ahí? —Escuché su voz llamarme desde el salón y salí rápidamente.

—No me puedo perder en cincuenta metros cuadrados, canija.

—No te metas con mi hogar, es... funcional.

—No me cabe duda. ¿Nos vamos?

Ambas asintieron y volvimos a llamar a un taxi que nos llevó hasta el piso de Olivia. Al subir, su pareja nos recibió sonriente, abrazó con estima a Alejandra y se interesó por la audición, parecía que había encontrado una pequeña familia aquí, que no estaba completamente sola, y me alivió, aunque tampoco me extrañó porque era imposible hablar con ella y no tomarle cariño, se involucraba siempre cuando pasaba algo como si los problemas fuesen suyos y eras capaz de sonreír solo con escuchar su risa.

—Hola. Iván, encantado de conocerte.

—Hugo. Igualmente. —Apreté la mano que me tendió y le devolví la sonrisa.

—Es el ex de Alejandra —aclaró Olivia.

—Que Iván necesitaba saberlo, ¿no? —reclamó Alejandra con los brazos en jarras y Olivia rio.

—Por supuesto que sí.

—¿Y os lleváis bien?

—Ha costado lo suyo —respondí y miré a Alejandra.

—Y que lo digas...

Salimos detrás de ellos y puse una mano en su espalda para que pasara delante de mí hasta llegar a la terraza. Entramos y nos sentamos donde ambos nos indicaron. La temperatura era agradable, corría una brisa algo más cálida de lo habitual en una noche de mayo que anunciaba que el verano estaba cerca. Observé cómo esa brisa acariciaba su pelo y ella se quejaba cuando sus mechones se pegaban a la piel de su rostro y, en especial, a sus labios. Olivia e Iván insistieron en que no nos levantásemos y nos quedamos allí, mirándonos de vez en cuando hasta que ella rompió el silencio.

—Tenemos que hablar.

—Ya me extrañaba a mí que tú no quisieras hablar —dije, y ella sonrió.

—Creí que no me ibas a volver a dirigir una palabra en la vida.

—Creíste mal, no podría mantenerme alejado de ti ni aunque quisiera.

—Pero el viernes... —Ladeó la cabeza y me miró mordiéndose el labio.

—He tenido tiempo para pensar en todo lo que pasó, para pensar un poco en mí. No voy a volver al pasado porque allí está todo lo que me hizo daño, y lo que me contaste forma parte de ese tiempo. —Me incliné hasta alcanzar sus manos—. No lo hagas tú tampoco, no te culpes y sigue haciendo las cosas como hasta ahora, pensando en ti, en lo que tú quieres.

Sonrió y miró nuestras manos.

—¿Y tú? ¿Y Carolina?

—Tenemos tiempo para hablar. —Le guiñé un ojo y ella se colocó sobre mi regazo para abrazarme.

—Que sepas que lo de mi cumpleaños no te lo perdono —susurró en mi oído. Dejé una mano sobre su muslo y apreté suavemente su piel.

—Todavía no llegó tu cumpleaños, canija.

Aparté su pelo del cuello para dejar mis labios sobre él.

—Me faltaste, pero lo entendí. Me gustaría haberte hecho la vida más fácil, Hugo.

—¿Qué te he dicho de volver atrás?

—Ya, pero...

—Shhh —la corté—, pero nada. —Agarré su rostro entre mis manos y rocé la punta de su nariz con la mía.

—De cero, tú sabes empezar de cero y puede que necesite que me ayudes a mí a hacerlo.

—Cuenta con ello. —Sonrió.

Palmeé su muslo para que volviera a su sitio y se levantó.

Olivia e Iván llegaron con la bebida y unos platos con algo para picar, poco después llamaron a la puerta e Iván se levantó para abrir y coger la comida.

—Mmm... Sushi.

—Pero tú no puedes comer eso, ¿no, Oli?

—El que no tiene pescado crudo sí —dije.

—Exxxacto. —Olivia celebró la llegada del sushi a la mesa y me levanté para ayudar a Iván a llevar lo que faltaba.

Cenamos mientras hablábamos y reíamos. Me sentí bien, cómodo y satisfecho con la decisión que tomé de venir aquí. Olivia tenía razón: Alejandra me había necesitado en aquel momento. Vi el alivio en su rostro en cuanto me vio allí parado, aunque lo cierto era que yo también la había necesitado a ella.

Capítulo 26

«Estoy cambiando»

Podríamos bautizar aquella mañana como la mañana en la que cambiaría mi vida. No pegué ojo durante toda la noche, me fue imposible conciliar el sueño porque cada vez que lo hacía se me aceleraba el corazón y me sumía en una de esas pesadillas en las que el inconsciente te juega una mala pasada y todo sale mal. Cuando me levanté, tomé un café y un batido de frutas, no me entraba nada que no fuese líquido. Lo cierto es que estuve un par de veces a punto de salir corriendo hacia el baño y vomitar de los nervios. A ratos deseaba estar sola, a ratos quería que alguien de mi familia me abrazase fuerte, fue Olivia la que se decidió a hacerlo pese a mis negativas a que me acompañase. Llamó al timbre con insistencia y comenzó a hablarle a la puerta.

—Un vecino muy simpático me ha abierto la puerta de abajo, ¡y no me voy a ir! Así que ábreme o haré como el lobo de los tres cerditos.

—Pues ibas a necesitar una bombona de aire —le dije con sorna tras abrirle la puerta.

—Vaya cara llevas. —Cogió el corrector de su bolso y empezó a taparme las ojeras—. Así mucho mejor.

—Me encuentro fatal. ¿Y si no voy?

—Esa no es una opción. Termínate eso y venga.

Matías llegó pocos minutos después y Olivia le abrió la puerta avisándole de ese estado de nerviosismo en el que me encontraba sumida.

—Vas a hacerlo y saldrá lo que sea, pero vas a hacerlo —me animó mientras sostenía mi rostro entre sus manos.

No me alivió en absoluto, estaba en uno de esos bucles en los que enlazaba un pensamiento con otro y me decía cada cosa peor que la anterior. Olivia me sacó de él, no sé cómo, pero ella me empujó hasta llegar allí; le pidió incluso a Matías que nos dejase a solas, y este se retiró resignado y algo insatisfecho porque la ayuda que me había querido brindar no hubiese servido de mucho.

—Te juro por Alma que tú entras ahí y sales la última, Alejandra. ¡Y jamás en la vida voy a volver a jurar por mi hija! Así que haz lo que te digo.

La miré, el labio de abajo se movía tembloroso, sentí incluso ganas de echarme a llorar.

—¿Y si no puedo, Olivia? ¿Y si todo sale mal?

—Sí puedes, Alejandra, yo lo sé, pero para demostrártelo a ti misma tienes que intentarlo. Solo lo sabrás si lo haces.

Asentí, nos dimos un abrazo que duró unos minutos y entré en aquel edificio a las nueve de la mañana.

Pruebas de baile, de canto, de sonido en un grupo en el que pensaba que nunca destacaría, aunque lo intenté. Di todo lo que pude, confié en mí cada vez que nos llamaban para pisar el escenario. Hice ademán de rendirme casi al final, llevábamos casi diez horas sin parar apenas, enfrentándonos a la dureza de lo que también supone el mundo del espectáculo, la resistencia psicológica que a veces requiere. No obstante, me prometí que seguiría hasta el final, que lo haría por mí, por estar satisfecha y perseguir ese sueño que me debía. Cuando acabamos nos dijeron que nos llamarían tanto si era un sí como un no y mi cuerpo se echó a temblar. Salí casi la última por aquella puerta y, cuando lo hice, cerré los ojos y respiré hondo. Me felicité por haberlo hecho y

solté el aire sonoramente. Salí de aquel estado cuando escuché la voz de Olivia y, al levantar la cabeza para mirarla, reparé en él.

Hugo estaba allí, y que estuviera podía significar muchas cosas, pero me quedé con la principal: le seguía importando y él sabía que, de una manera u otra, que estuviera allí me aliviaba. Avancé hacia ellos tranquila, Matías también se encontraba con ellos, pero cuando estuve cerca no pude evitar aligerar el paso y encaramarme a Hugo. Él me alzó apretándome entre sus brazos y enterró sus dedos en mi pelo mientras me susurraba.

—Tranquila, ya está. Lo has hecho, nena.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté bajito.

—Acompañarte como siempre hice.

—Menos mal, Hugo, menos mal. —Sonreí en el arco de su cuello y me dejé en el suelo.

No sé decirlos cómo ni por qué, pero algo en mí tuvo claro en aquel instante lo que quería, era como si durante todo este tiempo hubiese recibido señales suficientes que me llevaron a saber en qué brazos quería estar, a quién podría llamar hogar, quién quería que me acompañara cuando cayera y con quién celebraría todas mis victorias; y que Hugo estuviese allí solo porque sabía que lo necesitaría cuando todo aquello acabase, fue la última razón, esa última señal que me ayudó a saber que, si tenía que volver a complicarme la vida, quería que fuese con él.

Olivia me abrazó y se puso a llorar, no entendí muy bien aquello que me dijo sobre las historias, pero le enjuagué las lágrimas y le di las gracias.

—No podría haberlo hecho sin tu patada en el culo.

—Te daré todas las que te hagan falta.

Se sonó con un pañuelo y reímos.

Matías también me esperaba con los brazos abiertos, le susurré un «gracias» porque de igual manera estuvo ahí acompañándome, escuchándome siempre que dudaba de lo que estaba haciendo y ayudándome a disipar esas dudas repitiéndome que los sueños existían para perseguirlos.

—Ya está hecho —anuncié—. Ahora solo queda lo más difícil: esperar. —Miré a Hugo y me mordí el labio.

—¿Ha ido bien? —Quiso saber mi amiga.

—Ha sido durísimo, creí que no iba a aguantar, que me iba a ir casi al final de la audición.

—Han sido muchas horas —dijo Matías mirando el reloj—, pero lo has hecho, cariño.

Le sonreí y asentí orgullosa.

Mi amiga nos invitó a su casa y Hugo me animó a que fuera, pensé que sería buena idea porque ir a la mía y tumbarme en el sofá sería sinónimo de dar vueltas a algo cuya respuesta no estaba en mi mano. Matías decidió regresar a su casa, tenía que trabajar temprano al día siguiente, por lo que nos despedimos y vi cómo se alejaba calle arriba. Cogimos un taxi hasta llegar a mi apartamento, me duché con rapidez y volvimos a coger otro coche hasta llegar a casa de Olivia.

Iván nos recibió sonriente, me abrazó y me dijo que lo había hecho muy bien, supuse que se refería al simple hecho de intentarlo, así que sonreí y anduvimos hacia la terraza. Hugo dejó su mano en ese espacio de piel que la camiseta no cubría, empujándome con suavidad a seguirle el paso a mis amigos. Cuando nos quedamos solos le miré mientras me mordía el interior de mi mejilla con algo de nerviosismo. ¿Significaría algo más que Hugo estuviera allí?

—Tenemos que hablar —solté de pronto.

—Ya me extrañaba a mí que tú no quisieras hablar —dijo y sonreí.

—Creí que no me ibas a volver a dirigir una palabra en la vida.

—Creíste mal, no podría mantenerme alejado de ti ni aunque quisiera.

¿Y quería? ¿Había querido?

—Pero el viernes... —Ladeé la cabeza y le miré mordiéndome el labio. Me iba a hacer polvo la cara con tanto mordisco nervioso.

—He tenido tiempo para pensar en todo lo que pasó, para pensar un poco en mí. No voy a volver al pasado porque allí está todo lo que me hizo daño, y lo que me contaste forma parte de ese tiempo. —Se inclinó hasta alcanzar mis manos—. No lo hagas tú tampoco, no te culpes y sigue haciendo las cosas como hasta ahora, pensando en ti, en lo que tú quieres.

Sonreí y miré nuestras manos juntas.

—¿Y tú? ¿Y Carolina?

—Tenemos tiempo para hablar. —Me guiñó un ojo y, sin pensar, me levanté y me senté sobre sus piernas.

—Que sepas que lo de mi cumpleaños no te lo perdono —bromeé en su oído. Dejó una mano sobre mi muslo y apretó suavemente mi piel. Me tensé con su tacto y sonrió al darse cuenta.

—Todavía no llegó tu cumpleaños, canija.

Le abracé y apartó mi pelo del cuello para dejar sus labios allí. Enterré mis manos en su pelo, buscando más cercanía y susurré.

—Me faltaste, pero lo entendí. Me gustaría haberte hecho la vida más fácil, Hugo.

—¿Qué te he dicho de volver atrás?

—Ya, pero.

—Shhh —me cortó—, pero nada. —Agarró mi rostro entre sus manos y rozó la punta de su nariz con la mía. Por un momento pensé «de perdidos al río», sin embargo, apelé a esa voluntad y a una barrera que no tenía que sobrepasar. Todavía.

—De cero, tú sabes empezar de cero y puede que necesite que me ayudes a mí a hacerlo.

—Cuenta con ello. —Sonrió y volvimos a abrazarnos.

Palmeó mi pierna para que volviera a mi silla y me levanté.

A los pocos minutos llegaron mis amigos, Olivia me miraba subiendo y bajando las cejas, deseosa de saber más; le guiñé un ojo como respuesta y nos centramos en el sushi que Iván dejó sobre la mesa. Estaba hambrienta, no había comido más que piezas de fruta a lo largo del día e ingerido líquidos, así que me lancé voraz hacia mi bandeja. Estuvimos hablando y riendo, mis habilidades y las de Iván para comer con los palillos eran nulas, por eso decidimos usar el tenedor.

—Inténtalo —insistió Olivia.

—Ya sabes que no se me da bien. Además, que tengo hambre y no pienso hacer que mi única comida del día se convierta en un suplicio por dos palos de madera.

—Estoy de acuerdo con ella —me apoyó Iván—. ¿A qué te dedicas, Hugo?

—Soy ginecólogo.

—¡No me digas! Seguro que Olivia te ha atosigado con todo tipo de preguntas.

—Pero ¡qué mentiroso! Si el que lleva un cuaderno con preguntas cuando vamos a las revisiones eres tú —le acusó y reímos.

—No me preguntó nada, tampoco me importaría que lo hiciera, aunque yo creo que estás perfecta —dijo dirigiéndose a ella.

Olivia se sonrojó y nos carcajamos.

—Cuidado que se te cae la baba. —La pinchó Iván.

—No puedes negar, aunque seas hombre, que Hugo es un bomboncito.

Seguí riéndome mientras Iván negaba, exasperado, y Hugo se sonrojaba.

—¿De dónde has sacado tan buen gusto para los hombres? —me preguntó Iván y automáticamente me encogí de hombros.

—No me sirve de nada tener gusto si luego acabo metiendo siempre la pata.
—Ya será menos, mujer. —Quitó importancia y seguí comiendo—. ¿Y Matías?
—Tenía trabajo —contesté escueta—. ¿Sabes que a Candela le gusta tu amigo el chef?
—¿Álvaro?
—¡Sí!

—Como se entere de que se lo has contado a Iván eres amiga muerta —me advirtió Hugo y me reí.

—Pero tú vas a cerrar el boquino y ella no se va a enterar de que le estoy haciendo de celestina. —Cerró su boca con llave y asentí—. Así me gusta.

La conversación giró en torno a ellos dos porque estaba convencida de que Álvaro y Candela podían verse en alguna ocasión. Iván nos contó que su amigo tuvo una novia que después de varios años le propuso abrir la relación, él se negó en rotundo y lo dejaron.

—Quizá la próxima vez que Candela venga podemos quedar todos.

—Hecho. —Le tendí mi mano por encima de la mesa y la cogió apretándola en señal de trato.

Terminamos aquella noche tomando algún que otro *gin-tonic*. Yo solo quería olvidarme de todo y llegar a casa tan reventada —o tan borracha— que no me diese tiempo más que a caer dormida con tan solo tocar la cama. Cuando pasamos del segundo, Hugo y yo decidimos irnos, Olivia necesitaba descansar e Iván trabajaba al día siguiente. Aún era lunes, la semana no había hecho más que empezar.

—Muchas gracias por todo. —Abracé fuerte a mi amiga y toqué su barriga con cariño.

—No me tienes que dar las gracias por la cena.

—No es por eso, tonta. Tú sabes por qué te lo digo.

Ella asintió y me sonrió con cariño.

—Llámame mañana y nos vemos para tomar café.

—Eso está hecho.

—Espero que nos veamos pronto, Olivia. —Hugo y ella también se abrazaron.

—Por supuesto. —Le guiñó un ojo y ambos nos despedimos de Iván.

Cuando salimos era medianoche. Me encontraba animada, esperanzada, y no quise volver en aquel instante a casa. Me hubiese encantado celebrar, bailar hasta las tantas con mis amigas, abrazar tanto como pudiese porque, aunque aún no sabía qué pasaría, haberme enfrentado a mis miedos era algo por lo que brindar, y yo quería seguir haciéndolo.

—¿Estás cansado? —le pregunté a Hugo en el portal.

—¿Por qué? ¿Qué tienes pensado? —Me miró arqueando una de sus cejas y sonreí.

—Quiero otra copa, pero parece que por aquí está todo cerrado.

—Hay terraza en el hotel, si quieres podemos probar.

—¿Y si nos echan?

—Pues hacemos botellón en mi habitación.

Nos reímos y me tendió la mano para tirar de mí.

Caminamos entre risas, recuerdos e historias. Caminamos con sueños, con ganas renovadas, con posibilidades que estaban por ser escritas. Llegamos a la Gran Vía y subimos a la terraza de aquel hotel, aún estaba abierta por una cena que se alargó más de la cuenta y nos dejaron tomarnos esa última copa.

—Yo quiero Bombay con Seven up.

—Hendricks con tónica. —Me relevó Hugo.

El camarero dejó las copas delante de nosotros poco después y las cogimos.

—Por ti, por tu sueño.

Brindamos y dimos un trago a la copa.

—Eres la última persona a la que esperaba hoy aquí. ¿Lo sabe Candela?

—No, la única que lo sabe es Aitana.

—Vino a mi cumpleaños, le pregunté cómo estabas.

—Me fui de casa poco después de hablar con Carolina, ella lo hizo el lunes, creo que ha vuelto a Madrid y está en casa de sus padres.

—Qué difícil todo...

Él frunció los labios y dio un sorbo a su copa.

—Hubiese sido más difícil si siguiéramos juntos, si hubiésemos llegado a casarnos; nos habíamos perdido por el camino.

—¿Fue bien? La conversación, digo.

—Después de hablar contigo me comía la rabia, estuve dando vueltas hasta las seis de la mañana, y cuando ella se despertó hablamos.

—No le enseñarías los dientes como un león.

Esbozó una breve sonrisa y negó.

—Creo que ha sido la conversación más sincera que hemos tenido los dos. Carolina lo hizo porque no estaba bien por aquel entonces y tampoco lo está ahora. Se sentía insegura y pensaba que si me hubiese dicho que no estaba preparada para tener hijos yo la hubiese dejado.

—Tú no eres así.

—Si lo hubiese sabido desde un principio, la hubiese ayudado. Ha sido un poco frustrante y yo también me he culpado.

—En el fondo ninguno de los dos tiene la culpa, Hugo.

—Sí... eso mismo pienso yo.

—Ahora sana, con el tiempo todo volverá a ir bien.

—Te está sonando el móvil —me avisó, lo saqué rápidamente de mi bolso y descolgué.

—¿Sí?

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido!? —exclamó Candela enfadada.

—Con Hugo tomándome una copa.

—¡Qué dices! —chillaron Candela y Nuria por el altavoz.

—Vaya, estáis juntas.

—No, no. Estamos juntos —intervino también Óscar—. ¿Qué tal ha ido la audición? Entraste, ¿no?

—Sí, lo hice. Y no sé cómo salió, han sido casi diez horas. Nos dirán algo durante estos días.

—¡Yo no dudé de ti en ningún momento! —dijo mi amiga.

—Yo tampoco lo hice —siguió Óscar—. Solo tenía miedo de que no hubieses sido capaz de entrar.

—¡Cagón! —le acusaron ambas y yo me reí.

—¿Y cómo que estás con Hugo? —preguntó mi cuñada—. ¿Te has comido un donut esta mañana? Porque te ha salido el día redondo.

Escuché sus risas detrás del altavoz y miré a Hugo que sonreía.

—Qué daño hace la televisión, Nuria. —Rio Candela—. Dime que ha ido con un caballo blanco.

—Tú no estás bien, eh. Estaba con Olivia y Matías cuando salí.

—Él sabía que le necesitabas —afirmó Óscar—. Y él a ti también.

—El gurú del amor —añadió con sorna Candela—. Pues esta noche os olvidáis de las historias y os dais un meneo que bien os viene a los dos. Pajizos, que sois unos pajizos.

—Quitadle a Candela lo que sea que esté bebiendo —exigí y los escuché forcejear con algo.

—¡Que me vais a despertar al niño! —se quejó Nuria—. Ni caso a esta, que lleva casi una botella de vino de lo nerviosa que estaba. Se va a tener que quedar a dormir aquí.

—Qué bonito es el amor. Yo quiero que me pidan matrimonio con un anillo dentro de un *cupcake*.

—Siendo tú seguro que no te das cuenta y te lo comes —aseguré y se rio escandalosamente.

—Puede ser, aunque no puedes negar que lo que ha hecho Hugo es algo «del príncipe azul que yo soñééé». —Se puso a cantar esa canción de *La Bella Durmiente* y yo agité la cabeza.

—Candela, vete a dormir ya que te escucho sin altavoz —dijo Hugo acercándose al auricular y puse el manos libres.

—Ay, Hugo. ¿Tú no te quieres casar conmigo? Tendríamos unos hijos preciososss.

—Estás fatal, acostadla ya —pedí entre risas—. Candela, te quiero, pero es hora de dormir.

—Hasta mañana —se despidió—. Que folléis todos mucho, menos yo. Qué triste.

Todos nos reímos y agité la cabeza.

—Os llamo si recibo alguna noticia. Gracias por estar ahí. Os quiero.

—¡Te queremos! —Se escuchó antes de colgar.

Capítulo 27

«Esta soy yo»

Si algo tengo claro es que cada uno libra una batalla por algún motivo, por algún miedo, por cualquier error, y llega un momento en el que te haces a ella, en el que, en vez de luchar y entrar en esa vorágine, decides mirarla desde fuera, con algo más de perspectiva y tranquilidad y, en el momento en el que eso ocurre, en el que no hacemos caso a eso que nos decimos, a lo que nos empuja a entrar en guerra, es cuando ganamos porque es el instante en el que logramos estar en paz con nosotros mismos. Todos libramos una batalla y porque no se vea no significa que no exista, pero si llegó a nuestra vida por algún motivo es porque, en el fondo, sabía que podríamos con ella. Habrá días en los que nos lamentemos porque esté, en los que le temamos más de la cuenta, días en los que creamos que hemos caído tanto que es imposible levantarnos. Sin embargo, lo hacemos, siempre lo hacemos, todos y cada uno de nosotros lo hace; por eso, no dudo de que seamos tan fuertes como para que en un momento todo vuelva a su cauce y esa batalla se convierta en una cicatriz que nos acompaña, en un recuerdo.

Aquel día fue así para mí, cuando estuve allí me atreví a no entrar en todo eso que llevaba días diciéndome, ignoré a esa que de vez en cuando me hablaba para decirme que me quedase en mi zona de confort, que no intentase nada porque, total, no iba a salir. Ella siempre me daba el «no», pero ¿y si salía? El «no» ya lo tenía quedándose en casa. Todos sabían que anduve victoriosa después de la audición por eso, por intentar perseguir el «sí», la posibilidad, una salida. Por no haber entrado en guerra, en mi guerra.

Hugo y yo bajamos a su habitación aquella noche. Cuando llegué me quité las Converse y las dejé a un lado mientras él se fue al baño a ponerse cómodo. Me tumbé en la cama y miré el techo, no pensé en nada, simplemente me encontraba tranquila. Al momento salió con un pantalón de pijama largo y oscuro y sin camiseta. Miento si os digo que no me planteé eso de hacerle caso a mi amiga, que iba más borracha que yo, porque claro, una tiene ojos en la cara, pero volví a desviar la vista hacia el techo. Noté que se acostó al otro lado de la cama porque esta se hundió levemente y lo miré.

—Debería irme a casa, es tardísimo y estoy cansada.

—Quédate, no te voy a meter mano.

—Qué pena —bromeé y sonrió—. Estoy muerta.

—Duérmete. —Me acurruqué en el lado derecho de la cama, noté cómo Hugo se colocó detrás de mí dejando un pequeño espacio entre nosotros, enterró su mano en mi pelo y comenzó a acariciarme. Diez minutos después ya había abandonado el mundo consciente para irme con Morfeo.

Me desperté cuando las cortinas de la habitación filtraron suficiente luz como para avisarme de que no era la primera hora de la mañana. Miré hacia el lado derecho de la cama, que estaba vacío, y escuché el sonido del grifo de la ducha. Remoloneé un poco en la cama y, cuando me incorporé y me estiré, vi que había un carro con varios platos dispuestos en él. Me rugía el estómago, un espejo alargado de pared me devolvía el reflejo de alguien que rozaba la felicidad con unos pelos de leona dignos de anuncio de peluquería de esos del antes y después, los míos eran del *before*, por supuesto. Traté de peinármelo un poco con los dedos a modo de peine y desistí agarrándome una coleta alta con el flequillo suelto. Qué desastre.

Hugo salió del baño mientras yo ojeaba mi teléfono. Me miró y se rio porque aún andaba en la cama con las piernas estiradas sobre la pared del cabecero.

—Buenos días. ¿Tienes hambre?

—Muerdo.

—Pues venga, deja que la sangre baje otra vez a la cabeza y a comer.

Me coloqué en el borde de la cama mientras él lo hacía en una silla que colocó en frente de mí y del carro. Destapó los platos, sirvió ambos cafés y comenzamos a desayunar. Me fue inevitable soltar algún que otro ruido de satisfacción.

—Te han llamado esta mañana.

—¿Del castin!? —pregunté casi atragantándome.

—No, era Matías. Lo dejé en la mesilla para que descansaras.

—Luego lo llamo.

«Luego lo llamas y le dices qué, Alejandra de mi corazón», me reprendí. En mi vida era imposible tener todas las cosas ordenadas. Aunque, pensándolo bien, estaba segura de que no sería la única. Candela también lo tenía todo patas arriba, los únicos que andaban más seguros eran Óscar y Nuria, yo creo que porque Óscar siempre tuvo claro lo que quiso e incluso cuando lo veía tambalear intentaba solucionarlo. Él siempre fue así, de arreglar las cosas y no tirarlas, decía que vivíamos en un mundo donde todo lo que veíamos roto lo mandábamos a la basura y que eso se podía aplicar tanto a las relaciones como a las cosas, porque es cierto, arreglar algo es un ejercicio de paciencia, un aprendizaje que no todo el mundo está dispuesto a tomar.

—¿Te vas hoy?

Hugo asintió y yo torcí el morro. Acarició mis labios con la yema de su pulgar para borrar el gesto y me sonrojé.

—El tren sale a las cuatro, tengo guardia esta noche y que seguir solucionando... cosas.

—Lo entiendo. Oye, una pregunta. ¿Habéis pensado algo para la despedida de soltero de Óscar?

Hugo sonrió con malicia y yo le miré inquisitiva.

—No pienso decir nada.

—¿Cómo que no? ¡Tengo que saber qué vais a hacer con él!

—He pactado con el mismísimo diablo para que de mi boca no salga nada.

—No te parece nada a nosotras... —Hugo rio y me crucé de brazos—. ¿No me vas a dar ni una pista?

—Es un sitio de playa.

—Anda, no me jodas, creí que si os ibais en pleno junio iba a ser a una casa perdida en un cerro con un montón de ovejas y vacas —ironicé.

—¿Y vosotras?

—Algo tenemos pensado, pero nada seguro. Además, tampoco me vas a sacar nada.

—Creo que a vosotras es más fácil que se os escape algo —me retó y fruncí el ceño.

—Ya verás como no os vais a enterar hasta que estemos en la puerta de embarque de un avión o de un autobús o hasta que llegemos a nuestro destino. —Di una palmada en la mesa zanjando la conversación y me tumbé hacia atrás—. ¿Tan bocazas somos?

—Bueno, entre vosotras sabéis guardaros los secretos.

—Los importantes sí, los demás... Tengo que hablar con Candela para trabajar esto de la verborrea.

Nos reímos y terminamos de desayunar.

Hugo me acompañó a casa antes de volver al hotel a por sus cosas. Justo cuando llegamos al

portal mi móvil comenzó a vibrar y lo saqué del bolso, era un número que no conocía.

—¿Sí?

—¿Hablo con Alejandra Herrera?

—Sí, soy yo.

—Le llamo del equipo de castin del musical.

Abrí los ojos como platos y le apreté la mano a Hugo. Hizo una mueca cuando notó mis uñas clavadas en su piel y traté de relajarme un poco.

—Buenos días, dígame.

—Después de las pruebas realizadas ayer le comunicamos que el papel de Lydia es suyo.

—¿¡Qué!? ¿Está hablando usted en serio?

—Créaselo y celébrelo. Volveremos a ponernos en contacto con usted esta semana para hablar del contrato, las fechas en las que comienzan los ensayos y los primeros pases. Que tenga un buen día.

—Muchas gracias, de verdad, e igualmente.

Cuando colgué, dejé el teléfono apoyado en mi pecho y me quedé con la vista clavada en el suelo casi sin poder reaccionar.

—Alejandra, ¿qué te han dicho?

Me zarandé hasta que volví a la tierra y le miré con una sonrisa.

—¡Es mío! ¡El papel es mío! —Di unos cuantos saltos con el teléfono en la mano y la sonrisa de Hugo se fue ensanchando entre sus labios. Me agarró por las caderas y entrelacé mis piernas en su cintura mientras dábamos vueltas sobre nosotros mismos. Me encontraba en las nubes, en las puñeteras nubes—. No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer! —Reímos y me dejó en el suelo.

—Pues hazlo, canija, porque ese sueño ya es tuyo.

Subimos a casa corriendo, llamé a Candela por videollamada y me lo cogió toda despeinada y bebiendo de una taza.

—¿Quién osa perturbar mi tranquilidad?

—Candela, que el papel es mío. ¡Que me han cogido!

Tiró el contenido de la taza por el aire y nos pusimos a saltar las dos mientras gritábamos.

—¡Me cago en mi vida, Alejandra! ¡Que te han cogido!

—Estoy flipando. —Me volví a sentar al lado de Hugo y dejó un beso en mi sien.

—Oh, besitos de osito. ¿Pero todavía estás ahí? Eso es que...

—A ti también te gusta que te los dé —rebatí él y ella asintió.

—Eso es verdad.

—No malpienses, ya se iba y justo me llamaron.

—Buah, tía. Llama a tu hermano, a Nuria, a tu madre, a Rubén, a Aitana, a Olivia, a Matías. —Listó para que no me olvidase de ningún nombre—. ¡Ponlo en el puto periódico si hace falta!

—¡Voy, voy, voy! —Colgamos las dos mientras seguíamos chillando y llamé a Olivia. Cuando nos vimos las dos en la pantalla no podía disimular la emoción.

—Te han cogido. ¡Dime que te han cogido!

—¡El papel es mío!

—¡Ahh! ¡Lo sabía! ¡Te juro que lo sabía! —Saltó del sofá entre gritos—. Enhorabuena, cariño.

—Gracias, gracias y gracias. Nos vemos luego y lo celebramos.

—Dalo por hecho.

Llamé a Óscar y, de casualidad, maté a dos pájaros de un tiro porque se encontraba en casa de mi madre para almorzar con Lucas.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó cuando vio mis ojos empañados.

—Oscar, me han llamado...

—No me digas... Bueno, la próxima vez será.

—¿No te han cogido? Me los voy a comer a todos con patatas, ya verás. —Salió mi madre en la pantalla.

—No te vas a tener que comer a nadie, mamá. ¡Me han dado el papel!

Óscar revoleó el teléfono para abrazar a mi madre, se los escuchaba celebrar, porque la imagen enfocaba al techo o a Dios sabe dónde. Me reí y me mordí el labio conteniendo esas lágrimas de felicidad; fue Lucas quien cogió el teléfono y me saludó.

—Hola, tita.

—Hola, cariño. ¿Qué estás comiendo?

—Arroz con huevo que me ha hecho la abuela.

Giré la pantalla para que Lucas viera a Hugo y señaló el teléfono.

—¡Hugo! ¿Qué haces con mi tita?

—He venido a hacerle una visita —le dijo sonriente.

—¿Puedo ir la próxima vez contigo?

—Claro, campeón.

—Lucas, déjame el teléfono un momento.

El niño asintió y se despidió rápidamente de mí, devolviéndome aquel beso que le mandé.

—Ay, Alejandra, qué alegría —repetía mi madre con lágrimas en los ojos.

—No llores o lo haré yo también.

—Esto significa mucho para mí, después de todo ya está aquí tu sueño.

Óscar apretujó a mi madre contra su pecho y le dio un beso.

—No sabes cuánto nos alegramos, enana. Celebraremos ese triunfo hoy como si estuvieses aquí, saboréalo tú también. Te lo mereces todo.

—Gracias. Os quiero mucho.

—Y nosotros a ti también.

—Pero ¿qué ha pasado? —Se escuchó la voz de Nuria que acababa de llegar—. Que me ha tenido que abrir el niño. ¿Estáis bien? ¡Me estáis asustando con esas caras!

Mi hermano enfocó el teléfono hacia Nuria, quien se tapó la boca en cuanto me vio.

—Te lo han dado. Te han dado el papel. ¿A que sí?

Asentí y se puso a saltar como una loca. Cogió a Lucas y comenzó a bailar con él, mi madre y Óscar se unieron a aquella algarabía. Cuánto me hubiese gustado estar allí con todas esas personas que me querían, que vivían mis triunfos como si fuesen suyos, porque así tendría que ser siempre, ¿verdad?

Hugo me apretaba la cintura mientras veíamos a mi familia sonreír. Sonreíamos todos porque por fin la vida, después de tanto quitar, me había dado; después de tanto esfuerzo y sacrificio, me estaba sonriendo también y me fue inevitable mirar hacia atrás y pensar que, gracias a la persona en la que me convertí, hoy estaba allí, con ese papel en mis manos, con la promesa de un presente que sería duro, pero en el que por fin disfrutaría de los escenarios. Estaba allí con mi gente y, sin esperarlo, algo que jamás había planeado: también estaba con él.

—Qué subidón, Ale. Lo celebraremos cuando vengas.

—Eso está hecho. Hablamos, ¿vale? ¡Os quiero!

—Y nosotros. ¡Nos alegramos mucho!

Cuando colgué me quedé mirando la pantalla sin poder parar de sonreír.

—Estoy en una nube y no quiero bajarme.

—Disfrútalo, celébralo con Olivia, salta por ahí por la Gran Vía. Créelo y hazlo tuyo porque ya lo es.

Miré a Hugo y acaricié su mentón, estaba cubierto por una barba de apenas días; miré sus labios mullidos y quise lanzarme a ellos, celebrarlo con él. Hugo arrastró su mirada a mi cuello y luego lo hizo hacia mis ojos. Los entornó como si los estudiara, como si el verde de estos o mis expresiones pudiesen decirle algo que yo, quizá, ni siquiera podía. Nos acercamos mucho, no sé qué acto de fuerza de voluntad hicimos para no caer otra vez. Nuestras respiraciones estaban agitadas, notaba mi corazón bombear con rapidez en el pecho y, cuando se alejó, tragué saliva con dificultad.

—Tengo que irme —anunció mirando su reloj.

Asentí y nos levantamos del sofá.

—Gracias por estar aquí, de verdad.

—Tú te lo mereces todo. Nos vemos pronto, canija.

—Ten cuidado.

Asintió y nos abrazamos. Fue un abrazo breve en el que ninguno quisimos que se notasen las ganas de quedarnos unos minutos más el uno al lado del otro, de mandar por fin al cuerno a la distancia que no nos trajo más que anhelos.

—Coge el bolso y llama a Olivia. ¡Venga, corre! —me animó sonriente, nos dijimos adiós y cerré la puerta.

No llamé a Olivia. Parece que, si iba a empezar de cero, necesitaba atar todos los cabos sueltos que iba dejando, así que lo celebraría algo más tarde.

Quedé con Matías en un restaurante japonés demasiado tranquilo, sabía que a él le gustaba esa comida y el lugar, por lo que no le sorprendió mucho que le citara allí. Llegó como siempre, guapísimo, impertérrito. Matías era de esos hombres que una, quizá, tiene la suerte de encontrarse alguna vez en su vida, tenía la fórmula de la felicidad, sabía cómo tratar a una mujer, cómo hacerla sentir en casa, que ella importaba, que era capaz. Supongo que una parte de mí siempre sería suya porque también había llegado donde estaba gracias a él, a su paciencia infinita y su apoyo constante. Matías había hecho que mi estancia en Madrid fuese menos difícil de lo que podía haber sido y había conseguido que nuestras vidas se tocasen en algunos puntos.

Me besó con delicadeza. Siempre sonreía cuando dirigía la mirada hacia mis labios y miraba el color que llevaba en ellos. Quizá penséis que soy tonta de remate, no os creáis, a ratos yo también lo pensaba, pero él era demasiado perfecto para mi vida y yo demasiado imperfecta para la suya.

—¿Qué tal el día? —le pregunté cuando nos sentamos.

—Estoy agotado, pero por fin grabamos el último capítulo.

—Tengo que hablar contigo.

Automáticamente frunció el ceño e irguió la espalda apoyándose en la silla.

—Y no sé por qué, creo que no me va a gustar.

Negué con la cabeza y suspiró.

—No quiero enumerarte todas las razones por las que creí que esto iba a funcionar, o sí, no sé, porque ha sido una suerte encontrarme contigo.

—Pero.

—No eres tú, Matías, porque siempre fue otra persona. Y lo intenté, pero no quiero ir contigo a medio gas como siempre fui.

—Yo tampoco quiero las cosas a medias, Alejandra, y no quiero esperar eternamente a que te decidas entre empezar de nuevo o seguir con lo que tenías.

—Lo sé...

—Si quieres volver a intentarlo con él, hazlo, pero si no sale bien déjalo atrás de una vez, porque no podéis ir dejando daños colaterales.

Respiré buscando algo de calma. Daños colaterales...

—Lo siento mucho, Matías.

—No tienes que sentir eso. Vas a arriesgarte por lo que tú quieres y tengo que aceptar que no soy yo.

—Ojalá nos volvamos a encontrar en algún momento.

—Ahora no pienses en eso.

—Sí, porque para mí eres alguien importante y yo no... no quiero perderte.

—Yo... necesito un tiempo, ¿vale?

—¿Un tiempo eterno? —pronuncié con cierta tristeza.

—No, preciosa. —Acaricié mi mejilla y trató de esbozar una sonrisa.

—Me han llamado esta mañana... El papel es mío.

Matías me pidió que me levantara para abrazarme y me agarré de su cuello.

—Enhorabuena, te lo mereces, Alejandra. —Dejó un beso en mi frente y nos separamos—. Iré a verte al estreno.

—¿De verdad?

—Claro. Ahora mismo, aunque no se note, lo estoy celebrando y me alegro muchísimo por ti.

Resoplé y sonreí al mirarlo.

—En este momento me estoy lamentando por lo rematadamente tonta que estoy siendo. Eras todo lo que necesitaba si mi corazón no hubiese estado tocado.

Sonrió y negó con la cabeza.

—He disfrutado mucho el tiempo contigo, te echaré de menos.

—Y yo a ti...

Ahora me tocaba asumir que Matías y yo ya no nos tendríamos, que cuando lo necesitase en aquella ciudad o me apeteciese verlo, me pensaría ochenta veces si marcar su número o no porque, como era lógico, él necesitaba tiempo.

Salimos de aquel restaurante después de una última comida entre los dos. Nos fundimos en uno de esos abrazos en el que uno de los dos aceptaba con resignación y en el que a los dos nos costó dejar al otro marchar; en el que aspiré su olor y me apreté en su pecho por última vez. Quería llorar. Quería llorar porque sabía que también lo echaría de menos, porque era cierto que la vida con él era más llevadera porque siempre solía hacer las cosas sumamente fáciles. Sin embargo, es difícil empezar de cero llevas en tu corazón una historia que no está cerrada.

Capítulo 28

«Desafiando a la gravedad»

Llegué a casa con un cuento cerrado. Sí, hablo de un cuento porque lo que tenía con Matías podía haberse convertido en algo parecido a ello, aunque yo era la antítesis de lo que podía ser una princesa. La Sirenita podría haber sido mi *alter ego*, siempre lo dije, pero el príncipe se quedó en la superficie y yo estaba dentro de un tsunami que me llevaría al fondo del mar con la diferencia de que no tenía una cola de pez, no respiraba debajo del agua ni tenía un amigo que era un cangrejo; bueno, quizá Candela era lo más cerca a Sebastián que tenía. Si le contaba que la estaba identificando con un cangrejo lo más probable era que me quisiera cocer en la olla en la que le querían meter a él en la película.

Dejando atrás tanto *símil*, os diré que no las tenía todas conmigo. Es decir, sabía que había hecho bien acabando la historia con Matías porque en este tiempo que pasamos juntos puse tanto freno a mi corazón que no llegué a palpar ese sentimiento de amor. No niego que, con un poco más de tiempo, podría llegar a haberlo hecho, pero en mi cabeza estaba Hugo. En mi cabeza y en todo el cuerpo, para qué engañaros, así que, por aquel entonces, no tenía ni idea de qué pasos dar ni en qué sentido.

Olivia llegó a casa para la hora del café. Cuando abrí la puerta vi que traía consigo una bolsa de Starbucks que dejó en la encimera de la cocina para lanzarse a abrazarme.

—Desde que te vi la primera vez sentí que esto pasaría. ¡Y yo te acompaño! ¡No me lo puedo creer!

Había sido un triunfo para ambas: para ella, porque era mi agente, y para mí, porque por fin pisaría uno de esos escenarios que tanto se me resistieron.

—¡Ay, Oli! —Besuqué su mejilla mientras ella reía—. Agárrate que lo que viene ahora va a ser mucho trabajo.

—Estoy preparada.

Saqué de la bolsa dos té helados y nos sentamos en el sofá mientras hablamos de cómo recibí la noticia y de la reacción de toda mi familia.

—El último en enterarse ha sido Matías.

—Oh, oh.

—Sí. Oh, oh —dije cabizbaja—. Se acabó, no puedo seguir engañándome, Olivia. Sé que con Hugo quizá no exista ni una posibilidad y que si la hay sea rematadamente complicada, pero yo quiero intentarlo. No sé cuándo porque parece que ahora no es el momento, pero, por lo menos, ya lo sé.

Olivia me miró tratando de entenderme.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Que yo quiero tener a Matías en mi vida.

—Y lo tendrás. Matías es un buen hombre además de inteligente. Si él quiere que tú también estés en su vida, encontraréis el modo. —Chupó de su pajita y siguió—. Y con Hugo... qué quieres que te diga, si te mira y lo dice todo, ¿cómo no va a querer intentarlo contigo?

—Porque ya tenemos una historia y te recuerdo que no ha sido demasiado buena.

—Fue buena. El otro día... fue como si siguiérais donde lo dejasteis, por eso te dije aquello, Ale.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a prepararte todo lo que puedas para los ensayos y a disfrutar de esa pequeña victoria.

Pasamos la tarde juntas, hablando, riendo, soñando. Estábamos ilusionadas, Olivia también se preocupó por el embarazo, porque Alma nacería en agosto, que sería el mes en el que comenzarían los ensayos, pero calculamos que para el estreno ya estaría recuperada y algo acostumbrada al cambio que supone la vida con un niño. Me prometió no faltar al estreno, decía que iría aunque fuese con el carrito y el pecho fuera. Yo sabía que lo haría, que siempre me acompañaría porque Olivia llegó a mi vida para quedarse, y yo siempre iría de su mano.

Nos despedimos después de cenar unas hamburguesas y la acompañé al taxi que la llevó a casa. Cuando subí, me di una ducha mientras canturreaba, me puse el pijama, apagué la luz del salón y me metí en la cama. Justo cuando mi cabeza tocó la almohada escuché cómo algo crujía. Me incorporé asustada creyendo que podía ser el teléfono y cuando me levanté encontré un sobre pequeño de regalo. Fruncí el ceño debatiéndome entre abrirlo o no, pero qué narices, si estaba debajo de mi almohada era por algo, solo no había llegado. Rasgué el envoltorio y saqué una cadena dorada, muy fina, con el colgante de una pequeña mariposa. Le acompañaba una tarjeta con una frase escrita con su letra. Algo breve que resumía un mundo: el mío.

«Siempre fuiste más tuya que de tus miedos.
Feliz cumpleaños, Mariposa».

Miré el colgante y me lo puse. Agarré el teléfono de mi mesita, abrí su conversación y tecleé.

Alejandra:
Odio que siempre encuentres la manera de decir las cosas. Odio que me guste tanto como las dices.
Gracias por el regalo, es precioso.

Hugo abrió la conversación y tecleó unos segundos después.

Hugo:

He perdido la práctica, ahora la cago más cada vez que hablo, por eso escribo.
Me alegro de que te haya gustado, ahora ya puedes volver a volar más alto que nunca.
Estoy de guardia, canija. Hablamos luego.

Alejandra:
Lo siento. No me acordaba.

Hugo:

No te preocupes.
Buenas noches, Mariposa.

Hugo siempre tenía las palabras adecuadas en la punta de sus dedos. En vez de ser ginecólogo, le hubiese pegado ser un bohemio de la vida que no tenía un duro y recitaba sus poemas en cualquier bar solo para que la gente escuchase sus versos.

A la mañana siguiente todavía flotaba, me levanté cerca de las doce del mediodía, hice café, me di una ducha y tomé un desayuno que me valió también como comida. Leí, escuché música y me esmeré también en preparar la cena para la noche; utilicé una de esas mascarillas coreanas que, contra todo pronóstico, me hizo reacción, y Candela me llamó en plena crisis.

—Pero ¿qué te ha pasado? Tienes la cara como un tomate.
—Me he puesto una mascarilla y me ha hecho reacción —le conté alarmada—. ¿Qué hago? ¿Y si se me pone la cara como a Carmen de Mairena?
Candela se echó a reír mientras yo me enjuagaba la cara con agua.
—Seguro que estaba caducada y no te has dado cuenta.
—No estaba caducada. Voy a esperar a ver si se me pasa mientras hablamos.
—Yo llamo al 112 si te pasa algo, o a Matías.
—A Matías mejor que no —atajé la conversación.
—¿Y eso? ¿Crisis en el paraíso?
—Ya no estamos juntos, Candela. ¿A quién quería engañar? —Candela me miró comprensiva—. Matías era demasiado bueno como para ser verdad y no sé si lo hice bien o mal, pero tenía que hacerlo.
—Has hecho lo que te ha dicho este. —Señaló su pecho—. Y tú siempre has actuado así, dejándote llevar por él.
—Creo que lo voy a echar de menos.
—Podréis teneros como amigos, estoy segura, ahora solo tiene que pasar tiempo entre los dos.
—Supongo...
—¿Y Hugo?
—Hugo es el principio de mis incendios, ya me lo dije una vez.
—¿Lo vais a intentar?
—Él también necesita tiempo.
—Vaya, que si fuera por ti ya hubieseis hecho malabares.
—Estás fatal. —Puse los ojos en blanco y cambié de tema—. Vamos a lo que nos concierne.
—¡Despedida! —Dio una palmada y apoyó el ordenador en una mesa—. He hablado con las dos compañeras de Nuria que van a venir. Según ellas, han podido coger desde el dieciocho hasta el veintiuno de junio, Nuria estará de vacaciones durante toda esa semana. Óscar creo que también, intentaron cuadrar esa semana de descanso para irse por ahí. Muahaha se van a cagar. — Se frotó las manos y me miró con malicia.
—Entonces lo tenemos claro, desde el jueves dieciocho al domingo veintiuno. —Apunté en un cuaderno y seguimos—. ¿Sabes dónde van a llevar a Óscar?
—Hablé con Diego e intenté camelarme a Hugo, ninguno soltó prenda.
—Hugo dice que es un sitio de playa.
—Datos inútiles. No lo sabremos hasta que se lo lleven, no confían en nosotras. —Puso cara de corderito y me reí.
—Normal, Cande, normal. —Abrí la boca y soltó un par de carcajadas.
—Bueno, el hotel ya está reservado para cinco, solo faltan los vuelos y las parafernalias tipo coronas con un cimborrio de luces y eso.
—Nuria no va a querer ponerse un cipote en la cabeza, descarta esa idea.
—Anda que no...
—Eso cuando la llevemos de fiesta, no la hagas pasearse con eso a la pobre.
—¡Pero si mola un huevo! Nunca mejor dicho.
Intenté aguantar la risa y me fue imposible.
—Bueno, compramos alguna y ya vemos. Mi madre ya tiene la tela de los bañadores para que llevemos esos días y, a todo esto, ¿de qué la vamos a disfrazar?
—De pollo gigante. ¡De gallina! —exclamó.
—Seguro que en tu despedida te encantaría que te vistiésemos de princesa e hiciésemos un

aquelarre de Disney.

—¡Oh, sí!

—Entonces ¿por qué quieres vestir a Nuria de gallina, penca?

—Porque es genial.

—Junio, casi cuarenta grados y un traje de pollo gigante.

—Mirándolo así...

—Es lo que menos prisa corre. Lo pensaremos sobre la marcha.

—Podemos ir de marineras un día —pensó.

—Eso todavía te lo compro.

—Seguiré pensando.

Miedo me daba.

Estuvimos hablando hasta bien entrada la tarde, compramos los billetes de avión, tuvimos que esperar a que mi hermano saliese de trabajar para que nos mandase una foto con los datos de Nuria. Él era también cómplice, pero no sabría tampoco dónde la llevaríamos, se enterarían el día que nos fuésemos, así era más emocionante, ¿no creéis?

Después de comprar los billetes, estuvimos mirando alguna idea de traje de baño para mandárselo a mi madre e hicimos otros planes que no conllevaban que mi cuñada pasase algo de vergüenza, como alquilar un barco. No, no éramos ricas ni rozábamos de lejos a las Kardashians, pero llevábamos unos meses ahorrando para ello, además, sería también el viaje de nuestro verano y algo que no se repetiría. Tuvimos en cuenta que a Nuria le daban cierto pánico los barcos, ella creía que íbamos a acabar como el Costa Concordia, pero ya la convenceríamos.

—Lo tenemos casi todo listo. ¡Qué ilusión! Queda prácticamente un mes para irnos —me avisó mientras consultaba el calendario.

—Me muero por ver la cara de Nuria y que pasemos unos días juntas.

Candela aplaudió entusiasmada.

—Bueno, voy a dejarte, tengo que seguir con lo que estaba haciendo.

—¿Estás buscando trabajo?

—Algo así... Ya te contaré. —Asentí—. Chao, pescao.

—Adiós, blanca flor.

Cuando colgamos comprobé en el espejo que la irritación de mi cara había bajado considerablemente, tiré la mascarilla a la basura, quise hasta escupirle encima y echarle cuatro males de ojo, pero las dotes de bruja, en casa, parecía que solo las tenía Óscar.

Me senté a cenar mientras veía una serie y después cogí una tarrina de helado que disfruté y a la que seguro, dentro de unos meses, tendría que renunciar. Todavía no me creía que estuviera dentro, que el papel de esa chica que se buscaba a sí misma fuese mío, quizá estábamos conectadas por uno de esos hilos rojos que algunas personas piensan que existe o quizá solo fue una casualidad, pero qué casualidad tan bonita.

Capítulo 29

«Todos para uno»

Las expectativas son las primas feas de las ilusiones. Esperar, imaginar, creer que algo será de una manera y que al final acabe siendo de otra es algo que suele ocurrir. No os creáis que sois unos bichos raros porque algo que tanto esperabais haya salido totalmente al revés, eso solo nos enseña que hay cosas que se nos escapan de las manos; así que es mejor que dejemos que la vida nos sorprenda y seamos capaces de fluir. Fluir. Eso era algo que me parecía difícil de narices porque vivimos en un mundo en el que queremos controlarlo todo, en el que solo somos capaces de ser dentro de esa zona tan apacible que hemos creado para nosotros y cuando salimos de ella nos sentimos extraterrestres pisando un suelo inhabitado, saliendo de la atmósfera de nuestro planeta.

Casi todo el mundo, en algún momento, me había dicho eso de «Alejandra, fluye» como si fuera aire, un nacimiento en el que el agua brota a borbotones. Sin embargo, con las personas o en ciertas situaciones me costaba. Óscar decía que tenía que ver mi vida como si fuese una canción porque cuando bailaba sí era capaz de dejarme llevar. ¿Os imagináis? Yo creo que si mi vida hubiese sido una canción sería una mezcla entre «La despedida», de Daddy Yankee, el «Ay, pena, penita, pena», de Lola Flores y «Mira cómo vuelo», de Miss Caffèina. Una amalgama musical interesante, sí señor.

En el mes de mayo sonaron todas esas canciones y algunas más; cumplí los veintinueve mientras todo el mundo me decía que la treintena me acechaba, era una cosa que no me quitaba el sueño, total, los treinta son los nuevos veinte. Mis amigos y mi familia —incluido él— me llamaron y me cantaron con una tarta cuyas velas soplaron entre todos, incluso me llegó un paquete con globos, algún regalo y un ramo de flores de parte de Matías. Logramos acercarnos un poco y mantener una conversación de unos minutos en la que comprobé que quizá sí podría formar parte de mi vida con el tiempo.

Fue un mes en el que, no os voy a mentir, me mordí las uñas porque nos sabía a qué atenerme con nada. Volvieron a llamarme de la dirección del musical para confirmar que los ensayos comenzarían en agosto y que a principios de octubre haríamos el primer pase. En casa todo iba normal, la boda seguía su curso, mi amiga un poco perdida y de Hugo no supe más que cuando lo vi aquel día con mi familia y algún que otro mensaje que intercambiamos. Supuse que se estaba concediendo tiempo y yo... pues esperaría e intentaría fluir. Joder con la palabrita, pero allá que iba yo a descubrir que aquel sería el verano de mi vida, no os voy a adelantar si para bien o para mal.

El día de la despedida de Nuria llegó casi sin darnos cuenta, estuvimos enfrascadas también en intentar que todo saliese bien y no prestamos atención a que el tiempo se nos escapaba entre los dedos. Volví a Málaga el día de antes del viaje, Candela me dijo que era una inconsciente, porque claro, hubiese sido más fácil manejar todo el cotarro si yo hubiese estado allí, pero me fue imposible, por lo que traté de hacer y deshacer desde la distancia y, aún así, se me escapaban algunos detalles que a Candela no. Si algún día se casaba... espero que Nuria tuviera también esas dotes de organización de las que yo carecía.

El jueves a las seis de la mañana ya estábamos listas con las maletas y todo el atrezo que hacía falta para la despedida. Para ambientar y mentalizarnos, sin hacer caso a nuestras ojeras, nos

pusimos una camiseta en blanco con letras en color dorado que decía «equipo de la novia» mientras Nuria llevaba una que decía «la novia», nos acompañaban unas orejas de Minnie de luces neones que cambiaban de ritmo a cada instante. Si íbamos a hacerlo... pues lo hacíamos bien.

Óscar había salido también ese mismo día, Nuria y él no habían tenido una de esas charlas en la que se advertía el uno al otro de los peligros de cada grupo de amigos, total, si eso solo lo iban a vivir una vez en su vida, o eso esperaba.

Quedamos las cinco en una cafetería que estaba abierta a aquella hora para comer churros con chocolate porque claro, en pleno junio apetece algo calentito, y estuvimos una hora más de cháchara entre una cosa y otra. Cuando nos quisimos dar cuenta el avión salía en menos de dos horas, así que nos levantamos corriendo y llamamos a un taxi que nos dijo que tardaría media hora.

—A ver, que no cunda el pánico, nos da tiempo. —Intenté calmarnos.

—¿Me vais a decir ya dónde me vais a llevar?

—No hasta que no lleguemos —dijo Clara, una de sus compañeras.

—Mis orejas están empezando a fallar —protestó Candela—. Es que me habéis dejado las amarillas y parezco un palo de esos que regulan el tráfico.

Las chicas se rieron y se las cambié.

—Con estas rojas parece que soy el cartel de un puticlub.

Puse los ojos en blanco y desistí. Sacaría pegas de cada uno de los colores parpadeantes.

Cuando el taxi llegó le tapamos los ojos a Nuria, no queríamos ni que supiera que íbamos hacia el aeropuerto y yo ya estaba preparando la pastilla que tomarme para caer como un tronco. Odiaba volar. Pensaba que me iba a pasar algo allí arriba y que nadie me iba a poder ayudar. A mí no me daba miedo eso de que el avión se pudiese estrellar, sino de que me diese un vahído y me quedase allí, por eso, antes de darles el viaje a mis amigas, yo desaparecía del mapa en cuanto despegaba.

—Alejandra, el avión sale en una hora —me informó Luna, otra de las amigas de Nuria.

—A estas horas no creo que la cola del control sea muy larga.

¿Que no era larga? ¿Todo el mundo se puso de acuerdo para salir de viaje a las siete de la mañana? La Virgen, en vez de un aeropuerto parecía una verbena de la de gente que había.

—¿Me puedo quitar esto ya? —preguntó Nuria.

—¡No!

La vigilamos entre todas para que no hiciera trampas y nos miramos preocupadas porque la puerta de embarque del avión estaba a diez minutos de abrirse. Si nada podía ser más desastre, os diré que sí. A Candela la pararon en el control y le quitaron las orejas, casi se pone a llorar pidiendo piedad porque era la despedida de su amiga y creía que se iba a quedar allí. Me quedé con ella mientras le hacían todos los controles pertinentes y, en cuanto estuvo, comenzamos a correr por el aeropuerto.

—Agarraos las orejas, chatas —avisé.

Vimos cuál era nuestro vuelo y, justo al lado, la palabra embarcando salía parpadeando. Corrimos con las maletas, hicimos de palo de ciego de Nuria que lloriqueaba porque quería saber ya donde estaba, a una de sus amigas se le cayó la maleta por el camino, Candela gritaba como una loca que ya llegábamos y, cuando casi estábamos, comenzamos a decirle a la azafata que no cerrase la puerta que quedábamos nosotras. La gente que quedaba esperando el vuelo se volvió y, no los culpo, se descojonaron de buena mañana.

—¡No os vayáis! —gritaba mi amiga.

—¡Ehh! —Las demás agitaban las manos y yo me quería caer de culo después de todo y reírme

abiertamente.

Los últimos en la cola para embarcar fue un grupo que, poco más, y lloraba de la risa cuando nos vieron aparecer.

—Pero ¡qué coño! ¿No hay sitios en el mundo? —masculló Candela cuando los vio.

Llegamos a ellos gimoteando, cogiendo aire, alguna hasta se sentó en el suelo para retomar el ritmo. Peor que una maratón, que los cien metros lisos. A la de tres le quitamos el pañuelo a Nuria, parpadeo un par de veces y gritamos.

—¡Sorpresa! Nos vamos a Ibiza.

—No me lo puedo creer —dijo entusiasmada y comenzamos a saltar mientras nos abrazamos y gritábamos un «oe, oe» por haber llegado vivas o qué se yo.

—¿Qué cojones estáis haciendo aquí? —preguntó Carlos haciendo ademán de su buen humor mañanero—. Cuando os vea Óscar le va a dar algo.

—Lo mismo que tú —contesté con cierta chulería—. ¿Dónde está mi hermano?

—Ha ido a comprar agua con Hugo y Diego.

Si se iban a hacer amigos y todo ahora esos dos... De todos los sitios en el mundo, de todos los puñeteros sitios que hay en el mundo, hemos tenido que acabar todos en el mismo. Malditas casualidades.

Cuando Óscar nos vio seguíamos saltando y celebrando nuestro destino.

—¿Esto qué es? ¿Una broma? —dijo al vernos.

—¡Claro que sí! ¡Somos tus peores pesadillas! —aseguró Candela mientras se abalanzaba sobre él para abrazarlo. Rodeamos todas a Óscar y seguimos coreando hasta que nos cansamos, tampoco creáis que duró mucho.

—¿Quién se ha ido de la lengua? —inquirió Óscar.

—Ha sido *top secret* hasta el final, así que disfruta de tu despedida, si cada uno acabará en una punta de la isla.

—Parece que acabáis de cerrar la feria. —Se rio Hugo señalando nuestras orejas.

—Ojalá, pero el chino que nos las vendió era tan majo como la que vende las diademas por el recinto —le conté sonriente.

—Sois los últimos en embarcar —nos avisó la azafata y nos comportamos todo lo civilizados que pudimos.

Le enseñamos nuestros billetes y pasaportes y caminamos por la pasarela que nos condujo al avión. Saqué las pastillas y le pedí agua a Óscar.

—¿Ya te vas a drogar?

—O me drogo o no me monto.

Hugo me quitó el blíster y lo guardó en el bolsillo trasero de su vaquero.

—Vamos, cagona. No las necesitas.

—Hugo. —Lloriqué y negó con la cabeza.

Avisé a Candela con el pie para que las cogiera mientras yo me colgaba de su cuello pidiéndole que me las devolviese. Funcionó y Hugo acabó cediendo cuando vio que, si no me las daba, me quedaba en tierra.

Nos tocaron filas separadas del grupo de Óscar, la gente se reía cuando nos veía entrar con aquellas diademas monísimas a la par que cegadoras. Candela y yo nos sentamos junto a una madre cuyo niño no paraba de llorar y al que cedí mi diadema porque parecía gustarle hasta el punto de calmar su llanto. Me entretuve haciéndole carantoñas mientras despejábamos y él se reía haciendo monerías con las manitas.

—Parece que le has gustado —me dijo su madre.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunté tocándole la manita regordeta.

—Dieciocho meses.

—Es una monada —mencionó Candela.

Cuando nos avisaron de que podíamos quitarnos el cinturón, Candela se levantó para ir al baño y se volvió a sentar cuando llegó.

—¿Está ocupado el baño?

—Ahora mismo no hay nadie.

Vi que la chica estaba sola y la encontré algo apurada.

—Podemos quedarnos con él mientras vas. —Le ofrecí y se lo pensó. Al final asintió y nos dio las gracias.

—Me siento fatal, pero es que tuvimos que correr para no perder el vuelo y no me dio tiempo ni de parar para ir al baño.

El niño se quedó con nosotras de buen agrado. Candela le hacía caras, le ponía la diadema que él se quitaba, hasta empezó a cantarle.

—«El sapo no se lava el pie».

—«No se lava porque no quiere. Él vive en la laguna y no se lava el pie porque no quiereee».

—Seguimos cantando juntas.

—Uh, qué peste. —Candela le cogió el pie que el niño llevaba con sus calcetines, lo olió y se retiró simulando que olía mal, lo que provocó su risa.

Candela y yo aún nos acordábamos de Lucas cuando era un bebé y, al parecer, no habíamos perdido esas cualidades que hacen que te conviertas en payaso y uses una voz diferente cuando les hablas.

—Mira, Óscar —llamó Candela a mi hermano que fue a visitar a Nuria. No era yo la única a la que le sentaba mal volar, conste, y conste también que todavía no me había tomado la pastilla.

—Qué bien os sientan los niños, así que ya sabéis, primitos para Lucas ya mismo.

—Uy, sí. Pues no tiene que llover nada.

—Chuzos de punta —apunté y agité la cabeza—. ¿A que es monísimo?

—¿A quién se lo habéis robado? —preguntó Carlos que estaba tocapelotas.

—A nadie, ¡so memo! —le respondió Candela—. Duérmete ya, que estás penoso.

Nos reímos.

Hugo pasó también para ir al baño y nos vio allí en *petit comité*.

—Estáis haciendo tapón.

—¡Mira! Ha llegado el que faltaba. —Me dirigí al niño y Candela aguantó la risa.

—Parece que os habéis levantado hoy todos con el pie izquierdo.

—He estado de guardia casi toda la semana para poder cogermelos unos días, así que no, ser mister simpatía no está ahora en mi lista de prioridades.

—Pues que tampoco lo sea ser mister cara de culo. —Candela acabó riendo y el niño se contagió de su risa haciendo que todos sonriésemos—. ¿Quieres una pastillita?

—No, gracias. Quiero una cama. —Se agachó y me susurró al oído—. A poder ser la tuya —dijo con tono burlón.

—¡Serás...!

—El único que está de buen humor es Óscar, vaya, quién lo diría.

—Vuelvo a mi sitio que me vais a dar el viaje. Si te pones peor avísame, cariño —le pidió a Nuria y mi amiga y yo contestamos con un «ohhh».

La madre del niño llegó dándonos las gracias por habernos quedado un momento con él. Hugo le dio paso y se despidió de nosotras hasta que el avión aterrizase.

—Qué guapo es. ¿Lo conocéis?

—Demasiado —pronunciamos a la vez.

—Es tan guapo que quita el hipo.

Candela y yo nos miramos cómplices. Nos quedamos con el niño un rato más, estaba tan entretenido con nosotras que no quiso volver al regazo de su madre, después le sobrevoló el sueño y acudió a ella como todo hijo de vecina cuando necesitamos que alguien nos mime.

Una hora y media más tarde, el avión aterrizó en la terminal. Me felicité a mí misma por no haberme tomado nada para soportar el vuelo y avisamos a Nuria, la cual sí que lo necesitó. Los nervios por no saber a dónde iba y el avión le habían jugado una mala pasada. Cuando la despertamos, lo hicimos con una sonrisa y ella nos miró desorientada.

—¿Ya hemos llegado?

—Venga, Nuri, espabila —la animé.

—¡Que nos vamos de despedida! —gritamos todas al unísono.

Salimos del avión todos directos a coger un coche de alquiler, esta vez pedí conducir yo y mis amigas cedieron, el de ellos lo conduciría Óscar.

—Quiero a mi prometida viva, te aviso.

—Que tu coche tenga un embrague del demonio no quiere decir que conduzca mal. Te recuerdo que he llevado a tu niño. Y que tengo moto.

—A mí me llevó una vez y sobreviví. —Medió Hugo.

—Ves.

—Bueno, nos vemos a la vuelta. —Asentí y nos abrazamos—. Tened cuidado.

—Vosotros también.

Óscar se fue a despedirse de Nuria y del resto de nuestro grupo mientras me quedé plantada delante de Hugo.

—¿Todo bien? —Quise saber. Hacía un mes que no nos veíamos y las ilusiones comenzaban a menguar. En la vida todo era así, si no alimentas ni ayudas a que algo crezca, empequeñece e intentas olvidar. Puede que el tiempo sea la clave siempre de todo y no sabía si Hugo quería estar solo por un tiempo quizá, indefinido.

—Todo está volviendo a su cauce. Necesitaba alejarme de todo, de todos, y disfrutar a solas.

—Eso está muy bien. —Sonreí—. Disfruta también del viaje, nos vemos a la vuelta. —Me giré y agarró con su mano mi muñeca hasta que logró atraerme hacia él.

—Que no hayamos hablado casi o que no nos hayamos visto no quita que no te necesite.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Necesitas tiempo. Está bien, Hugo.

Salí hacia donde las chicas se encontraban y terminamos de despedirnos para empezar uno de esos viajes que siempre marcan un antes y un después. Apuesto a que todos habéis vivido uno de esos veranos que os cambian la vida.

Capítulo 30

«La llamada»

Su piel era como un verano: cálida, brillante y con uno de esos olores que te recuerdan a momentos felices. Vivía apostando, reía a pesar de que la vida no le hubiese devuelto demasiadas carcajadas y surfeaba esas olas con la mejor de sus sonrisas. Tenía la cualidad de hacer que la gente se sintiese capaz de todo, te empujaba a todos los abismos para que tú mismo comprobases si eras capaz de saltar. Era una kamikaze y, en ocasiones, también debía tener cuidado porque todo lo que tocaba lo hacía suyo y salir dañado a su lado era relativamente fácil.

Durante aquel mes pensé demasiado. Aitana me decía que debía sacar algo bueno de esas vueltas que le daba a mi cabeza porque si no, no tendrían más sentido que el de volverme loco. Y bien, saqué dos conclusiones: quería a Alejandra y la temía a partes iguales. Lo que quiero decir con esto es que sabía que, si no era ella, no iba a ser nadie más, y puede que suene a típico, a una frase de película o de novela, pero lo decía con conocimiento de causa. Después de haber estado con varias mujeres, ella era la única a la que seguía llevando en mis recuerdos, en la piel y en todas las jodidas partes de mi cuerpo. Me había resistido, lo había negado, sin embargo, era imposible que me convenciera de lo contrario a lo que yo, en el fondo, ya sabía; por eso también la temía, porque podía dejarme roto otra vez, porque pensaba que yo no iba a poder ser una prioridad y creía que no iba a poder tener ese espacio en el que cupiesen conectadas nuestras vidas, que no contaría conmigo, que sería capaz de volverme a decir adiós sin que yo tuviera opción a la despedida. Sabía que me estaba respaldando un poco en cómo fueron las cosas tiempo atrás y que, a su vez, dije que no iba a volver al pasado, pero seguía teniendo ese miedo.

Me reí cuando las vi en el aeropuerto, pasaron corriendo delante de nosotros sin ni siquiera darse cuenta. Mi amigo iba diciendo cosas ininteligibles sobre la suerte y las casualidades mientras yo solo podía reír. Iban vestidas de Dios sabe qué, gritaban, reían y llevaban a Nuria a trompicones. Al contrario que Óscar, me alegré porque su destino fuese el mismo que el nuestro, quién sabe, quizá nos volvíamos a encontrar en algún momento durante esos cuatro días y revivir todos juntos.

Cogimos dos coches de alquiler al llegar al aeropuerto de Ibiza, nos despedimos de las chicas, cargamos las maletas y salimos de allí. Tenía ganas de hacer este viaje, no conocía a los amigos de Óscar más que de vista, aunque con alguno si recuerdo vagamente haber mantenido alguna conversación.

Media hora después llegamos al hostel donde nos alojábamos en Cap Negret, hicimos el check-in y nos dirigimos cada uno a su habitación. Óscar y yo compartiríamos una mientras Diego, Carlos y Damián compartirían otra. Mi amigo decía que prefería estar conmigo porque sabía que yo le dejaría descansar, y no sé qué decir sobre eso porque tenía la intención de que aquel viaje se convirtiese en uno de los que ninguno de los que estábamos allí olvidásemos.

La habitación era grande y diáfana, le ayudaban a conseguir esa luz los tonos blancos que reinaban en la mayoría de la estancia. Me asomé al balcón, desde él se

veía la vegetación y, justo detrás, el mar, el Mediterráneo brillando con los primeros rayos de sol de la mañana que se reflejaban en aquel agua turquesa y cristalina. Respiré paz, por primera vez en mucho tiempo me sentí bien y me di una de esas palmaditas en la espalda por haberlo conseguido.

Óscar cayó en la cama rendido, quedamos en descansar unas horas y después ponernos en marcha. Llevaba despierto un día entero, últimamente las noches en el hospital se habían convertido en horas donde había bastante afluencia de pacientes, y aunque se me pasaban más rápido, también acababa más cansado. Saqué el teléfono y marqué, al momento me contestó una voz suave y calmada.

—Vaya, por fin te dignas a llamar a tu madre.

—Hola, mamá —saludé sonriendo.

—Me he enterado por tu hermana de que te has ido de viaje, porque si fuera por ti... ¿Has llegado ya?

—Sí. Óscar se casa y hemos venido a Ibiza.

—¿Óscar? El hermano de Alejandra, ¿no?

—El mismo.

—Pues dale mi enhorabuena. —Se calló un momento y siguió—. Me parece fatal que no hables conmigo. ¡Ya ves tú! A mí me da igual que no te cases, Hugo, yo lo único que quiero es que hagas lo que quieras mientras tú seas feliz.

—A papá no le da tan igual.

—Porque tú padre es un viejo rancio que veía que Carolina venía de una buena familia y por eso le gustaba para su hijo. Ni siquiera se molestó en conocerla.

—Nos han ido separando muchas cosas que no hemos arreglado, se han ido acumulando porque no pudimos verlas en el momento que tocaba.

—Pues ahora límitate a sentir y a dejar lo que te dices a un lado. Cuando puedes ser con alguien, ahí es, Hugo, cariño.

Resoplé y me sentí algo culpable por haber mantenido a mi madre alejada durante un tiempo, porque solo recibiera noticias mías por mi hermana creyendo que iba a hacerme ver el error que cometí en lugar de haber pensado que ella siempre tenía las palabras correctas, las que ayudan, las que sanan. De repente, cuando algo iba mal y hablaba con ella, me sentía como un chiquillo desmadejado, buscando cobijo y apoyo porque, aunque mis decisiones no fuesen correctas a los ojos de los demás, lo eran a los míos, y ella me hizo ver que eso era suficiente.

—Perdóname. No debía haberte apartado de esto, estaba un poco perdido y no sabía a qué atenerme.

—No te preocupes, pero a la próxima te doy dos buenas galletas.

—¿De canela? —bromeé.

—De las de la mano abierta. —Escuché su risa a través del auricular y reí también—. Disfruta y llámame algún día para contarme si habéis ido a alguno de esos sitios donde una chica le baila al novio o si lo habéis disfrazado de algo ridículo.

—Lo haré, mamá. Cuídate.

—Ah, y si te encuentras con una pelirroja que sé que está en el mismo sitio, déjate de gilipolleces y vívela, vivíos. No te tiene que importar lo que diga nadie, solo lo que decís los dos.

—No es tan fácil, hay dos problemas.

—Uy, dos problemas, dos problemas —respondió seguro que haciendo aspavientos—. Cuéntamelos, verás lo pronto que los soluciono.

Agité la cabeza sin poder comer una sonrisa.

—Alejandra tiene pareja y... no sé si podré volver a confiar en ella.

—Deja de pensar en que volverá a hacer lo mismo. ¿Tú eres el mismo Hugo que hace cinco años? —me preguntó.

—No.

—Pues ella tampoco es la misma chica que se fue de Madrid y te dejó a ti, Hugo.

—¿Tú crees?

—Ay, niño. No lo creo, ¡es que lo sé!

—Pero si no te has sentado a hablar con ella ni sabes todo lo que pasó.

—Nunca subestimes a una madre. Es cierto que no sé de la misa la mitad, pero cuando algo malo nos pasa, cuando nos hacemos daño, intentamos superar el dolor y cambiar, porque si no lo hacemos podríamos abrir una herida de nuevo. Hijo, somos masoquistas, pero también inteligentes.

—Puede que tengas razón...

—La tengo y ya está. Venga, descansa un rato y desmádrate después. Un beso.

—Otro para ti. Nos vemos a la vuelta.

—Eso espero.

Entré de nuevo a la habitación y dejé el móvil en la mesita. Saqué de mi maleta unos pantalones cortos y me cambié para poder descansar. Cuando toqué el colchón solo tuve tiempo de sonreír antes de caer rendido.

Recuerdo que me desperté por el jaleo, estaban aporreando la puerta y salté del colchón para abrir. Los amigos de Óscar estaban vestidos con ese primer disfraz que acordamos y reí al verlos.

—No te rías, capullo —dijo Carlos entre risas y poniéndose la gorra derecha.

—Desde luego que tú tienes el color del cangrejo. —Le di en la visera y se rio.

—Y eso que todavía no le ha dado el sol —añadió Diego.

—Está como un tomate de la tensión. ¿Te has tomado la pastilla? —se mofó Damián y nos reímos.

—No hay pastilla. Si me pasa algo tenemos un médico con nosotros.

—Te aviso de que soy ginecólogo.

—¡Bah! Seguro que sabes de todo.

Desistí y me reí. Saqué aquella camiseta negra que llevábamos, el bañador rojo y la gorra de ese cangrejo que era amigo de la Sirenita. Cuando despertamos a Óscar se asustó y después comenzó a descojonarse, se le saltaron las lágrimas de la risa y nos pidió si nos podía hacer una foto, cedimos porque después nos haríamos una mejor con él.

—Venga, y ahora el tuyo.

Diego sacó un disfraz de sirena con una peluca larga, de bucles y roja.

—¡Qué cabrones! —exclamó al verlo—. No me podéis hacer esto.

—Oh, sí. —Lo levantamos de la cama y le empujamos al baño con el disfraz—. Ahora nos hacemos una foto, guapo —añadí y esperamos impacientes.

—No pienso salir con esto.

—¡Venga, vamos! —le insistió Carlos.

—Ni de coña. Esto tiene que ser una pesadilla.

—O sales o te sacamos —le amenazó Damián.

La manilla de la puerta bajó y apareció un Óscar... recién sacado del fondo del mar, qué os voy a contar. Nos reímos, claro que nos reímos, nuestras risas resonaban por la habitación y seguro que incluso se escuchaban detrás de la puerta. El disfraz le quedaba ajustado y la peluca...

—Pero si parezco mi hermana con estos pelos.

—Ya quisieras tú —dije con sorna.

Salimos de la habitación a regañadientes porque Óscar oponía resistencia y decía que, si le queríamos putear en su despedida, lo estábamos consiguiendo. Decidimos ir a la Cala Gracioneta, mientras andábamos la gente se reía cuando nos veía, algunos hasta sacaban sus teléfonos móviles y nuestro amigo... pues fue pasando del enfado a la resignación. No podía negar que el disfraz era cojonudo, incluso unos extranjeros que estaban también a tono por el alcohol le pidieron hacerse una foto con él entre exclamaciones de «you're a fucking mermaid», lo que dio para otro rato de risas hasta que llegamos a la playa.

La cala era pequeña, no era de esas en las que cabía gente hasta decir basta, y cuando llegamos encontramos un hueco cerca de la orilla. Había barcos que ondeaban no muy lejos, el mar estaba tranquilo y el agua transparente, tal y cómo recordaba la isla de alguna de esas veces en las que me escapé para recuperar mi calma.

Le dimos a Óscar un poco de tregua con el tema del disfraz, quien lo agradeció encarecidamente a la vez que nos amenazaba diciendo que si alguno de nosotros se casaba, lo iba a pasar igual o peor. Nos bañamos, descansamos en la orilla, alguno se paró a leer, otro a escuchar música y yo me tumbé y cerré los ojos escuchando el vaivén del agua.

—Estás reventado, ¿no? —me preguntó Óscar dejándose caer en su toalla.

—Estoy mejor que esta mañana.

—Gracias por venir, de verdad, me alegra que estés aquí. Para mí siempre has sido uno más.

—Gracias a ti por abrirme los brazos. No me hubiera perdido esto por nada del mundo.

Sonreímos y nos chocamos las manos acercándonos en un breve abrazo.

—Eso no quita que hayáis sido unos cabrones.

Solté una carcajada y me levanté para volver al agua.

Comimos en el chiringuito que había justo en la cala. Difícil de olvidar aquel arroz caldoso con bogavante a pesar de todas las cervezas que llevábamos encima. Diego y Carlos se retiraron a las toallas cuando terminaron de comer, decían que todo les daba vueltas y que si no se tumbaban los íbamos a tener que recoger del suelo. Óscar, Damián y yo nos quedamos tomando un café en aquel lugar desde el que se veía toda la cala.

—¿Creéis que aguantarán el ritmo hasta el domingo? —les pregunté.

—Seguro que sí, y sin tirar de estupefacientes.

Nos reímos y dimos un sorbo al café.

—Una pregunta —llamó Damián nuestra atención—. ¿Candela tiene pareja?

Óscar y yo nos miramos y negamos.

—No que nosotros sepamos.

—Está distinta a la última vez que la vi.

—Candela es muy guapa, pero tiene una boquita de piñón... —contó Óscar y me reí.

—Esta mañana brillaba, ¿no la visteis así también?

—Tenía una felpa con luces neones, claro que brillaba. —Obvió Óscar y Damián le dio un codazo.

—Se está acercando un cambio a su vida, algo que siempre quiso.

—Parece que mi hermana y ella avanzan a la par.

Asentí y seguimos dándole vueltas a nuestros cafés. Después de ellos pedimos una copa y después... otra. Creo que eran cerca de las seis de la tarde cuando salimos del chiringuito riendo por cualquier cosa y apoyándonos en el otro porque no veíamos nada claro. Estaba mareado, seguro que también rojo del sol, así que volví a bañarme antes de subir a la habitación a descansar un rato y prepararnos para la noche. El disfraz de Óscar acabó siendo un poco de todos: uno llevaba el collar de perlas, el otro la peluca de bucles, el pez de peluche que le acompañaba fue debajo de uno de nuestros brazos, y tuvimos la brillante idea de hacernos una foto. Alargué el brazo todo lo que pude y me dije que después la miraría y me reiría, total, eran de esas que quedaban para el recuerdo.

Llegamos al hostel y nos volvimos a repartir en las habitaciones. Nos dimos una ducha y cuando me tumbé en la cama sonreí y cerré los ojos, el techo parecía moverse y el suelo ni os cuento.

—Llevo un cebollón que flipas —me dijo Óscar tumbándose en su cama.

—No recuerdo la última vez que bebí así, Dios.

—Por lo menos ahora estás siendo tú y te estás divirtiendo, así parece que no tienes un palo metido por el culo.

—¡Yo no tengo un palo metido por el culo!

—Oh, sí. Hugo el correcto, el que intenta hacerlo todo bien, el que oye más que habla, el que espera detrás de la barrera a que las cosas pasen.

—Un partidazo. —Me quedé en silencio un momento y después me incorporé—. ¿De verdad me ves así?

—El Hugo que yo conocí era este, el que vivía sin importarle el tiempo, que se reía y hacía que los demás sonrieran, que se sobreponía a lo malo y, en vez de quedarse con ello, sabía dejarlo atrás.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo, pero ¿ves? Ese Hugo sigue estando aquí, así que deja las excusas que te pones y déjate llevar. Yo solo espero que lleguemos vivos a Málaga el domingo.

—Lo primero puedo intentarlo, lo segundo no lo prometo. —Sonreí y volví a tumbarme.

—Más os vale, que tengo un niño.

Nos quedamos dormidos hasta la hora de cenar. Era uno de esos viajes en los que descansaríamos así, a trompicones, dormiríamos poco, saldríamos mucho, pero no habíamos venido para quedarnos en el hostel, sino para verlo lo menos posible.

A las nueve nos despertamos entre bostezos, ojos hinchados y el principio de unas ojeras. Las mías las llevaba de serie, no me preocupaban. Escogí los Levi's negros y

una camisa blanca, la alisé un poco y me remangué hasta la mitad de mi antebrazo, cuando me calcé las deportivas avisé a Óscar de que ya estaba. Esperé sentado en la cama a que él acabara y abrí los mensajes, al momento me encontré sonriendo mientras escribía.

Hugo:

¿Se acabaron ya las pilas de esas diademas neones?

Unos minutos después Alejandra me mandó una foto con ella puesta.

Alejandra:

Pilas duracell.

Me reí y escribí.

Hugo:

Estás muy guapa.

Alejandra:

Seguro que tú también después de que te haya dado el sol.

Hugo:

¿Estáis vivas?

Alejandra:

Creo que sí, a mí dejó de darme vueltas todo hace un rato. A Candela y Nuria... no lo tengo yo tan claro.

Me envió una foto de ambas abrazadas y durmiendo a pierna suelta y me reí.

Hugo:

¿No salís hoy?

Alejandra:

Hemos decidido llamar al servicio de habitaciones y darnos un banquete, después veremos alguna película hasta que no podamos más y mañana volveremos con fuerza. ¿Y vosotros?

Hugo:

Descansamos a trompicones, pero siguen teniendo energía.

Alejandra:

Pasadlo bien entonces.

Hugo:

Y vosotras también.

—¿Con quién hablas? —Quiso saber Óscar.

—Con tu hermana.

—Pregúntale si Nuria está bien, no me contestó a los mensajes.

—Nuria está mejor que quiere. —Le enseñé la foto y sonrió—. Venga, vamos. En las despedidas de soltero el novio no sabe nada de la novia y viceversa hasta que acaba.

—¿Eso quién lo dice?

—Yo, así que venga, tira.

—Pues tú bien que le has hablado a mi hermana, patán.

—Porque soy su amigo, te recuerdo que tu hermana tiene novio y no soy yo.

—Alejandra dejó a Matías el día después de la audición. —Me quedé callado unos segundos y Óscar me dio un codazo—. No te sorprendas tanto, hizo lo que sentía, ella es así.

Asentí, le conduje hasta salir de la habitación y cerré la puerta detrás de mí. Pues parecía ser que ya había un problema menos y una señal más.

La noche fue... una puta locura, hablando mal y pronto. Cenamos en un restaurante desde el que pudimos ver el sol caer, vaciamos tres botellas de un vino que entraba..., Dios cómo entraba; comimos hasta decir basta, conocimos a otro grupo de chicos que también estaba de despedida y, casualidad, eran de Málaga. Después nos animamos a seguir la noche, salimos a tomar unas copas y acabamos bailando el limbo, diré que Carlos se dio un culetazo en el suelo con el que pensamos que se había roto algo, pero se levantó como si no hubiese pasado nada y continuó con la fiesta. Cantamos canciones que creía que no recordaba, brindamos, gritamos alguna vez eso de «viva el novio», y a las cinco de la mañana nos retiramos y volvimos al hostel. Nos despedimos casi sin mediar palabra, Óscar cayó dormido incluso vestido y yo decidí salir al balcón para ver el amanecer porque aquella isla tenía muchas cosas que contarme.

Capítulo 31

«Hakuna Matata»

Vivir, algo que hacemos de forma inconsciente sin darnos cuenta de que es un poder que nos otorgan y que en muchas ocasiones no sabemos aprovechar porque nos ciegan los problemas, esos que si no hay nos inventamos. Nos frenan todas esas excusas que nos ponemos para no intentar algo y, al final, vivimos a medio gas a la vez que nos lamentamos por lo que no pudo ser. Vivir es un verbo que requiere de valentía, de tirarse al vacío, de bailar incluso sin música y, para ello, en ocasiones necesitamos parar y darnos cuenta de hacia dónde estamos yendo, de que esos problemas deberían pesar menos que ver una puesta de sol en la playa o tomar una botella de vino con tus amigos. Si aún no has llegado a ese momento, no te preocupes porque, como bien dicen, todo llega, y con el tiempo aprenderás que da igual si una noche es oscura, al final el sol siempre sale regalándote un nuevo día en el que lo puedes volver a intentar.

Nuestro primer día en la isla fue más tranquilo de lo que esperábamos, aunque por tranquilo me refiero a que la noche fue como si te bebieses un descafeinado porque estábamos demasiado cansadas. No esperábamos otra cosa cuando el día empezó con una carrera por todo el aeropuerto. Fuimos a la playa, comimos una caldereta que nos dejó con barriga de premamá, bebimos unas cuantas botellas de un vino local que nos recomendó el camarero y, encima, tuvimos espacio para el postre. Nos echamos una siesta en la playa, hablamos de todo y de nada, reímos mucho y muy fuerte, brindamos con unos mojitos que sabían a rayos y vimos el atardecer cuando la playa ya se había quedado casi en silencio.

A la mañana siguiente nos levantamos enérgicas, quedamos en el *lobby* para ir a desayunar y volvimos a la habitación con intención de disfrazar a Nuria. Había llegado la hora de pasar vergüenza.

—Tú siéntate ahí —le indicó Candela cuando entramos en la habitación.

—Cierra los ojos —añadió Clara.

—No, por favor, otra vez no.

—Chss, ciérralos.

Trasteamos en la maleta y sacamos el disfraz, le indicamos a Nuria que podía abrir los ojos y se quedó mirando el traje mientras negaba con la cabeza hasta que después se rio.

—Seguro que esto ha sido idea de Candela —dijo mi cuñada.

—Su primera idea era vestirme de gallina gigante, la segunda es más *light*, ¿no crees? —Agité el traje y se lo di.

Cuando lo tuvo puesto chocamos nuestras manos porque, a pesar de lo pomposo del traje, estaba chulísimo.

—Soy un *cupcake* gigante. ¿De verdad os pareció una buena idea disfrazarme de esto? ¿Cómo voy a hacer pis? ¿Bajándome la tarrina esta que lleva abajo? No me va a dar tiempo, me lo voy a hacer encima. Ay, Dios mío.

—¿Preferías el de gallina? —le preguntó Candela.

—¡No!

—Pues deja de quejarte, si estás muy... comestible.

Nos reímos y completamos el disfraz con un gorro de cereza que culminaba el *cupcake*. Terminamos de vestirnos el resto, cada una con un bañador de distinto color pastel, un tutú y ese

gorro de cereza que mandaríamos a freír espárragos en cuanto nos metiésemos en el agua.

—Déjame que te haga una foto —le pedí antes de salir de la habitación.

—Cuidado a ver a quién se la enseñas.

—Vamos, nos están esperando —avisó Luna.

—¿Esperando? ¿Quién?

—El policía que te va a hacer el estriptis.

Nuria calló y nos reímos.

—Para eso no protestas, eh. —Terminé de colocarle bien esa falda en forma de tarrina y salimos.

Cogimos un taxi hasta llegar al puerto donde nos esperaba nuestro barco. Cuando Nuria lo vio se quedó parada y la miramos.

—No, no y no. Me niego.

—Venga ya, Nuria.

—Que no, que con vosotras esto va a acabar como el Titanic.

Todas nos reímos y la animamos. El patrón del barco llegó a nuestro encuentro y nos preguntó si iba todo bien.

—Le da un poco de yuyu, solo es eso.

—No te preocupes, lo pasaréis bien, yo estaré para supervisarlo todo.

—No pasará nada, ¿no?

—Tranquila, no tienes de qué preocuparte.

Ella asintió y sonrió.

—Tenía que llegar un tío con cara bonita para convencerte. —Candela le dio algún codazo y todas nos reímos.

El patrón del barco nos ayudó a subir, la verdad es que era un chico mono. Pobre, acabaría de nosotras hasta la mismísima cereza.

Entramos mar adentro en compañía de otros barcos que se dispersaron cuando el espacio se abrió. Aquella cala estaba bordeada por paredes de piedra, era relajante escuchar el sonido de las olas chocando con estas. Cuando el barco paró, sacamos la primera botella de vino blanco de la nevera que llevábamos, la abrimos, servimos en unas copas y brindamos.

—¡Que viva la novia! —gritó Clara y contestamos todas al unísono un «¡viva!».

—Venga, Nuria, tírate al agua —la animó Candela.

—¿Y si me hundo con esto?

—Qué va, es *waterproof*.

—*Waterproof* es resistente al agua.

—Pues eso.

Al final Candela la agarró de la mano, tiró de ella y se escuchó un grito que se ahogó cuando cayeron las dos al agua.

—¿Te hundes? —le pregunté al *cupcake* gigante.

—¡No! ¡Mira cómo floto! —Se puso a hacer el muerto y nos carcajamos.

Luna, Clara y yo nos tiramos también a la de tres y nos reunimos en el agua todas vestidas. Recuerdo ver cómo la purpurina de nuestros tutús se veía debajo de aquella agua cristalina y sonreí al vernos a todas allí, cantando una canción mientras flotábamos, viviendo momentos que recordaríamos toda nuestra vida.

—«Despacito nananana despacito». —Canturreó Candela mientras escuchaba la canción del barco.

—Creo que eres la única persona sobre la faz de la tierra que no se sabe el «Despacito».

—«Pasito a pasito, suave suavcito nos vamos pegando poquito a poquitooo» —siguió con su copla y me cogió la mano pretendiendo que bailásemos. Intentamos hacer algún giro en el que acabamos debajo del agua y Candela se agarró a mí como un chimpancé mientras tosía.

—Ay, Ale, que me ahogo.

—¡Quita! ¡Que me hundo contigo así enganchada!

—Necesito un piolo —dijo refiriéndose a un descanso, nadó hasta las escaleras del barco y, en unos minutos, estaba de nuevo arriba—. ¡He llegado viva, eh! No te preocupes por mí.

—¿Quieres unos manguitos? —bromeé desde abajo.

—Quiero una cerveza fresquita.

—¿No habíamos comprado una colchoneta? —me preguntó Luna.

—¡Candela! —la llamé y apareció riendo y enseñando su botellín—. Hincha la colchoneta.

Cuando la sacó de la caja se la escuchó exclamar.

—¡Coño! ¿Tú has visto el tamaño de esto? —La enseñó y vimos aquella enorme magdalena de colores desinflada—. Voy a necesitar unos pulmones nuevos cuando acabe.

En un momento desapareció de allí y volvió a llamar nuestra atención unos minutos después.

—¡Magdalena va! —La tiró y le dio de pleno a Nuria, que se hundió y salió a trompicones enganchándose a la colchoneta.

—Candelaria, ¡que tengo un niño!

La ayudé a subir mientras no podía parar de reír.

—¿Cómo lo has conseguido tan rápido? —Quiso saber Clara.

—El chico tenía un inflador, no seremos las primeras ni las últimas que vienen con un colchón de dos metros hecho un gurrño.

Nos subimos a trompicones en la colchoneta: piernas para un lado, brazos para otro, al agua de nuevo, hasta que nos enganchamos como garrapatas y conseguimos tumbarnos.

—Esto es vida —me dijo Nuria y yo asentí—. No quiero volver a la realidad.

—Aún nos queda un día y medio. Tú disfruta, no pienses en nada más.

—¿Has hablado con Óscar?

—No, pero sé por Hugo que todos están bien, no les comió un tiburón y ninguno visitó el hospital.

—Todo un récord. —Nos reímos—. ¿Y cómo es que hablaste con él?

—Quería saber si nosotras estábamos vivas también.

—Qué mono.

La miré y sonreí al verla tan apurada con aquel traje.

—Estoy perdida con él, Nuria.

—Seguro que él también lo está contigo.

Me encogí de hombros y seguimos canturreando las canciones que oíamos.

Comimos ensalada de pasta, cóctel de gambas con aguacate y un sinfín de cosas. Invitamos al patrón del barco a que se sentase con nosotras. Nicolás resultó ser un chico simpático que se rio de nuestras tonterías y contestó a casi todas nuestras preguntas, sí, incluso a la que alguna le hizo de si tenía pareja. También nos recomendó un sitio para cenar por la noche y brindó con nosotras, en su caso con un refresco, mientras gritábamos otra vez por nuestra novia.

Después de comer nos tumbamos sobre la red del catamarán y navegamos un poco más; el sutil balanceo del agua relajó tanto a alguna que cayó dormida. La música pasó a ser algo menos movida, sonaba «Adore you», de Harry Styles, y cerramos los ojos para disfrutar del sol que tocaba nuestra piel.

Cuando nos desperezamos volvimos al agua de nuevo, nos tiramos a la vez del barco y al salir

nos aseguramos de que estábamos todas.

—Me ha rozado algo el pie. ¡Algo me ha tocado el pie! —chilló Candela que nadó hasta subirse en el colchón.

—Será un alga —le dijo Nuria—. ¡Qué alga ni leches! ¡A mí también me tocó!

—Vamos a morir, seguro que es un tiburón martillo.

—¿Un tiburón martillo? —le preguntó Luna y estallamos en una carcajada.

—¡Nicolás! —grité y se asomó—. ¿Puedes tirarme las gafas de bucear? —Desapareció y al rato volvió con ellas—. ¡Gracias!

Me puse las gafas para ver si era un alga o un pez, lo del tiburón lo descartaba. Al final era eso, un banco de peces.

—Malditos Nemos, me han dado un microinfarto. —Saltó de nuevo al agua más tranquila.

Buceé durante un rato viendo todo lo que se cocía debajo del agua. Solo escuchaba mi respiración mientras veía los peces de colores y corales que se agarraban a las rocas.

Subimos de nuevo al barco, Nicolás nos dijo que nos daría una última vuelta antes de volver a puerto y abrimos la última botella que trajimos con nosotras, en este caso de cava. Cantamos tan alto que a alguna comenzó a fallarle la voz, Candela y Nuria se vinieron arriba y se subieron a la mesa para bailar, eso sí, el equilibrio lo mantenían porque se agarraban de vez en cuando a nosotras.

—¡Nuria! ¡Vamos a tirarnos al agua la última vez!

Ya sin el traje de *cupcake* y copa de plástico en mano, se tiraron y salieron del agua riendo a voces, cuando me asomé y las vi sonreí y Nicolás me pidió que las avisara para subir.

Al llegar a puerto nos despedimos de él, sé bien que Clara le dio su número de teléfono y bromeamos por el camino llamándola gachona y cazafortunas, ya ves, como si el barco fuese del chico. Dimos gracias a que la nevera ya fuese vacía, aún llevábamos un poco el mareo por el vaivén del barco y el cava. Creo que alguna vez os he hablado de lo mal que me sienta el cava, es una copa y ¡pum!, todo se me sube a la cabeza. Eso sí, la borrachera de cava es la que más barata sale. Ella, dando consejos inmorales.

Ya de vuelta en el hotel tuvimos que tirar el traje de Nuria, que había sido bien amortizado, y nos fuimos cada una a su habitación dispuestas a ducharnos y que el ritmo no parase. Esa vez no cometimos el error de tumbarnos en la cama, porque si no, nos aplatanábamos y pedíamos cinco minutitos más que se convertían en una hora.

Nos preparamos para vivir la noche ibicenca. Saqué de la maleta aquel vestido midi de satén en negro que tenía un escote algo pronunciado y unas sandalias *nude*.

—¡Vaya pibón! —exclamó Candela al verme—. Por lo que veo le has hecho un lavado de cara al armario.

—Tú no te quedas atrás —la piropeé al verla con aquel vestido rojo—. Me compré algunas cosas antes de venir.

Nuria salió también con un vestido fluido en blanco y tan morena que daba envidia.

—Tú tan negra y yo tan a parches —se quejó Candela mirando sus hombros rojos.

—Si te hubieras echado protección.

—¡Me eché! Del cincuenta, conste.

—Yo la vi.

—Pues yo que sé, cuando veas a Hugo se lo preguntas.

—Hugo sabe de potorros no de melanina.

Nuria y yo nos reímos y cogimos los bolsos antes de salir de la habitación. Nos encontramos con Clara y Luna, que también iban de punta en blanco, y anduvimos hasta llegar al restaurante.

Nos recibió una casa blanca de piedra, como las típicas que te encuentras en Miconos, con una gran entrada en la que estaban dispuestas mesas y una larga fila de naranjos con pequeñas bombillas enredadas en sus ramas. Detrás de nosotras había un balcón en el que también había gente cenando y desde el que se podía ver el mar. La camarera que nos recibió nos condujo hacia allí y antes de sentarnos nos asomamos. El reflejo de la luna caía sobre el agua, parecía que estaba tan cerca que la podía tocar con los dedos. Nos sentamos dando las gracias y pedimos la bebida.

—Madre mía, ¿habéis visto qué precios? —susurró Luna.

—El tal Nicolás nos ha timado —apuntó Candela.

—Es una noche. Mañana nos comemos un bocadillo —bromeé y se rieron.

Pedimos una tabla de quesos, croquetas con sabores de Ibiza que nos recomendó la chica, frita de pulpo y gambas rojas a la plancha. Los platos se fueron sucediendo y nuestras caras cada vez que dábamos un bocado se acercaban a esas de placer.

—¡Dios! Esto está de muerte. —Cerré los ojos al meterme un bocado.

—Mira la croqueta. —Clara le hizo una autopsia y nos la enseñó—. Tiene sobrasada por dentro. Qué rica.

—Ay, ¡las gambas! Pienso chupar las cabezas, me da igual lo que me digáis —advirtió Candela.

Nuria y yo prometimos no protestar por ello, nuestra amiga decía que lo mejor de la gamba era la cabeza, así que no tuvimos nada que objetar.

—Como siga así no voy a caber en el vestido.

—¡Anda que no! Además, si no cabes tú, yo tampoco, que ya me compré el mío también —comentó Clara.

—¿Tú se lo has dicho ya a tu madre? —me preguntó Candela.

—No, porque no tengo ni idea de cómo quiero que sea, ya buscaré.

—Yo debería ir mirando también.

—Que no cunda el pánico, todavía hay tiempo.

Comimos también postre, bueno, postres, en plural, porque claro, no íbamos a perdonar el toque dulce de aquella velada. Después también nos animamos con un cóctel y lo dejamos ahí, teníamos que bajar unas escaleras vertiginosas y no queríamos caer de rodillas y hacer genuflexiones. Fuimos alumbrando el camino con las linternas de los móviles y cuando llegamos abajo ya estaba el taxi esperándonos para llevarnos a uno de esos locales de fiesta.

Las luces de colores de aquel lugar eran las primas lejanas de las que tenían nuestras diademas. Un poco más y me quedaba ciega. El local estaba ambientadísimo y una parte de él daba a la playa, donde también había gente bebiendo y bailando. Llegamos a la barra nadando entre grupos de personas y pedimos las copas pertinentes.

—¡Estoy flipando! —Saltó emocionada Candela.

Luna y Clara ya estaban bailando copa en mano, Nuria se unió a ellas y Candela y yo brindamos desde la barra, y al ver a nuestra amiga tan contenta, nos dijimos que lo habíamos hecho bien.

—¡Hala! Por nosotras —grité, brindamos y bebimos.

Candela se atragantó terminando el trago, puso los ojos como platos y me pellizcó. Palmeé su espalda, asustada, y me empujó levemente hacia la izquierda

—¿Ese de allí que está hablando con aquella rubia es Hugo o yo ya tengo alucinaciones?

Miré hacia la dirección que me indicaba y también lo vi.

—No, no son alucinaciones tuyas. Tienen que estar todos aquí.

—¡Como no es grande la isla! —protestó—. ¡Le está roneando! Voy a ir a hablar con él y verás.

La agarré del brazo y negué con la cabeza.

—Al único sitio que vas a ir es a bailar.

Sonaba «Favorito», bailamos en grupo aquella canción que era verano mientras nos agitábamos al ritmo de la música. Seguimos bailando y bebimos otra copa, sabía que iba bien porque todavía me dolían los pies.

—Voy a ir al baño —avisé a Candela.

—¿Te acompaño?

—No, no. Quédate con Nuria que está regular.

—Va a tono, ¿a que sí?

Asentí y se rio con risa de que ella también iba.

Agarré mi bolso, lo puse debajo de mi brazo, como esas abuelas que van a la compra con la cartera ahí, y me dispuse a sortear a los grupos de gente. Por suerte, la cola del baño no era muy larga, había dos amigas que seguían bailoteando la canción que sonaba, recuerdo que una de ellas llevaba un vaso en la mano y el bolso abierto.

—Perdona, tienes el bolso abierto.

—Uy, qué despiste.

—Mira a ver que no te hayan quitado nada —le dijo su acompañante. Lo comprobó y respiró aliviada.

—Gracias.

—De nada. —Sonreí.

—¡Me encantan tus sandalias!

Me sonrojé y las miré.

—Todo lo que tienen de bonitas lo tienen de incómodas.

—Te entiendo, yo necesito beber para aguantar toda la noche con tacones.

—O un kilo de Trombocid —añadió su amiga y nos reímos.

La puerta del baño se abrió y nos despedimos.

—Nos vemos por aquí.

Asentí y esperé mi turno. Cuando salí del baño comprobé mi teléfono, llevaba unos diez minutos perdida y la cogorza de mis amigas iría en aumento. Caminé unos pasos y noté que alguien se pegaba a mi espalda más de la cuenta, supe que era él en cuanto el olor de su perfume me llegó.

Capítulo 32

«Liberarnos»

Sus manos se estrecharon en mi cintura, las miré para cerciorarme de que era él y lo confirmé. Sus dedos largos acariciaban el tejido suave de mi vestido mientras sus palmas seguían posadas en el mismo lugar. Me pegué más a él, no lo pude evitar, estaba cansada de esa especie de juego que se parecía al ratón y al gato y me contoneé al ritmo de la música.

Hugo ahogó un bramido en mi cuello y dejé que una de sus manos recorriera mi espalda con esa lentitud tortuosa que en la cama suele acabar en un «más». La gente nos rodeaba sin reparar en nosotros, la música sonaba tan alto que llegaba a temblar aquella tarima y las luces seguían alternándose entre sus colores. Todo parecía moverse de la misma manera, pero a cámara lenta. Sus manos me giraron hasta que quedamos de frente. Ahí estaba él, tan guapo, tan distinto; y yo, un maremágnum de emociones que empezaban y acababan en él. Miré sus ojos claros y perfilé el contorno de su mentón, él me estrechó más contra sí hasta que fue inevitable que nuestros labios se juntasen. Aquel beso... aquel beso no fue uno tímido, aquel beso nos supo a ganas contenidas, a necesidad, a querer hacer las cosas bien. Su lengua me recorrió con saña, conociendo el movimiento de la mía, y dejé que mis brazos cayesen a ambos lados, apenas podía reaccionar.

—Te echaba de menos —susurró y yo entrelacé mis manos en su cuello.

Cuando aquel beso terminó, temblaba. Me apoyé en su torso para volver a tomar aire mientras él me sostenía y dejaba besos suaves en mi cuello. Sentí alivio de volver a tenernos, de vivir un beso que creí que ya no iba a llegar nunca porque no existían más oportunidades para los dos, ahora sabía que sí, que la había.

—Hugo...

—Dime, canija.

Volví a besarlo, no quería articular palabra alguna que estropease aquel momento, mordí su labio inferior, acometí con mi lengua en su boca y lo besé con lentitud. Un gemido leve salió de mi garganta, estaba subiendo el tono y decidimos separarnos con los labios húmedos e hinchados. Reí y él me sonrió antes de abrazarme.

—Debería ir a ver cómo están las chicas.

—Vamos. —Me cogió la mano y anduvimos hacia donde mi grupo se había mezclado con el de Hugo.

Candela nos vio llegar y vino a nuestro encuentro rápidamente.

—¿Dónde te habías metido?

—En el baño.

—¿En el baño os habéis dado filete? ¡Por Dios! Que ya tenéis una edad, idos a una habitación. —Fingió estar escandalizada.

Hugo y yo agitamos la cabeza, risueños, Candela llevaba una rosa en la mano e iba sosteniendo una copa con la otra.

—¿Y eso? —le preguntó Hugo.

—Me la ha dado Juan Lin, es supermajó.

—¿Y solo te la ha dado a ti? A ver si va a ser una ofrenda tipo si la coges te tienes que casar con él —le dije y miró la rosa.

—Qué va, se ha ido por ahí a seguir con la ronda, me la dio porque le caí bien.

—Y porque eres superpesada.
—También.
Óscar y Nuria bailaban calentito mientras Candela y yo decidimos ir a darles un poco la murga.
—¿Nos vais a dar otro sobrino?
—Una niña, Óscar, pon todo tu empeño como hiciste con Lucas —siguió Candela.
—¿Os queréis ir ya? —resopló.
—Ni hablar. ¿En qué despedida de soltero moja uno el churro?
—En ninguna, así que quita tus zarpas de Nuria.
Se la arrebatamos mientras ella reía a carcajadas.
—Esta noche a darle a la zambomba —concluyó Candela.
—De zambomba nada que dormimos en la misma habitación —añadió Hugo.
—Pues que se vaya a la ducha.
—Ay, Dios mío, qué mareada estoy —dijo Nuria de repente.
—Voy a por agua, sacadla fuera a que le dé el aire.
—Nuria, si echas la patata tu despedida será épica, siempre recordaremos este momento.
—Calla, Cande.
—A ver si Óscar la ha dejado preñada con la mirada —bromeé y mi amiga se carcajeó.
—Es el espíritu santo.
—Sí, y yo la Virgen María, no te jode —apuntó Nuria mientras la sentábamos en un poyete.
Hugo llegó al momento con Óscar y un botellín de agua bien fría.
—Apártate el pelo de la nuca, Nuria. —Mojó sus manos y de seguido su nuca.
—Qué sexi te pones cuando haces de médico, Hugo.
Hugo sonrió agitando la cabeza.
—Si eso también lo sabes tú, es de primero de borrachera —repliqué.
—Ya, pero verlo a él tan alto, tan...
—Lo hemos pillado —intervino Óscar.
—Ay, no seas mustiooo. —Candela se colgó de su cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla.
Nuria bebió agua y a los pocos minutos recuperó su tono de piel.
—Decidme que mañana no vamos en barco otra vez, estoy reventada.
—No, pero te espera la madre de los disfraces —le dije.
—Ay, no, de *cupcake* gigante otra vez no.
—¿La habéis vestido de magdalena? —preguntó Hugo que se rio después de que nosotras asintiésemos.
—No sé qué es peor —comentó Óscar sentándose al lado de Nuria.
—Yo me quiero casar algún día y tener un baile de novios. —Candela me cogió y la acompañé bailando una especie de vals en la puerta del local mientras los demás reían.
—Estáis como una puta regadera —nos dijo mi hermano y seguimos bailando hasta que tuvimos que parar porque las vueltas eran demasiado.
Nuria miraba a Hugo de soslayo y después a mí y, ya sabéis, entre broma y broma, la verdad asoma.
—Vosotros dos os habéis morreado. —Nos señaló a Hugo y a mí—. Tú tienes el cuello de la camisa manchado con el mismo pintalabios que lleva Alejandra.
—A lo mejor es de la rubia de antes —apuntó Candela.
—¿Qué rubia? ¿La que se está liando con Carlos? —preguntó Nuria.
—Parecemos niños de quince años en una feria —protestó Óscar.
—Está bien volver a ser un niño de vez en cuando —terció mi amiga.

—Que no, coño, que es de Alejandra. Acércate a Hugo y verás que huele a ella.

—Lo tuyo es para que te contrate el FBI —le dije.

—¡Es verdad! —exclamó mi amiga—. ¿Ves cómo os habíais dado un refrote?

Hugo y Óscar reían y yo acabé cediendo y uniéndome a ellos porque de nada me iba a servir negar lo evidente.

—Pues menos mal, creía que después de esto los dos os ibais a convertir en monjes de clausura —confesó Nuria.

—Veo que ya estás recuperada, ¿no? —pregunté con sorna y ella me sonrió.

Volvimos todos dentro y pedimos una ronda de chupitos. Que no cunda el pánico, mis amigas lo pidieron sin alcohol tras alguna protesta, pero las convencimos de que si se lo bebían con alcohol iban a acabar vomitando en aspersionador y aún teníamos que volver al hotel.

El camarero dispuso en la barra diez vasitos y comenzó a llenarlos de un líquido ambarino. Cuando estuvieron todos gritamos un «arriba, abajo, al centro y para dentro» seguido del «¡que vivan los novios!». Debo decir que el dolor de pies quedó en el olvido, habría aguantado con esas sandalias una noche más.

Bailamos «How deep is your love», de Calvin Harris, siguió el «Borró cassette», de Maluma, todo un clásico. Candela se entusiasmó tanto que hizo que Hugo «perrease» con ella mientras el resto nos reíamos y coreábamos un «hasta abajo». Recuerdo que Óscar también me sacó a bailar cuando sonó «Mala mujer» y que acabé en los brazos de Hugo cantando aquel «Me rehúso».

—¿Todo bien? —Quiso saber.

—Todo de maravilla. —Me dio un giro y acabé con mi espalda pegada a su torso contoneándome al ritmo de la música.

—Estás jugando, canija.

—Un poco, cuando acabe la noche dejaré de ser mala.

—A mí me gustas así. —Volvió a girarme y dimos algunos pasos juntos mientras notaba algunas miradas en mi nuca.

—¿Qué pasa? —Miré a mis amigas que se encontraban cotilleando.

—Como mañana nos digas que no puede ser bla, bla, o que no os queréis como pensamos bla, bla, seremos nosotras mismas las que nos encargaremos de ahogarte en la misma orilla de la playa —amenazó Nuria.

—¿Eso les dices? —preguntó Hugo, risueño.

—Tú calla que también empiezas a decir que es difícil, que necesitas tiempo, que bla, bla —siguió Óscar y Hugo se sonrojó—. ¿Tiempo para qué? ¿Para darte cuenta de que no os tenéis porque no os da la real gana? Querer es más fácil y no requiere de ninguna excusa.

Nuria y Candela comenzaron a aplaudir a Óscar y este se inclinó riendo entre «gracias, gracias».

—Dios, Óscar, es que ni yo podría haberlo explicado mejor —alabó mi amiga y siguieron bailando.

Hugo agarró mi mano y salimos del local. Anduvimos un poco hasta llegar a la playa y entramos en la arena.

—Espera, no puedo andar con los tacones. —Hugo sonrió y me cargó en su hombro, le pellizqué el trasero y él me dio en el mío. *Touché*.

—Voy a necesitar un masaje después de esto —bromeó cuando me dejó en el suelo.

—Eres idiota.

—Soy un idiota por haberte tenido delante mil veces, necesitarte y negarlo.

—Entonces creo que por eso somos unos idiotas los dos.

Hugo se sentó en la arena mirando al mar y me senté a su lado. Nos quedamos unos instantes en silencio y rodeó mi cintura estrechándome contra él. Apoyé mi cabeza en su brazo y le oí suspirar.

—¿Cuál es el «pero», Hugo?

—El «pero» es que te quiero y temo a partes iguales.

Suspiré y le miré.

—Yo no puedo prometerte que nunca me voy a ir, tampoco lo puedes hacer tú. No quiero tenerte como algo seguro, como una garantía de que, haga lo que haga, al final del día estarás siempre. —Mordí mi labio inferior y seguí—. Yo quiero que seamos sin juramentos, que peleemos con argumentos, que hablemos, que compartamos y también respetemos nuestro espacio, que no nos sintamos mal si un día no nos echamos de menos, que nos acompañemos en nuestros caminos, nos levantemos si algo no sale bien y celebremos la vida. No voy a prometerte nada y lo hago porque te quiero, porque, como tú me dijiste un día, no hay garantías de que el futuro sea como lo imagino, y yo también lo creo así, por eso es mejor vivir aquí y olvidar el resto, porque ahora sí somos capaces. ¿Qué quieres tú?

Hugo me subió a horcajadas sobre él y me besó con suavidad, enterró sus manos en mi pelo para hacer el beso más profundo ayudando a que nuestras bocas encajasen y se recordasen durante ese tiempo.

—Quiero hacerlo todo, Alejandra, y quiero hacerlo contigo —pronunció, agitó su cabeza y volvió a morder mis labios, a besarme, esta vez, con más urgencia.

Nos separamos unos instantes y nos miramos.

—Intentémoslo, Hugo. No me digas que necesitas más tiempo, por favor.

—Te necesito a ti, a tu risa y a tus sueños.

Dejé un beso suave en sus labios y nos abrazamos. Suspiramos, respiramos alivio porque las tormentas se marchasen, porque hubiese llegado ese nuevo comienzo que nos merecíamos. Hugo y yo no éramos las mismas personas que hacía cinco años, ambos lo sabíamos; no éramos dos locos adolescentes que se amaban sin medida, que no eran capaces de seguir si el otro no estaba, y aunque Hugo lo temiese, se dio cuenta de que aquello que le dije era verdad. El tiempo que vivimos con alguien está para vivirlo sin pensar en cuándo acabará porque nunca sabremos lo que nos deparará la vida y las pruebas que le pone al amor, solo sabíamos que nosotros habíamos pasado una de la que salimos dañados, pero sabiendo aún más lo que queríamos el uno del otro y, por muy simple que os parezca, solo queríamos ser cada uno y ser también juntos.

Capítulo 33

«Nuestro tiempo es ahora»

El domingo, cuando sonó la alarma, abrimos los ojos a regañadientes. Habíamos celebrado nuestro último día en la isla por todo lo alto: volvimos a la playa con un *outfit* diferente, es cierto que no fue de gallina gigante, pero cuando aparecimos con un traje de pavo real a Nuria le iba a dar un parrús. No os creáis que nosotras salimos mejor paradas, y es que decidimos acompañarla, aunque su cola seguía siendo más grande y pomposa. La gente nos miraba, reía y admiraba los trajes a partes iguales, ventajas de tener a una madre costurera y a una amiga con una gran imaginación; comimos arroz negro y vaciamos algunas jarras de tinto de verano, bailoteamos en un chiringuito hasta por la tarde y después decidimos seguir la fiesta por la noche.

Hubo muchas risas, os podéis imaginar, y terminamos la noche bañándonos con ropa interior en la playa que estaba cerca del hotel. Bueno, Candela perdió el sujetador, ella decía que se lo había llevado ese tiburón martillo que no abandonaba su cabeza desde que se metió en el mar, tanto documental de Discovery Max no podía ser bueno; nos rebozamos en la arena e hicimos una carrera para ver qué croqueta llegaba primero, porque no se nos podía llamar por otro nombre, después nos quejamos de que tuviésemos arena hasta en el mismísimo. Vimos el amanecer las cinco sentadas justo en la orilla. Fue el más bonito y especial que había visto en mi vida por el simple hecho de que lo viví con ellas y junto al mar.

A la mañana siguiente, Nuria fue la primera en levantarse y nos despertó a Candela y a mí de seguido.

—Estoy triste.

—«Pero si le ponen la canción, le da una depresión tontaaa». —Cantó Candela con la voz ronca y me puse la almohada en la cabeza—. No canto tan mal.

—No, pero me va a explotar la cabeza.

—Eso son los chupitos de tequila que bebiste.

—¿Hice muchas tonterías? —pregunté sin recordar alguna de esas horas.

—Si por tonterías te refieres a subirte a la barra como si fueras una gogó y hacerte amiga de Juan Lin, pues no, no muchas.

—Me acuerdo de él, me regaló otra diadema, a la mía se le acabaron las pilas.

Nuria se sentó en la cama en la que estábamos Candela y yo y nos abrazó.

—Gracias por haber hecho que pase la mejor despedida de soltera del mundo. ¡Ni en sueños la hubiera imaginado así!

—No puedes negar que ha habido un poco de todo —le dije y nos reímos.

—«Ay, corazón bonito, ay, corazón salvajeee, deja de pensar vamos juntos a gozaaar». —Siguió berreando Candela—. Esta canción me hace pensar que sigo siendo la única soltera del grupo.

—Yo no he dicho...

Ambas se abalanzaron a taparme la boca con fuerza y pataleé.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Vale! Joder, qué burras.

—Intentarlo significa estar con alguien, así que cállate ya, que no eres más rancia porque no has nacido antes —protestó mi amiga y su teléfono sonó.

Lo cogí de la mesita y vi que tenía otro mensaje privado en respuesta a una foto que había subido que decía: «tengo ganas de verte».

—¡Y un cojón! Serás mentirosaaa. —Me levanté con el teléfono y comenzó a saltar sobre el colchón para quitármelo.

—¡Dámelo o te mato!

—¿Qué escondes, Candelita? —inquirió mi cuñada.

—Esconde un maromo y estaba haciéndose la víctima.

—Que yo estoy muy bien sola.

—Ya, y yo, no te jode, pero el amor es un plus en la vida, si no ¿qué harías si yo no te quisiera?

—Lo mismo que si yo no te quisiera a ti.

—¿Tirarme por ahí? —exageré señalando el balcón.

—Exacto. —Nos reímos y se sentó en la cama para contarnos—. Es el amigo de Iván, hablamos y nos entendemos muy bien. Se ríe mucho conmigo, me dice que soy preciosa y que estoy como una regadera a partes iguales.

—Qué mono —dijimos Nuria y yo al unísono.

—Hemos hablado por videollamada alguna noche.

—Qué fuerte, tía, y no nos lo has contado.

—No porque no quería darle importancia. Él vive allí y yo... pues ya lo sabéis, qué queréis que os diga. Quería venir a verme, pero me inventé una excusa tan poco creíble, que al final tuve que acabar diciendo que era mentira y que lo único que tenía era miedo.

—¿Por qué querer hace que tengamos miedo? —pregunté en voz alta.

—Porque nos hace fuertes, pero también vulnerables —contestó Nuria.

—Al final acabé contándole un poco todo y siguió diciendo que quería venir a verme.

—Él también llevaba mucho tiempo con su chica. Lo dejaron porque ella quiso abrir la relación y a él no le iba ese rollo.

—Pues quizá te entienda más de lo que crees, Cande —sugirió Nuria.

—Podéis veros, que te tire otra copa y reíros un rato. No juguemos a pensar antes de que pasen las cosas, estoy ya cansada de que a las dos nos pase eso.

—Tú por lo menos lo has conseguido ya.

—No, Candela, esto de hacerse amigo de nuestros monstruos es una carrera de fondo, pero hay que dar pasos en dirección del miedo.

—Pues hablando de miedos... Tengo una cosa que contaros.

—¿Mala? —preguntó Nuria y Candela negó.

—Creo que no. Veréis... —Hizo una pausa y Nuria y yo la miramos atentas—. He decidido hacer un curso de repostería.

—¡Eso es estupendo!

—Ya, pero es en Madrid. —Candela miró a Nuria y esta le sonrió.

—Ni se te ocurra preocuparte por mí ni pensar que me vais a dejar sola. Es tu sueño, Cande, cariño, y que te hayas decidido a dar el paso me hace feliz.

—¿De verdad?

Nuria asintió y se fundieron en un abrazo. Las miré y me sentí contenta por Candela, porque apostase también por ella y por un nuevo comienzo alejado de lo que los demás esperaban que fuera. Era cierto que Nuria se quedaba sin nosotras dos, no obstante, durante este tiempo comprobamos que la distancia, cuando quieres, es siempre salvable.

—Me alegro mucho, Cande. —Le tomé el relevo a Nuria y ella me abrazó fuerte.

—Volvemos a estar juntas, aunque esta vez en Madrid.

- No te vas ni con agua caliente, eh —bromeé y ambas sonrieron.
—Ahora que lo pienso... Ya no tienes excusas para no quedar con el chico —apuntó Nuria.
—Supongo que no, pero me las puedo inventar.
—Ni se te ocurra.
—Todo se andará...

Agitamos la cabeza y al fin nos levantamos de la cama. Pasamos a desayunar, después terminamos de recoger las maletas y, cuando cerramos la habitación, sentimos como una parte de nosotras se había quedado allí, prometiéndonos a todas un nuevo comienzo.

Llegamos al aeropuerto, esta vez con tiempo. Paseamos un rato por el *Duty free* antes de sentarnos delante de la puerta de embarque. Los chicos llegaron poco después que nosotras no con mejores caras.

- ¡Bu! —exclamó mi hermano y Candela dio un respingo.
—Coño, qué susto, Óscar.
—Uf, qué malas caras traéis.
—Estamos tristes, ojalá fuera rica y tuviera un piso y un barco aquí.
—Esas caras no son de tristeza, son de resaca —observó.
—¿Pero tú te has visto la tuya? —le pregunté—. No es mucho mejor que la nuestra. Nosotras por lo menos llevamos antiojeras, tú pareces un mapache.

Candela y Nuria intentaron disimular la risa y este resopló.

- Hombre, Ale, tú también no.
—«Manolete, si no sabes torear, ¿para qué te metes?» —le dijo Nuria reproduciendo aquel refrán.

Hugo llegó detrás, se paró delante de mí y dejó un beso en mi sien.

- Buenos días, canija.
—Buenos días.
—Yo también quiero —pidió Candela y Hugo le dio un beso también seguido de un abrazo.
—¿Qué tal estáis?
—Fatal —resoplamos a la vez.
—No nos queremos ir.
—Podéis venir siempre que queráis.
—Es muy difícil —indicó Nuria.
—No lo es, habéis cuadrado vuestras vacaciones para venir una vez, ¿por qué no lo vais a hacer otra?

—Ves, Óscar, esto si es consolar a una persona —espetó Candela y mi hermano puso los ojos en blanco.

La puerta de embarque se abrió, nos levantamos y nos pusimos todos en fila.

- Dame ya la droga —me pidió Nuria—. No pienso pasar otro vuelo como el de ida.
—Eso fue porque estabas nerviosa, Nuri.
—Tú dámela, además, me vendrá bien dormir. Lucas no nos va a dar tregua cuando lleguemos. Busqué el blíster y se lo di.
—Deja de traficar ya, ¿no? —me dijo mi hermano riendo.
—Cállate, a ver si se van a creer que os estoy pasando algo y me van a dejar aquí.
—Qué camella. —Se carcajeó Candela y puse los ojos en blanco.

Tuvimos un vuelo tranquilo, mi amiga se acomodó en mi hombro nada más sentarse y yo apoyé mi cabeza en la suya, caímos dormidas poco después de que el avión despegase y nos despertamos porque Óscar vino a avisarnos de que estábamos a punto de aterrizar. El vuelo más

corto de mi vida, y me dormí sin pastilla, quizá estaba superando mi miedo a volar.

Bajamos del avión en procesión, con caras casi de penitencia incluidas. Qué mal sentaba la vuelta de las vacaciones, aunque hubiesen sido solo de unos días, no me quería imaginar si hubiésemos estado en la isla una semana.

Al llegar a Málaga decidimos comer cerca de la playa y así terminar de pasar aquel fin de semana todos juntos.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —me preguntó Hugo.

—Mañana por la tarde.

—Vente conmigo.

—¿A dónde? —Sonreí.

—Al piso de mis padres. —Esbozó una sonrisa—. Aún estoy buscando piso, pero no encuentro nada que me cuadre.

Miré a Óscar y este asintió como si aprobase la idea que leyó en mis ojos.

—Haz las maletas, no te hará falta volver más allí. —Hugo frunció el ceño sin entender nada—. Estábamos manteniendo el alquiler de mi piso porque no sabía si iba a volver, ahora ya sé que me espera una larga temporada en Madrid, así que... te lo puedo enseñar, si quieres.

—Como si no lo hubiera visto. —Se rio mi hermano.

—Cuando fue solo vio la habitación —añadió Candela.

—Eso no es cierto, estuvo también cuando pasó lo de Lucas.

—Ah, es verdad.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Que voy a hacer las maletas. —Me sonrió y dejó un casto beso en mis labios.

—Esto es taaan bonito, joder. —Candela fingió que se secaba las lágrimas y reímos.

—Es el final perfecto —dijo Nuria y Hugo negó.

—Esto no ha hecho más que empezar. —Agarró mi mano apretándola y sonreí.

Nos despedimos de todos después de comer, excepto de Candela, quien ofreció su ayuda para llevar cajas y ayudar en la mudanza.

—¿Qué vas a hacer con el sillón rosita que tiene Alejandra en casa, Hugo?

—Ah, ni hablar, ese sillón no se toca.

Hugo rio y se encogió de hombros.

—Puedo tapizarlo en amarillo.

—¡Qué horror! —exclamó Candela.

—Por encima de mi cadáver —avisé cruzándome de brazos.

—Tienes que darme el número del dueño del piso, habrá que arreglar el contrato.

—Por eso no te preocupes, es amiga de mi madre, esta semana lo tendrás todo listo.

Subimos al piso que los padres de Hugo tenían cerca de la playa y cuando giró la llave Aitana llegó a su encuentro.

—¡Vaya! Por fin. Te he echado de menos. Espero que te hayas desmelenado y que no me cuentes ni la mitad de las cosas porque no te acuerdas.

—Yo también a ti. No te preocupes, puedo contarte un día con todo lujo de detalles, los demás los tengo algo borrosos.

—¡Así me gusta! —Hugo se apartó y Candela y yo nos asomamos por el umbral de la puerta—. Pero ¡qué hacéis aquí! —Vino corriendo a abrazarnos y nos saludó contenta.

—Han pasado muchas cosas en estas últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Malas? —Ambas negamos con la cabeza.

Hugo nos animó a entrar y nos fuimos a la terraza con Aitana mientras él preparaba unos cafés.

Cuando llegó, nos sentamos en aquel sofá de jardín en forma de ele, Aitana estaba expectante porque le contásemos.

—¿Todavía no te has ido a tu casa?

—No, quería estar aquí para cuando volvieras y cerciorarme de que estabas... bien.

—Lo estoy. —Hugo me miró y apoyé un instante mi cabeza en su hombro.

—¿Me he perdido algo?

—¡Te has perdido lo mejor! —aseguró Candela.

—Dime que os habéis morreado y habéis echado un polvo en aquella isla. —Hugo y yo nos miramos y nos reímos—. ¡Sí! ¡Por fin! —Saltó de su asiento contenta y celebro el comienzo de... algo.

—No nos hemos acostado, penca.

—Pues a lo del morreo no dices que no, ¿eh? —preguntó arqueando sus cejas.

—Qué cotilla eres —le dijo Hugo tratando de ocultar una sonrisa—. Voy a alquilar el piso en el que vivía Alejandra, hemos venido a recoger todas las cajas.

—Espera, espera. ¡Esto va muy rápido!

—¡No! —expliqué—. No vamos a vivir juntos.

—Puedes quedarte cuando vengas. —Miré a Hugo y sonrió.

—De eso ni hablar —intervino mi amiga—. Cuando venga de visita se seguirá quedando a dormir conmigo, gañán.

—¡Pero si tú te vienes también a vivir allí!

—¿¡Cómo!? —exclamaron Hugo y Aitana a la vez.

—Ya no me acordaba. —Agitó la cabeza mi amiga—. Voy a hacer un curso de repostería, el fin aún no lo tengo claro, solo sé que quiero seguir ese camino que nunca me atreví. A mis padres les va a dar un infarto cuando se lo cuente.

—Seguro que no, ellos también saben en el fondo que eso te hace feliz —la apoyé y ella se encogió de hombros.

—Debería sacar una botella de vino para brindar. ¡Hay mucho que celebrar!

—Uh, déjate. Tengo los mojitos de ayer aquí —señaló Candela su garganta—. Un traguito más de algo con alcohol y vomito. Esta semana toca desintoxicación.

—Yo no he bebido tanto. —Disimuló Hugo.

—¡No! ¡Qué va! Óscar me enseñó un video que es oro, y para nada se nota que bebiste, eh. Por cierto, no sabía que tenías tanta flexibilidad bajando el limbo.

—Deberíamos haber hecho un pacto antes de salir de allí para no contar nada —maldijo entre risas.

Después del café metimos en el coche las cajas que Hugo no había deshecho de su mudanza unas semanas antes, y entre Aitana y él acabaron de hacer el resto con las cosas que tenía en aquel piso. Eran casi las nueve de la noche cuando salimos de allí y nos despedimos de Aitana antes de volver a nuestras casas.

—Creo que mi misión aquí ha terminado.

—¿De qué misión hablas? —inquirió su hermano.

—Te brillan los ojos, has decidido, por fin, dar un paso hacia todo lo que tú quieres, has vuelto a ti, así que ya solo te toca vivir, Hugo. —Las lágrimas asomaron en el rostro de Aitana y Hugo la abrazó fuerte. Después no logré escuchar lo que le dijo, supongo que sería sobre esa historia que ellos también habían vivido y en la que se habían acompañado.

Uno siempre quiere lo mejor para aquel que le rodea. Aitana y Hugo eran un tándem, ella la locura, él la cordura, ella viviendo el día a día, sin un rumbo fijo, y él perdido en esas cosas que

nosotros hacemos complejas, pero que cuando nos paramos a sentirlas son más fáciles de lo que creíamos. Aitana era capaz de ver más allá de los ojos de Hugo, aunque esperaba paciente a que él se diera cuenta de que vivir iba de eso, de equivocarse y arriesgar hasta que uno encuentra su camino, es inevitable sufrir a lo largo de él, pero al final, siempre espera todo eso que uno merece.

Capítulo 34

«Pase lo que pase»

Llegar a casa, a ese lugar que siempre fue tuyo, en el que te refugiaste y te sentiste pequeña, en el que también celebraste y fuiste grande. Aquellas paredes tenían guardados cientos de recuerdos: cenas con las chicas en las que nos poníamos al día, algún que otro gabinete de crisis, noches en las que Lucas y yo veíamos películas con un bol de palomitas, en las que con Óscar componía alguna canción y él soñaba que algún día se escuchase en más de un escenario. En aquel tercer piso viví el reencuentro conmigo misma, guardaba música, lágrimas, sonrisas y algún que otro mordisco de Bebi; guardaba todas y cada una de las cosas, de los instantes que me habían construido hasta que, finalmente, pude ser yo, y es que lo único que necesitaba era serle fiel a todo lo que siempre fui y quise y seguir con todo aquel que me había dado la mano y no me la había soltado nunca.

Entré en ese que ya no era mi piso con Hugo, quizá aquella sería la última vez que giraba la llave y me recibía el olor a lavanda del recibidor. Me paré un instante a observarlo todo, seguía igual que lo dejé, era cierto que mi madre se había encargado de mantenerlo intacto porque en este lugar también vivimos las dos algo que nos unió y que a la vez nos hizo ser más fuertes, pero todo seguía igual. Un salón con un sofá y un sillón de color rosa, esa pequeña cocina de la que hice relativamente poco uso, el suelo de parqué claro sobre el que me encantaba caminar descalza y en el que alguna vez me había dado algún porrazo por deslizarme con los calcetines.

Hugo se paró detrás de mí y me acarició ambos brazos en un gesto comprensivo.

—Si no estás preparada para dejarlo no te preocupes, puedo buscar otra cosa.

—No, no es eso, Hugo.

—¿Qué pasa entonces, nena?

—Que mi historia se acaba aquí, todos esos años que viví...

—Todo eso será siempre parte de ti, no se acaba nada, Ale, ahora todo sigue.

Estuve en silencio unos instantes, me tomé un momento para mí y me sequé unas lágrimas que amenazaban con salir.

Pedimos unas pizzas para cenar y cuando llegaron nos sentamos en la alfombra del salón dejando las cajas en la mesita baja.

—Estoy molido.

—Yo también, mañana no me quiero levantar temprano.

—Candela no te va a dejar dormir —me advirtió y sonrió.

—Pues la invito dentro, he perdido la cuenta de las veces que hemos compartido la cama.

—Mañana toca vuelta a la realidad.

—¿Tú también trabajas? —Asintió dándole un bocado a su trozo de pizza—. ¡Madre mía! No he llamado a Olivia.

Me levanté y cogí mi móvil corriendo, cuando volví me senté en el mismo sitio y marqué la tecla para hacer una videollamada.

—¿Qué horas indecentes son estas para llamar? —Cogió la llamada con el ceño fruncido y después sonrió—. Es broma, necesito escuchar cómo ha ido esa despedida de soltera.

—Lo siento, Oli. ¿Cómo estáis?

—Bueno, bien.

—¿Ha pasado algo?

—Anoche estuve en el hospital, tuve un pequeño susto con un sangrado. —Miré a Hugo y se asomó en la pantalla—. ¡Hola! ¡Me alegro de verte otra vez!

—Y yo, Olivia.

Comenzaron a hablar de ese pequeño tema médico, incluso Iván se coló en la llamada y se quedaron más tranquilos después de hablar con Hugo.

—Dile a Alma que mañana en cuanto llegue voy a visitarla. Tengo muchas ganas de veros.

Olivia comenzó a llorar y negó con la cabeza.

—Las hormonas y el susto, no es nada.

—Dile que tú también la has echado de menos. —Se escuchó a Iván por detrás y me reí.

—Tranquilo, ya se lo has dicho tú por mí.

—Mañana nos vemos y te lo cuento todo.

—¿Todo inclusive qué haces con Hugo a las diez de la noche de un domingo rodeada de cajas de mudanza? Y no me digas que es porque te vuelves a ir a vivir allí que me da algo.

—No. —Sonreí—. No es por eso.

—Ayer vi a Matías.

—¿Y qué tal?

—Bien, como siempre, con su trabajo y esa vida suya ajetreada. No me preguntó por ti, supongo que aún está reciente.

—Supongo. —Me encogí de hombros—. Tengo que colgar, Oli. Nos vemos en unas horas. ¡Os quiero!

—Y nosotras a ti.

Me quedé mirando el móvil ensimismada en mis pensamientos. Fue el sonido de los platos chocando en el fregadero lo que me sacó de mi ensoñación.

—Te vas a quedar sin platos y todavía no has pasado ni una noche aquí. —Me asomé a la barra y me senté en uno de sus taburetes.

—Seguro que la casera me perdona si rompo un plato. —Se asomó y dejó un beso en mis labios.

—Esto va a ser... raro.

—¿El qué?

—Tú aquí, yo allí.

—No va a ser raro, será diferente y ese también es el quid de la cuestión.

—Puede que tengas razón.

Hugo se colocó entre mis piernas y acarició aquel colgante que caía hacia mi escote. Posé ambas manos en sus brazos, observando cómo sus dedos jugueteaban con mi piel y nuestras miradas se cruzaban con lascivia de vez en cuando.

—Hueles de vicio —susurró en mi oído mientras acariciaba el arco de mi cuello con la punta de su nariz.

—Hugo.

—¿Qué? —preguntó mientras me miraba—. ¿Quieres que pare?

—No, quiero que lo hagas ya.

—Creía que te gustaba que te sedujera.

—¿No crees que han sido varios meses de tira y afloja?

Hugo me miró sonriente, sus ojos se escondían en aquella sonrisa que denotaba tranquilidad, esa paz que te invade cuando te encuentras en el lugar en el que quieres estar. Deslizó una de sus manos hacia mi pecho mientras que la otra me acercó hasta que sus labios y los míos se unieron y

empujaron tratando de hacer aquel juego de lenguas más intenso. Mi piel se erizó con el contacto de sus dedos, no era frío en pleno junio, eran esos nervios que revoloteaban cuando me tocaba. Metí mis manos debajo de su camiseta y palpé su abdomen, agarré ambos lados de la tela y la deslicé hacia arriba tirando después la prenda al suelo. Nos separamos tras unos segundos y me mordí el labio inferior. Él pasó sus manos por mi rostro con delicadeza, como quien descubre a alguien por primera vez, y apoyó su frente en la mía.

—Sí que estás más moreno —dije paseando las yemas de mis dedos por su torso y él me levantó a horcajadas agarrando mis muslos.

Me apoyó en la barra de la cocina y quedé a su altura, volvimos a besarnos, no recuerdo cuánto tiempo estuvieron recorriéndose nuestras bocas, solo sabía que me estaba quemando, que Hugo hacía que cualquier gesto se convirtiese en algo que necesitaba cada vez más. Toqué su erección por encima del pantalón y soltó un bramido.

—No hagas eso o acabaremos pronto.

Le reté con la mirada y desabroché su cinturón con la mala suerte de quedarme atascada en el botón del pantalón.

—Maldita sea —protesté y él reía hasta que conseguí desabrocharlo con manos temblorosas.

Volvió a levantarme con sus brazos y me condujo hacia el sofá, me recostó y trató de desabrochar la cinturilla de mi pantalón corto hasta deshacerse de él, siguió con la camiseta dejándola junto a este.

—Tú también estás más morena —observó repasando mi piel con sus labios.

Me retorcí en el sofá y eché mi cabeza hacia atrás en cuanto su boca se fue deslizando por las caras de ambos muslos, dejó unos cuantos besos húmedos en ellos, y de un tirón rasgó uno de los lados de mis bragas tirándolas también al suelo.

—¡Serás bruto! —me quejé entre risas—. Me debes unas...

Callé en cuanto Hugo comenzó a besar la cúspide de mis muslos, después solo se escuchaban mis gemidos en forma de aullidos y la humedad de su lengua deslizándose entre mis pliegues. Enterré mis manos en su pelo corto y subí las caderas pidiéndole con aquel gesto que no parase aún. Hugo se levantó con los labios brillantes y me sonrió antes de volver a centrarse en mi sexo. Pasaron unos minutos hasta que mi cuerpo entero se tensó haciéndole saber que casi estaba y su lengua siguió con rotundidad haciéndome llegar al clímax en torno a su boca y con su nombre entre mis labios.

Cuando recuperé el ritmo normal de mi respiración conseguí quitarle finalmente los pantalones y deshacerme de aquel bóxer negro, di la vuelta para colocarme encima de él y paseé mi lengua desde su ombligo hasta los pectorales recreándome en su cuello.

—Eres mala —me dijo seguido de un «te necesito».

Se incorporó para desabrocharme el sujetador, en un «clic» lo deslizó por mis hombros tirándolo junto al resto de ropa y buscó mi pecho que lamió y mordió con urgencia. Nos fundimos allí, entre gemidos, los dientes chocando en algún beso y las ganas contenidas desde hacía tiempo.

Froté mi humedad con su miembro, lo agarré y agité varias veces observando cómo Hugo entreabría su boca y oí algún bramido saliendo de ella. Tenía los ojos cerrados y el pelo alborotado, se dio cuenta de que lo estaba mirando y me sonrió justo antes de volver a hundir sus manos en mi piel.

Conduje su erección hacia mi interior, gemimos cuando volvimos a sentir esa calidez después de algún tiempo y Hugo me miró acariciando mi brazo.

—¿Estás segura de hacerlo sin protección?

Asentí.

- Ahora no hay nadie más.
- Solo nosotros —susurró.
- Solo nosotros —repetí.

Comencé a moverme encima mientras él agarraba mis caderas acompañando nuestros movimientos. Nos tuvimos así hasta que acabamos deslizándonos sobre la mullida alfombra y se colocó de nuevo sobre mí dejando que mis piernas abrazasen su cintura. Volvió a introducirse en mi interior, dibujó círculos con sus caderas hasta que comenzó a entrar y a salir con una lentitud tortuosa. Clavé mis uñas en su espalda, la noté tensa por el esfuerzo, y agarré su mano para llevarla a ese punto en el que sentía que volvería a explotar. Sus dedos y los míos se cruzaban en mi humedad, enseñándole el camino al mismo tiempo que seguía empujando entre mis piernas. Éramos un amasijo de todas esas cosas que estábamos descubriendo de nuevo, aquel amor que se había fraguado lento durante unos meses se dejaba entrever en la inexistencia de la prisa cuando nos tocábamos.

Sus acometidas se hicieron más rudas y frecuentes, sus manos estaban por todo mi cuerpo y yo me agarraba a su cuello acercándome aún más a él. Recuerdo que Hugo me miró con los ojos brillantes, unas gotas de sudor corrían por su frente por el esfuerzo y el calor.

- Hugo, me voy —le avisé.
- Espérame.

Me derrumbé en el suelo con dos acometidas más y él aceleró hasta que logró unirse a mis últimos jadeos. Noté que se derramaba en mi interior en dos largas veces mientras movía su cadera hacia delante y atrás. Se quedó apoyado en mi pecho, tratando de recuperar fuerzas mientras yo acariciaba su espalda marcada con mis dedos.

- Nunca te olvidé —me confesó tras un silencio—. Nunca quise hacerlo.
- Yo tampoco.

Unos minutos después nos levantamos y fuimos hacia el baño, allí nos dimos una ducha con las caras enrojecidas acompañadas de una sonrisa, sin decir nada porque ninguno queríamos romper aquel clima que se creó en torno a nosotros hace tan solo unos minutos.

Hugo salió de la ducha y se colocó la toalla en la cintura. Me recreé en su piel y recorrí con mis ojos cada uno de los puntos de su cuerpo. Hugo era... cómo decirlo: un maldito espectáculo. Su pelo moreno caía húmedo en la frente, tenía el mentón marcado y sus labios de bizcocho estaban rojos por los besos. Sus brazos nervudos o el torso definido acompañaban a su rostro poniéndole, como quien dice, la guinda al pastel.

- ¿Qué miras? —me preguntó con una sonrisa.
- A ti, ¿no puedo?

Hugo se coló por el hueco de la ducha y me acercó a él de un tirón haciéndome soltar una risa infantil.

- Me puedes desgastar con la mirada si quieres, pero nunca dejes de mirarme así.
- ¿Así cómo?

—Como se mira a alguien que quieres y que llevas tiempo esperando. Yo no te puedo mirar de otra manera.

Nos besamos y salió del baño a recoger la ropa que dejamos tirada por el salón después de habernos sentido de nuevo.

Cuando salí de la ducha me cubrí con la toalla y me miré en el espejo. Aquel reflejo era el de la Alejandra de siempre, la que, sin yo saberlo, me había acompañado durante todo este tiempo. No la había olvidado, no la había dejado atrás, era solo que necesitaba volver a vivirse, perseguir sus sueños y recuperar esa ilusión que a veces la vida deja guardada en un cajón hasta que llega el

momento en el que la saca a relucir de nuevo.

Hugo se asomó al baño, dejó un beso en mi cuello y sonrió.

—Te espero en la cama, canija.

Y aquello me reconfortó.

Ya no había una lucha entre quien fui y quien quería ser, ahora, simplemente, era. Seguían existiendo los miedos, sin embargo, aprendí a darles la mano, todos y cada uno de nosotros lo hicimos, aprendimos a escalar nuestra montaña particular y ahora estábamos en una de esas cimas disfrutando del espectáculo porque habíamos aprendido que nuestras alas existían para volar.

Epílogo

«El tiempo de nuestras vidas»

Sonaba en aquel tocadiscos un disco con tan solo tres canciones. Su carátula estaba garabateada y apoyada en aquella mesa en la que solo existía la música. Acababan las tres y se repetían, una sucediéndose a otra, como en un recuerdo de momentos vividos.

Me asomé un instante a mi pequeño balcón, eran las tres de la mañana y solo se escuchaba el ruido de algunos coches circular. Las luces de Malasaña brillaban a lo lejos y sus banderines se agitaban con el viento. Suspiré y sonreí como quien consigue llegar a la meta de algún lugar. Recordé los aplausos de aquella noche, después de una semana de pases y el éxito que estaba teniendo aquel musical no terminaba de acostumbrarme a las ovaciones, a la gente que se levantaba y miraba hacia el escenario emocionada, con los ojos inundados en lágrimas de felicidad. Aún no me acostumbraba a pisar el escenario, a sentir esos nervios previos y el miedo porque algo no saliese bien; no me acostumbraba a aquella gran familia que se forjó en esos meses tan duros de ensayos, esa familia que sustituía un poco a las nuestras porque el trabajo no nos dejaba ni tiempo ni espacio para dedicarnos de pleno a ellas.

Olivia era la única que me veía entera y que me acompañaba, era mi agente y no se había perdido ni un pase. Todas las noches estaba allí, dando el callo, aplaudiendo como si cada vez fuera la primera vez que me veía, incluso teniendo un bebé hacía todo lo posible para estar conmigo.

Alma nació la madrugada del catorce de agosto, recuerdo que Olivia y yo estábamos cenando tacos en su casa porque se le habían antojado, Iván llegó poco después y mientras él se duchaba ella fue a coger de la cocina un plato y un vaso y me llamó gritando.

—¡Alejandra! ¡Ay, que me he meado encima!

Salí corriendo hacia la cocina y no se había hecho pis precisamente...

—Acabas de romper la bolsa. —Nos quedamos mirando al suelo y grité el nombre de Iván alarmada también.

—¿Qué pasa? —Salió a trompicones del baño y miró el suelo—. ¿Ya está aquí? Voy a coger las cosas. ¡Mierda! No he puesto la sillita en el coche.

—Que no cunda el pánico, no va a salir disparada. —Nos tranquilizó ella—. Baja a poner la sillita.

—Tienes el bolso preparado, ¿no? —le pregunté a Olivia y asintió.

—Ay, ay, ay. —Se encogió sobre sí misma y soltó aire sonoramente.

—Es una contracción. —Iván cogió su teléfono, abrió una de esas aplicaciones y comenzó a contar cada cuanto tiempo tenía una.

Bajó a instalar la sillita mientras yo me quedaba con Olivia. Se sentó en una de esas pelotas de pilates e intenté ayudarla con movimientos pélvicos y con la respiración. Contamos el tiempo que pasaba entre contracciones, la ayudamos también a que se diese una ducha antes de ir al hospital, y cuando salió eran tan frecuentes, que cogimos todo lo que habían preparado y salimos de allí.

Olivia ingresó aquella madrugada con casi seis centímetros de dilatación. Llegó al hospital pidiendo la epidural y cagándose en todo lo que se meneaba por los dolores que tenía. Insistió en que no la dejase sola, Iván también me pidió que no me fuera y allí, los tres, cuando el dolor remitió, comenzamos a reír de los nervios después de recordar el charco que Olivia decía que era

pis.

A las seis de la mañana volvieron a hacerle un tacto para decirle que todo iba bien y que ya estaba en completo. Antes de que se la llevaran al paritorio la abracé y también a Iván.

—Vais a ser los mejores padres. Venga, que tenéis que conocer al amor de vuestra vida.

Olivia iba en la camilla llorando, emocionada y de la mano de Iván. Yo me esperé en la habitación hasta que, una hora y media más tarde, subieron a mi amiga con su niña en el pecho. Alma era preciosa, tenía la cara sonrosada y los mofletes gorditos, los dedos de sus manos eran finos y largos, bromeamos con que tenía manos de pianista y Olivia me enseñó una pequeña mancha rosada que tenía en el muslo.

—Los antojos —le dije y ella sonrió con los ojos llorosos—. Has sido una campeona. Enhorabuena, Oli, es preciosa.

Nos abrazamos los tres como pudimos, en un momento aquella habitación se convirtió en un mar de lágrimas de felicidad.

Como iba diciendo antes de recordar el parto de Olivia, estar lejos de mi familia era difícil, cierto era que nos llamábamos a cada rato que tenía y nos contábamos cualquier cosa. Candela estaba buscando piso en Madrid, Nuria y Óscar con los nervios a flor de piel, mi madre con mucho trabajo y Hugo... pues llevábamos nuestra relación como podíamos. Era cierto que no fue un principio idílico, que nos planteamos también que quizá no era el momento entre tanto estrés y el poco tiempo que yo tenía, pero todo eso se disipaba cuando me sorprendía en el teatro después de algún pase y me decía que me había echado de menos.

El sábado en el que se celebraba la boda tuve permiso para ir. No había dormido apenas la noche anterior, era todo tan desastre que ni me había probado el vestido, así que imaginaos. Salí hacia Atocha y cogí el tren a las siete de la mañana, tres horas después llegué a Málaga con una maleta pequeña y Rubén me esperaba levantando los brazos.

—¿Creías que no te iba a ver? —pregunté entre risas.

—Por si acaso, no hay tiempo que perder.

—¿Cómo están todos? —Quise saber.

—De los nervios es poco, hui del hotel porque me iba a volver loca yo también.

—Ay, mi madre.

—Tú madre también está atacada, sí.

Agité la cabeza y reí.

—¿Y tu traje? ¿Lleva patitos de goma?

—Mi traje es. —Hizo aspavientos con las manos y lo entendí mientras me reía.

—Yo ni siquiera tengo.

—Seguro que Marina te tiene preparado un vestido espectacular.

—Mi madre me habrá puesto dos velas negras por no haber podido coger antes el tren.

—Anda ya, ella entiende tu trabajo. Todos estamos muy contentos por eso.

Nos abrazamos y así, agarrados, llegamos hasta el coche mientras seguíamos hablando. Me dejó en el taller de mi madre. Carmen estaba sola con las máquinas de coser y cuando me vio entrar se levantó sonriente.

—¡Ya estás aquí, niña! Toma, mírate esto. —Bajó una funda con un vestido y me lo dejó en el probador.

Lo saqué de la funda, me desnudé rápidamente y me lo probé. El vestido era un *color block* de manga larga en blanco y negro cuya tela tenía destellos brillantes; el escote era asimétrico, cruzaba mi pecho desde el hombro hasta la cintura dejando un hueco con forma de lágrima y desde el muslo se abría una raja que dejaba ver mi pierna izquierda. Me subí en las sandalias de tacón

que saqué de la maleta y comprobé que el largo del vestido estaba bien. Maldije cuando vi que me sobraba por la cintura, los ensayos habían pasado factura.

—Ya, Carmen.

—A ver... —Se asomó—. Te cogemos una pinza aquí y ya está listo. No te preocupes.

—¿Crees que llegaré a tiempo?

—En un periquete lo tengo.

Llamé a Candela para ver si podía hacer algo durante ese tiempo, estaba con Nuria en la habitación y puso el manos libres. Escuché una música relajante de fondo y contuve la risa.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Mantener los chakras a raya —contestó Candela—. Ohmmm... —Escuché—. Estamos meditando, necesitamos calma.

—La maquilladora se ha puesto enferma.

—Ohmmm. —Repitieron las dos.

—Estamos intentando tranquilizarnos porque entre Nuria y yo lo vamos a intentar.

—Ohmmm.

—Vale, pues cuando tenga el vestido voy. ¿Hace falta que haga algo?

Me mandaron a recoger unas flores y unas cestas a una tienda. Lo hice mientras Carmen me arreglaba el vestido, cuando terminó volví a probármelo y ya estaba todo listo. Eran las doce del mediodía, salí corriendo con la maleta y la funda para ir directamente a casa. Al llegar me sorprendí al ver que aquello no era un gallinero, que mi madre estaba nerviosa, pero no era para tanto, y que Óscar estaba en el sofá relajado.

—¿Qué le pasa a este?

—Se ha tomado una tila.

—Seguro que una tila y no un Valium, ¿no?

—Seguro.

Abracé a mi madre y me senté al lado de Óscar.

—He ido al baño tres veces.

Me reí y me acurruqué en su pecho.

—Todo va a salir bien, hay que tomárselo con un poquito más de calma.

—¿Has hablado con Nuria? —Asentí y él dejó un beso en mi sien—. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—Alejandra, venga, que te tienes que arreglar esos pelos que traes.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Esta así. —Hizo un gesto con su mano con el que me indicó que estaba chafado y me levanté.

—Es por la peluca que me ponen, parece que me ha lamido una vaca cuando me la quito.

—Venga, abrevia.

Me metí en el baño y me di una ducha rápida, dejé que mi pelo se secase un poco mientras intentaba esmerarme con el maquillaje que resultó en un ahumado negro con toques satinados. Para rematar puse la nota sutil en los labios usando un labial fijo en color *nude* y salí acalorada.

—Solo me queda peinarme, después tengo que ir al hotel a ver cómo van las niñas —avisé y ambos asintieron.

Salí de mi casa con todos los tirabuzones cogidos en pinzas y la cabeza que parecía una señora con rulos. Cuando llegué a la habitación donde estaba Nuria, Candela me abrió y comenzó a reírse.

—No me digas que has ido así por la calle.

Me asomé y Nuria también se rio.

—Por lo menos mi peinado sirve para aliviar tensiones.

—¿Cómo estoy? —me preguntó mi cuñada y yo la miré con ternura.

—Estás preciosa.

—¿Ha quedado bien el maquillaje?

—Ha quedado mejor que aquel que me mandaste, no sé por qué no creíste en ti desde un primer momento.

—Eso mismo le he dicho yo. ¡Mira que ojazos! —Candela le dio un beso y se sentó en la cama. Era cierto que sus ojos azules oscuros resaltaban con esos sutiles tonos entre marrones y rosados de su párpado—. Pestañea y levanta el aire.

—Qué exagerada. —Le quitó Nuria importancia—. ¿Y Óscar?

—Drogado.

—¿Cómo que drogado?

—No se habrá fumado nada, ¿no? —Quiso saber Candela.

—¡No! Se tomó una tila y se tumbó un rato en el sofá, no había dormido nada.

—Puedo ir para allá y hacer una sesión de «ohmmm» con él. Me lo aconsejó el psicólogo, dice que meditar me ayuda a salir del bucle. Era urgente, estábamos en crisis. —Nuria asintió.

Comimos en la habitación y brindamos con nuestras Coca-Colas para que todo fuese bien. Después de comer, mientras terminaba de soltar las pinzas de mi pelo y abrir los bucles, llegó Lucas con su otra abuela y nos vestimos los dos con ayuda de las tres para volver a casa con Óscar. Esto de las fotos... me iba a volver loca. Salimos de allí corriendo, y justo cuando llegamos a casa y mi madre abrió la puerta, me entraron unas ganas tremendas de llorar. Mi hermano me apretó entre sus brazos y escondió su cara en mi pelo.

—Como llores tú voy a hacerlo yo —me advirtió y sonreí.

—Me pido uno como tú para el resto de mi vida.

—A mí ya me tienes, enana. No llores, que estás preciosa.

Lucas nos llamó para que le prestásemos atención y su padre se deshizo en halagos hacia él mientras lo abrazaba. Cuando el fotógrafo llegó, nos hizo unas cuantas fotos, y en el momento en el que tocaron al timbre y entraron los amigos de Óscar, se armó la marimorena. Salí de allí llorando literal, esa vez de la risa; Lucas no quería irse, estaba muy entretenido, pero no podíamos partirnos para estar en los dos sitios a la vez, además, él quiso entrar con su madre.

De vuelta a la habitación del hotel, vimos desde la barrera cómo Nuria posaba para las fotos tal y cómo le indicaban, la ayudamos a vestirse, y cuando Lucas entró en la ecuación, nos fue imposible no soltar alguna de esas lágrimas que intentábamos aguantar. Estaba preciosa, brillaba, y en el momento en el que su madre le colocó el velo Candela se abrazó a mí pidiéndome otro pañuelo.

—Se te va a correr el rímel —le dije cuando vi que los lagrimones no paraban de correr por sus mejillas.

—Es *waterproof*.

—Parece una princesa —susurró Lucas dándonos la mano a ambas y asentimos—. ¿Estáis tristes?

—No. Estamos contentas, muy contentas.

—¿Y por eso lloráis?

Candela se agachó para llegar a su altura.

—Hay veces que también se llora de felicidad, cariño.

El niño asintió satisfecho y salimos de la habitación. El coche la estaba esperando fuera, era negro, uno de esos coches de coleccionista que la gente alquilaba para ocasiones especiales. La

ayudamos a subir, Candela, Lucas y su madre se fueron con ella mientras yo las seguí en otro coche.

Al llegar a la finca en la que se celebraba la ceremonia vimos que el coche de mi hermano había llegado, Nuria respiró aliviada y salió, la ayudamos extendiendo el velo y nos dimos un abrazo antes de que entrase a la iglesia.

—Te quiero, Nuria.

—Y yo, Ale. Gracias, gracias por todo.

Ambas nos sonreímos aguantando las lágrimas, sabíamos que aquel «gracias» no era por ayudarle a colocar el velo en el suelo, sino por haber estado, por habernos apoyado, por haber priorizado a la familia en un momento, por haber sacrificado durante un tiempo esa vida que volví a recuperar, por quererlos, por querernos.

Me despedí también de Candela y entré camuflándome entre los invitados hasta llegar al altar donde Óscar charlaba con Carlos y mi madre. Nos abrazamos cuando nos vimos y le piropeé.

—Hola, príncipe —le saludé—. Reza para que no me salga un gallo.

Se santiguó y me reí.

—¿Vamos? —me preguntó Carlos.

—Todo listo.

Los acordes de «Stone cold» comenzaron a sonar en el piano de la mano de Carlos. Aquella canción no era romántica, todo lo contrario, pero era la favorita de Nuria y le removía mil cosas cuando la escuchaba. El día que me dijo que quería entrar con esa canción y que yo la cantase le dije que estaba loca, habíamos bebido un poco y lo achaqué a eso, pero ella me cogió la mano, me miró y me lo pidió totalmente en serio. Asentí porque... la quería, simplemente.

Mi voz comenzó a acompañar a esos acordes, cerré los ojos mientras pensaba en la letra y solo los abrí al final cuando, poco antes de que la canción terminase, Nuria entró. Vi que Óscar lloraba e intenté aguantar el tipo hasta el final de la canción cuando la cogió de la mano y se abrazaron susurrándose alguna cosa seguro que mágica.

La ceremonia fue muy emotiva, ambos se dijeron los votos y lloramos como magdalenas. Justo antes de dar el «sí, quiero», y esperando que nadie tuviera más que decir, Candela levantó la mano ante la mirada de pánico de muchos de nosotros y se rio subiendo al altar y desdoblado un papel.

—Hola a todos, sé que no lo esperabais y que probablemente estéis asustados, pero la ocasión merece un discurso, así que voy a intentar hacerlo bonito. —Guiñó un ojo y la escuchamos impacientes y con algo de miedo—. Nuria llegó a mi vida al mismo tiempo que a la de Óscar y a la de su hermana. Las tres nos hemos convertido en una especie de trío La La La, somos Flora, Fauna y Primavera en ocasiones, otras somos más como Shrek, Fiona y el Asno, qué le vamos a hacer. —Se escucharon unas risas y mi hermano agitó la cabeza, divertido—. Las tres nos hemos visto crecer, hemos reído mucho, hemos sido el paño de lágrimas de la otra y ofrecido soluciones cuando alguna tenía un problema. Hemos sido hermanas, de distinta sangre, pero hermanas, por eso no importa el lugar en el que cada una se encuentre, lo que la vida nos tenga preparado, al final del día sé que siempre vais a estar vosotras. Ay, Óscar... —Meneó la cabeza y se rio—. A ti te quiero igual, eres ese hermano que nunca tuve, con el que me he zurrado, al que he abrazado, el que me ha aconsejado y también me ha abierto los ojos en muchas ocasiones. Para mí sois mi familia y veros aquí, hoy, después de todo lo que hemos vivido, me hace tan feliz como si la que estuviera ahí, casándose, fuese yo. —La gente volvió a reír y mi amiga nos miró—. No dejemos de celebrar la vida juntos. Os quiero.

Un aplauso sonoro arrancó y Candela bajó para abrazarse a los dos. Después se dieron el «sí, quiero», y cuando la ceremonia terminó, los esperamos haciendo un pasillo con una bolsita en

nuestras manos llena de pétalos de rosa y arroz.

Me paré un momento cuando lo vi hablando con los amigos de mi hermano, estaba guapísimo, llevaba un traje azul oscuro con la camisa celeste y sin corbata, odiaba las corbatas. Candela me dio un codazo señalándolo y me dirigí hacia donde se encontraba. Le tapé los ojos con mis manos y él dejó las suyas encima de las mías, no hacía falta que le dijera quien era, lo supo tras rozar aquel anillo que seguía llevando en mi dedo índice. Cogió mis manos, se dio la vuelta y me sonrió socarrón antes de dejar un beso en mis labios.

—¡Que vivan los novios! —vociferaron Rubén y Aitana tirando arroz sobre nosotros y nos separamos entre risas.

—¡Estáis locos! —Tiré un puñado de arroz en defensa y miré a mi madre que se reía.

—Este sí que es el chocolate de tu huevo Kinder. —Me guiñó Rubén un ojo y nos carcajearnos.

Los novios salieron y la lluvia de arroz y pétalos comenzó y no cesó hasta unos instantes más tarde. De allí podíamos haber sacado, por lo menos, diez paellas. Nos dirigimos después al jardín donde se celebraba la copa de bienvenida, bebimos algunas cervezas y perseguimos al chico que tenía los canapés que más nos gustaban. Cuando los novios entraron, lo hicieron bajo la canción de «Salta», que nos hizo bailar a todos copa en mano, haciendo un círculo enorme mientras vociferábamos la canción, y de seguido pasamos a sentarnos cada uno en la mesa asignada.

Candela, Rubén, Dani, Aitana, Hugo y yo íbamos en la mesa junto a los amigos de mi hermano, servimos una copa de vino y brindamos todos en el centro por los novios. Cada vez que miraba hacia Nuria y Óscar tenían en su rostro dibujada una sonrisa infinita, de las eternas, y no podía evitar emocionarme.

—Uy, Hugo, Ale se está pensando eso de casarse.

Hugo pasó su brazo por el respaldo de la silla, acarició mi hombro y después dejó un beso en él.

—Pero mira, él ni protesta —apuntó Rubén.

—A mí no me va eso de casarme.

—Va de tío duro —le dijo Candela a Rubén.

—Para tener un compromiso con alguien no hace falta pasar por el altar, Candelita —le explicó y ella frunció el ceño no muy convencida.

—Solo estoy contenta por ellos, deja de imaginarme vestida de blanco.

—Estarías muy guapa —aseguró Hugo y yo negué sonriendo.

—¡Ves!

—Venga, se acabó la conversación. —Zanjé bebiendo de mi copa.

Comimos un sinfín de entrantes. Antes de que trajeran el plato principal, Candela se dirigió al hombre que estaba poniendo una música de ambiente con la que, de verdad, podíamos quedarnos dormidos, y volvió victoriosa a la mesa con «Uptown Funk» sonando detrás de ella. Nos levantamos todos, servilleta en mano, Nuria y Óscar se acercaron a nuestra mesa y allí, entre el camarógrafo y los *flashes* de algún móvil, estuvimos cantando y bailando. Nuria incluso se subió a una de las sillas y acabó tirándose de espaldas como si estuviera en un concierto de rock mientras coreábamos su nombre para animarla. Aquello se convirtió en una feria durante los minutos en los que duró la canción.

Volvió la calma con el primer plato sucediéndole a este el segundo, nos estábamos poniendo como el Quico de tanto comer y beber. Cierta era que ese mareo divertido ya estaba haciendo mella en todos los que estábamos sentados en aquella mesa.

—Te brillan los ojos, seguro que ya estás mareada.

—¿Tú no?

—Estoy perfecto, ¿no me ves?

—Ya veremos cómo acaba la noche, ya...

—Espero que contigo en mi cama, tu olor se esfumó de las sábanas hace tiempo, necesito que huelan a ti otra vez.

Acaricié su mentón y le besé, no fue solo un roce de labios, nuestras bocas encajaron y comenzaron a jugar animadas hasta que nos dimos cuenta de dónde estábamos. Cuando nos separamos mi sobrino estaba parado delante de nosotros y nos miró extrañado con su pequeño ceño fruncido.

—Hola, campeón —saludó Hugo.

—¿Has cenado ya? —le pregunté y él asintió—. ¿Quieres sentarte aquí? —Lo alcé y se sentó sobre mis rodillas.

—¿Hugo y tú sois novios? —soltó y Hugo rio.

—Bueno... algo así.

—Sí son novios, Lucas, cielo —le explicó Candela y le acarició su carita—. No confundas al niño —me regañó y puse los ojos en blanco.

—Entonces si tú eres mi tita, Hugo puede ser mi tito.

—Esto... —Miré a Candela encogiéndome de hombros y al niño, que había pasado ya a sentarse en las piernas de Hugo mientras le miraba sonriente—. Sí, supongo que sí.

Lucas abrazó a Hugo como si fuese algo que estuviese esperando, poder llamarle de aquella manera los acercaba a los dos aún más, aunque yo creo que ellos ya se sentían unidos de alguna forma antes de que todo esto ocurriera. Los niños y su instinto. Hugo apretó entré sus brazos a Lucas, le hizo después cosquillas arrancándole un par de carcajadas y aquello... aquello fue especial.

—Al final lloro otra vez —le dije a mi amiga y me abrazó.

—Lo que está destinado a ser... siempre será. Lucas nos preguntó más de una vez pensando que como yo era una amiga y me llamaba tita, a Hugo lo podría llamar así también.

—Es demasiado listo. —Sonreímos.

—¿Qué es eso, tito? —Señaló con uno de sus dedos lo que había en el plato.

—Helado de vainilla, ¿quieres?

—Pero bueno, ¿y tu postre?

—Me pusieron tarta y yo no quería tarta, eso solo se come en los cumpleaños, ¿a que sí? —preguntó buscando la aprobación de Hugo y este se la dio riendo.

—Uy, qué rollo tienes.

—Ha salido peliculero, como sus tías —dijo Hugo.

—Será como su tía —apuntó Candela.

—Y tú no tienes cuento, ¿verdad?

—Sabes que ninguno.

Tuvimos que reírnos, aquí el drama lo llevábamos todas por bandera.

Antes de que pasáramos a las copas, los chicos decidieron llevarse a Óscar, según ellos, a darle un regalito, y lo devolvieron blanco como la pared.

—Me han manteado, creo que voy a vomitar.

—Ni se te ocurra —advirtió Nuria y se sentaron allí un rato con nosotras hasta que volvió a recuperar el color.

—No se te ocurre nada bueno, Carlos, como seas así también cuando tienes que ligar...

—Para eso se me ocurren unas ideas de puta madre.

—Seguuuro —contestamos Candela y yo al unísono y rieron.

- Cuando queráis os las demuestro.
- A mí déjame fuera del saco —pedí.
- A mí fuera y lejos —suplicó mi amiga y nos carcajamos.
- De verdad, Carlos, no tienes nada que hacer contra ellas —dijo sabedor mi hermano.
- Es una batalla perdida —añadió Hugo y nosotras nos chocamos los cinco.

Salimos de allí con Nuria y fuimos hacia el baño, la ayudamos a quitarse el velo y después llegamos a la otra parte de la finca donde podíamos pisar suelo firme para bailar. Óscar fue al encuentro de Nuria y le plantó un beso mientras que el resto contamos en voz alta los segundos que duraba, después se separaron sonrojados.

—¡Copitaaa! —gritó Candela y se abrió paso hasta la barra libre. Rubén, Aitana y yo la acompañamos y pedimos tres *gin-tonics* suavécitos. Eso no se lo creía nadie, la verdad.

- ¡Niña, brinda! —la increpó Rubén antes de que le diera un sorbo.
- Porque esta noche sea eterna.
- ¡Salud! —Bebimos y bailoteamos allí pegados a la barra.
- Vi que mi madre llegaba con Pedro y nos acercamos.
- Mamá, que esta noche tienes que conducir tú.
- Sí, yo, que llevo con el carné caducado más años que los que tiene tu abuela.
- Pues entonces dormiremos en el césped —dijo mi amiga.
- Si habéis reservado habitación, a quién queréis engañar.
- Pedro se reía de aquella conversación.
- ¿Qué bebes, Pedro? Venga, que te invito.
- ¡Serás caradura! —me regañó mi madre mientras mi amiga y él se carcajaban.
- Ay, mami. Vamos a bailar, venga.

La saqué a regañadientes, sonaba «Pégate», de Ricky Martin y mi madre se la sabía, se animó y todo mientras los demás nos hacían un pequeño coro. Recuerdo que Pedro estaba dando palmas y cantando como el resto de mis amigos, la animaba y ella se reía. Óscar entró también en aquel pequeño círculo y me relevó bailando con ella más pegado mientras todos gritamos un «uhhh» que hizo que mi madre se sonrojase. Llevábamos el baile en la sangre, eso no se podía negar. Según mi abuela, de pequeños bailábamos hasta la música del telediario y, a veces, cuando hablábamos, me recordaba la canción de los gorilas que bailaba de pequeña.

Fui a buscarla, era cierto que la cadera no dejaba que se mantuviera en pie mucho tiempo, y cuando me vio llegar sonrió.

- Mi niña preciosa.
- Abuela. —Le di un sonoro beso—. Vamos a bailar un rato.
- ¿A bailar? Si yo hace que no bailo un siglo, mi marido me sacaba a bailar pasodobles, bailaba muy bien.

Vi a Hugo, cruzamos una mirada y le llamé para que me ayudara.

- Vamos a bailar, dile que se anime.
- Venga, Alegría, agárrese.
- Qué zalamero eres. —Hugo y yo nos reímos—. Esta niña mía vale mucho, tú lo sabes, ¿verdad?

Hugo asintió y ella le palmeó la mano.

Cuando llegamos con mi abuela, Óscar la agarró y se movía con ella como si fuera un muñeco de Playmobil, hasta los bailes latinos los hacía ella como si fuesen un pasodoble, nos movimos después al ritmo de «Mayonesa». Mi abuela, que había sido cocinera durante toda su vida, hizo como si en vez de batir tuviera una túrmix, como ella decía, y en lugar de círculos la movía arriba

y abajo; para que no se cortase la mayonesa, hombre. Nos divertimos con mis tíos y mis primos mientras sonaba el, yo creo, odiado por todos, «Paquito el chocolatero», pero aquello se convirtió en una conga encabezada por Óscar y seguida por Nuria. Lucas iba en brazos de Hugo, resultaba un tanto peligroso que un niño se metiese en medio de tantos adultos algo pasados de copas bailando aquella canción. En un momento las luces se apagaron, esta vez fue porque le tocaba el turno a los novios que escogieron «La promesa», de Melendi. Candela y yo canturreamos aquella canción cuya letra era especial para nosotros. Hugo se colocó detrás de mí, pasó sus manos dejándolas sobre mi estómago y me apoyé en su pecho, sentí cómo dejaba un beso en mi sien y nos contoneamos sutilmente al ritmo de la canción mientras también lo escuchaba murmurar la letra.

«Yo te prometo que yo
seré quien cuide tus sueños
y cuando tú estés despierta
el que te ayude a tenerlos».

No os voy a mentir, Candela y yo lloriqueamos, aunque esa vez sí mantuvimos el tipo. Cuando acabó la canción y se besaron, todos aplaudimos y la música pachanguera fue retomada. Nuria bailó con nosotras aquel «Peligrosa», de J Balvin, coreografía incluida. El camarógrafo vino corriendo a grabarnos y nosotras tres nos coordinamos al ritmo de la canción mientras nos reíamos porque nos pisábamos los vestidos; ese es uno de los contras de los vestidos largos. Después fuimos al baño, toda una odisea. Mi madre nos acompañó y le pedimos que se pusiera de portera, no cabíamos las tres en uno de los cubículos para ayudar a Nuria a levantarle la cola del vestido que pesaba un quintal.

—¡Qué asco! Esto está mojado —se quejó Candela—. Dios sabe qué es.

—Huélelo —le dije.

—Huélelo tú. —Me acercó el dedo y grité.

—¡Que me voy a mear fuera! —chilló Nuria y nos concentramos en agarrar la tela.

—Me matan los pies —se lamentó mi amiga.

—A mí no, no sé cuántas copas me bebí que ni los siento —aseguró Nuria.

—¿Cómo vais? —Quiso saber mi madre.

—¡Ya casi!

Salimos del cubículo sudando, después nos lavamos las manos y terminamos de retocar un poco a Nuria. Agarré mi pelo en un moño. Candela hizo lo contrario, soltó el suyo, y con mi madre nos fuimos a seguir bailando.

Vi a Hugo hablar con una de mis primas, la muchacha tenía buen ojo, pero se marchó después de que el camarero le sirviera una copa. Me acerqué sigilosamente y le rodeé la cintura.

—¿Qué haces aquí solito? —Levantó su copa y la agarré para darle un sorbo.

—Creo que alguien va a dormir muy bien esta noche.

—No pienso dormir hasta que salga el sol. Tengo habitación en el hotel —susurré en su oído.

—Mmm... ¿Y la vas a compartir? —Abrió su mano dejándola sobre mi cintura y me dejé embaucar por aquella cercanía.

—Hay un chico por ahí... Hace algunas semanas que no lo veo, pero creo que le sigo gustando. ¿Me ayudas a preguntárselo? —Me acerqué más a él y rocé sutilmente su entrepierna con mi mano.

—No hace falta que se lo preguntes. —Hugo dejó su copa en la barra y acercó sus labios a los míos con rapidez. Mordió mi labio inferior, lo acarició con su lengua fría por esa bebida y luego volvió a acometer con ella en mi boca. Se me escapó un gemido, bueno, puede que dos. ¿Qué

tendrán los besos que son capaces de encender cualquier encuentro? Me puse de puntillas y posó su mano en mi trasero acercándose a él.

—Creo que tus sábanas van a tener que esperar hasta mañana, hoy podemos recordar en otras.

—Comedí una sonrisa mordiéndome el labio.

Óscar y Candela llegaron agarrados de los hombros y nos miraron fijamente.

—Subid a mi habitación, yo os dejo la suite —pronunció mi hermano con la lengua trabada y sin saber bien lo que decía.

—Vas bien, ¿no? —le preguntó Hugo entrelazando su mano con la mía.

—Estoy de maravilla.

—Pues venga, vamos a bailar. —Le quitó la copa y la dejó en la barra. Seguro que más tarde se lo agradecería.

La noche siguió con el lado más oscuro, la gente se retiraba e iba quedando la resistencia. La música... sonó reguetón del antiguo como «Dale don dale» y «Pobre diabla», de Don Omar, «Gasolina», de Daddy Yankee, que hacía que hasta al que menos le gustaba bailar saliese a darlo todo. El DJ también lo alternó con esas canciones algo más modernas como «Caramelo», de Ozuna o ese «Hawái», de Maluma. En resumen, se ensañó con el reguetón, y como nosotros lo bailábamos todo, la cosa se animó.

—Dios míooo, ¡qué bien me lo estoy pasando! —vociferó Candela.

—«Ven y sana mi doloooo, tienes la cura de este amoooo» —seguí.

—«Hago este llamado para que tu vuelvas» —continuó mi amiga y se unió Rubén.

—«Tú no ves que estoy sufriendo, que es muy dura esta pruebaaaa».

Sobre las seis de la mañana llegó un cargamento con hamburguesas de McDonald's y patatas fritas. Les hicimos una ola a los chicos que las traían. Una ola, un tsunami, un terremoto.

Después de aquella noche, quedábamos los de siempre. Nos sentamos en las sillas que había colocadas en una fila para que la gente descansase y esperamos a que el sol saliera.

—Ven aquí. —Óscar me levantó cogiéndome de la mano y me llevó hacia donde estaba su guitarra. Le pidió al DJ, que ya estaba recogiendo, el micrófono y me dijo que cantase, que le había hecho unos arreglillos a esa canción que le di. Sus dedos comenzaron a tocar y yo agarré el micro mientras el resto nos miraba desde las sillas.

«Tengo marcadas en mi piel algunas promesas,
son unas cuantas a las que falté
y las dejé en la tristeza,
así que olvidé esos bailes
y las canciones
hasta que ahora regresas.

Tú fuiste la herida,
la bala,
aquella historia inacabada.
Fuiste el embrujo que me acercó a ti,
la única que me desarmaba.
Creí en tus promesas y descubrí
que quizá algún día no te volverías a ir,
y ahora sí, creo que nos toca vivir».

Cuando la canción terminó, abracé a Óscar.

—Gracias, es perfecta.

—Me gusta contar que, en ocasiones, hay historias que tienen más de un comienzo.

Volvimos a abrazarnos mientras el resto pedía un bis. Cantamos alguna canción más, eso sí, ya de vuelta con ellos, y cuando el sol salió decidimos que era hora de subir a nuestras habitaciones a descansar.

—Quédate un momento, aún no está arriba —me pidió Hugo señalando al sol, sus dedos rozaron los míos y me senté en su regazo.

Quedarse. Quedarse es la clave de muchas historias, fue la clave de todas y cada una de las que nosotros vivimos. Quedarse para sostener, para reparar, para cuidar, para reír, para vivir. Es una elección que hacemos todos los días, incluso de una forma inconsciente, y la hacemos porque nos llena, porque sin todos los recuerdos, sin todas las personas, sin todos los momentos y sin nuestros sueños... sin nuestros sueños no seríamos nosotros, no seríamos capaces de estar, de permanecer, de volar.

Playlist

- Prólogo: «City of stars», de la película *La La Land*.
- 1: «Someone in the crowd», de la película *La La Land*.
 - 2: «Never enough», de la película *El gran showman*.
 - 3: «Hay un amigo en mí», de la película *Toy Story*.
 - 4: «Las chicas solo quieren divertirse», de la serie *Glee*.
 - 5: «Lost stars», de la película *Begin again*.
 - 6: «Hoy no me puedo levantar», del musical *Hoy no me puedo levantar*.
 - 7: «A night»
 - 8: «Pretending», de la serie *Glee*.
 - 9: «Dancing queen», del musical *Mamma mia!*
 - 10: «Falling slowly», del musical *Once*.
 - 11: «Let me love you», de la serie *Glee*.
 - 12: «Music to my eyes», de la película *Ha nacido una estrella*.
 - 13: «Need you now», de la serie *Glee*.
 - 14: «One night only», de la película *Dreamgirls*.
 - 15: «Under pressure», de la película *Bohemian Rhapsody*.
 - 16: «Home», de la serie *Pose*.
 - 17: «Stone heart», del musical *Six*.
 - 18: «In your eyes», de la serie *Glee*.
 - 19: «Words fail», del musical *Dear Evan Hansen*.
 - 20: «From now on», de la película *El gran showman*.
 - 21: «You will be found», del musical *Dear Evan Hansen*.
 - 22: «You matter to me», del musical *Waitress*.
 - 23: «The climb», de la película *Hannah Montana*.
 - 24: «Feliz no cumpleaños», de la película *Alicia en el país de las maravillas*.
 - 25: «A higher place», de la película *Begin again*.
 - 26: «I am changing», de la película *Dreamgirls*.
 - 27: «This is me», de la película *Camp rock*.
 - 28: «Defying gravity», del musical *Wicked*.
 - 29: «All for one», de la película *High School Musical 2*.
 - 30: «La llamada», del musical *La llamada*.
 - 31: «Hakuna Matata», de la película *El rey león*.
 - 32: «Breaking free», de la película *High School Musical*.
 - 33: «Come what may», de la película *Moulin Rouge*.
- Epílogo: «El tiempo de nuestras vidas», de la película *Dirty dancing*.

Agradecimientos

Mi primer GRACIAS, así, en mayúscula, va para todas esas personas que le han dado una oportunidad a la novela y, con ello, a mi sueño. Gracias por cada uno de vuestros mensajes, reseñas y comentarios, porque todos ellos me han ayudado a seguir cuando a veces no veía luz, y si esta novela está ahora entre tus manos, también es gracias a ti.

A Jorge, por ser el mejor compañero en este camino, por ayudarme a tejer alas y a que no me de miedo lanzarme a la oscuridad. Un poeta al que admiro dice que amor es compartir mochila, no añadirle más peso, y yo te doy las gracias por compartir el peso de la mía porque, aunque no te lo diga, yo puedo con ella gracias a ti.

A Alberto, por leer cada una de mis palabras y creer en mí. Para mí significa mucho que después de tantos años sigas aquí porque me enseñaste que sí sé mantener a un amigo a mi lado.

A mi hermana, porque sin ti no sería yo. Gracias por ilusionarte con este sueño, por compartir lágrimas y esos abrazos infinitos que siempre te gusta dar, aunque yo no sea la más cariñosa. No olvides que, si algún día te cuesta volar, yo te acompañaré y no me iré hasta que te vea hacerlo.

A mi abuela Julia, siempre te agradeceré y te dedicaré todo lo que logre porque soy una guerrera también gracias a ti, no puedo tener mejor ejemplo que el tuyo y el de mi madre por seguir adelante pase lo que pase.

Sobre la autora



Me llamo Miriam y nací en Antequera (Málaga) en 1995.

Estudié filología inglesa, amo la cultura, el idioma y parte de mi vena romántica se la debo a Charlotte Brontë.

La escritura siempre ha formado parte de mi vida, pero no fue hasta que la ansiedad llegó a ella que tuve la necesidad de canalizar y entender mis emociones a través de las palabras.

Hay quien dice que soy muy sensible, que a veces vivo en la luna y que tengo un mundo interior un tanto peculiar. Soy géminis, qué le vamos a hacer, aunque prefiero vivir en la luna y seguir creando palabras que también os hagan escapar a vosotros de este mundo por un instante.

Aparte de la bilogía alas podéis encontrarme en Instagram, Facebook y Goodreads como @esaqueescribe, donde comparto textos, frases y mis proyectos.